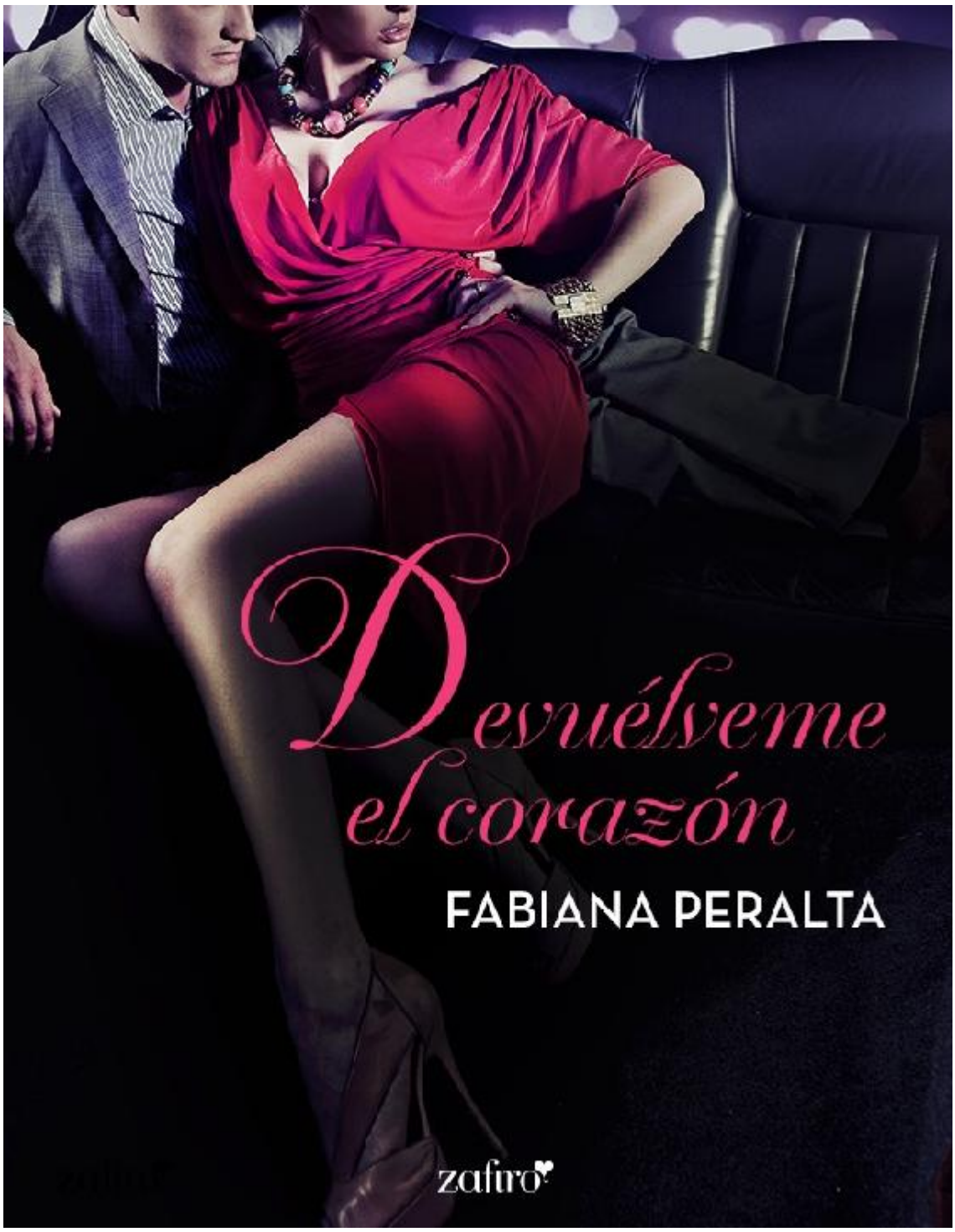


Devuélveme el corazón

FABIANA PERALTA

zafiro



Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Cita

Dedicatoria

Agradecimientos

Prólogo

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Doce

Trece

Catorce

Quince

Dieciséis

Diecisiete

Dieciocho

Diecinueve

Veinte

Veintiuno

Veintidós

Veintitrés

Veinticuatro

Veinticinco

Veintiséis

Veintisiete

Veintiocho

Veintinueve

Treinta

Treinta y uno

Treinta y dos

Treinta y tres

Treinta y cuatro

Treinta y cinco

Treinta y seis

Epílogo

Cita final

Referencias de las canciones

Biografía

Notas

Créditos

PlanetadeLibros













Gracias por adquirir este eBook

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro

y en nuestras redes sociales:

Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

«Me sentía sexualmente frustrada y los líos de una noche habían dejado de ser excitantes.

Tampoco es que estuviera buscando una relación seria, yo no era la típica chica que esperaba vivir un cuento de hadas.

Había crecido rodeada por celebridades del rock, entre excesos y viajes en jets privados, y mi padre y mis tíos, los integrantes de The Nine, se habían encargado de enseñarme que las historias de amor eterno sólo ocurrían en las películas y en los cuentos.

Sin embargo, una noche entré en el Palace Hotel con mis amigas y conocí a un atractivo y arrogante hombre que caminaba sin pisar el suelo. Nuestro comienzo fue el peor de todos; sabía muy bien que tenía que huir de él, pero no lo hice, y lo siguiente que supe es que estaba pasando más de una noche en su cama.

¿Has oído decir que todas las cosas buenas siempre llegan a su fin? Pues bien, yo nunca había creído en frases cursis y en el amor eterno, pero desde que él entró en mi vida pensé que podía confiar, y me equivoqué. El final me cogió por sorpresa y debía afrontar las consecuencias de ese imperdonable error».

DEVUÉLVEME EL CORAZÓN

Fabiana Peralta

Deberíamos usar el pasado como trampolín y no como sofá.

HAROLD MACMILLAN

A mi abuela Pepa.

Las abuelas que crían a sus nietos dejan huella en el corazón,

y ella lo ha dejado en el mío.

FABIANA PERALTA

AGRADECIMIENTOS

A mi familia, mi mayor orgullo y mis grandes amores.

A mis lectoras beta, que están siempre apuntalándome para que mi

entusiasmo no decaiga y llegue a finalizar cada novela que escribo y pueda entregarla a tiempo.

A mis manos extra para atender el grupo de Facebook; de verdad que no

sabría qué hacer si no os tuviera como administradoras; sin vosotras no podría dedicarle las horas que le dedico a la escritura.

A mis editores de Editorial Planeta, que siguen apostando por mí. Esther, gracias por la confianza.

A los correctores y al equipo de diseño.

Mireia, gracias por la paciencia para acomodar mis novelas y que queden

con la mejor adaptación para el mercado español y el latinoamericano.

A mis lectores, por animarse a vivir la vida de mis locos personajes, y sufrir

con ellos en cada aventura.

Nos encontramos muy pronto en las páginas de mi próxima novela.

PRÓLOGO

Joss

Caminaba hacia la salida; me sentía sola, vacía... la Joss verdadera, la que nadie

conoce, es muy diferente de la que dejo ver.

Ante los ojos de la gente soy la exitosa actriz que lo tiene todo: superación,

glamur, viajes, automóviles importados, premios, una vida de ensueño... hija de

la estrella del rock Pete Burns, famosa a través de su banda antes de ser conocida; desde niña me moví en los escenarios y, por simpatía, los fans de mi

padre me adoraban desde ese entonces; sin embargo, en la vida real sólo soy una

mujer que odia la soledad en la que vive, y que está harta de disimular.

Mis amigas ni siquiera se habían enterado de que me marchaba del

nightclub. Me habían visto alejarme hacia la planta superior en compañía de un adonis a quien le permití pagarme una copa y desaparecí; ojos celestes, porte de

mariscal de campo, ropa de diseñador, reloj de lujo... un buen candidato para cualquiera, pero cuando dijo dos palabras me di cuenta de que su cerebro estaba

hueco y que lo único que le interesaba era tener una foto junto a mí para pavonearse en su círculo social. En ese momento estaba segura de que Poppy y

Chiara creían que me había ido con él; la verdad es que ellas pensaban que yo

vivía mi vida sin inhibiciones, y que siempre pasaba la noche acompañada por algún espécimen masculino que adoraba mi cuerpo de punta a punta; no

obstante, no era así... hacía meses que no estaba con alguien, pues estaba harta

del vacío que me dejaban las relaciones de una noche que podía conseguir.

El sonido de mi móvil logró sustraerme de mis pensamientos; miré la

pantalla, pero no deseaba hablar con mi agente; no quería que supiera dónde estaba, ni tampoco que me sermoneara por haber bebido ya mi quinto

Nicolashka. * Preferí arriesgarme a que contactara con mi padre al no dar conmigo, y que él también empezara a llamarme. Por lo tanto, lo ignoré, tiré el

móvil dentro de mi bolso y continué avanzando hacia la salida; necesitaba tomar

aire, creo que los cócteles me habían mareado un poco, sólo un poco, ya que cada vez era más asombrosa la resistencia que mi cuerpo tenía al alcohol.

Cuando salí, noté que había estado lloviendo; las calles estaban mojadas y tuve que esquivar algunos charcos para evitar arruinar mis Giuseppe Zanotti.

Caminé en la fría noche neoyorquina en busca de un taxi, rogando mientras lo hacía que nadie me reconociera, no quería detenerme por nada. El fuerte sonido

de unas voces logró distraerme, dos mujeres discutían; al parecer, la morena le había quitado el novio a la pelirroja. Me reí sin ganas... estúpidas, peleaban por

una mierda de tipo y no se daban cuenta de que el que no valía la pena era él.

Cuando estaba a punto de cruzar, el claxon de un vehículo que pasaba en aquel momento me sobresaltó, y mi instinto de conservación me hizo retroceder;

di marcha atrás al percatarme de que no tenía paso para avanzar.

Joder, casi termino bajo las ruedas de aquel coche. Lo peor de todo fue que

acabé empapada, ya que me había salpicado de cabo a rabo. ¡Mierda de noche!,

mi pelo estaba lleno de lodo, mi ropa arruinada y mis zapatos también; quería matar al imbécil que me había mojado.

El vehículo se detuvo y luego fue marcha atrás; al llegar a mi altura, el cristal de la ventanilla bajó y, sin pensarlo, le lancé un improperio al conductor, pateé su puerta y le arrojé mi *clutch* por la cabeza.

—Idiota, ¿por qué no te fijas por dónde vas? ¡No puedes pasar a esa

velocidad por una bocacalle!

—La idiota eres tú, ¿por qué no miras los semáforos? Yo tenía paso.

—¿Tú? —dijimos ambos al reconocernos.

Rápidamente él descendió del vehículo, se acercó a mí y me agarró por el

codo. Lo miraba sin reaccionar, lo miraba... lo miraba... eso mismo me había pasado en el Palace cuando, más temprano, se me había acercado.

Medía fácilmente más de un metro ochenta y llevaba el cabello, castaño

claro, elegantemente, corto en la nuca y más largo en la parte superior. Su nariz

era recta y sus labios se veían pecaminosamente llenos. En sus mejillas se podía

ver una pizca de barba, que tentaba a tocarlo para saber cómo se sentiría ese contacto en otras partes. Indudablemente, con sólo un vistazo, no cabía duda de

que era imposible pasar de él, pues no sólo parecía uno de esos modelos inaccesibles de las páginas de una revista de moda, sino que, además, su presencia destacaba por encima del resto de los demás hombres.

Miré alrededor y percibí que algunas mujeres que pasaban por allí le

echaron una o dos miradas.

Era guapísimo.

Nunca un hombre me había dejado sin palabras, pero éste era la segunda

vez que lo lograba a lo largo de la noche y, para colmo, era un bastardo arrogante que creía que podía tener lo que le diera la gana y desecharlo cuando él quisiera.

—¿Estás bien?

—Sí. Lo lamento, he cruzado distraída.

Intenté que los dientes dejaran de castañetearme, pero no lo conseguí;

estaba empapada y hacía demasiado frío.

—¿Siempre atraviesas así la calle?

El bastardo arrogante se estaba burlando de mí. Me miró con una media

sonrisa, estudiando mi deplorable estado, estado en el que me encontraba por su

culpa.

—Me he disculpado. —Cogió mi pelo embarrado entre sus dedos y se rio

por lo bajo; seguía mofándose y yo estaba por clavarle un tacón de mis Zanotti

en el pie.

—Sube, estás temblando.

Abrió la puerta del lado del copiloto y me invitó a entrar sosteniéndome de

la cintura.

—No —dije preservándome de él.

Por más nublada que estuviera mi mente por el alcohol, sabía que no era una buena idea montar en su coche; lo sabía de la misma forma que lo había sabido en el Palace, cuando rechacé su oferta de ir a otro lado con él.

—No soy el lobo que se come a Caperucita, y tú no pareces ser la niña perdida en el bosque; creo que has bebido de más.

—¡Qué gracioso!, eres un gran cínico. Y, para tu información, no estoy

borracha.

—Lo sé.

—¿Qué sabes?

—Que soy un cínico.

—Y un engreído.

—También lo sé. Sube.

—Cogeré un taxi, no necesito de tu caridad.

Se estiró para coger mi *clutch* y entregármelo.

—Como quieras.

Nos miramos y me perdí en el color verde de sus ojos y examiné más de la

cuenta los tintes marrones que los hacían parecer más pícaros. Apretó la mandíbula frunciendo el ceño; estaba estudiándome en silencio. En aquel

instante el viento arremolinó su lacio cabello, y quise extender una mano y quitarlo de su rostro, para continuar apreciándolo sin ningún impedimento.

«¿Qué me pasa? Jamás ningún hombre me ha sumido en este estado de

estupidez. Vamos, Joss, sé práctica como siempre; lo tomas o lo dejas, sirve o se

hace a un lado.»

Maverick servía, sí, para follarlo hasta dejarlo inconsciente. No, pensar eso

era un craso error... estaba segura de que era al revés: ese hombre no se parecía a los que solía conseguir para saciar mi libido; estaba convencida de que a él le gustaba estar arriba y no debajo de una mujer, y por tal motivo no era mi tipo, así que me dije «deja de mirarlo y márchate. Éste es peligroso, es de los folladores

que destrozan corazones, es de la clase de hombre que te lo quitan y no te lo devuelven, es el claro ejemplo de aquellos de los que siempre te has protegido

—pensar en subirme a su coche era una verdadera locura—, vete de una vez».

Me insté a rechazarlo, escuchando a esa vocecilla que me advertía y a la que estaba a punto de no ignorar. «Él es de los que toman y usan, no de los que

se dejan usar. No permitas que nadie destroce tu corazón. Pete no te lo perdonaría nunca, él te crio de forma tal que a ti no te suceda lo que a él le hizo tu madre.»

—Adiós.

Maverick no me contestó, simplemente bajó la cabeza y continuó sonriendo

de esa manera tan presumida que tenía de hacerlo.

Crucé la calle tentada de mirar hacia atrás; aún podía sentir su mirada penetrante, estaba segura de que me estaba mirando, así que me contoneé

agitando mis caderas con intención.

Me paré en la acera de enfrente y, cuando miré hacia el lugar donde él había

aparcado, vi que ya no estaba. Cerré mi abrigo, ¡maldición!, estaba tan mojada

que no podía dejar de temblar.

Sorprendiéndome, un Tesla Model S, gris, estacionó junto al bordillo; era Maverick de nuevo, que había dado la vuelta. Abrió la puerta sin

bajar del automóvil y me indicó, dominante:

—Sube, no seas terca; cogerás una pulmonía, estás empapada. —Su voz era

imperativa—. Venga, o bajo y te meto a la fuerza.

Me dio pena ensuciar los níveos tapizados; creo que él notó mi indecisión.

—Se limpian, entra.

Sin emitir palabra, subí; la noche estaba helada y el frío me estaba

entumeciendo hasta los huesos. Dentro ya del coche, vi cómo puso la calefacción

al máximo y pude relajarme.

—Bien —dijo con brusquedad, acercándose a mi oído para hacerlo y luego

alejarse; su aliento me estremeció y percibí que estaba temblando ligeramente—,

princesa Nine —hacía demasiado tiempo que nadie me llamaba así, se suponía

que ese nombre lo usaban cuando sólo era la hija de Pete Burns, el zar del rock,

el líder vocalista de The Nine—, ¿dónde te llevo?

Me sonrió y creo que mostré una mirada totalmente estúpida en la cara,

incluso me parece que olvidé respirar, pero entonces me di cuenta de ello e intenté poner remedio a mi estado de inconsciencia, ya que

no era posible que,

con sólo unas pocas palabras susurradas, Maverick me dejase como la idiota del

pueblo.

No me gustaban los juegos, a menos que fuera yo la que los dirigía, así que

recompuse mi voz y mi postura y le contesté con arrebato, aclarándole:

—Me llamo Joss, o Josephine si lo prefieres.

—No me quedo con ninguno de esos dos nombres. Te llamaré... —me miró

entrecerrando los ojos— Jo; sí, para mí serás Jo... es más corto, cuesta menos esfuerzo, menos letras que memorizar. —Me hizo un rápido guiño y luego

volvió su vista al frente.

«Es un idiota, "dos letras para memorizar"»; pensé que seguramente lo

hacía para no confundirse con el nombre de alguna otra.

—Llévame al 1110 de Park Avenue —solté en un tono áspero y nada

amable.

—Por favor... gracias... —Se hizo un silencio y luego añadió—: Parece que

Pete se saltó la clase de buenos modales, o sólo se trata de que eres una mal educada.

—Olvido mis buenos modales cuando me obligan a hacer algo que no

deseo.

«Bien, Joss, así es cómo debes hablarle; deja de babear y demuéstrale que

su cara bonita no te intimida.»

Su risa regurgitó en su garganta; intentó reprimirla, pero no pudo.

—¿Por qué estás tan cabreada? ¿Te llevo a tu casa desinteresadamente y ésa

es la forma en que me lo agradeces?

—¿Agradecértelo? ¿Por qué habría de hacerlo, si me has ordenado que

subiera bajo amenaza de que, en caso contrario, me harías subir al coche a la fuerza? ¿O tal vez quieres que te agradezca que me hayas embarrado de pies a

cabeza?

—Podría haberte pasado por encima, ahora mismo podrían estar levantando tu cuerpo en una camilla, y no ha sido culpa mía. Has tenido suerte de que condujera este coche.

Tras tocar algo en el volante, de pronto lo soltó y se ladeó para mirarme de

frente.

—¿Qué haces? ¡Vamos a matarnos! —Intenté coger el volante, pero

entonces soltó una risa estridente.

—Tranquila, es un coche inteligente, y está en piloto automático.

—No sé si esto es muy seguro. ¡Dios, no me fio!, mejor conduce con

normalidad, tengo el corazón en la garganta y... deja de burlarte de mí. Sé perfectamente que el grado de autonomía de conducción es limitado en ese modo.

Permanecimos en silencio, y me quedé reflexionando; él tenía razón, yo

tenía toda la culpa por cruzar sin mirar, por distraerme... pero no podía admitir

que mi enojo era por estar sentada a su lado; sencillamente no podía aceptar que

ese hombre me había gustado demasiado desde el primer momento en que se me

acercó en el Palace, con una copa en la mano, donde entablamos conversación junto a sus amigos y mis amigas unas horas antes.

Su presencia me desequilibraba; su olor a colonia fresca con dejes frutales

amaderados me cautivaba; su seguridad, su porte, su rostro perfecto, sus manos...

¡Joder, jamás había mirado las manos de nadie, pero las suyas las había imaginado aferradas a mis caderas!

Una corriente eléctrica recorrió mi cuerpo, y sentí la sangre corriendo densa

por mis venas; mi entrepierna me dolió furiosa por sentir así. Mis pensamientos

habían desencadenado un flujo de necesidad. Maverick me excitaba, despertaba

mis bajos instintos; quería ser follada por él como jamás había querido ser follada antes por nadie.

Para mí los hombres no eran objeto de deseo, yo era el suyo, pero, con él,

era diferente. Lo admiré mientras estaba concentrado en el camino... su

mandíbula se revelaba fuerte y quise definir su contorno con mis dedos; sus rasgos eran demasiado varoniles, sus mullidos labios se veían tentadoramente besables, quería morderlos.

Sabía que no era una buena idea todo lo que estaba fantaseando y por eso

transformaba mi frustración en enojo.

El hecho de que me hubiera empapado resultaba una muy buena excusa

para disfrazar mi necesidad de él.

—Tienes razón, normalmente no soy tan antipática, pero...

—Te ves preciosa de todas formas —pasó su dedo por mi rostro—, aun con

todo ese barro en la cara.

Bajé el parasol y me miré en el espejito que allí había. ¡Dios, estaba hecha

un completo desastre!

—¿Se te ha pasado el frío?

—Sí, gracias.

Mi teléfono empezó a sonar en mi bolso, con un *hit* de los ochenta de The

Nine.

—Joder.

—¿Qué ocurre?

—Nada, sólo que es mi padre el que está llamando y no tengo ganas de

hablar con él.

—No contestes.

—Eso no es posible cuando eres la hija de Pete Burns. Cogería el *jet* privado de la banda y de madrugada lo tendría en mi casa, vete tú a saber en qué

estado y acompañado por Dios sabe quién.

Maverick se me quedó mirando durante unos segundos y luego se volvió a

concentrar en la calzada.

—No es un secreto su problema de adicciones —añadí sin vergüenza.

¿Quién no sabía las veces que mi padre había tenido que internarse para desintoxicar su organismo?

—Creía que eso estaba superado.

—No. Cuando está de gira, y ahora lo está, su nueva adicción son los

calmantes para soportar los dolores de las actuaciones debidas al estrés y al cansancio. Está mayor, pero... él sigue creyendo que es el gran zar del rock.

—Lo sigue siendo —me retrucó convencido.

Me dio la sensación de que era otro fan de mi padre, y no me extrañó; todo

el mundo lo adoraba y no querían verlo retirado.

—Sí, lo sigue siendo —yo también lo admiraba, no podía negarlo—, pero,

cuando eres su hija, sólo deseas que de una vez por todas comprenda que es hora

de parar con los excesos.

—Cualquiera diría que odias el mundo del espectáculo; sin embargo, eres

actriz.

Me encogí de hombros y luego le contesté.

—Las luces, los escenarios, el tumulto de gente, los gritos, los flashes... son

la vida que conozco desde que tengo uso de razón. Mi voz es horrible, la odio, así que jamás pensé en dedicarme a cantar. Siempre fui pésima en el colegio, así

que me decanté por una carrera que tuviera que ver con las artes. Algo tenía que

hacer, estaba harta de ser la hija de...

»Mi padre y mis tíos, me refiero a los integrantes de la banda, que, aunque

no son mis tíos de sangre, así los siento, siempre dijeron que mi rostro y mi cuerpo serían mi puerta a donde quisiera llegar, así que un día me cansé de ser la

hija de... y le pedí a mi padre que me pagase clases de teatro. No quería valerme

sólo de mi cara y mi anatomía, y al parecer soy buena en eso... Fui a la Academia de Cine de Nueva York; cursé una licenciatura en Bellas Artes de tres

años, en cine, actuación y producción, y también realicé la Maestría en Cine y Medios de Producción, en el campus de la Academia, en Los Ángeles.

Maverick asintió con la cabeza, pero no dijo nada.

—¿Crees que no soy buena?

—No he dicho eso, en realidad no he dicho nada. —Nos quedamos en

silencio— . El caso es que la gente, a menudo, cree que ser la hija de Pete es lo

que te abrió las puertas de tu profesión; siento haberlo creído también, y me disculpo por ignorar que te habías preparado para hacer lo que haces.

Maverick

No podía decirle que no había visto ninguna de sus películas y que, sin embargo, había babeado con su rostro y me había masturbado

mirando su cuerpo

tanto en el reportaje protagonizado por ella publicado en *Esquire* como en los vídeos del *backstage* del mismo. No podía quedar como un puñetero idiota.

—Hemos llegado. —Estacioné al lado del bordillo y la miré sin creerme lo

hermosa que se veía incluso con todo el pelo embadurnado de barro —. Aquí es

donde te digo que esperes, me bajo y te abro la puerta y luego te acompaño hasta

la entrada de tu apartamento y me despido.

—No es necesario que seas tan caballeroso; gracias de todas formas por

traerme.

Cuando estaba a punto de apearse del vehículo, la cogí por la muñeca, hice

un rápido movimiento desabrochándome el cinturón y, entonces, enredé mis

dedos en su pelo. ¡Mierda!, no iba a dejarla ir, no otra vez, sencillamente no iba a

permitir que me evitara de nuevo como lo había hecho en el Palace; sabía perfectamente lo mucho que me deseaba, así que no iba a dejarla evitarme otra

vez.

Me apoderé de su boca, de esa maldita boca que me había vuelto loco toda

la noche y que invadió mis pensamientos aun tras haberme tirado a una rubia de

ensueño en el *nightclub* de Spencer.

Sin poder contenerme, la mordí.

—¿Subimos o prefieres que vayamos a mi casa?

—Yo subo, tú —apoyó su dedo índice en mi pecho— te vas a tu

apartamento.

Volví a besarla; esta vez lamí sus labios y ella no intentó apartarse, lo que

me dio la clara pauta de que le gustaba lo que estaba ocurriendo. Luego intenté

meter mi lengua en su boca; al principio se resistió, incluso intentó apartarme con las manos, empujándome por el pecho... ¡Dios, ansiaba que tocara mi piel!

Ella parecía que también lo deseaba, porque tras empujarme me acarició por encima de la camisa, palpó mis pectorales y, cuando lo hizo, los tensé; a las mujeres les gustaba que hiciera eso y estaba seguro de que ella no sería la excepción.

Por supuesto que no... Jo abrió la boca y me dejó tocar su lengua con la mía.

Joder, su lengua era perfecta, mullida, húmeda, caliente, y ya estaba

imaginándola alrededor de mi polla, lamiendo de ida y vuelta, y rodeando mi glande, para juntar mi esperma.

Desenfrenado por mis pensamientos, enredé con más ahínco la mía a la

suya y la introduje un poco más en su boca, apreciando que el bulto bajo mi cremallera ya había crecido demasiado.

«Nena, creo que te enseñaré cómo me tienes.»

Cogí su mano, la que tenía apoyada en mi pecho, y la llevé a mi bragueta,

sintiéndome un poco perverso. Primero se resistió como con el beso, pero después aflojó su mano, dejándome que la guiará.

—Espera —dijo de pronto—, no quiero hacer esto.

Le ofrecí una sonrisa sexy, y la volví a apretar contra mi pecho al tiempo que de nuevo me apoderaba de su boca; hurgué en ella nuevamente hasta que noté cómo, poco a poco, empezaba a ceder. Levantó sus manos y las enredó en

mi pelo.

Necesitando tomar una bocanada de aire, abandoné su boca y descansé mi

frente en la suya.

—Jo, quieres esto tanto como yo. ¿Subimos?

Se apartó de mí y quiso abrir la puerta, pero estaba con el seguro puesto, así

que quité las llaves del contacto y la destrabé.

Listo para bajarme también, lo hice y di la vuelta, alcanzándola; entrelacé mi mano a la suya y el conserje, tras reconocerla, nos

abrió. Aquel hombre contuvo la risa al verla embarrada como estaba. Me pasé la mano por la frente y

luego me cogí el puente de la nariz; no quería carcajearme; en realidad, no quería arruinar el momento que se había creado en mi coche.

—Buenas noches, señorita Burns.

—Buenas noches, Manning.

Subimos hasta el ático, en el piso decimocuarto.

—Necesito darme una ducha, así que subiré al dormitorio. Ahí tienes

bebidas, sírvete lo que quieras.

—Aguarda —la cogí de la muñeca con una mano, para evitar que se

apartara de mí, enredé los dedos de la otra en los cabellos de su nuca y la aplasté contra mi cuerpo.

—Voy a ensuciarte, estoy hecha un verdadero desastre.

—Así tendré una excusa para ducharme contigo y asearte — mordisqueé sus

labios—; quiero asearte, no quiero un trago.

Sentí sus labios suaves cuando tocaron los míos; la besé lentamente, y

nuestros chupetones retumbando en la amplia sala. No deseaba que se enfriara el

ambiente de intimidad que habíamos vivido poco antes en mi automóvil.

—¿Quieres sexo en la ducha? —me preguntó sin aliento.

—Podemos empezar ahí, no me parece mal.

Apoyé mi pelvis contra su cadera mientras volvía a apoderarme de su boca;

introduje mi lengua ávidamente y ella se aferró a los bajos de mi espalda. Era ardiente, su boca era ensoñadora... podía imaginar sólo con un beso lo que podía

hacerme sentir con su lengua en mi...

La puerta principal se abrió de golpe, interrumpiendo mis pensamientos, y,

como una turba del lejano Oeste, los integrantes de The Nine entraron en la sala

acompañados por otra docena de personas, que gritaban, cantaban, bebían del morro de las botellas y fumaban hierba.

—¡Joder! Pete, no puedes irrumpir así en mi casa —le gritó Jo a su padre en

cuanto lo vio.

Pete Burns nos miró y se paró con actitud desafiante en medio de la sala;

los demás se detuvieron al ver que él lo hacía.

—¿Quién coño eres, chico? Aparta tus manos de mi princesa y deja de

apoyarle tu dura polla, ¡joder! Cabrón hijo de puta, te quieres follar a mi niña.

—¡¡Pete!! —le gritó a su padre otra vez, al tiempo que me apartaba de ella,

espantado al ver que todos los integrantes de la banda se abalanzan sobre mí. Jo

se puso delante de mí, como si fuera mi escudo, y mi polla no pareció haberse

enterado de que debía tranquilizarse, así que me cubrí con las manos. Mi bulto

en el pantalón era asombroso; sí, tenía un buen tamaño de pene y estaba orgulloso de ello, pero ése no era el momento para hacerlo—. ¿Qué diantres te

crees que haces? Ésta es mi casa.

—Es mi casa, cariño, yo la pagué. Tú vives aquí, pero es mía, y si no llego

a venir a tiempo, éste... ¿Quién mierda es éste?

—Sí, ¿quién mierda eres, idiota? —preguntó, amenazante como todo el

resto de ellos, uno los componentes de The Nine.

—Papá, me estás avergonzando. Y, además, eres el menos indicado para

preguntar quién es él, yo no he preguntado quién es la zorra que cuelga de tu cuello, que por lo visto tiene menos edad que yo. Sólo espero que sea mayor de

edad y no te estés metiendo en un problema, porque sinceramente sólo te falta eso.

—¿Estás sermoneándome?

—Saca ahora mismo a todas estas personas de mi casa, no quiero a todos estos *groupies* aquí.

—Cariño, estábamos de fiesta y me he preocupado por ti.

—Soy mayor de edad, papá, ¡¿cuándo lo entenderás?! Sé cuidarme sola y

por lo visto mejor que tú. Estás bebido.

—Nos iremos a la terraza; la próxima vez contesta las llamadas de John si

no quieres que venga aquí a comprobar cómo estás.

»Y tú —me apoyó un dedo en el pecho—, vete ya mismo de aquí, aparta tus

manos de mi hija.

—Señor, permítame presentarme.

Le tendí la mano, intentando que no me temblara; esos hombres tenían un

aspecto verdaderamente intimidante, con sus largas melenas, los ojos pintados y

vestidos por completo de cuero; olían a alcohol, a mucho alcohol, pero, a pesar

de su amenazadora presencia, no todos los días se conocía a The Nine, y yo estaba allí, frente a ellos, frente al zar del rock, y eso resultaba alucinante.

—Mi nombre es Maverick.

Todos comenzaron a reír, nunca me había sentido tan estúpido en mi vida; mi mano continuaba tendida.

—Ven aquí, muchacho, borra esa cara de miedo. Bebe con nosotros y únete

a la fiesta.

—¡Papá!

Pete Burns me agarró por el cuello para llevarme con ellos... Miré a Jo; estaba roja de ira, pero yo entendí que no tenía otra opción más que seguirlos.

UNO

Joss

Tras la aparición nocturna de mi padre y mis tíos, fui a ducharme y me encerré

en mi habitación. Estaba furiosa, sin poder creerme que el estúpido de Maverick

se hubiese unido a ellos en la fiesta y me hubiera dejado tirada.

Pete tenía el poder de hacerme cabrear, pues no tenía derecho a meterse en

mi vida como lo hacía.

Dormirme con el ruido de la música y las risas procedentes de la terraza había resultado toda una hazaña. Mi padre y mis tíos, bebidos, no eran

manejables, lo sabía por experiencia, así que ignoré el follón como tantas otras

veces, consciente de que tendría tiempo para sermonearlos al día siguiente.

Definitivamente eso no era nada extraño en mi vida. Si bien Pete siempre me había preservado de la vida que él llevaba, los excesos de los que él y sus amigos disfrutaban no suponían una novedad para mí. Entre ellos había crecido.

Desperté en mi cama, no sabía la hora que era.

Me levanté, apoyé los pies en la madera del suelo estirando mi cuerpo y luego me toqué la frente. Me dolía la cabeza como si me la estuvieran

taladrando; era como si muchos hombres estuvieran practicando una trepanación

en mi cráneo. La noche anterior me había pasado con los tragos y ahora tenía resaca por culpa de mis excesos; sin embargo, no era nada que no pudiera controlar, yo no era como Pete... Aunque tuviera sus genes, yo tenía autocontrol

sobre mi cuerpo.

Mi padre era el rey de las adicciones y yo jamás sería como él.

Me puse una bata, ya que me había acostado desnuda; me gustaba hacerlo

cuando estaba muy cansada.

Salí de mi habitación y bajé las escaleras, para encontrarme en la sala de estar con un espectáculo indeseado: cuerpos tirados en mis sillones y por el suelo.

Como una posesa, de inmediato empecé a pegar gritos; mi visión

rápidamente realizó un escáner y vi al infeliz de Maverick durmiendo enroscado

en los brazos de una rubia con tinte barato.

Caminé hacia la cocina, cogí del refrigerador una jarra con agua y regresé con la intención de pararme frente a él y estampársela de una vez por encima.

—Fuera de aquí, fuera ya mismo todos de mi casa.

De regreso, tiré de cada cuerpo que encontraba, de los sillones al suelo.

Al llegar a Maverick, le volqué el agua por encima. Se despertó

sobresaltado y me miró sin entender nada. Me importó un carajo, lo más

probable era que se hubiera tirado a esa rubia oxigenada en mi casa.

—No digas ni una palabra, recoge tu ropa y lárgate de inmediato de mi

casa, cabrón asqueroso.

Fui hasta la chimenea y cogí el atizador, para volver junto a él amenazante.

—Cálmate, princesa Nine, ya me voy, déjame ponerme los pantalones.

—Te dije muy claro anoche que para ti soy Josephine; ni siquiera te atrevas

a llamarme Joss, porque te parto esto en la cabeza.

»Fuera de aquí, desaparece ya mismo de mi vista, me importa una mierda si

estás desnudo; ése es tu problema, no el mío.

En mi ataque de furia, amenacé a todos los presentes con el atizador hasta

que el último salió de mi apartamento, huyendo como una rata de alcantarilla. En

el transcurso de esa espantada, olvidé mi dolor de cabeza, pero, tras serenarme,

ese dolor taladrante regresó.

Pete y mis tíos no se veían por ninguna parte, pero sabía muy bien dónde encontrarlos: fijo que cada uno estaba en su respectiva habitación; por supuesto

que ellos las tenían en mi casa, así que había llegado el turno de despejar esos sitios de gente indeseable, ya que estaba convencida de que estarían

acompañados.

El primer dormitorio en el que entré fue en el de mi tío Brad; era la primera

guitarra de la banda, y fue de los pioneros en integrarla, allá por los años setenta, cuando se creó; sin embargo, debido a sus problemas con las drogas y a una pelea que su esposa de entonces protagonizó con la exmujer del tío Joey, el bajista, se distanció del grupo hasta que lo recuperaron en la década de los ochenta. El tío Brad Hamilton hacía sonar las cuerdas como un maldito crac, incluso llegó a situarse en uno de los primeros puestos entre los cien guitarristas

más grandes de todos los tiempos en la lista que la revista *Rolling Stone* elaboraba.

Abrí la puerta de su dormitorio y, joder, ¡qué espectáculo tan deplorable! El

culo de mi tío estaba al aire y sobre su espalda descansaban dos mujeres con el

pelo pintado de azul y violeta.

De inmediato empecé a golpear el colchón con el atizador y mis gritos reverberaron en el ambiente.

—Fuera de aquí, malditas *groupies*, largo de mi casa.

—Ay, cariño, no gruñas, que al tío Brad le duele la cabeza —soltó éste, tapándosela con la almohada.

—Fuera, vamos, largo...

Cogí del suelo la ropa de las *groupies*, que olía a perfume barato, a hierba y a alcohol, y se la arrojé encima.

—Tenéis dos segundos para salir de mi casa.

Cuando hube despejado ese cuarto, me fui al del tío Tom, que era el

baterista de la banda.

Joder, la estampa era peor que la de la habitación del tío Brad.

Había cuatro personas durmiendo en la cama *king size*. No podía creer que

ese hombre de sesenta y siete años aún tuviera energía para follarse a tres mujeres a la vez, pero al parecer Tom Richmond aún estaba muy en forma.

Las espanté a todas de la misma forma anterior y después me dirigí al

dormitorio del tío Álex; él también tocaba la guitarra en la banda.

Mi tío Álex Ferre era el más enamoradizo de todos; a él rara vez lo

encontraba con más de una mujer en su cama, pero nunca se había casado.

Afirmaba que era un desafortunado en el amor, y para mi asombro esa vez incluso estaba solo, así que cerré la puerta y me fui a la habitación del tío Joey, donde lo encontré durmiendo con una morena que era tan alta que sus pies sobresalían del colchón. La eché, y mi tío se sentó en la cama, muerto de risa, mientras yo la espantaba.

—Tápate tus partes, no quiero ver tu polla.

—Cariño, no será la primea vez que me ves; me has bañado tantas veces

cuando estaba lleno de vómito y ahogado en alcohol...

—Pero es hora de que las cosas cambien. No te comportes como un viejo

exhibicionista, demuestra que aún te queda un poco de pudor frente a tu sobrina.

Salí de allí y caminé hasta el final del pasillo, donde estaba la habitación de

mi padre. Sabía que el mayor descontrol estaría en ese lugar, siempre era así.

Dicen que el zorro pierde el pelo, pero no las mañas, y el viejo Pete Burns era un

zorro viejo y de lomo plateado.

Aventé la puerta del dormitorio sin importarme la forma en la que entraba y

empecé de inmediato a pegar gritos y a golpear el colchón con el atizador.

—Uy, primores, es hora de irse, ha llegado el sargento de caballería; nos

vemos en el próximo recital.

Esperé a que se esfumaran las tres muchachas, mis ojos ya habían visto

unas cuantas cosas, y empecé a vociferar nuevamente en cuanto las zorras que habían dormido con mi padre salieron.

—¿Qué mierda es eso, Pete? —le dije señalando las rayas de cocaína sin

consumir que estaban dispuestas sobre la cómoda victoriana de color blanco.

—Deja de gritarme, niña, que no soy tu hijo.

—Pues a veces parece como si lo fueras. ¿Qué cojones hace esta cocaína en

mi casa?

—Eso no es mío; la gatita pelirroja se la debe de haber olvidado.

—Me importa una mierda si se la ha olvidado, a lo que yo me refiero es a

que tú también la esnifaste.

—Deja de chillar, Jo, ¿quieres? Me duele la cabeza.

—No me llames Jo. —Maldición, siempre me llamaba así cuando se sentía

culpable, y para colmo encima me hacía recordar el estúpido diminutivo que el

presumido de Maverick me había puesto—. Bien merecido te tienes el dolor de

cabeza. Tienes sesenta y nueve años, Pete, ¿hasta cuándo piensas continuar con

los excesos?

»No puedo creer que hayas vuelto a faltar a tu palabra. Me prometiste que

no volverías a consumir cocaína ni ninguna otra droga.

—Te digo que no lo he hecho, confía en tu viejo.

—¡Papá! ¡¿Acaso quieres morirte?! Ya te dijo el médico que tu corazón no

resistirá otra sobredosis.

—¡Maldición! Date la vuelta —ordenó haciendo el amago de levantarse de

la cama— y para de gritar, te he dicho.

—Dejaré de pegar cuatro gritos cuando no te los merezcas. Anoche llegaste

en un estado deplorable; estabas ebrio, fumado y seguramente habías tomado calmantes y... estoy segura de que luego seguiste

con esa basura —solté

señalando la cocaína sobre la cómoda.

Pasó por mi lado recogiendo su cabello y amontonándolo en un moño alto.

Pete Burns aún llevaba la melena larga, aunque ya estaba plagada de canas.

—No me dejes con la palabra en la boca, esto no puede seguir así.

—Bueno, señorita —Pete frenó de pronto y me enfrentó, y casi me lo llevo

por delante—: creo que tú eres de las que predica de la boca para afuera. En ti

aplicas la frase «haz lo que yo digo, pero no lo que yo hago». Anoche te bebiste

dos margaritas en el Palace y luego fuiste a un *nightclub* donde te tomaste varios Nicolashka, y en tu casa hay alcohol como para poner una licorería.

—¿Me estás espiando? ¿Me has mandado seguir?

—Sólo te cuido, no quiero que tu vida termine como la mía, marcada por los excesos. Cuando empezaste a pasarte, John te llamó y no le cogiste el teléfono, y tuve que venir a comprobar cómo estabas... y estoy seguro, además,

de que no fue lo único que bebiste a lo largo de todo el día.

—Esto es inadmisible —repliqué elevando los brazos al techo, y lo rebasé

dejándolo de pie en el pasillo.

—Hola, Joey —oí que Pete saludaba a mi tío, pero no me giré.

—¿Aún está vociferando esta niña? Hazla callar, por favor, me está

destrozando el cráneo.

Me frené en la escalera cogiéndome de la barandilla y le dije:

—Déjate de excesos y no te dolerá la cabeza, y no soy una niña.

Bajé hasta la cocina y empecé a preparar jugo de naranja con miel; mis tíos

no tardarían en llegar en busca de su ración antirresaca. También saqué bebidas

isotónicas para todos, y empecé a preparar un consomé para que repusieran las

sales y el potasio perdidos a causa del recital que habían ofrecido la noche anterior en Filadelfia, así como por el consumo de alcohol tras éste; para mí cogí

una lata de Ginger ale.

Como había imaginado, no tardaron en entrar los cinco en la estancia, para

sentarse en los taburetes junto a la barra del desayuno. Mi tío Tom pasó de largo

y fue al refrigerador en busca de un botellín de cerveza que destapó con los dientes.

—¿Qué crees que haces?

—No me tomaré esa porquería que acabas de preparar, la resaca se cura con

más alcohol.

—Deja esa cerveza si no quieres que te tire esta espumadora por la cabeza y

te provoque un corte —lo amenacé levantando la paleta como si ésta fuera una

espada—. Siéntate en la barra y toma lo que te prepare.

Los otros integrantes de The Nine se empezaron a reír, pero él nos desoyó a

todos, incluso a mí, e intentó llevarse de nuevo el botellín a la boca.

—¿Tío? —dije en un tono que denotaba una clara advertencia, y para que

supiera, además, que no estaba bromeando.

—Joder con tu niña, Pete. —Vació el contenido en el fregadero—. Tengo

sesenta y siete años y debo acatar las órdenes de mi sobrina, ¡esto es el colmo!

Tu hija ha espantado a mis tres pollitas y no he podido echar un polvo matutino.

—Jódete. Si no hubieras estado tan ebrio anoche, tal vez recordarías tus fechorías y no necesitarías repetición.

—Tu tío Tom aún está muy en forma, niña —replicó acomodándose en la

barra, mientras se tocaba el paquete—. Me acuerdo perfectamente del coño de la

morena en mi cara, mientras me follaba por el culo a su hermana.

—Vosotros no tenéis filtro ni remedio. ¿Pensáis que a mí me gusta saber lo

que hacéis en la intimidad?

—Sobrina, ya eres mayor, no es como cuando eras una cría y teníamos que

cuidar de ti —acotó Joey—. Tampoco es que hayas crecido con cinco

depravados: te dimos una educación, te enseñamos lo que es bueno y lo que es

malo, te hicimos ver claramente que no somos ejemplo de nada y lo aprendiste

bien; también te dimos una profesión, en la que eres muy exitosa y, además, nuestro orgullo.

—Quizá debo agradeceros que fuerais prudentes mientras fui pequeña; no

obstante, en cuanto cumplí la mayoría de edad, os olvidasteis de todo el respeto.

—Cariño —intervino mi tío Álex—, nosotros pagábamos la cuenta de tu

ginecólogo y de la farmacia donde comprabas los anticonceptivos, ya sabías todo

lo que tenías que saber cuando, como dices tú —dibujó unas comillas en el aire

—, te perdimos el respeto.

—La próxima vez, coge el teléfono de tu agente y así no tendrás que

soportar todo esto; resulta que ahora pareces renegar de tu familia.

—Ah, no, Pete, no juegues esa carta conmigo, no acepto tu falsa moral de

quererme hacer sentir mal. Te conozco demasiado bien como para aceptar esa mierda salir de tu boca. Haceos cargo de las cosas que no están bien en vuestras

vidas; tenéis todos casi setenta años, va siendo hora de que lo hagáis.

DOS

Maverick

Llegué a mi apartamento, en el 443 de la calle Greenwich, en Lower Manhattan,

y metí mi Tesla en el garaje, descartando los servicios del aparcacoches del edificio. Lo estacioné en el espacio que estaba destinado a mis automóviles; tenía una colección de ellos, eran mis juguetes preferidos. Cuando bajé del vehículo, tuve que sostenerme la cabeza porque todo me daba vueltas aún.

—Joder, no tendría que haber conducido, debería haber cogido un taxi y

más tarde regresar a buscar mi coche.

Me alejé del vehículo en dirección al ascensor privado que llevaba directo a

mi ático. Observé mi reflejo en los cristales espejados de los ventanales del garaje y me vi desastroso; sin duda merecía sentirme peor de lo que lo hacía, y

no sólo por mi aspecto exterior, sino por cómo me comporté la noche anterior con Jo.

Jugueteando con mis llaves, entré en el ascensor y me sorprendí a mí

mismo por albergar en mi interior un sentimiento que no sabía que tenía para con

una mujer. El Maverick que yo conocía no sentía remordimiento alguno por cómo se comportaba con ninguna fémina, sólo tomaba lo que estaba a su alcance

y lo disfrutaba. Pero, definitivamente, haberme despertado en el sofá de Jo junto

a una rubia, desnuda, que me estaba usando de almohada no había quedado nada

bien, y aunque pensaba que hacía tiempo que había perdido mi conciencia, parecía que en mi cuerpo aún habitaba un resquicio de virtud.

Al salir del elevador me miré en el espejo del vestíbulo de mi ático, y no pude evitar fruncir el ceño.

—¿Tal vez las bebidas de anoche tenían algo? Porque este hombre que

estoy viendo no se parece a mí en nada.

Negué con la cabeza intentando dejar zanjado el asunto y tecleé el código

de acceso para entrar a mi apartamento.

Tan pronto como lo hice, empecé a desvestirme y me percaté de que había

correspondencia en la mesa del recibidor; luego la revisaría. Sin duda Braxton, el

conserje, la había dejado ahí; era el único aparte de mí que tenía llave de mi casa

y tenía plena confianza en él. Sin detenerme, subí hasta la otra planta que ocupaba mi ático, necesitaba con urgencia una ducha.

Mi apartamento lucía impecable como siempre, y en silencio, así que lo

más probable era que Eva, la señora encargada de la limpieza, ya habría pasado a

hacer su trabajo. Todo estaba en su sitio, como me gustaba, y muy pulcro; el ambiente olía a los bosques de las montañas de la Toscana; ése era el aroma del

limpiador que le exigía a la empresa de limpieza que había contratado. Lo sé, soy un obseso del orden y la limpieza, y ésa era otra de las razones por las que

jamás me había parecido una buena opción pensar en compartir mi espacio

personal con alguien. Ése era mi santuario, allí nadie entraba; era mi lugar, donde mi soledad era mi única compañera.

Si quería follar, tenía varios picaderos. Siempre dejaba un apartamento libre

en cada una de las propiedades que poseía en esa ciudad, donde llevaba a la mujer que pudiera conseguir para hacerlo.

Me metí en la ducha y abrí el grifo, dejando que el agua fría me indujera un

shock de energía en el cuerpo, sin esperar a que se templara; necesitaba despabilarme del adormecimiento que sentía. Me apoyé contra la pared de

azulejos, esperé a que se fuera calentando y me sentí renovado al instante.

«Joder, los The Nine son muy intensos.»

No podía imaginar siquiera cómo habría sido crecer rodeado de ellos. Vivir

con esas celebridades del rock no parecía nada sencillo. Mi padre era un reconocido productor de espectáculos y filmes de Hollywood, pero a mí esa vida

jamás me había interesado; bueno, en fin, tampoco diré que no había sacado provecho de ello. Cuando vivía en Los Ángeles, meca del cine estadounidense,

varias veces su nombre fue la llave perfecta para que algunas chicas abrieran sus

piernas para mí. Y aunque el mundo del espectáculo no me interesaba, sí escuchaba música, y mis gustos eran muy eclécticos, por lo que The Nine estaban entre ellos.

No me demoré demasiado, así que cuando terminé abrí la puerta acristalada

y cogí dos toallas; me enrosqué una en la cintura y con la otra empecé a secarme.

Caminé hasta el dormitorio mientras me dediqué a frotarme el cabello para

retirarle un poco de humedad y luego me lo peiné sólo con los dedos.

Joder, era tardísimo, tenía miles de asuntos pendientes que debía resolver.

Mi móvil empezó a vibrar justo cuando estaba a punto de entrar al vestidor,

así que me volví para ver de quién se trataba; lo cogí de encima del escritorio que había en mi habitación y vi en la pantalla el nombre de mi padre.

—Ethan —contesté en un tono monótono.

—Mav: estoy en la ciudad, me gustaría almorzar contigo.

—Lo siento, estoy muy liado y sé que no has viajado hasta aquí

precisamente para verme a mí, supongo que sólo quieres rellenar un hueco en tu

agenda.

—¿Por qué esa hostilidad con tu padre? No, no he viajado sólo para verte a

ti, pero quiero hacerlo, y... sí, tengo un hueco, pero lo he dejado a propósito para pasar un rato contigo.

—De ser así, haberme avisado con tiempo y no en el último momento, mi

agenda está a tope.

—No tengo ganas de discutir; hace... eeeh... dos meses que no nos vemos.

—Seis, Ethan, seis meses hace que no tienes tiempo según tu agenda.

—Bueno, la tuya no es mucho más flexible que la mía; de hecho, me estás

rechazando el almuerzo.

Realicé un profundo suspiro.

—Te estoy haciendo un favor, para que no sufras retrasos en tus múltiples

actividades.

—Mav, ¿hasta cuándo vas a condenarme por haber dicho esas palabras en

un momento en el que no era consciente de lo que decía?

—No te condeno, simplemente me quedó muy claro que siempre he sido

una carga para ti.

—No es así. Te amo, hijo.

—El sentimentalismo no te pega, Ethan; guárdate la actuación para las

cámaras, a mí no tienes que impresionarme con la historia del padre que crio solo a su hijo.

—¿Podemos cenar?, ¿tienes tiempo para una cena? —me preguntó

ignorando mi comentario, como si no me hubiera oído.

Le repliqué con otra pregunta.

—¿Necesitas prensa, necesitas mostrarte conmigo?, ¿de eso se trata? ¿O tal

vez quieres presentarme a una nueva madrastra?

—Te espero a las ocho en el Bar Pitti.

Me reí con sarcasmo, comprendiendo que estaba en lo cierto.

—No tienes vergüenza. Necesitas exposición, por eso quieres quedar allí,

un lugar donde acostumbran a ir las celebridades del espectáculo.

—Joder contigo, Maverick, le agotas la paciencia al más tolerante. Quiero

verte, si no quieres quedar ahí, dime tú dónde prefieres ir, no hagas las cosas

difíciles. He elegido ese local porque está cerca de tu casa, sólo pretendía tu comodidad, y además es un sitio donde se come muy bien, hemos ido otras veces.

—Sí, recuerdo muy bien que fuimos con la señorita talla 40 D, la que me

tocaba con el pie la entrepierna.

—Llevaré comida a tu casa. A las ocho estaré allí.

* * *

—No recuerdo la última vez que te vi cocinar.

—Creo que yo tampoco.

La relación con mi padre nunca había sido fácil, pero en los últimos

tiempos se había vuelto casi inexistente.

—Me has dicho por teléfono que traerías comida y resulta que apareces en

mi casa con... esto. —Señalé todos los suministros que mi padre había traído y

que en ese momento cortaba para preparar coles de Bruselas con pollo al estragón—. ¿De pronto queriendo jugar al padre virtuoso?

—Intento pasar un rato agradable contigo, hijo.

—Termina con esta actuación.

—No estoy actuando, ser tu padre no es una actuación.

—Acaba ya con ello, Ethan —dije fastidiado por el desorden que había en

mi cocina—. Quiero saber de una vez a qué has venido.

Me miró y sonrió; conocía muy bien esa sonrisa, algo estaba tramando.

Sabía que no me equivocaba, sólo que parecía que tenía un plan trazado y no quería alejarse de él antes de desembuchar.

—Sirve el vino y ayúdame a poner la mesa, esto estará listo muy pronto.

Estábamos terminando de cenar. Ethan quería hacer ver que se interesaba en

mis proyectos y en cómo iban mis cosas, pero estaba fallando estrepitosamente,

como siempre.

Cogí la servilleta y la arrojé sobre la mesa, hastiado.

—Bien, basta ya: dime de una vez a qué has venido, ya he tenido más que

suficiente de tu cuota de esfuerzo por simular que te importo.

—Me importas, hijo, siempre has sido la razón por la que he luchado para

que mi compañía fuera una de las más prestigiosas productoras de Hollywood.

Gracias a mi trabajo, pude pagarte unos buenos estudios y, gracias a ello, hoy eres un gran y exitoso arquitecto.

—También gracias a mi esfuerzo, te recuerdo que los honores con los que me gradué fueron gracias a mí.

—Y a tus abuelos, no olvidemos a tus abuelos en esta ecuación, sé que no te

gusta dejarlos fuera nunca.

Lo miré pensando y fallando una vez más al preguntarme por qué era tan frío. Mis abuelos no lo habían criado de esa manera, así que resultaba más que

obvio que era su naturaleza. Tampoco pude dejar de preguntarme si yo me veía

igual que él; odiaba pensar que sí, pero presentía que, en el fondo, éramos bastante parecidos, y por eso fallábamos malditamente cada vez que nos

queríamos acercar.

—Aún recuerdo cuando montamos tu primer estudio en L. A. —Su voz me

trajo a la realidad e hizo que dejara de lado mis pensamientos. Sorbí de mi copa

y me recliné en la silla mientras me preparaba para escuchar más estupideces saliendo de la boca de Ethan O'Brien—. Estabas recién licenciado y nadie apostaba por tu talento, pero tu padre, que siempre creyó en ti, te consiguió tu primer proyecto. La mansión de Macarthy Rhys. Recuerdo muy bien que luego

te llamó para que reformases todos sus hoteles.

—Lo recuerdo perfectamente también... fue la primera vez que me usaste

para sacarle lo que pretendías a alguien, porque siempre que te has acercado a mí

ha habido un motivo, algo que oportunamente te ha beneficiado.

»Te quedaste con su esposa y con parte de su fortuna.

—Si alguien te oyera, pensaría que tu padre es un vil embaucador.

—Llegaste a ella a través de mí, hiciste que sedujera a su hija para llegar a

su mujer.

—No te costó mucho tirarte a la virgencita de los Rhys.

—Y cuando conseguiste a la madre, ya no era decente que yo saliera con la

hija y la enviaron a Francia. Lástima que el amor por Maya te duró sólo el tiempo que tardaste en gastar la aportación que hizo para

financiar dos de tus películas.

—Vamos, hijo, te salvé de que te tuvieras que casar con ella. Claro que ahora ya no eres tan joven, y sería bueno que empezaras a encauzar tu vida personal; la profesional, por supuesto, es grandiosa.

Empecé a reírme.

—¿He oído bien? ¿Te preocupas por mi vida personal?

—Siempre lo hago.

—Preocúpate mejor por la tuya. Déjame en paz, sé muy bien lo que quiero

para mi vida personal, y no es nada que se parezca a lo que tú has tenido, desde luego.

—Es hora de que vayas pensando en formar una familia. Mírame a mí,

tengo cincuenta y cinco años y, si no te tuviera a ti, estaría solo; no quiero eso

para ti, hijo.

—¿El vino te está haciendo decir todas estas estupideces? No bebas más, es

obvio que te está sentando mal.

Intenté sacarle la copa, pero me sostuvo el antebrazo y clavó sus ojos en mí.

Mi padre, aun a los cincuenta y cinco años, estaba muy en forma, y su *sex appeal* no se había desvanecido; todavía, cuando sonreía, volvía de gelatina las piernas de las mujeres.

—Quiero que conozcas a alguien; se trata de un buen partido como mujer

—hizo una pausa y luego añadió—: como esposa.

—¿Qué?

Me liberé de su agarre, aparté la silla de golpe arrastrándola por la madera

del suelo y me puse de pie.

—¿Te has vuelto loco? Porque sólo loco puedes venir aquí, a mi casa, y pretender buscarme mujer. Estamos en el siglo XXI, Ethan, ¿qué mierda te pasa?

¿Crees que puedes arreglar un matrimonio para mí?

—No lo creo, está arreglado.

—¿Qué cojones estás diciendo?

—Déjame explicarte...

—No, no hay nada que explicar, necesitas un psiquiatra.

Me fui hasta la barra, donde descansaban los decantadores, y me serví un whisky.

—Maverick, sé que suena como que he perdido el juicio, y realmente es

una puta locura, pero...

Lo miré; no dejaba de soltar estupideces, mi padre se había vuelto ¿senil?

Me toqué la frente... ¡joder, se lo veía muy bien!, y si no estaba equivocado, a los sesenta podían comenzar los síntomas, pero a él aún le faltaban algunos, aunque

era obvio que su cerebro estaba patinando de forma increíble.

—Tenemos que buscar un médico.

Lo agarré por el hombro y lo acompañé para que se sentara en el sofá de la

sala.

—Quédate aquí, creo que puedo conseguir el teléfono de un psiquiatra, la madre de mi secretaria visita a uno.

—No necesito un médico, no estoy mal de la cabeza.

—Pues yo creo que sí.

Ethan se puso en pie y me agarró por los hombros, enfrentándome.

—Tengo problemas.

—Ya lo sé, tu cerebro tiene problemas, pero veo que te vas dando cuenta,

así que tal vez no sea tan grave y podamos recuperarte.

—Tienes que casarte o lo perderé todo, en el mejor de los casos.

—Vete al carajo, Ethan. Casi me matas del susto, por un momento he creído

que realmente estabas chiflado, aunque para pedirme una cosa así debes estarlo

un poco.

—Metí en la productora a gente que no debería haber metido y ahora no sé

cómo salir de esto. Sabes lo mucho que me cuesta venir aquí y humillarme...

contándotelo, pero no tengo escapatoria.

—¿En qué mierda te has metido?

El tono que él había empleado me indicaba que era una situación

verdaderamente de gravedad.

—Pasquale *Paschal* Gambino.

—Ése es el gánster al que encarcelaron y luego tuvieron que soltar porque

no pudieron acusarlo y probar los cargos debido a un tecnicismo. ¿Qué coño tiene que ver contigo?

—Eran tiempos difíciles...

Ethan caminó hasta la barra y se sirvió un whisky también.

—Malas inversiones, dos fracasos de taquilla seguidos, en los que no se

llegó a recuperar lo invertido, los compromisos crediticios al tope, estaba a punto de presentar quiebra.

—¿Por qué narices nunca lo supe?

—No tiene importancia. Conocí a Paschal en una cena benéfica, un

gentleman a simple vista, y realmente no tengo nada que objetarle, siempre se ha comportado como un caballero conmigo. Charlamos

toda la noche; luego, a la semana, me llamó y nos volvimos a ver para tomar un café. Me invitó a uno de

los restaurantes de uno de los hoteles que administra y continuamos

conversando, y me ofreció aportar capital a la productora.

—Joder, eres un idiota, estás lavando dinero de la mafia con la productora.

Eso no terminará bien; tienes que alejarte, debes sacártelos de encima cuanto antes, o quedarás enganchado en sus tejemanejes.

Se sirvió otro whisky y se lo zampó de una vez.

—Lo sé.

—¿Cuánto les debes, dime? Les pagamos y te quitas el problema de

encima.

—No quiere dinero. Te quiere a ti para su hija.

—Ni lo sueñes. —Me trasladé hasta mi escritorio y del cajón saqué mi

chequera—. ¿Cuánto le debes?

—¿No me has oído, Maverick?

—Te he oído perfectamente, y lo único que obtendrás de mí será un cheque.

—A veces hay que tomar decisiones que lastiman para convertirse en un

verdadero hombre.

—Pues, entonces, conviértete en un verdadero hombre y hazte cargo de tus

errores. Yo no estoy interesado en convertirme en ningún superhéroe por cargar

con tus cagadas.

—Maverick, entiéndeme...

Me cogió del brazo.

—No, papá —lo miré persistentemente, la ira invadiendo todo mi cuerpo, la

sangre circulando bajo mi piel a toda prisa, sin poder creer lo que había salido de su boca—, no lo haré, ni lo sueñes. Lo que me pides es... descabellado. No puedo entender siquiera cómo te has atrevido a proponérmelo. Tiene que haber

otra forma de salir de esto sin que cuentes conmigo para hacerlo.

—Me estás hundiendo, Maverick. ¿Qué hijo hace eso con su padre? Sé que

no he sido el mejor de los padres, pero siempre he estado ahí para ti... siempre,

hijo, incluso cuando ella te puso un lazo y te dejó en la puerta de mi casa, yo estuve, yo jamás te he dado la espalda.

—¿Crees que todo esto es para hundirte? Pues entérate que todo es para

ayudarte, pero, ¿sabes qué?, esperas demasiado de mí. Entérate de que yo también tengo una vida y sentimientos. Ethan, las cosas que te suceden son porque te equivocaste. Esto, todo esto, es por tu culpa... ¡es culpa tuya, papá!

¡No mía! —le grité aproximándome a su cara—. Mi concepción también fue por

tu culpa... yo no pedí nacer; a ti te gustó follar y no tomaste las precauciones adecuadas para que este daño colateral —señalé mi cuerpo— no invadiera tu vida y te la complicara. Y si lo que quieres es que te agradezca no haberme dejado tirado tú también como hizo mi madre, no lo haré; los padres tienen obligaciones, y se supone que aman a sus hijos y que éstos no representan una

carga, sino una bendición. Sé perfectamente que no soy fruto del amor, sino de un revolcón, pero duele, ¿sabes? Duele que, haga lo que haga, jamás te sientas

orgulloso de mí.

—Lo siento, Mav, no quise decir lo que dije.

Quiso tocarme el hombro, pero me alejé.

—Sí, quisiste hacerlo, siempre lo haces. Siempre te encargas de

confirmarme lo que siempre he sabido: que preferirías que nunca hubiera nacido.

TRES

Joss

La casa finalmente se encontraba despejada; mi padre y mis tíos se acababan de

ir rumbo al aeropuerto, donde su *jet* privado los esperaba para llevarlos de regreso a Filadelfia; esa noche ofrecían el último de los dos conciertos que tenían programados en esa ciudad como parte de su gira.

Acababa de salir de la ducha y me estaba arreglando en el vestidor, ya que

tenía una cena concertada con John, mi representante.

No me apetecía asistir, pero John Gibbs había insistido en que era

importante que nos reuniéramos, pues su agencia estaba en franco proceso de cambios, y según él era indispensable ponerme al tanto de los mismos.

Mi día había sido muy extraño, pensando más de la cuenta en el idiota de

Maverick, como si realmente él mereciera que le destinara uno solo de mis pensamientos. Me enojaba hacerlo, y me enojaba todavía más no poder evitarlo.

Incluso, por alguna razón, antes de marcharse Pete me preguntó más de dos

veces quién era él, como si creyera que ese repugnante engreído formaba parte

verdadera de mi vida.

En definitiva, sabía cómo manejar a mi padre, dándole simplemente lo que

quería oír, así que, con un poco de astucia, conseguí distraerlo y que dejara de preguntar; sin embargo, cuando creí que Pete había olvidado su interrogatorio, el

conserje golpeó mi puerta para entregarme un regalo, que fue recibido por el tío

Richmond. Dicho obsequio se trataba de un enorme y obsceno ramo de flores, cuyo tamaño gritaba desvergüenza, y que traía consigo

una tarjeta que el tío Joey

se encargó de leer en voz alta, quebrantando mi privacidad.

Lamento que todo terminara como terminó.

No era mi intención ese final, pero sé que puedo enmendarlo. Te paso a buscar el lunes a las siete.

M. O. B.

El tío Brad y el tío Tom se mofaron del mensaje, reproduciendo una

sarcástica declaración y burlándose al imitarnos hablando a Maverick y a mí.

Mi padre, por el contrario, no parecía estar muy de acuerdo con la bufonada de sus compañeros, insinuando que Maverick y yo teníamos una relación, así que se apresuró a acercarse a Joey y cogió la tarjeta con una mano.

—¿Irás? —preguntó bruscamente. Pete siempre era protector conmigo, pero

nunca hasta ese extremo.

—Creo que soy suficientemente mayor como para tomar decisiones sin

tener que compartirlas contigo.

—Tengo que recordarte, por si lo has olvidado, que ése se unió a nosotros

sin ninguna objeción por su parte.

—Pete, ocúpate de tu vida, tu hija ya está crecida, y vosotros dejad de molestarla —me defendió el tío Álex.

—No te metas, Álex. Mi hija es mayorcita, pero yo sé muy bien qué le

conviene y qué no.

—Yo también sé perfectamente bien lo que me conviene, no necesito tus

sermones, papá.

Me aproximé y le arrebaté la tarjeta, y lo mismo le hice a mi tío con el ramo

de orquídeas amarillas, cuyo mensaje era bien sabido que se trataba de una clara

propuesta lujuriosa, y me encaminé hacia dentro para desecharlas en el fregadero

de la cocina.

Pete antes jamás se había metido en mi vida privada de la forma en que lo

estaba haciendo; no obstante, quedaba claro que no estaba dispuesto a dejar de hacerlo, puesto que me siguió hasta allí.

—¿Qué significa ese hombre en tu vida? Quiero la verdad, porque anoche

es posible que estuviera un poco bebido, pero no se me escapó la manera en que

lo mirabas.

—Papá, tengo veintisiete años, no soy una niña, y, por otro lado, no

entiendo por qué de repente sientes tanto interés acerca de con quién salgo, nunca antes nadie te ha preocupado como parece que te preocupa él. Como te dije, no tengo nada con ese idiota y no pienso tenerlo tampoco. Quería

compañía, no me apetecía acabar la noche sola, sabes de lo que hablo, pero puedes estar tranquilo, porque ya me he dado cuenta de que no fue la mejor elección para terminar la noche.

—Sé reconocer muy bien a los hombres que son perjudiciales, y ése lleva escrito en la frente «PROBLEMAS». Aléjate de él, princesa; pon a resguardo tu

corazón, sé de lo que hablo.

* * *

Estaba lista y mi móvil sonó. John me había enviado un audio por

WhatsApp diciéndome que su hijo me estaba esperando en la puerta de entrada

de mi edificio.

—¿Ahora usas a tu hijo de chófer, John? ¿Qué pasa, has perdido clientes y

has debido reducir personal siguiendo el plan de austeridad que habéis puesto en

marcha en la agencia?

—Cariño, no se trata de austeridad, pero sí, tengo un plan y en la cena te enterarás.

Manning, el portero, me abrió la puerta, flanqueándome la salida a la calle;

junto al bordillo, un híbrido negro estaba estacionado, acaparando mi atención,

cuando la puerta del BMW i8 se deslizó hacia arriba y del lado del conductor bajó un hombre que rezumaba éxito.

Pude reconocer de inmediato los rasgos de Júnior, el hijo de John. Vaya, la

última vez que coincidí con él fue poco antes de que se marchara a la universidad, y sin duda se había transformado en todo un hombre. Se lo veía muy bien desarrollado y la diferencia de edad entre nosotros no era tan notoria.

—Joss, estás muy guapa, como siempre. —Me saludó con un beso en la

mejilla; parecía muy seguro de sí mismo

—Y tú, muy crecido. —Posó su mano en mi cintura, invitándome a caminar

junto a él, y sonrió de lado—. Te hacía viviendo en California.

—Hace una semana que estoy en Nueva York. —Después de que yo me

acomodara en el interior, cosa que no resultó tarea fácil en ese superdeportivo, dio un ágil trote bordeando el coche y se montó junto a mí.

—¿Cuándo te vas?

—Pienso quedarme por mucho tiempo —me contestó mientras ambos nos

ajustábamos los cinturones de seguridad, al tiempo que se estiraba para coger la

puerta y cerrarla.

No tardamos en llegar al elegante restaurante Gabriel Kreuther, ubicado en

la Calle 42 West. El chef era amigo de John y a él le encantaba ir a comer allí,

razón por la cual no me extrañó la elección.

Cuando estacionó frente al local, Júnior se apresuró a apearse y a tenderme

la mano para ayudarme a salir del híbrido. Mi estrecha falda se me levantó ligeramente, dejando a la vista mucha más piel de mis piernas; él se mostraba vigoroso y no se parecía en nada al adolescente que años atrás había conocido,

por lo que su mirada inspeccionó desvergonzadamente mis muslos. Me reacomodé la prenda y curvé los labios en una sonrisa, provocándolo, pero no se

amilanó; por el contrario, me dedicó un guiño, indicándome que le gustaba mucho lo que veía.

Cuando un rato antes mi mánager me envió el mensaje, creí que su hijo sólo

sería el encargado de recogerme; sin embargo, en ese instante me estaba

escoltando hacia el interior.

—¿Te quedas a cenar con nosotros?

—¿No me quieres en la mesa?

—¿Estás coqueteando conmigo, John? —Posé mi mano sobre su hombro y

se detuvo en el camino para estudiarme de cabo a rabo sin ningún

remordimiento.

—No, Joss —su voz sonaba muy grave—, aunque, si fueran otras las

circunstancias, no dudes de que lo hubiera hecho, y en ese caso no te

preguntarías si lo estaba haciendo, créeme que no te cabrían dudas de mis actos.

—Señor Gibbs, señorita Burns —nos interrumpió el *maître* del restaurante

—, bienvenidos al Gabriel Kreuther. El señor Gibbs, padre, los espera en uno de

los reservados del *lounge*; si me permiten, los guiaré hasta allí.

—Gracias Mark, pero no es necesario; conocemos el sitio, no te molestes,

atiende a los demás comensales.

—No es ninguna molestia, señorita Burns; es mi trabajo y lo hago con

gusto.

* * *

Tomábamos una copa de champán después de cenar. John me había

sorprendido diciéndome que dejaba la agencia en manos de su hijo. Aunque Júnior se veía algo joven, estaba segura de que su padre no habría dejado las cosas a su mando si no creyera que era el adecuado: Gibbs Talent Management

era su vida entera, y no echaría por la borda lo que tanto le había costado forjar.

—¿Por qué esta decisión tan repentina?

—Te lo contaré... sé que, si alguien no me mirará con lástima, ésa eres tú.

Fruncí el ceño, sin entender a qué se refería.

—Tengo cáncer de pulmón.

—Lo siento, John —tardé unos segundos en contestar, la noticia me tomó

por sorpresa—, no es lo que esperaba oír. ¿Hay posibilidades de plantar pelea?

—Las hay, pero no lo hará —intervino su hijo, encabronado y sin preocuparse por ocultar su enfado.

Me quedé mirando a John mientras sorbía de su copa; él había dejado claro

desde un comienzo que no quería mi lástima, pero ¿cómo evitarla?

—Exacto, no lo haré —afirmó mientras depositaba su copa en la mesa y se

recostaba en el asiento—. Según los médicos, tengo un cuarenta por ciento de posibilidades de que la enfermedad remita... pero ya sé en primera persona lo que es pasar por eso —añadió dejando de mirarme para fijar la vista en su hijo

—. Tu madre tenía más porcentaje que yo de vencer el cáncer y, sin embargo, su

vida se apagó lentamente entre mis manos sin que ningún tratamiento que

intentaron funcionara.

—Era otra época, la ciencia ha avanzado —acoté interrumpiéndolo.

—Deja, Joss, no te canses, es un viejo testarudo; lo mismo le he dicho yo,

pero no quiere escuchar. Ya lo tiene todo planeado.

—John, eres un hombre muy inteligente, creo que deberías intentarlo —

tercié.

—¿De pronto te preocupas por mí? Vaya, anoche ni siquiera me cogías el

teléfono.

Puse los ojos en blanco.

—Porque odio que te pongas en plan de niñero; soy adulta para tomar mis

propias decisiones.

—Exactamente, eso mismo digo yo: soy adulto para tomar mis propias

decisiones. Con respecto a ti, beber hasta caer inconsciente no es muy de adulto

y anoche ibas por ese camino.

—Dejarse morir tampoco.

—Ves por qué reunirnos con Josephine era imperativo; de todos nuestros

clientes, ella es la que más dolores de cabeza te dará.

—Me estás pintando como una perra y sólo soy una mujer de armas tomar,

que quiere y vive con independencia, pero tú y mi padre tenéis un estúpido arreglo a mis espaldas y creéis que podéis invadir mi vida en el momento en que

se os ocurra.

—En Gibbs Talent Management nos caracterizamos por cuidar la imagen

de nuestros representados; si para ti evitar que salga una foto tuya borracha en la portada de las revistas de cotilleo es invadirte, pues entonces simplemente deja

de hacerme perder el tiempo y de perderlo tú también, porque ten por seguro que

ningún productor quiere contratar un problema.

—No soy una alcohólica. ¿Qué va a pensar Júnior de mí?

—Aaah, veo que te gusta contradecirte, voy entendiendo... —acotó J. J.—.

De pronto te importa el qué dirán, y eso es bueno, Joss, porque lo que te acaba

de comentar mi padre es cierto: nadie quiere contratar un problema, así que decide la vida que quieres vivir. Si pretendes seguir creciendo en tu carrera de actriz, la imagen rebelde que intentas proyectar no te ayudará; ahora bien, si eso

es lo que quieres... en ese caso haz una prueba de audición para entrar a formar

parte en el coro de la banda de tu padre, ahí creo que podrías encajar.

—No te conviertas en un grano en el culo como tu padre, John.

Él se acercó a mí quedando a sólo unos centímetros de mi rostro, y me miró

a los ojos con determinación.

—No seré un grano en tu culo, seré un forúnculo. Que sea joven y que no

tenga la experiencia de mi padre no impedirá que cuide del negocio que tanto empeño le ha costado levantar y mantener desde que lo construyó, y si quieres

un consejo: guarda tu coqueta voz para otro, no estoy en el mercado para eso. Y

una cosa más: decide si te quedas con nosotros o te vas, tampoco estoy para perder el tiempo con niñas consentidas que sólo buscan llamar la atención haciendo berrinches.

—Eres un idiota. Soy quien paga tu sueldo, deberías hablarme con más

respeto.

—Seré quien te conseguirá *castings* para que obtengas contratos para que puedas pagar mi sueldo. —Nos sostuvimos las miradas como en un duelo de titanes; cuando me disponía a replicar, él elevó el tono de su voz, cortando mi iniciativa—. El respeto debe ser mutuo; obtendrás de mi parte lo que te merezcas.

—Veo que os estáis entendiendo muy bien, así que os dejo solos; mi tarea

de presentaros ha terminado.

John se puso de pie y se inclinó para despedirse con una sonrisa burlona en

el rostro.

—Evidentemente no me equivoqué, mi hijo es el adecuado.

CUATRO

Maverick

Si había alguien que podía descentrarme en un tris, sin duda, ése era mi padre.

No quería pensar más en nuestra conversación, pero parecía imposible no

hacerlo.

Después de que se fuera, recogí los cacharros y los metí en el lavaplatos.

No podía creer lo que me había pedido, ni tampoco en el brete en el que se había

metido al mezclarse con ese tipo de gente.

Me pasé la mano por el pelo, cogí las llaves de uno de mis coches y salí de

allí; necesitaba despejar mi mente. Conduje por la ciudad sin rumbo fijo; las luces de neón de las marquesinas parecían las sinapsis entre mis neuronas, que no daban respiro a mi cerebro.

Me aparté de la artería principal de la ciudad y aparqué en un oscuro

callejón. Necesitaba sosegarme. Cogí mi móvil y me desplacé a través de los contactos; no sé qué buscaba, porque ahí no tenía ningún número de ninguna mujer grabado, pues jamás guardaba los teléfonos de quien me follaba porque no

me hacían falta, nunca repetía. Bloqueé el aparato y lo arrojé al asiento del copiloto, y giré en U, aunque en ese sitio no estuviera permitido hacerlo, pues necesitaba salir de ese lugar.

Volví a conducir y de pronto me asombró terminar aparcado junto al

bordillo de enfrente del apartamento de Jo.

¿Qué mierda me pasaba con esa mujer? Por la tarde le había enviado

flores... Me reí sin ganas, porque jamás le había mandado un ramo a ninguna mujer salvo a mi abuela o a Madeleine; lo que había hecho era patético, no me lo

podía creer, pero ella se había transformado en algo así como una obsesión y no

estaba acostumbrado a que me dijeran que no.

Golpeé el volante del Ferrari Spyder negro del sesenta y dos en el que estaba montado y me preparé para poner primera y salir de ahí cuanto antes. Sin

embargo, un BMW i8 de color negro estacionó junto a la acera, y esa bestia híbrida acaparó toda mi atención. Yo era un gran admirador de los buenos automóviles, así que, intrigado por ver quién era el poseedor de esa maravilla, demoré mi partida. Las puertas de tijera del coche se deslizaron hacia arriba y

dejaron ante mi vista una concepción y un aspecto que parecían llegados del futuro. El frontal bajo y agresivo de esa máquina combinaba muy bien con las marcadas líneas, terminado en una zaga con superficies flotantes y trazos robustos, acordes al planeamiento del arquetipo. Un hombre joven, alto y con una complexión física que claramente indicaba que pasaba muchas horas en el gimnasio bajó de él; pegaba con el aspecto del vehículo, debía reconocer que tenía estilo. Con prontitud, y abrochándose la chaqueta en el camino, bordeó el

automóvil, pero antes de que llegara a tenderle la mano a su acompañante, ella

descendió.

La furia me invadió de repente al ver que se trataba de Jo; quise salir de mi

Ferrari y reclamarle ese hecho, pero ella no era mía para hacerlo, y nunca lo sería, al menos no hasta ese punto.

Es cierto que tenía planeado follármela hasta que no pudiera caminar, pero

no sería nada distinto a como actuaba con otras mujeres; me gustaba hacer las cosas bien y mi compromiso en ello marcaba la diferencia. Por tal motivo me consideraba un hombre inolvidable y tenía planeado hacérselo entender. Una vez

que me tuviera en su cama, en lo único que ella podría pensar sería en lo bueno

que era. Claro que mi tamaño ayudaba bastante... mi pene hacía la mitad del trabajo, ya que la naturaleza había sido generosa conmigo. De todas formas, es

bien sabido que el tamaño no lo es todo si no sabes darle un buen uso, pero ése

no era mi problema, porque yo era bueno, no, era muy bueno, no... Pensándolo

mejor, eso no era la verdad: yo era el mejor.

El idiota que estaba con ella se apresuró y la cogió por el brazo. Parecía que

estaban discutiendo; era una chica de carácter, de eso no me cabían dudas. Jo se

soltó y entró en su edificio, y el tipo se quedó mirándola mientras se masajeaba

el puente de la nariz.

—Muy bien, ésa era mi chica.

Guau, ¿yo había dicho eso?

Jo no había accedido a dejarlo subir y eso me había causado una extraña satisfacción, aunque en el fondo sabía que sólo se trataba de que el tipo no sabía

cómo hacer muy bien su jugada, porque a mí sí me lo había permitido la noche

anterior.

Esperé a que la puerta del edificio se cerrara y luego me marché.

Me desplacé entre el tráfico nocturno por la ciudad, y acabé en el hotel Gansevoort, en Meatpacking District, donde estaba ubicado el Provocateur, el *nightclub* de mi buen amigo Spencer; aquel lugar era mi principal sitio

proveedor de coños, y donde habitualmente elegía terminar mis jornadas, tomando una copa y procurándome una buena follada antes de irme a dormir.

La entrada del exclusivo club nocturno era por la calle Hudson; allí estaba

apostado Eddie, ese tipo me caía muy bien. Conocía a todos los hombres que trabajaban en la seguridad del local, y ése, por su tamaño, era el que más intimidaba, así que por lo general él era el que siempre estaba apostado en la puerta principal.

—Maverick.

—Eddie, amigo. —Golpeé su brazo en un juego tácito que teníamos, pero

resultaba imposible mover de su sitio a ese gigante afroamericano; su

complexión física era la de un mastodonte. Sonrió y amagó con devolverme el golpe, pero entonces terminamos fundiéndonos en un abrazo de viejos

conocidos.

—¿Has dejado entrar buena mercancía hoy?

—Siempre; ya sabes, lo mejor de Manhattan se consigue aquí.

—Mi radar esta noche viene en busca de una pelirroja.

—Sin duda encontrarás, dentro, alguna muy bien torneada. —Me guiñó un

ojo y se acercó para hablarme en tono más bajo—. He dejado entrar a unas cuantas que son de tu tipo.

La decoración hedonista y glamurosa, inspirada en The Virgin Tour de

Madonna de 1985, así como la construcción del establecimiento habían corrido a

cargo de mi compañía. La experiencia sensual de los asistentes se veía

fortalecida permanentemente por una serie de efectos de última generación en luces robóticas que Spencer había hecho traer de los Países Bajos y que funcionaban de maravilla, resaltando los tonos morados con que estaban

tapizados los asientos. La sala vip era el recordatorio perfecto de que estabas como en una casa de muñecas, y el bar-café, algo así como un jardín lúdico.

Miré a mi alrededor y reconocí algunos rostros; de hecho, la rubia que me

había tirado la noche anterior en el privado de Spencer se me acercó de inmediato.

—Hola, Mav.

—Hola, muñeca, ¿nos conocemos? Veo que sabes mi nombre.

—Eres un idiota.

—Nena, anoche fui claro: creí que lo entendías cuando accediste a pasar un

buen rato conmigo —le dije demostrándole que, de hecho, sabía muy bien quién

era, pero haciéndole saber que no tenía ninguna intención en recordarla más allá

de la mamada que me hizo en el sofá.

Me besé el pulgar y se lo puse sobre los labios, y cogiéndola por la nuca me

acerqué a su oído.

—Tienes una boca muy habilidosa, pero, como te dije, nunca repito.

Le mordí el lóbulo de la oreja y me alejé de ella, dejándola con ansias. Me

encantaba saber que las mujeres me deseaban, pero ése era mi juego, jamás tendrían más de mí de lo que estaba dispuesto a darles.

Esquivé al resto de la gente y caminé hacia la trastienda del *nightclub*, dirigiéndome a la puerta en la que podía leerse *«NO TRESPASSING»*.* Choqué los nudillos de una mano en la dura madera y Austin, el encargado de mantener

ese lugar cerrado, deslizó la mirilla y de inmediato, al reconocerme, me flanqueó

la entrada.

Nos saludamos con un apretón de manos y luego me encaminé hacia la

oficina de Spencer. Cuando abrí, encontré a Drake ensartado en una morena que

tenía las piernas enredadas en su cintura mientras chillaba su nombre con cada empellón.

Mi amigo levantó la cabeza, que tenía enterrada en el cuello de la chica, y

me miró sin dejar de moverse.

—Spencer no está aquí.

—Ya lo veo, seguid con lo vuestro.

Cerré la puerta y divisé a Spencer saliendo de la bodega, con Dalton.

—Maverick —me palmeó el hombro—, me extrañaba que no vinieras. Mi

despacho está ocupado.

—Ya me he dado cuenta.

—Ven, vamos arriba, a mi otro privado, a tomar algo. ¿O prefieres que

vayamos al bar para que puedas lanzar tu telaraña?

—Hay tiempo; busquemos aislamiento y conversemos un rato.

Tras tomarnos unas copas de Macallan, Drake se unió a nosotros. No me

extrañó, él era como yo: se subía a bordo y, tras acelerar a fondo, luego descartaba cualquier camino que lo pudiera llevar a algo más comprometido que

un buen polvo.

Charlamos un rato de la vida. Me sentía afortunado de tenerlos como

amigos; todos sentíamos admiración por el otro y formábamos una buena

pandilla... Hacía unos cuatro años habíamos tenido una baja, Luka. Desde que se

había convertido en padre, su vida se había vuelto más tranquila, ya que se transformó en un hombre responsable, y no sólo por su hija, sino también porque

el nacimiento de su vástago coincidió con la muerte de su padre y entonces tuvo que sentar cabeza a la fuerza y ponerse la empresa familiar sobre los hombros.

De todas formas, cuando sus compromisos se lo permitían, siempre se unía a nosotros para pasar un buen momento como los que antes compartíamos casi a

diario.

—¿Te relleno el vaso? —me preguntó Spencer, y moví la cabeza en un

gesto de negación. Miré la hora; al día siguiente tenía varias reuniones de trabajo por la mañana, incluso una en la empresa de mi buen amigo Luka Bandini, ya que mi constructora iba a ser la encargada de construir una torre de las características del Bandini Heart, pero en Doha, Qatar. Sería un edificio ciento por ciento sostenible desde sus entrañas, igual que el que había levantado hacía

algunos años frente al Bryant Park y que también era de su propiedad. Tras revisar el reloj, me levanté de mi asiento y les dije:

—Voy a tirar mis redes para terminar la noche como Dios manda, enterrado

en un buen coño que me quite todas las tensiones del día. Nos vemos mañana.

Me despedí de ambos con un apretón de manos y salí del lugar.

No me tomaría mucho tiempo hacer que mi telaraña atrapara a mi presa;

como le anuncié a Eddie cuando entré, esa velada me apetecía follarme a una pelirroja, así que, tan pronto como entré en el salón, mi radar se activó.

Vi a un grupo de mujeres que parecían estar juntas; entre ellas divisé una del estilo que esa noche buscaba. Me arrimé a la barra y Garry, el *barman*, en cuanto me vio, se me acercó.

—Maverick —chocamos ligeramente los puños—, ¿lo de siempre? —me

preguntó de inmediato.

Asentí con la cabeza, y le indiqué que fueran sólo tres; era consciente de que al día siguiente debía levantarme temprano.

Me giré mientras esperaba mi bebida y mis ojos escanearon el local en

busca de esa presa que ya había marcado... y no me costó demasiado divisarla mientras bailaba junto a una de sus amigas. Ella levantó los brazos,

contoneándose, y su vestido tubo, muy ceñido al cuerpo, se subió unos

centímetros, permitiéndome vislumbrar vagamente el comienzo de sus nalgas;

me sonreí con malicia porque ya estaba imaginándome aferrado a ellas.

Volví mi vista a Garry para comprobar si ya tenía lo mío; estaba impaciente,

por supuesto, pero el *barman* era muy eficiente y además me conocía muy bien, así que, en ese momento, alineó tres vasos de chupitos, que se veían transpirados

porque estaban muy fríos, perfectos para que él comenzara a verter en ellos el

vodka que me iba a beber. Los apilé formando una pequeña pirámide y, después de volver a mirar a mi exuberante presa pelirroja, comencé a bebérmelos de inmediato: cogí el de más arriba y me zampé el contenido de una vez. Volví a girarme sin querer perder de vista mi potencial trofeo de caza, y comprobé que

ella seguía bailando muy concentrada. Sentí el pulsar de mi polla en la entrepierna y me reacomodé mi abultada excitación; la costura del vaquero me molestaba, invadido por la anticipación, así que, sin perder más tiempo, me tomé

los dos chupitos restantes. Garry, que no me perdió de vista en ningún momento,

dejó una botella de Dom Pérignon P2 del noventa y tres sobre la barra y, en el

instante en el que bajé mi último vaso de chupito y lo dejé sobre el mostrador, él

me alcanzó dos copas.

Volví a chocar su puño, cogí lo que me estaba entregando y me marché listo

para capturar mi botín.

Sumergiéndome en la pista de baile, me apreté entre las dos mujeres. Mi pecho y mi vista apuntando hacia mi pelirroja elección; ella sonrió y se giró, permitiéndome apoyar mi pelvis en sus nalgas, y entonces empecé a mover las caderas al compás de la música, imitando lo que le haría cuando la tuviera bajo

mi cuerpo. Su amiga no se alejó; por el contrario, se apretó más contra mí, deslizando su mano bajo la tela de mi camisa. Al instante me di cuenta de que le

gustaba lo que palpaba, porque me clavó las uñas en los abdominales; entonces

giré la cabeza, reparando por primera vez en ella. Era una morena de ojos color

miel que a decir verdad tampoco estaba nada despreciable. Capturé su boca y ella al instante se mostró muy receptiva. Saqué la lengua y me abrió paso entre

sus labios; su boca caliente y húmeda de inmediato me recibió, y su lengua se agitó con ferocidad, enredándose a la mía. No obstante, aunque el beso era ardiente y muy húmedo, no quería perder a la pelirroja, estaba antojado con ella,

así que en el momento en el que sentí que ésta quería alejarse, terminé el beso y

con mi mano, la que tenía libre porque con la otra estaba sujetando el champán y

las copas, la ajusté alrededor de su cintura.

Demostrándole que mi interés estaba en ella, me acerqué a su oído y le lamí

el lóbulo; percibí cómo se estremecía y supe que estaba retorciéndose con antelación, imaginando todo lo que podría hacerle. Estaba seguro de que había sentido mi erección bajo mis pantalones, y que estaba deseosa de probarme. Me

apreté más a ella para demostrarle lo que podía perderse si se iba y entonces se

relajó.

La solté, para buscar su mano, y aproximándome le hablé al oído.

—Ven, nena, el champán se está calentando.

Sus ojos se detuvieron en mí, calculando el trayecto entre nosotros al

tiempo que sus iris me escanearon. Dudó por un instante; sin embargo, sabía claramente que sólo estaba intentando hacerse la difícil.

Estaba seguro de que le gustaba lo que veía.

Con clara intención, cuadré los hombros y levanté la mano que sostenía el

champán y las copas; sabía que eso haría que mis bíceps se ajustaran a la tela blanca de mi camisa para que ella pudiera notarlos. Me di cuenta de que lo había

logrado porque su mirada se detuvo en ellos. Le ofrecí una sonrisa malvada, un

juego puramente ruin que le estaba indicando cuánto podría conseguir conmigo,

ya que sólo tenía que mirarme como lo estaba haciendo para saber que yo era lo

que anhelaba.

Tiré de ella y me siguió, así que la llevé hacia la barra, me senté en una de

las banquetas altas y la acomodé entre mis piernas mientras dejaba las copas; de

inmediato me dediqué a descorchar el champán.

«Las mujeres tienen una fascinación por las burbujas, simplemente no

pueden resistirse; sé que automáticamente ven la palabra *sexo* tatuada en la frente de quien las invita, así que tengo claro que mi jugada no puede fallar.»

Serví ambas copas y al instante Garry me alcanzó una cubitera con hielo para que depositara la botella en ésta. Cogí la copa e hice el amago de entregársela, pero entonces me incliné y mordisqueé sus labios.

—Déjame probar cómo saben antes de que bebas el champán.

—¿Siempre eres tan descarado?

—Puedo serlo más, no te imaginas cuánto, pero tengo intenciones de que lo

descubras.

Sonrió y me dejó besarla; el beso fue corto, pero suficiente como para que

el ritmo de su respiración cambiara. Entonces me aparté, dejándola con ganas de

más.

—Bebe —le ordené—, todo.

Me miró por un instante, pero finalmente llevó la copa a su boca para hacer

lo que le había pedido. Cuando la bajó, me volví para apoderar de sus labios; mi

lengua se metió en su boca a fondo, indicándole lo que ésta podía hacerle a su

coño. Gimió en mi boca, sabía que estaba fantaseando. La agarré por la nuca y

profundicé el beso bajo mi mando, y con ambas manos le acaricié las nalgas.

Luego me aparté, para volver a rellenar su copa; yo ya había bebido suficiente,

así que apenas me humedecía los labios con la que aún estaba servida. Ella la terminó rápidamente, y ésa fue una clara señal de que estaba ansiosa. Me reí de

lado, ofreciéndole mi mano.

—¿Tienes que avisar a alguien de que te vienes conmigo?

—No. —Se puso un mechón de cabello rojo tras la oreja y añadió—:

Enviaré un mensaje luego.

Salimos del Provocateur y me percaté de que Eddie me había divisado

desde su puesto en la entrada. Se carcajeó cuando vio que salía con una pelirroja.

Con la mano en su cintura, la guie hasta mi coche. Cuando se acomodó en

el lugar del copiloto, tiré del cinturón de seguridad y se lo coloqué, al tiempo que me incliné para capturar nuevamente su boca.

—Manda ese mensaje que tienes que enviar, no quiero perder tiempo

cuando lleguemos.

Cerré la puerta y rodeé el vehículo; con celeridad, me acomodé dentro de mi Ferrari Spyder.

—¿Adónde vamos? —me preguntó mientras escribía.

—A mi apartamento.

Como ya he dicho, contaba con un apartamento libre, que a menudo usaba

de picadero, en diversos edificios que poseía en Manhattan, así que no tardamos

en llegar al 49 W de la Calle 12, ubicado entre la Quinta y la Sexta Avenida, en

una de las calles arboladas con más monumentos de Greenwich Village. El lugar

era pequeño, del tipo que se conoce como estudio, pero tenía todo lo necesario, y

una cama amplia y muy cómoda.

Tardamos tan sólo unos pocos minutos en llegar y, cuando aparqué el

coche, noté que volvía a enviar otro mensaje. ¡Ja! chica precavida, no la culpaba

por anunciar su ubicación a quien quiera que lo hubiera hecho.

La ayudé a descender de mi deportivo y la cogí por la cintura de inmediato.

—No me has dicho tu nombre.

La miré y, despejando el cabello de su rostro, le dije:

—¿Cómo te gustaría que me llamara?

Sonrió retorciéndose en mis brazos y luego comentó:

—Creo que tienes cara de... Austin.

—¡Has adivinado! ¿¡Cómo lo has hecho!?

—No lo sé, lo he intuido. Mi nombre es April.

—Mmm, pero estamos en octubre, así que en mi cabeza te llamarás

October.

Sonrió ante mi ocurrencia, sin darse cuenta de que en verdad a mí no me interesaba cómo se llamara, porque sólo la quería para saciar mis ganas; a la mañana siguiente ni la recordaría.

Después de tirármela dos veces, me levanté de la cama, cogí mi móvil y mi

billetera —jamás dejaba mis objetos personales a la mano de ninguna de las mujeres con las que me enrollaba, era una cuestión de instinto de conservación

— y me metí en el baño, anudé el condón y lo descarté en el cesto de basura, me

aseé y, tras realizar una llamada, salí.

—Vístete, October. —Recogí su ropa y se la arrojé sobre la cama—. El

conserje del edificio ya te ha pedido un taxi.

Se sentó mostrándose ofendida; la tensión en todo su cuerpo resultó muy

fácil de advertir.

—¿Me estás echando?

—No, estoy informándote de que te estoy proporcionando un medio de

transporte seguro para que llegues a salvo a tu casa. Apresúrate, te están esperando y... por cierto, no te preocupes por el pago de la carrera, yo me encargo de eso.

—Eres un idiota.

—Uy, no empieces... Has venido muy fácilmente conmigo, ni siquiera me

habías preguntado el nombre hasta que hemos llegado aquí, ambos lo hemos pasado bien, te he proporcionado varios orgasmos, con mi lengua, con mi polla y

con mis dedos, y... estoy seguro de que nunca te han follado como lo he hecho

yo, así que detén el drama y no arruines la noche, esto te hace menos digna, nena.

Empezó a vestirse ofuscada y me quedé observándola, me acerqué y la cogí

por el mentón.

—Oye, no he querido ser grosero —la verdad es que nunca había sido tan

capullo como lo estaba siendo—; lo he pasado bien, es sólo que no acostumbro a

dormir con nadie. ¿Necesitas el baño o puedo entrar a ducharme?

—Vete a la mierda, Austin.

—Cierra la puerta cuando salgas y no la aporrees demasiado, los vecinos

duermen.

Me introduje en el baño y la oí claramente cuando se fue, pues el sonido de

la ducha no fue suficiente para amortiguar el golpe y el temblor que provocó cuando cerró la puerta. Joder, no siempre se lo tomaban bien cuando les

anunciaba que el taxi estaba esperándolas, pero al menos no me podían tachar de desconsiderado, me ocupada de ellas hasta el final.

Nunca me quedaba a dormir allí, ese lugar sólo lo tenía para pegar un

polvo.

Salí del ascensor y crucé el recibidor del edificio.

—Señor O'Brien.

—Buenas noches, Isaiah —saludé a conserje del edificio—; dile a Isaac que

mañana pase a cobrar la carrera del viaje.

—No se preocupe, él ya sabe que tiene que pasar por su empresa.

Levanté un pulgar mientras salía.

—Que descanse, señor.

—Igualmente.

CINCO

Maverick

Bebía un café negro apoyado en la encimera de la cocina; estaba a punto de salir

de casa rumbo a la oficina y la empleada doméstica acababa de llegar, silenciosa

y justo a tiempo, en el momento en el que estaba por marcharme. Cuando estaba

en mi casa no me gustaba cruzarme con nadie, ésa había sido una de las condiciones cuando contraté los servicios de la chica en la agencia de empleados

domésticos.

Tampoco es que fuera un ogro... si me cruzaba con ella, la saludaba, y además algunas veces habíamos intercambiado alguna que otra palabra, incluso

sabía que Eva estaba casada y que tenía dos hijos en la escuela primaria.

Simplemente se trataba de una sensación de invasión de mi espacio, y por ello me sentía mucho más cómodo cuando no la veía.

—Señor, lo siento, es la hora de siempre...

—No te preocupes, Eva, voy con retraso —le contesté antes de terminarme

el café de un tirón y reacomodar mi corbata, que la tenía echada hacia atrás, sobre un hombro, para no mancharla.

—Los niños, ¿bien?

—Oh, sí, muy bien; están preparando, con su padre, sus cometas para la

celebración en el Randall's Island Park Alliance, donde, además de hacerlas volar, decorarán calabazas; incluso harán algunas artesanías y participarán en los

juegos.

—Tómate el día libre y asiste con ellos.

—Oh, no, señor, no es necesario.

—Sí lo es; una madre debe pasar esos ratos con sus hijos. Yo puedo

arreglarme, sólo será un día; además, sabes que casi no estoy aquí.

—Pero a usted le gusta sentir el aroma a bosques de las montañas de la Toscana cuando llega a su casa. No es justo, paga por ello.

—Y también quiero pagar para que ese día lo pases con tus hijos. No se hable más. Si te veo aquí el día del evento, llamaré a la agencia de limpieza y pediré que te reemplacen.

—Gracias.

—Que tengas un buen día.

—Igualmente, señor.

Me aproximé al sofá y recogí mi maletín y mi chaqueta, me toqué los

bolsillos para cerciorarme de que llevaba conmigo todos mis objetos personales

y me marché.

Llegué a la torre ubicada en la calle Spruce, donde funcionaba mi estudio de arquitecto, cuya construcción, además, llevaba mi firma. La misma se

encontraba a unas pocas manzanas de la zona cero y muy cerca de otras

estructuras históricas, como el Ayuntamiento de Manhattan, el Puente de

Brooklyn y el Edificio Woolworth. Cuando comencé con esa construcción, fue un proyecto muy ambicioso, y todo un desafío para la ergonomía dentro de la visión de la arquitectura moderna en el distrito financiero de la ciudad. Sin embargo, siempre terminaba consiguiendo todo lo que me proponía y, aunque fuera un gran reto, hoy su fachada recubierta en acero inoxidable captaba la luz

cambiante del día, otorgándole un carácter único a la edificación y resaltando en

el *skyline* de Manhattan.

Después de una agitada reunión, con los ingenieros que trabajarían conmigo

en el proyecto de Doha, salí del edificio rumbo al Bandini Heart, donde tenía otra reunión para hablar de lo mismo con quienes me habían contratado; sabía que allí estarían algunos de los directivos de Bandini Group, así que iba preparado para contestar todas las dudas que surgieran. Ya les había presentado

el proyecto unos meses atrás, pero en ese momento iba con algunas

modificaciones que me habían pedido.

La reunión finalmente transcurrió informal en el despacho de Luka, mi gran

amigo y CEO de las industrias petroleras Bandini y de Bandini Group. Su hermano, como siempre, se comportó como el grano en el culo que era de cualquiera; tenía el poder de sacar de quicio a todo el mundo. Estaba seguro de

que ese tipo desayunaba resentimiento, y no sabía exactamente cómo Luka lo soportaba.

Cuando todos se fueron, mi amigo me atajó mientras lo estaba guardando

todo.

—Quería hablarte de algo.

—Claro, dime, ¿qué necesitas?

—En realidad necesito pedirte un favor. Sé que siempre dejas libre un

apartamento en todos tus edificios; quería saber si me prestarías las llaves del que tienes en el barrio DUMBO; iré con alguien.

Le golpeé el hombro con el puño y me sonreí; me gustaba saber que su vida no era sólo trabajo y que también se ocupaba de sus necesidades como hombre.

—Descuida, te la mandaré con un mensajero, pero... ¿no quieres llevar a

Darleen al que queda en Chelsea? Ése es un edificio con más estilo.

—No es para ir con Darleen. Necesito las llaves del de Brooklyn.

Me sonreí sin entender nada, y reconozco que estaba intrigado por saber

con quién iría, ya que Luka jamás se hacía el misterioso cuando se trataba de una

mujer, pero en ese instante lo estaba siendo.

—¿No quieres que sepa que eres el soltero más codiciado de la ciudad?

¿Dónde vive esa chica para no saber quién eres?

—Precisamente es todo lo contrario... se trata de que no es alguien a quien

deba impresionar con nada, ya me conoce. Deja de mirarme así, ¿quieres? No sé

lo que te estás imaginando, pero no significa nada.

—Estás muy misterioso para que no sea nada.

—Me prestas la llave, ¿sí o no?

—Ya te he dicho que sí.

—Ok. No mandes a nadie, Aos pasará a buscarla.

* * *

Me había pasado el día con los pensamientos yendo y viniendo, y no

entendía el por qué, ya que jamás le daba tantas vueltas al hecho de salir con una

mujer.

Estaba en el vestidor de mi casa acabando de arreglarme para ir a recoger a

Jo mientras conjeturaba, y llegué a la conclusión de que me sentía así porque nunca invitaba a ninguna mujer a una cita, y eso parecía eso.

Joder, mi instinto era mi mejor aliado y tendría que hacerle caso; sin

embargo, en ese momento era consciente de que me estaba dejando llevar y, aunque mi instinto siempre había sido brillante, ese día no iba a hacerle caso, aunque estuviera siendo un verdadero idiota; definitivamente no debería ir a por

ella, no debería querer con tantas ganas follármela.

«Nunca asumo riesgos de los que sé que no podré zafarme, así que, ¿por qué hacerlo ahora? Un momento —me miré en el espejo y fruncí el ceño—, ¿por

qué mierda creo que tirarme a Jo es un riesgo?

»Ninguna mujer jamás lo es para mí, así que ella tampoco lo será. Sólo es

una más, sólo es un coño al que le tengo más ganas que a otro.»

SEIS

Joss

Estaba echada en el sofá mirando el techo, sin saber en qué ocupar mi vida.

Había llamado a mis amigas para que nos reuniéramos en mi casa para cenar, pero... Nicole, tenía una cita misteriosa y no había querido desvelar con quién; me dijo que era por trabajo, pero ella no tiene cenas de trabajo, así que no la creí.

Poppy me explicó que ya había quedado para ir al cine no sé con quién, según

ella iba a encontrarse con una antigua compañera de oficina, pero sabía muy bien

que ella no había mantenido el contacto con nadie de la época en la que trabajaba en la empresa inmobiliaria de Steve. Y Chiara esa noche cenaba con sus padres... así que estaba más sola que Adán en el día de la madre.

Me levanté y fui hasta la cocina, destapé una botella de White Night, que pasé al decantador. Debería haber pensado en comer algo antes de beberme una

copa, pues es un vino que huele a frutas y que va muy bien con un rodaballo o

con un lomo de cerdo, pero no lo hice. Cogí una copa del anaquel y la llené, la

olí y luego pegué un trago, pasándolo por toda mi boca para degustar su sabor.

Regresé hasta donde había quedado mi móvil y volví a caer en el sofá

después de dejar la copa en la mesa baja; deslizándome por mis contactos, abrí el

WhatsApp y le envié un mensaje a John Júnior.

Joss: ¿Me llevas a alguna parte? Estoy aburrida.

John: Pensaba que la otra noche te habías quedado bastante cabreada conmigo.

Joss: Debemos trabajar juntos, así que será mejor que nos entendamos, por el bien del negocio. ¿O quieres que me busque otro maldito representante?

John: ¿Estás amenazándome con largarte a otra agencia? Haz lo que quieras, no voy

a rogarte; quizá me quite un dolor de cabeza si te marchas. Mi padre y el tuyo son amigos desde hace años, pero yo no le debo nada a Pete, así que, si te quieres ir, vete.

Joss: Idiota.

Me levanté del sillón, arrojé mi móvil sobre éste y después de zamparme el

contenido de la copa de una vez la volví a rellenar y empecé a desvestirme para

buscar ropa más acorde; me iba a ir de gira, a recorrer todos los *nightclubs* de la

zona. Nada que un poco de alcohol y una buena follada no pudiera quitar, no me iba a poner a llorar por los rincones porque me sintiera sola, Josephine Burns podía encontrar compañía en un abrir y cerrar de ojos.

Estaba de pie, desnuda frente al espejo, con varios vestidos desechados a mis pies. No encontraba nada que me agradara, o tal vez sólo se trataba de que

mi ánimo no era el mejor; finalmente me decanté por un modelo de Escada, muy

corto y de color dorado, que tenía un escote drapeado muy pronunciado;

necesitaba encontrar unas pegatinas para el busto, si no quería aparecer en las noticias del día siguiente con los pechos al aire sin que me diera cuenta; esos escotes eran realmente traicioneros y te dejaban expuesta sin que lo advirtieras.

Después de asegurarme el vestido, y mientras me calzaba los tacones de Manolo

Blahnik, me dirigí hacia la cocina a servirme otra copa de vino, pues ya había terminado la segunda mientras me cambiaba. Tomé un sorbo y me llevé la copa

conmigo hacia el tocador, necesitaba maquillarme.

Mi móvil sonó.

John: ¿Estás lista? Paso a buscarte en quince minutos.

Me sonreí al leer el mensaje, le contesté de inmediato.

Joss: Estaré a tiempo.

Era consciente de que lo había llamado a él porque no quería terminar como

una cuba, así que salir con John garantizaba eso, y que además no tuviera una noche de sexo, y eso evitaba asimismo que no acabara frustrada como con los últimos idiotas que me había llevado a la cama.

Estaba lista cuando mi móvil volvió a parpadear con otro mensaje de John

en el que me avisaba de que me esperaba fuera.

Preparada para salir, reforcé mi perfume, lo metí en el *clutch* y empecé a apagar las luces cuando el sonido del telefonillo de conserjería me interrumpió.

—¿Qué ocurre, Manning?

—El señor O'Brien la está esperando en conserjería, ¿lo dejo entrar?

Me sonreí casi sin que pudiera evitar soltar una carcajada; me había

olvidado por completo de las patéticas flores que había enviado junto con la nota

en la que me decía que pasaría ese día a buscarme; lo había sacado de mi mente

porque había comprendido que nada bueno podía venir de él, pero en ese

instante estaba saboreando la dulzura de la venganza... ese placer que sólo experimentan los dioses era perfecto; me sentí de pronto como Helena disputada

por Menelao y el príncipe Paris de Troya.

—Dile por favor que me aguarde, bajo ya mismo.

Maverick

La puerta del ascensor se abrió y la vi caminando por el pasillo en dirección

a la conserjería; etérea, casi flotando en el aire, sus curvas resaltaban abundantes bajo la fina tela del vestido que había elegido ponerse. Se veía caliente, muy caliente, increíblemente caliente, era más bien ese tipo de calor que te hace pensar que no es imposible terminar quemado en su fuego. Llevaba el cabello suelto, así que me imaginé enroscándolo en mi puño mientras enterraba mi polla

en su boca y movía mis caderas sin piedad, follándola sin descanso. Joder, mi entrepierna empezó a saltar inquieta ante mis pensamientos. Jadeando

suavemente, me dejé llevar por un instante ante el fuego que ella emitía.

Santo infierno, quería perderme en ella. Lo único que ansiaba con todas mis

fuerzas era acabar entre sus piernas.

Se acercaba a mí contoneándose, así que intenté serenarme.

Crucé los brazos sobre el pecho, demostrándole el poder de mis músculos;

eso siempre funcionaba, porque las ponía a pensar en el momento en el que las

agarraría por las caderas y me impulsaría dentro de ellas. Apoyé uno de los hombros contra la pared y sacudí la cabeza ofreciéndole mi mejor sonrisa, mientras mis ojos se arrastraban por todo su cuerpo.

A las mujeres les gusta sentirse desnudadas antes de que eso ocurra, y eso era lo que acababa de hacer;

la miré desde la punta de los pies hasta sus profundos ojos verdes, lamiéndola con mi mirada.

Sin detenerse, pasó por mi lado, y el estupor me invadió.

«¿Qué cojones le pasa?», me pregunté, y estaba por decirle algo cuando me

incorporé y vi que el conserje le abría la puerta.

—Buenas noches, Manning.

—Buenas noches, señorita Burns, que se divierta.

Entonces divisé tras el cristal de la entrada al idiota que la había traído unas

noches atrás en el BMW, y no me costó darme cuenta de que la maldita perra lo

había hecho a propósito, estaba seguro de que lo había planeado para hacerme quedar como el más gilipollas de todos.

Reparé en el portero y me encontré brevemente con su mirada; me pareció que estaba sofocando una risa, aunque en el fondo de sus ojos pude advertir que

me miraba con lástima.

Joder, no podía creer que me hubiese dejado allí plantado como un poste.

No podía creer que se hubiese atrevido a hacerlo.

Joss

Salí a la calle y el gélido viento se arremolinó alrededor de mi cuerpo; no

iba vestida apropiadamente para el clima de Nueva York en octubre, pero dicen

que verse bella siempre duele y cuesta, así que yo no escapaba a la regla. Sabía

que con ese vestido me veía muy atractiva, aunque el frío estuviera calándome los huesos. Los pezones se me tensaron por la impávida temperatura y asomaron

bajo la tela de la prenda. No me cogió desprevenida ver que John clavó su vista

en ellos; los hombres podían ser muy fáciles y demasiado obvios, lo que provocaba que inmediatamente mi interés se esfumara.

—¿Has cenado? —me preguntó mientras me acercaba y lo saludaba con un

abrazo exagerado, pues no olvidaba que el infeliz de Maverick nos estaba mirando.

—Sí —mentí. No me apetecía ir a un aburrido restaurante. Necesitaba que

el pulsar de la música hiciera estragos en mi cabeza y me inyectara un chute de

adrenalina en el cuerpo—. Conozco un sitio donde sirven, en el bar, bocaditos ligeros de la cocina japonesa y cócteles que cuidan tu piel.

—Suena muy esnob, pero vamos, me considero un gran aventurero.

—Después de que comas algo, pasamos al *nightclub* a por algo más de acción, te gustará.

—Eres mi guía, hace mucho que no recorro la noche neoyorquina, así que

se supone que eres la experta.

Me asió por la cintura y me acompañó hasta la puerta del coche.

—¿Cuándo me dejarás conducirlo?

—Cuando no hayas bebido.

—No estoy bebida.

—Tu aliento no dice lo mismo, lo he notado cuando te has acercado a

saludarme.

Lo miré a los ojos aguantando para no mandarlo a la mierda. ¿Quién se creía que era ese tío para insinuar que me pasaba dándole al alcohol? Pero entonces recordé al capullo que había dejado plantado, y no iba a darle el gusto

de que se regodeara con esa escena. Se suponía que mi compañía no era mi representante y pretendía que lo siguiera creyendo. Lo miré por el rabillo del ojo

cuando me acomodé en el automóvil. Manning le estaba abriendo la puerta para

que se fuera, así que, mientras John se daba la vuelta para subir al coche, bajé la ventanilla para que me pudiera ver bien en el interior. Saqué el espejo que llevaba en el *clutch* y fingí empolvarme y luego retocarme el pintalabios, pero lo cierto era que no le perdía el ojo, así que, con fingido desinterés, cuando lo vi salir del edificio, apoyé el codo en el hueco de la ventanilla y le mostré mi dedo

medio.

Estaba convencida de que John no se había percatado de nada, pero, aunque

creía estar casi segura del siguiente destino elegido por Maverick Repugnante Fuckboy, * preferí asegurarme de la dirección que cogía, pues estaba dispuesta a demostrarle a ese estúpido que nadie desechaba a Josephine Burns como él lo había hecho.

—Espera, que compruebo si he cogido mi móvil.

Simulé que lo buscaba en mi *clutch* mientras vigilaba atentamente al *fuckboy* serial.

—Lo tienes sobre tus piernas.

—¡Qué tonta! —Me toqué la frente.

Cuando vi que el coche del repugnante follador arrancaba, guie a John

sabiendo que mi instinto no me había fallado.

SIETE

Maverick

Nadie me había dejado nunca tan en ridículo como lo había hecho ella, pero, aunque pensaba cobrarme su audacia, y ella no se imaginaba cómo, ni cuánto, le

iba a costar, lo cierto es que no iba a malgastar dos pensamientos en Jo Plastic

Doll* sólo porque alguna vez le hubiese dedicado una paja mirando su sesión fotográfica en la revista *Esquire*.

Por otra parte, Maverick O'Brien tenía muchos más recursos que depender

de una simplona actriz para pasar una buena noche.

—¡Joder! —grité, y golpeé con la palma de la mano el volante, cuando el

claxon de un coche me sobresaltó haciéndome caer en la cuenta de que mi distracción casi hizo que chocáramos porque me había pasado un semáforo en rojo.

Aporreé el volante varias veces más y luego me aferré a él con fuerza, hasta

que noté cómo los nudillos se me ponían blancos. Esa zorrita me había dejado muy cabreado, y ella no tenía ni idea de con quién se había metido.

Llegué al Provocateur y dejé el coche estacionado de cualquier forma; miré

hacia la entrada antes de bajar y vi que Eddie no estaba; sin embargo, los empleados de seguridad que trabajaban ese día me conocían también

perfectamente, así que le arrojé la llave a uno de ellos, esperando que la atrapara en el aire.

—Apárcame el coche, por favor. Te recompensaré.

—Señor O'Brien, por supuesto.

No estaba de humor para lidiar con el tráfico de la noche neoyorquina ni mucho menos para empezar a dar vueltas con el fin de encontrar aparcamiento.

Tan pronto como entré en el local, pasé directo a la barra. El club estaba a

tope, como cada noche, así que me abrí paso entre la gente hasta que logré que

Garry me viera.

—Que sean cinco —le indiqué.

Cuando me alcanzó los vasos, me tomé los cinco chupitos de vodka del

tirón, y al dejar el último vasito sobre la barra sentí que el alcohol ingerido había estabilizado un poco mi cuerpo, pero aún estaba demasiado cabreado.

Percibí el calor de una mirada sobre mí, era muy bueno advirtiendo cuándo llamaba la atención de alguien, así que, siguiendo mis instintos, miré a mi derecha y me encontré con una rubia con cara de ángel que tenía su vista clavada

en mí mientras jugaba con su bebida de tres colores; revolvía el contenido con una pajita, coqueteando abiertamente conmigo. Sus labios se movieron

ligeramente, separándose, y me imaginé a la perfección lo que esos labios podían

hacer alrededor de mi polla. Me sonreí y de inmediato dirigí la vista a Garry para

hacerle señas y que me preparara una botella de champán, pero entonces noté que alguien palmeaba mi espalda.

—Spencer, amigo.

—Ven a mi despacho, quiero comentarte algunas reformas que planeo hacer

en el club.

— *Naaa*, ahora hablar de trabajo, no. Ven mañana a mi estudio y allí lo vemos. Además, estoy en plena caza.

Miré a mi derecha nuevamente, pero la deidad rubia se había esfumado;

busqué entre la gente, pero no logré divisarla.

—¿Qué pasa? ¿Qué buscas?

—Joder, me has espantado el bocadillo de esta noche.

—Hombre... tómate un descanso. Vayamos a mi despacho, ¿has cenado?

Recordé que no lo había hecho porque pensaba hacerlo después de follarme

a Jo, y una punzada de rabia volvió a instalárseme en el estómago. Maldita mujer

que realmente no sabía con quién se había metido. Negué con la cabeza.

—Ven, acompáñame. He pedido que me lleven comida al despacho; ahora

llamo y pido que sea para los dos. Deja de zamparte ese vodka como si fuera agua. ¿Qué mierda te ocurre?, pareces desencajado.

Me pasé la mano por la cara intentando borrar todo rastro, pues no quería

verme de esa forma, así que pensé que lo mejor era seguirlo y enfrascarme en una charla con mi amigo. Él tenía razón, era una estupidez pensar que el alcohol

podía arreglar algo; tal vez meterme en el tema de las reformas que él quería llevar a cabo en el club ocuparía mi mente para olvidar la rabieta que sentía.

* * *

Era temprano, pero, por alguna razón en la que no quería detenerme a

pensar, me parecía bien no irme a dormir a las tantas, así que, después de que cenáramos en el despacho de Spencer, me puse de pie y le indiqué que me iba en

el momento en el que vinieron a buscarlo para apagar un incendio, un follón a causa de una bebida que falta.

—Mañana elaboraré un anteproyecto con las reformas que quieres hacer y

con todas las ideas que han surgido hoy. Ve y atiende tus asuntos, yo ya me voy.

—¿No quieres esperarme? Drake debe de estar al caer.

—Mejor que no; creo que tienes razón, necesito un descanso, me iré a

dormir temprano. ¿Qué? ¿Por qué me miras así? ¿Acaso no es lo que me has aconsejado antes?

—¿Irte a dormir sin un coño en el que enterrarte? ¿Te encuentras bien?

Porque, cuando lo he dicho, en ningún momento he creído que tomarías en cuenta mis palabras.

Puse los ojos en blanco y mi cabreo no tardó en regresar, no quería darle vueltas a la razón por la que me sentía frustrado.

—Estoy bromeando. Santo cielo, cambia esa cara, solías tener sentido del

humor.

—Lo tengo, pero supongo que también tengo derecho a tener un mal día.

Levanté ambas manos en señal de rendición y salí de allí blasfemando;

como acababa de decir, no tenía un buen día y sería mejor que me fuera, porque

nada me caía bien.

Spencer fue hacia donde almacenaban la bebida, y yo salí en dirección

contraria, caminando en dirección a la puerta que llevaba hacia el salón; al otro

lado de la misma había un pasillo en el que estaban ubicados los baños. Con una

bajada de cabeza mientras iba revisando mi móvil, me despedí del encargado de

la puerta, saliendo de la parte privada del club, a la que sólo tenía acceso el personal y algún que otro amigo cercano de Spencer.

Metí el teléfono en el bolsillo de mi pantalón y levanté la vista, alcanzando

a verla cuando entró en el baño. Me reí con sarcasmo, consciente de que ella estaba allí a propósito; la otra noche, cuando las invitamos a ella y a sus amigas, dijo que no conocía el lugar, lo que me dio la pauta de que no era una habitual

como para decidir repetir, pero estaba sangrando por la herida por la rubia que despertó conmigo en su casa, y en ese momento pretendía refregarme que estaba

con el niñato ese.

Metí las manos en los bolsillos y me recosté con el hombro apoyado contra

la pared, esperando pacientemente a que saliera. Joder, ¿por qué simplemente no

podía pasar de ella?

En ese instante dos chicas salieron del baño y, al verme, se sonrieron,

coqueteando conmigo, mientras se tocaban el pelo y cuchicheaban entre ellas; sin embargo, mi interés estaba en otra persona, así que, cuando se alejaron, decidí no esperar más y abrí ligeramente la puerta, asomando la cabeza para comprobar si el baño estaba despejado. Por supuesto que no era el caso, ya que

el lavabo de mujeres de un *nightclub* siempre era un hervidero de cotilleo, y evidentemente no me había equivocado, eso era una locura de gente; miré

rápidamente, pero no pude divisarla, así que saqué mi cabeza de allí y volví a esperar paciente a que ella acabara.

Tras ver salir a varias mujeres, algunas mirándome raro, pues parecía un acosador apostado allí, ella apareció... y no esperaba encontrarse conmigo.

La cogí de un brazo, apartándola de la entrada, y la llevé hacia el fondo del

pasillo, hacia el lugar de donde yo provenía; la arrinconé con mi cuerpo contra la

pared.

—Has montado un buen numerito y no te culpo; supongo que yo en tu lugar

también habría querido venganza.

—Suéltame, no eres tan importante como para malgastar mi tiempo en tener

más de dos pensamientos en ti.

—¿No?

Ella forcejeaba conmigo, pero yo no estaba listo para dejarla ir. Golpeé con

un pie la puerta y, cuando me abrieron, la metí dentro, arrastrándola luego hacia

una escalera que estaba muy cercana y por donde se accedía a la trastienda de un

puente elevado, quedando tras un cristal a través del cual nadie podía vernos, y

que lindaba con la pista de baile sobre la barra del club.

—Te he dicho que me sueltes, no voy a ningún lado contigo.

La cogí por el mentón y me acerqué a ella para que viera muy de cerca el

cabreo que tenía.

Lo que fuera que me hacía perder la cordura desde el momento en que la vi

por primera vez, me estaba haciendo, además, darme de narices contra mi

maldita razón; culto vudú o feromonas milagrosas, fuera lo que fuese que me había hechizado, era mi puta perdición.

La cargué en mi hombro y subí con ella en busca de un poco de privacidad.

La deposité en el suelo y nos quedamos mirándonos fijamente.

—No quiero estar aquí contigo.

Gruñí al oír sus palabras y me adelanté un paso.

Me golpeó en el pecho, y me adelanté otro paso más al tiempo que ella retrocedió uno.

—Me están esperando, córrete.

—¿De verdad quieres que me corra? Porque tus palabras pueden ser una

orden para mí. ¿Dónde quieres que lo haga?, ¿en tu mano, en tu boca, en tus tetas, en tu coño o tal vez en tu culo, cielo? —me burlé.

—He querido decir que te apartes de mi camino.

Chasqueé la lengua.

—No lo haré. No quieres que lo haga, además.

—Eres un gilipollas engreído, te patearé las pelotas si no te apartas —gritó.

—¿Sabes qué, Jo? Sólo estás demostrando que tienes muy buenos

pulmones, pero deja de gritar porque no lograrás nada.

—No me llames Jo.

—Tú no me dices lo que puedo hacer contigo o no. Entérate de que el

mando lo llevo yo.

Arremetí contra ella con toda mi fuerza, aplastándola contra el cristal, y le

amasé el trasero de inmediato, clavando mis dedos en sus nalgas sobre la fina tela del diminuto vestido que la cubría. Le lamí el cuello, mis dientes rozaron la

suave piel, mordí el lóbulo de su oreja y luego le dije, mientras ella respiraba con dificultad:

—No te des la vuelta si no quieres que vean tu cara.

—Idiota, suéltame.

Me reí con sarcasmo; no era verdad que pudieran verla, los cristales eran tintados por el otro lado, pero me gustaba el hecho de ponerla frenética.

Quiso pegarme un rodillazo, pero la atajé cogiéndole la pierna y

enredándosela en mi cintura, por lo que, haciendo equilibrios de pie en un solo

tacón, era muy poco lo que podía hacer.

Metiendo mi mano en su raja trasera, la levanté apartándola de la superficie

y la llevé contra la pared contraria para despegar su cuerpo del cristal y que dejaran de ver nuestras sombras, si es que alguien nos había advertido allí arriba.

Un gemido partió de su garganta al tiempo que me clavó las uñas en los hombros.

Cuando la tuve apoyada contra la pared, masajeé la entrada de su culo.

—No quiero estar aquí contigo —soltó entre gemidos.

Pasé mi nariz por su cuello, aspirando su aroma como si fuera un animal en

celo, clavé mi pelvis en su entrada y me froté en ella para que notara mi erección, y ella se balanceó contra mí, ondulando su suave cuerpo.

—Tu cuerpo no dice lo mismo.

Moví los dedos, desplazándolos, y aparté la tela de sus bragas; estaba muy húmeda. La miré fijamente a los ojos mientras hundía un dedo en su entrada; el

resbaladizo calor me exigía más. Ella abrió la boca en busca de oxígeno, mientras absorbía el placer de mi intromisión. Sentí una perfección salvaje que

hizo que me tambaleara.

—Déjame, Maverick. No quiero hacer esto contigo; estoy mojada, sí, pero

esta humedad no te pertenece, la tenía de antes.

Me carcajeé demostrándole que no le creía, mientras me hundía en ella un

poco más.

Mordió mi labio y, tras soltar su pierna, la cogí por el mentón, hundiendo mi lengua en su boca; mis dedos entraban y salían de su coño. Sabía que ella estaba mintiendo, estaba excitada, estaba ardiendo por mí, podía sentirlo; su espalda se arqueaba buscando ese roce perfecto, se aferraba de mis hombros y balanceaba su pelvis en pos de más fricción. Su boca se resistió a la mía, pero luego cedió, ambos queríamos eso, ambos nos ansiábamos, ambos deseábamos

terminar lo que habíamos iniciado aquella noche en su casa. Arremetí con mi dedo entrando y saliendo de ella a gran velocidad, le metí un segundo dedo y aceleré más mis movimientos; ella me los estaba estrangulando con su vagina, estaba muy cerca de correrse.

Sus gemidos eran amortiguados por mi boca, que no dejaba de chuparla, de

morderla, de succionarla; en medio de cada lametón, ambos boqueábamos en

busca de aire. Cuando la sentí tensarse, a punto de conseguir su orgasmo, me alejé, dejándola echa un gran lío recostada contra la pared; su respiración era dificultosa, y sus ojos verdes me miraban de manera oscura, como si fueran dos

obsidianas negras. Me apoyé contra el cristal y mi mirada se arrastró desde la punta de sus pies hasta sus enigmáticos iris verdes; luego miré mi mano empapada y, después de enseñársela, la lamí y después me la sequé en el pantalón, al tiempo que levantaba una ceja sin dejar de mirarla; ella tampoco apartaba la vista de mí y de lo que hacía.

Jo continuaba respirando entrecortadamente.

Yo no estaba mejor que ella, pero tenía un propósito, un objetivo, y era terco, muy terco, ella no sabía cuánto.

Me acerqué nuevamente y le hablé al oído para que pudiera oírme, puesto

que el sonido de la música lo dificultaba.

—Tu excitación es toda mía, y esta noche, cuando vuelvas a tu cama, te vas

a tocar y vas a ansiar que sea yo quien lo haga, porque apuesto a que nunca nadie

te ha dado con los dedos lo que has estado a punto de conseguir con los míos; sin embargo, cielo, para tener otra vez mis dedos dentro de ti, vas a tener que rogar

mucho, y ni te digo lo que vas a ansiar saber cómo es tener mi polla dentro de ti,

porque te aseguro que vas a arder queriendo descubrir lo que mi verga te podría

dar —le dije frotando mi bragueta contra su muslo—. Grita muy fuerte mi nombre, hoy, cuando te hagas la paja en tu cama.

Me aparté de ella, me pasé la mano por el pelo, tragué saliva y me marché.

Joss

—Yo no ruegooooooooo. Jamás obtendrás eso de mí. Maldito

infeliiiiiiiiiiiiiiiiiz —grité con todas mis fuerzas mientras él se alejaba.

Sentí que la garganta se me hizo jirones por el esfuerzo que empleé para que me oyera por encima de la música.

Se detuvo y pensé que regresaría; giró su torneado y fuerte cuerpo

lentamente, parecía un semidios; los vaqueros se aferraban a sus muslos

marcando su musculatura, la camisa blanca que llevaba puesta le ajustaba en todas las partes necesarias en que debía ajustarse y, como si la visión no fuera ya de por sí surrealista, justo una de las luces robóticas rotó y le iluminó el rostro, para que pudiera advertir cuando articulaba «ro-ga-rás».

Me incliné y, quitándome uno de los zapatos de tacón, se lo arrojé por la cabeza, pero el malnacido tenía muy buenos reflejos, así que se agachó y logró

esquivarlo.

Estaba sudada, mi respiración aún no había logrado estabilizarse, sentía las

bragas empapadas y, joder, él tenía razón: nunca nadie me había hecho sentir lo

que sus dedos habían provocado. Parecía un maldito experto, arremetía y

tomaba, no pedía permiso, y eso me había excitado mucho.

Sin embargo, iba a demostrarle que Josephine Burns tenía dignidad y,

aunque me hubiera cogido desprevenida y mi cuerpo traicionero hubiera cedido

a sus caricias, no volvería a permitir que eso sucediera de nuevo.

Un gimoteo salió de mi garganta.

Joder, estaba hecha un verdadero desastre. Apreté las piernas, para detener

el pulsar entre ellas; aún podía sentir sus manos en mi cuerpo, sus dedos hurgando dentro de mí, su lengua saboreando la mía.

Maldición, qué bien besaba también.

Recompuse un poco mi ropa y realicé una fuerte inspiración. Estaba segura de que mi maquillaje estaba corrido.

Recogí mi *clutch* del suelo y fui en busca del zapato que le había arrojado.

Mientras caminaba hacia la salida, miré hacia abajo, sin saber lo que esperaba encontrar. Me sentía pisoteada y sucia, necesitaba salir cuanto antes de allí.

Me cogí la cabeza haciendo fuerte presión contra mis sienes, mientras

miraba hacia el otro lado del cristal; estaba convencida de que él me había mentido y que desde abajo no podía verse nada de lo que allí pasaba. Él sabía que yo estaba ahí, y lo descubrí en el centro de la pista inferior, mirando hacia

arriba, allí donde tenía claro que me había dejado tirada.

Lo odié, pero me resultó imposible no aceptar que su soberbia me atraía más de lo que quería reconocer.

Por lo general, cuando los hombres se daban cuenta de quién era yo, se cohibían, en el mejor de los casos, o simplemente querían usarme para

disfrutarme o para conocer a The Nine; lo cierto era que, lidiar con ser la hija de una de las máximas estrellas del rock, nunca había

sido tarea sencilla de sobrellevar. Además, después de que decidiera dedicarme a la interpretación, la

fama se multiplicó y, por tal motivo, los consejos de Pete y de mis tíos siempre

fueron bienvenidos. «Toma, usa y descarta», era su lema y también el mío; las relaciones efímeras de una noche siempre se me daban bien, ya que había aprendido a través de ellos que el amor no era más que una felicidad pasajera que te aportaba sólo la química entre dos personas.

Los había visto a ellos intentando que esas relaciones, algunas veces, fueran

más importantes, pero las cosas nunca habían salido bien. Mi padre, sin ir más

lejos, era el más claro ejemplo: amó a mi madre casi hasta la locura, y sólo consiguió que ella lo abandonara, dejándole la responsabilidad de criar solo a una hija; muchas de las adicciones con las que había tenido que batallar habían

sido a causa de haberle entregado a ella su corazón y que se lo rompiera. No es

que buscara justificación a su polidependencia, pero lo había visto destruido debido a un amor que nunca fue correspondido, y no quería lo mismo para mí,

por eso siempre había protegido mi corazón, por eso había jurado que jamás se

lo entregaría a nadie.

Coño, necesitaba encontrar mi dignidad mancillada.

Bajé la escalera y no me costó dar con la salida que daba a la parte pública

del local. El tipo que estaba en la puerta me abrió apenas me vio.

—El señor Maverick ha dejado esto para usted.

Me tendió una tarjeta de las de presentación y quise romperla allí mismo, pero no iba a hacerlo delante de ese tipo que ya podía advertir que me miraba como si yo fuera una más de la colección del gilipollas.

Se la arrebaté de la mano y me encaminé hacia el baño, necesitaba arreglar

mi aspecto.

Mientras recomponía mi maquillaje, el móvil empezó a sonar; era John.

—Lo siento, John —contesté de inmediato—. Me he encontrado con una

vieja amiga en el baño y se me ha pasado el rato hablando, ahora te alcanzo.

Cuando salí, me encontré con mi nuevo relaciones públicas, que estaba

aguardándome apoyado contra la pared.

—Lo lamento, de verdad.

—Está bien, no hay problema. ¿Quieres que nos vayamos?

—No, vamos a bailar.

Cogiéndolo de la mano, tiré de él hacia la pista y comencé a contonearme

contra su cuerpo al compás de la música *house*. Mi piel ardía, pero no por su causa; así la había dejado el maldito repugnante follador de Maverick; me había

dejado desencajada a causa de su toque y, aunque no quería pensar más en él, me

era imposible dejar atrás el recuerdo de sus dedos hurgando en mi interior; aún

los sentía follándome con ellos y mi entrepierna no dejaba de palpitar.

Me giré bailando y de inmediato lo vi sentado en la barra, como si estuviera

jodidamente atraída por su visión o algo así; mi mirada se centró en él sin proponérmelo. Intenté disimular el tirón de rabia que me causó, y traté de no dejar que se notara cuánto me afectaba, pero creo que mi ceño fruncido surgió de

todas formas. En ese momento me di cuenta de que le entregaban una botella de

champán mientras él besaba a una rubia que tenía las curvas más perfectas que

una mujer podía desear tener. Mi mirada llegó a su mano, la que tenía aferrada

con fuerza a la nalga de ella, y sentí envidia; hacía tan sólo unos minutos que había estado así aferrado a mi muslo. ¡Joder!, no era posible que permitiera que

mi mente tomara ese rumbo, no podía estar ansiando su toque como lo estaba ansiando, ya que no era diferente al de nadie.

Para comprobar mi hipótesis, cogí a John de la solapa de su chaqueta y lo

besé como si en ese beso se me fuera la vida.

Receptivo, él no mostró sorpresa si es que la tuvo; por el contrario, se entregó de la misma manera arrebatada en que mi boca se apropió de la suya y

de inmediato se hizo cargo del beso. Sentí sus manos subiendo por mi espalda, y

su polla abultada aplastada contra mi vientre. El chico sabía besar, no podía negarlo, pero... no dejaba de pensar en el beso que Maverick me había dado antes.

«Para de comparar y céntrate en el placer que puedas conseguir por tus

propios medios», me dije.

Intensifiqué el beso y deslicé una mano por su hombro, resiguiendo su

cuello y enredando mis dedos en su cabello. John, entonces, se apartó de mi boca

y enterró su cara en mi cuello para hablarme al oído; abrí los ojos y miré hacia la barra, fue un movimiento reflejo... en realidad quería comprobar si él también me había visto pasando de él, pero no fue así, ya que al instante advertí que ya

no estaba allí. La rubia tampoco se encontraba en la periferia de mi mirada; era

evidente que el maldito idiota se había ido con ésa a sacarse la necesidad que había obtenido manoseando mi coño.

No escuché una palabra de lo que me dijo John, pero él se apartó de mí y, al

tiempo que negaba con la cabeza, me cogió de la mano y empezó a caminar hacia la salida del *nightclub*.

Cuando llegamos a la calle, el frío provocó que mi cuerpo temblara sin

poder dominarme. John se quitó la chaqueta y, aunque me quedaba enorme, me

la puso, la pasó por mis brazos y me masajeó los hombros.

—Abrígate, no vas vestida adecuadamente para este clima.

Cogió mi mano y tiró de mí hacia donde habíamos dejado aparcado su

coche.

—Te llevaré a tu casa, necesitas ir a dormir.

Me planté a mitad de camino y lo miré comprendiendo por qué había

detenido el beso.

—No —le dije entonces—, no quiero ir a dormir, quiero ir a follar contigo,

quiero que me folles, John, quiero que poseas mi cuerpo y me des lo que necesito.

—No seré yo quien te lo dé; soy tu representante, Joss, no estaría bien que

nos fuéramos a la cama.

—¿Por qué no? Una cosa no tiene por qué interferir en la otra; sólo nos daremos placer, un rato para pasarlo bien. Si no me llevas a tu cama, entraré de

nuevo y me iré con el primero que se me cruce.

—¿Por qué haces esto?

—Por qué hago, ¿qué?

—Mierda, Joss, no me tientes; soy un hombre y estoy seguro de que sabes

cuánto me gustas.

—Demuéstralo, entonces.

OCHO

Maverick

Acababa de correrme y necesitaba que la rubia se fuera ya mismo de mi cama.

No podía entender lo que me pasaba, todo el tiempo que me la había estado tirando no había podido apartar de mi mente el rostro de Jo, extasiada mientras

la bombeaba con mis dedos.

Maldición, jamás me había pasado eso con ninguna mujer; yo siempre

podía sacar de mi mente a la que fuera, y follarme y conectar con varias féminas

en una misma noche; ellas sólo representaban un coño para mí.

Pero ése ni siquiera me atraía para echar otro polvo. Cualquiera en mi lugar

se sentiría tocando el cielo con las manos: me había ido del Provocateur con la

chica más hermosa que había allí esa noche, pero a mí no me atraía, mi mente

estaba obsesionada con esos ojos verdes que se habían clavado en los míos mientras mis dedos la enloquecían.

Sentí un brazo invadiendo mi cuello y ladeé la cabeza para mirarla a la cara.

—No me va lo de los abrazos y acurrucarnos después de follar. No quiero

ser grosero, pero... iré a darme una ducha; tendrás un taxi a tu disposición cuando bajes, puedes ir vistiéndote.

Me levanté de la cama y me quité el condón, que anudé mientras caminaba

hacia el baño. De camino cogí mi billetera y mi móvil, por eso de mi instinto de

conservación.

—Creía que podríamos echar otro polvo antes de que me fuera —intervino

la rubia antes de que me perdiera en el interior del cuarto de baño.

—El taxi te espera —dije cerrando la puerta de un puntapié, ignorando su

comentario. La oí refunfuñar, mientras notaba cómo deambulaba por el

apartamento.

—Todo lo que tienes de guapo lo tienes de gilipollas; ni siquiera eres un buen amante, eres un flojo y un idiota.

Me importaba una mierda lo que pensara de mí, me importaba un carajo lo

que dijera, sabía que estaba hablando así por rabia, porque prácticamente la acababa de echar de la cama. Sabía también que había fingido correrse tres veces, y que sus gritos no me dejaron concentrarme, pero también era consciente

de que no era a causa de que yo no la hubiera follado bien, resultaba evidente que esa chica tenía algún problema para llegar al orgasmo, puesto que la había

bombeado tan intensamente como si a la que estuviera empotrando fuera a Jo.

¡Maldición! Jo otra vez en cada uno de mis pensamientos.

Me pasé la mano por la cara mientras me apoyaba en el lavabo y me miraba

en el espejo. Recordé lo húmeda que ella estaba, y mi polla se endureció al instante; recordé también que, mientras bajaba las escaleras de la trastienda del

nightclub, había chupado y olido mis dedos y casi me había corrido en los pantalones. Esa mujer era exquisita, y quería tenerla, quería enterrarme en su coño y tirármela toda la maldita noche.

De pronto me di cuenta de que estaba con la verga en la mano,

estimulándome sin parar mientras pensaba en ella, mientras rememoraba el

momento en el que con mis dedos hurgué en su vagina... Joder, qué sedosos eran

sus pliegues, qué ceñida la había sentido. Continué bombeando mi polla y agitando las caderas como si estuviera enterrándome en Jo. Dios mío, si sólo con

imaginarlo me sentía tan bien, no quería ni pensar en lo glorioso que debía ser

poseerla de verdad. Aceleré mi ritmo, apretando mi erección y bombeando mi necesidad más fuerte, hasta que sentí cómo ascendía el esperma a través de mis

conductos, pelé mi polla y esperé a que empezara a expulsar el semen. ¡Joder, era demasiado bueno, demasiado liberador! Desparramé mi eyaculación por toda

la punta de mi verga y me puse duro de nuevo, lo que me hizo entender que, por

más que me diera alivio yo mismo, no sería suficiente hasta tenerla realmente.

Abrí el grifo y me enjuagué la mano.

Me sentía de nuevo frustrado y acojonado. Parecía un maldito adolescente

pajeándose con la chica del póster, era ridículo.

Me metí en la ducha y dejé correr agua fría sobre mi cuerpo; ella me tenía

ardiendo, pero no iba a parar hasta tirármela. Jamás me quedaba con las ganas de

nada, y ella no iba a ser la excepción.

Joss

John yacía a mi lado, dormía profundamente; lo habíamos hecho dos veces

y, si hubiera sido por él, hubiésemos seguido, pero la verdad es que nunca me había pasado lo que me pasó mientras estaba acostándome con él; la imagen de

Maverick invadiendo cada momento me atormentó todo el rato que lo tuve encima de mí, así que, cuando empezó a intentar que folláramos una tercera vez,

fingí estar dormida y esperé hasta que él lo estuvo.

Si no se tratara de John, no me hubiera importado dejarlo en mitad de todo,

pero en ese instante debía admitir que él tenía razón: no había sido una buena idea que nos enredáramos de esa forma.

Me levanté con cuidado para que no notara el movimiento de la cama y me

quedé mirándolo; su cuerpo era armonioso y haría babear a cualquiera...

Además, debía reconocer que era un buen amante; se había esmerado en

complacerme y sólo esperaba que no se hubiera dado cuenta de que había

fingido cada orgasmo que le hice creer tener. No quería herirlo, él había estado

increíble, pero era yo la que no podía conectar con él. Por un segundo creí que lo

lograría, cuando recordé al arrogante follador aferrado a las nalgas de la rubia mientras hundía su lengua en la boca de ella, pero no fue así, eso sólo hizo que

volviera a recordarlo a él con sus manos sobre mí y que deseara que las manos

de John fuesen las suyas.

Negué con la cabeza alejando mis pensamientos y comencé a recoger la

ropa para irme a vestir a la sala, no quería que John me oyera.

A punto de salir de su casa, cuando me estaba calzando el último tacón, él

apareció somnoliento, rascándose la cabeza; tenía que admitir que el chico estaba comestible por donde se lo mirara; incluso con el desaliño que tenía tras

dos polvos, se le veía muy interesante. Estaba desnudo; su anatomía era la de un

adonis. Los abdominales piramidales eran una perfecta uve que resaltaba en el conjunto de músculos que conformaban su cuerpo, apuntando como una flecha a

su erección. Podía afirmar sin temor a equivocarme que ninguna mujer que estuviera con él se hubiera resistido a caer de rodillas y

perder su polla en la boca, pero ése no era mi caso, pues mi cabeza estaba plagada, casi hasta parecer

enferma, de las imágenes que hubiera preferido nunca almacenar; para ser

sincera, en ese instante deseaba que mi cerebro fuera un disco rígido que se pudiera formatear, para así poder eliminar todas las que había guardado de Maverick.

—Espérame, que me visto y te llevo. No tienes que huir de mi casa. Creía

que estábamos de acuerdo en lo que ha pasado esta noche.

—No estoy huyendo —le dije no muy convencida—, simplemente, como

estuvimos de acuerdo, estoy actuando de la misma forma que actuaría con

cualquier otro.

Miré su erección, era imposible no reparar en ella. Él siguió mi vista y se encogió de hombros; nos sostuvimos la mirada, pero ninguno acotó nada.

—No tiene que ser de esa forma, Joss —intervino rompiendo el hielo —;

consentimos pasar una noche juntos, pero aún sigo siendo tu representante.

Espérame y te llevo.

Joder, ¿por qué había creído que él era el ideal para sacar de mi mente a Maverick? Había sido una estúpida al creerlo. Lo había complicado todo, y en ese instante me sentía una completa mierda.

Lo esperé como él quería y me llevó hasta casa. Cuando llegamos, se

inclinó para desajustarme el cinturón de seguridad; pensé que me iba a besar, se

me quedó mirando, rogué a todos los santos en los que no creía para que no lo

hiciera y tragué saliva.

—Ha sido una noche genial.

—Sí, lo ha sido —aseveró él.

Se estiró y abrió mi puerta sin bajarse; sin embargo, no me lo tomé como un

acto de poca caballerosidad, sino más bien como el reflejo de lo enredado que era ese momento. Todo estaba tenso entre nosotros y John era un hombre muy inteligente y, aunque no había dicho nada, era de suponer que sabía más de lo que expresaba... estaba segura de que él percibía cada una de mis

consideraciones, pero obviamente cualquiera en su lugar callaría, pues hablar significaba aceptar que algo no había salido bien y estaba convencida de que, para el orgullo de un hombre, eso no entraba en sus planes, en el de ninguno.

—Espera... —me pidió cuando estaba a punto de apearme del vehículo.

Me miró fijamente a los ojos, me apartó un mechón de pelo y lo colocó tras

mi oreja.

—Mañana te envío por correo los dados de algunos de los *castings* que te

he conseguido. Hay dos en Los Ángeles, ¿necesitarás que te acompañe o puedes

ir sola?

Puff, casi dejo escapar un soplido de alivio cuando me di cuenta de que sólo

quería hablar de trabajo.

—Déjame comprobarlo y te digo algo; por lo general tu padre nunca me

acompañaba, así que tal vez no sea preciso que tú lo hagas tampoco.

—En todo caso, avísame para decirle a mi secretaria que reorganice mis

horarios de ser necesario. Aunque tengamos el mismo nombre, no soy mi padre,

soy de los que creen que acompañar a nuestros clientes demuestra el interés que

ponemos en representarlos. Estoy dispuesto a que algunas cosas cambien; no es que mi padre haya hecho mal las cosas todos estos años, sólo que es normal que

tengamos puntos de vista diferentes sobre determ

NUEVE

Joss

Tras haber pasado casi dos semanas desde que conocimos a los cuatro amigos que esa noche pagaron nuestras copas en el Palace, no había tenido noticias del

alud Maverick, y al parecer todo estaba obrando a favor para exterminarlo de mi

mente.

Sin embargo, esa tarde, cuando Chiara me envió los *links* para que entrara a ver en Internet la noticia que mostraba en actitud íntima en un centro comercial a

Nicole, una de mis amigas que estuvo esa noche en el bar, junto a Luka Bandini,

uno de los amigos de Maverick, los pensamientos que creí superados y las imágenes de él bombeando mi coño con sus dedos, indefectiblemente,

regresaron.

Chiara: Creo que Poppy sabe más de lo que dice, porque el otro día intentó contarme algo y luego se arrepintió. Es obvio que nos han dejado fuera de la info, pero esta noche no tendrán más remedio que contárnoslo.

Intenté ignorar la angustia lacerante que me recorrió el cuerpo desde que leí

el mensaje. No quería que mis amigas se enteraran de que había sido débil después de que las tres decidiéramos que esos tipos no eran material de ligue ni

para una sola noche, pero ¡joder!, si Nic tenía algo con el magnate del petróleo,

lo más probable era que sus amigos ya estuvieran al tanto de cómo el arrogante

follador se había burlado de mí, y por partida doble. Dicen que, cuando se tropieza con una piedra, la primera vez es normal, pero volver a hacerlo es de necios, y yo había sido muy necia, y ni siquiera me había atrevido a contárselo a

mis amigas, sólo por el hecho de que, si no lo decía, podía pretender que nunca

había ocurrido. En fin, tantearía el terreno y vería si lo podía seguir manteniendo como un sucio secreto; jamás me había avergonzado de ninguno de mis actos, pero de eso sí lo hacía, porque, además, hería directamente mi amor propio.

Quedamos en presentarnos a cenar en casa de Nic, para que nos explicara todo ese embrollo, así que pasé a recoger a Poppy y juntas fuimos a comprar comida vegetariana para llevar. Antes de llegar a su casa, empleé enjuague bucal; no quería que notara que había estado bebiendo.

Durante el camino hablamos de cualquier cosa, pues hacía varios días que no nos veíamos. Al llegar nos encontramos con Chiara, que acababa de hacerlo

también, así que subimos las tres juntas. Cuando Nic nos abrió la puerta del apartamento, nos quedamos perplejas al ver que no estaba sola.

—Hola, Brock.

Saludamos una a una. Ese tipo besaba el suelo que pisaba Nicole, pero ella

no le daba ni la hora. Habían tenido un acercamiento tiempo atrás, pero Nic había dicho que no había química. Lo cierto es que todas creíamos que aún no

podía superar la separación de su exmarido. Nicole era una chica muy reservada

en lo que respectaba a su vida personal, y casi nunca contaba nada; creo que ése

era el secreto de que las cuatro nos lleváramos tan bien: cuando estábamos juntas

lo pasábamos genial, respetando lo que cada una quería contar; sin embargo, lo

de Nicole y Bandini se había vuelto de pronto un circo mediático, así que, siendo

sus mejores amigas, merecíamos tener todos los detalles del semental que al parecer se estaba tirando.

—Hola, chicas, pasadlo muy bien —nos saludó a cada una con un beso y,

madre mía, resultaba imposible no admirar lo bien que ese hombre lucía; era tan

enorme que no era extraño fantasear con él como si se tratara de un guerrero vikingo. Su aspecto era en lo único que podías pensar cuando lo veías y, como

además llevaba el pelo largo, varias veces habíamos bromeado diciendo que era

el Thor particular de Nic, su dios del trueno. De hecho, hasta la habíamos terminado convenciendo en uno de los primeros *tuppersex* que organizó Poppy para que se comprara el vibrador con forma de martillo; resultaba obvio que ella

no lo había comprado por eso, sino más que nada por cansancio, pues sabía que

de esa manera dejaríamos de molestarla.

—¿No te quedas? —probó Poppy, tentándolo. Ella babeaba por él cada vez

que lo veía, no era ningún secreto, pero él parecía no darse cuenta, puesto que sólo tenía ojos para Nic.

—Asumo que es noche de chicas, así que... poco tendría yo que hacer entre

vosotras. Nicole, nos vemos durante la semana. ¿Cuándo irás a Healthy life?

—No lo sé —le contestó ella. Brock se refería a un movimiento ecologista

al que los dos pertenecían, cuya causa ambos defendían—, ando un poco liada últimamente con los horarios.

—¿Por qué no te decides y vas tú? —Chiara animó a Poppy, que salivaba

por él desde que se había enterado de que a Nic no le interesaba—. Brock podría

ser tu padrino de presentación en la organización, si te decides.

—¿De verdad te gustaría sumarte a nosotros?

—Lo he pensado un par de veces, pero no sé si es lo mío.

—Si no lo intentas, nunca lo sabrás.

Nos alejamos un poco, propiciando la conversación entre ellos, pero Brock

se despidió enseguida, como si tuviera miedo de que Nicole se ofendiera porque

él estaba hablando con su amiga.

Tan pronto como se fue, Nic sintió curiosidad por nuestra intempestiva

llegada.

—¿Qué hacéis aquí?

—¿Qué hacías tú con el bombón de Brock? —pregunté, mientras Poppy

hacía sitio en la mesa y Chiara servía la comida vegetariana que habíamos traído.

—Somos amigos, hacía días que no nos veíamos —contestó Nicole

despreocupada mientras sacaba vasos del armario—. ¿Por qué me miráis así?

—Bueno, te pasas todo el tiempo diciendo que con el vikingo no tienes

nada, pero las ganas que él te tiene son más que evidentes. Hasta me ha dado pena llegar y que se fuera —expliqué haciendo un mohín.

—Menos mal que se ha ido, porque hay muchas cosas que, tú, nos tienes

que explicar. Para eso estamos aquí —aseguró Chiara, yendo directa al grano, y

no se nos escapó a ninguna la mirada que Nicole le dedicó a Poppy. Incluso, aunque esta última intentó disimular, la pesqué cuando hizo un gesto de

negación.

—Bueno, Chiara, acaba con el misterio: nos has llamado y aquí estamos,

así que desembucha de una vez, porque yo también estoy intrigada —acotó

Poppy colocando los cubiertos en la mesa.

—Tened paciencia, ya os lo contaré.

—También tengo curiosidad y, si hay algo que se supone que debo explicar,

os juro que no tengo ni una pista de qué se trata —se defendió Nicole, mientras

nos acomodábamos alrededor de la mesa baja.

—¿Qué tienes con Luka Bandini? —soltó Chiara a bocajarro y sin anestesia

—. ¿Y por qué no nos has dicho nada de su existencia?

Chiara me miró cuando Nicole fulminó a Poppy en el instante en el que ella

pronunció el nombre de Luka.

—No me mires así, yo no he dicho nada —se defendió Poppy de inmediato.

—Traidora, tú lo sabías —la acusó Chiara.

—Luka Bandini... ¿acaso no es el bombón que estaba en el Palace el otro día? ¿El amigo de los guapos Maverick, Spencer y Drake? —Fingí desinterés,

pero en verdad estaba esperando que, cuando nombrara al arrogante, Nicole saltara acusándome de que yo tampoco les había contado nada al respecto.

—Sí, Joss; Trojan para los íntimos —apostilló Poppy.

Nicole se mostró vacilante, pero luego decidió hablar.

—Fue un estúpido revolcón, nada más —dijo restándole importancia, pero,

en el *link* que Chiarita me había enviado antes, ambos se veían en una actitud muy cercana, íntima, e incluso los acompañaba una niña, que en la nota de prensa se mencionaba como la hija de Luka.

Miré a Chiara y al instante ésta dejó su tenedor a un lado y fue a por su tableta; cuando regresó, Nicole parecía nerviosa, como si supiera lo que estaba a

punto de enseñarle.

—¿Esto para vosotras es un simple revolcón? —preguntó Chiara en tono

burlón.

Poppy y yo nos plegamos junto a Nicole para mirar la pantalla de la tableta.

—Estáis comprando juguetes para la niña, y tú, palpando su culo. —Chiara

describió la escena, como si nosotras no estuviéramos viendo lo mismo que ella.

—Si de algo te sirve, amiga, yo no te culpo por estar pellizcándolo —

intervino Poppy—, ¡qué buen trasero tiene!

—¿Quién es la niña? —pregunté para saber si lo que ahí decía era correcto.

—Su hija.

—¿Te has liado con un hombre casado? —recriminó Chiara, horrorizada.

—Trojan no está casado, quedaos tranquilas —aseguró Poppy.

—¿Y tú cómo lo sabes? —quise saber de inmediato—. Y... ¿a qué viene ese

nombre de condón?

—Eso, la marca del condón que usa Luka, envoltorio dorado, tamaño

Magnum XL.

—Calla, Poppy —gritó Nicole cubriéndose la cara.

—No te ruborices; es envidiable que te hayas tragado todo eso tú solita.

—Por Dios, Poppy, basta ya con el tamaño del miembro de Luka —rogó

Nic en vano, consciente de que eso sólo acababa de comenzar; que no nos lo hubiera contado y hubiese fingido desinterés le iba a costar caro.

—O sea, que es cierto —afirmé abriendo los ojos como platos—. Madre de

Dios, ¿es humano?

—Necesito todos los detalles y quiero saber por qué ella lo sabía y nosotras

no.

—Chiara, deja de hacerte la ofendida; al principio simplemente se trató de

un revolcón del que me arrepentí. Poppy llegó a la mañana siguiente y encontró el envoltorio del condón tirado por el suelo —contó de manera muy simple.

—Y los botones arrancados de la camisa de Trojan XL.

—Se llama Luka, basta de llamarlo así, Poppy. —Nic la regañó, supongo

que avergonzada al recordar la lujuria entre ellos.

—¿Ni siquiera te tomaste la molestia de desabotonarle la camisa? ¡A la

pipetuá! ,* si que estabas apurada, amiga. Supongo que cualquiera lo estaría con semejante pedazo de semental —aseguré burlándome un poquito de ella, y en el

fondo esperando que mi verdad me estallara en cualquier momento en la cara, porque si algo sabía muy bien es que los hombres eran menos reservados que nosotras las mujeres y estaba segura de que Maverick ya les habría contado lo sucedido a sus amigos. Si Nic tenía una relación con Bandini, no tardaría en descubrirlo todo.

—Ay, Dios, no tenéis remedio.

—Creo que tendrás que reemplazar tu martillo de Thor por el buenorro de

Hulk —soltó Poppy haciendo alusión al consolador que todas sabíamos que

tenía Nicole—, para no extrañar a Luka cuando no lo veas. ¿Quieres ver el catálogo? Creo que lo he traído conmigo en el bolso, hay una promoción si pagas con tarjeta.

—No, Poppy, no quiero ver el catálogo, no quiero comprar otro estúpido

juguete sexual de la colección de *Los Vengadores*. Y no hablemos de Thor, por favor.

Nos causó mucha gracia que ella se ofuscara tanto, así que, para mofarnos

un poco más, Chiara se arrancó a golpear las palmas contra la mesa y a gritar

«Hulk, Hulk, Hulk», y todas la seguimos, matándonos de risa. De repente el móvil de Nicole empezó a sonar al tiempo que se iluminaba la pantalla, dejando

a la vista una fotografía del magnate del petróleo.

—Callaos, voy a atender —nos rogó.

Se alejó para hablar, mientras nosotras intentábamos contener las

carcajadas, a la vez que empezábamos a interrogar a Poppy para averiguar qué era lo que ella sabía.

De pronto no nos pasó desapercibido a ninguna el tono adusto que Nic

empleó para atenderlo, y nos sorprendimos sin poder contener nuestro asombro

por cómo lo estaba tratado, pero, como nuestra amiga parecía que estaba con malas pulgas, nos fulminó con la mirada haciéndonos callar, así que cerramos el

pico y nos limitamos a escuchar el intercambio hostil que ella mantenía con él.

—¿Qué ocurre? —preguntó Chiara cuando la llamada terminó.

—Viene hacia acá, es que... hoy me fue a buscar al trabajo, y Brock

también apareció. Coño, se supone que sólo compartimos cama.

—¿Te lo has seguido tirando? —preguntó Poppy después de que Nicole se

volviera a sentar.

—Dos veces más —dijo frustrada.

—Ja, *revolcón*, nos quiso hacer creer —acoté, comprendiendo que al

parecer el magnate del petróleo era tan irresistible como su condenado amigo.

Nos levantamos de los cojines en el suelo, acomodándonos en el sofá para

esperar a que él viniera.

—¿Qué hacéis? —nos preguntó entonces Nicole.

—Esperar al vengador, a Hulk —contestamos al unísono, como si no fuera

una obviedad lo que estaba preguntando.

—No voy a atenderlo.

El timbre sonó.

—¿Acaso estaba abajo? —intervino Poppy tan asombrada como nosotras.

—No importa, ya lo atiendo yo.

—¡Chiara! —Nicole la detuvo.

—¡Qué egoísta!, nos arruinas la diversión. Sólo queremos conocerlo, puesto

que el otro día no le prestamos mucha atención —añadió volviéndose a sentar.

—Quedaos aquí; voy a despacharlo y regreso enseguida para que sigamos

cenando.

Tan pronto como salió del apartamento, nos pegamos a la puerta para

intentar escuchar la conversación; estaban discutiendo, al parecer por causa de Brock, y no era de extrañar; el vikingo se la había montado a Luka la otra noche

en la cena de beneficencia, acusándolo de no sé cuántas cosas.

—Está celosoooo —expresó Chiara entre susurros sólo para que nosotras lo

oyéramos.

—Me parece que será mejor que nos vayamos, lo que hay entre ellos es más

serio de lo que nos ha querido hacer creer nuestra amiga.

Las tres asentimos y fuimos a por nuestras pertenencias para darles la

intimidad que necesitaban.

—¿Será mucho si le dejo el catálogo abierto en la página con los vibradores

de la línea de *Los Vengadores*?

—Basta, Poppy, dejémoslos tranquilos; se nota que el horno no está para

bollos —dije deteniéndola, pero ella sólo se lamentaba por no tener el maletín

consigo para poder dejar uno de los vibradores en la mesa baja. Poppy era la más bromista de nosotras tres.

—Lo merece, Joss... se ha guardado todo esto para ella solita, y nos ha dejado fuera del chisme como si no fuéramos sus mejores amigas. Bueno,

aunque tú lo sabías —dijo Chiara hundiendo su dedo índice en el pecho de Poppy— y te callaste también.

—Es que creí que todo quedaría ahí... Él se la tiró el día que Brock lo dejó

en ridículo frente a la prensa, ¿recordáis la noticia en las primeras planas? —

Asentimos—. Al parecer vino aquí reclamándole a Nic y, bueno, terminaron

como ya os imagináis, sólo que no se quedó ni un minuto después de correrse...

Según lo que me contó Nicole, se quitó las ganas y se marchó, dejándola como

quien deja desechado un trapo viejo.

—Cabronazo —lo insultó Chiara.

—Al día siguiente vine a buscarla para salir a correr como cada sábado —

continuó relatando Poppy—, y me enteré de lo sucedido de casualidad, porque la

encontré con los ojos hinchados de tanto llorar... y no os podéis imaginar lo que

era esto, todo tirado por ahí de cualquier manera... se nota que le gusta rudo.

—Joder, ¿los amigos serán igual de intensos? —preguntó Chiara.

Casi digo que Maverick sí. Aunque no había probado más que sus dedos,

no hacía falta más para aseverarlo, pero por suerte Poppy habló, interrumpiendo

mi momento de estupidez.

—¿Y si buscamos el Thor de Nicole y lo dejamos a la vista?

Chiara pareció estar de acuerdo con la broma.

—¿Os habéis vuelto locas?, ¿no veis que están discutiendo por Brock?

Vámonos de una vez. —Las empujé hacia fuera, alguien debía poner un poco de

cordura al momento.

Abrimos la puerta y Nicole nos miró asombrada; parecía rogarnos con la

mirada que no nos fuéramos. Chiara, Poppy y yo misma estábamos partidas de la

risa, y era casi imposible no contagiarse.

—Hola, Luka —saludamos las tres a la vez, y Nicole nos presentó de mala

gana, quizá temiendo que saliéramos con alguna burrada que la pusiera en ridículo frente a Hulk. Él nos saludó muy cordial, disimulando su mal humor, pero nosotras habíamos escuchado la conversación y sabíamos fehacientemente

que estaba que echaba humo por los ojos—. Nos vamos —la informamos de

inmediato.

—No —nos pidió Nic con los ojos suplicantes, creo que sabía que no

podría resistirse a Bandini si nos íbamos, y por eso no quería quedarse sola con él; la entendía, el idiota del amigo tenía el mismo efecto en mí—, aún no hemos

acabado de cenar.

—Es que... he recordado que tengo que pasar a buscar la peli de *Los Vengadores* para mi sobrino; adora a Thor y ni te cuento lo que le gusta Hulk.

—Pero si tú no tienes sobrino —acoté distraída, sin percatarme de que el comentario había sido a propósito; en realidad estaba en

Babia cuando Chiara soltó la broma porque, cuando vi a Luka, me paralicé, sintiéndome avergonzada

de lo que él pudiera saber que había ocurrido entre su amigo y yo.

DIEZ

Maverick

No podía quitármela de la cabeza; jamás me había pasado eso con ninguna otra

mujer, pero al parecer ella no era como cualquier otra chica. Simplemente no era

posible sentarme a esperar que fuera Jo la que hiciera el próximo movimiento, porque estaba a punto de volverme loco, y lo cierto era que no sabía muy bien

cómo hacerlo, puesto que nunca había tenido que trabajar para obtener la atención de ninguna fémina. Además, aún me quedaba un poco de orgullo. Se suponía que yo era un macho alfa, pero ella me había hecho perder mi credencial

de espécimen lomo plateado.

Le había dejado una tarjeta personal con mi teléfono, pero no me había

llamado, y eso me tenía de muy mal humor. Si lo que Jo esperaba era que fuera

yo quien volviera a buscarla, estaba equivocada; eso no sucedería de nuevo, aunque me estuviera muriendo de ganas de verla.

Mi móvil sonó, interrumpiendo mis pensamientos; era Drake.

—¿Qué ocurre?

—Eso me gustaría saber a mí, por eso te llamo. Hace varias noches que no

apareces por el Provocateur y las últimas veces que estuviste te fuiste solo.

—¿Ahora te dedicas a controlar quién pasa por mis sábanas?

—Aaah, bueno, pero qué humor te traes. Deberías venir a conseguirte un

coño en el que enterrarte y así te calmarías.

Tenía razón, necesitaba una vagina, pero no cualquiera, necesitaba la de Jo.

Joder, nunca creí que fuera a decir eso alguna vez.

—¿O acaso estás cursando alguna enfermedad de transmisión sexual y por

eso estás entregado al celibato?

—Deja de decir estupideces, ¿quieres? ¿Ya te has arrancado con el whisky?,

¿cuánto has bebido?, ¿estás borracho?

—No he bebido nada, sabes perfectamente que sólo bebo cerveza y además

me controlo. Te llamo porque se te extraña, hombre.

—Suenas como un puto mariconazo.

—Puff, estoy siendo sincero y mira con lo que me sales.

—Me daré una vuelta una de estas noches, ando muy liado con el trabajo.

—¿Sólo es eso?

—Sí, ¿qué otra cosa iba a ser?

—No lo sé, por eso te lo pregunto. Somos amigos; cuentas con ello,

¿verdad?

Realicé una profunda respiración mientras me pasaba una mano por el pelo.

—Gracias por preocuparte, Drake; sólo es el trabajo, que me tiene

absorbido.

—De acuerdo. No te pierdas; ya hemos perdido a Luka, que ahora no seas

tú.

—No hay manera, pienso continuar haciendo marcas en el cabecero de mi

cama.

Cuando corté la llamada, arrojé mi móvil sobre el escritorio y me recosté en

el respaldo del sillón ejecutivo de mi oficina. Me sentía frustrado. Trabé las manos tras la nuca, buscando aliviar el dolor de mi cuello.

Drake tenía razón, debía retomar mi vida normal. ¿Qué quería inventar

deteniéndolo todo?

Sentirme de esa forma nunca había estado en mis planes, yo jamás me había

parado a pensar en ninguna mujer.

—¡Joder! ¿Qué mierda tiene ella de diferente? —grité desencajado. No

podía entenderlo, o me resistía a hacerlo.

Intenté volver a concentrarme en los planos que pretendía terminar; no es que fuera algo urgente, pero yo lo hacía parecer así porque al menos el trabajo

mantenía mi mente ocupada. Me encontraba en mi estudio, hacía días que casi no pasaba por casa. Mierda, antes de conocer a Jo tenía a una chica distinta cada

noche, y qué fácil era follar, realmente no me suponía gran trabajo llevarme a una mujer a la cama. Podía, simplemente, sentarme y dejar que vinieran a mí...

pero hacer eso durante tanto tiempo indudablemente me estaba pasando factura,

mi polla había dejado de estar interesada desde que ella apareció.

Lo meditaba y me encabronaba, pero así estaba desde que la había

conocido. Mi miembro parecía haber muerto desde que mis dedos penetraron en

su interior, y ya sólo parecía cobrar vida si pensaba en ella.

Me levanté bruscamente de mi asiento empujando con fuerza la silla hacia

atrás y me pasé una mano por el pelo, dejando que mi cabeza cayera en mis manos luego, exhalando un profundo suspiro; no me soportaba ni yo mismo.

Cuando diseñé mi oficina, decidí construir allí una habitación por si por la

noche aún me encontraba trabajando y no tenía ganas de irme a casa, o para

tener dónde cambiarme después de hacer ejercicio o usar la piscina del edificio, así que, tras vestirme con ropa deportiva, cogí mis llaves y bajé hasta el octavo

piso, donde estaba el gimnasio; gastar energía en las máquinas parecía la mejor

opción.

* * *

Mi camiseta estaba empapada en sudor; necesitaba una ducha con urgencia,

y planeaba dármela allí mismo, puesto que aún precisaba agotarme físicamente

mucho más. Estaba decidido a quitarme la transpiración producto de haber

estado ejercitándome en las máquinas y luego bajar al séptimo piso para nadar un rato en la piscina.

Era tarde y por suerte no había nadie dando vueltas por allí, motivo por el

cual estaba agradecido. Últimamente disfrutaba demasiado de mi soledad.

Estaba terminando un nuevo largo y no podía alejar su imagen de mi cabeza... su

cuerpo pequeño y apretado en todas las partes que debía estarlo me encendía, y

sólo era capaz de pensar en tirármela. Me cogí del borde y con un impulso intempestivo salí de la piscina; mi cuerpo era una catarata que chorreaba agua.

Caminé hasta uno de los asientos, donde había dejado mi toalla, y me la pasé con

rabia por la cara y luego por el resto del cuerpo, capturando la humedad. Esa situación tenía que cambiar: o me decidía y me resignaba a perder por completo

mi maldita credencial de macho alfa, o me olvidaba de ella y dejaba de estar encaprichado de su sexo... y como en verdad no pensaba rogarle por un poco de

atención, iba a seguir conservando mi título.

Salí de ahí después de cambiarme y me fui al Provocateur; necesitaba

regresar al ruedo y dejar de verme y sentirme como un llorica apestoso. Sacudir

un coño era la mejor solución a todo, siempre lo había sido; alejarme de mis planes había resultado una real estupidez.

ONCE

Joss

Llegó el día de mi cumpleaños, y mis amigas vinieron a casa a cenar, para festejarlo conmigo.

Ese año había preferido una celebración tranquila; por lo general salíamos y

nos pasábamos la noche recorriendo discos, bebiendo y viviendo la vida loca; a

decir verdad, no era muy partidaria de que el día en que se recordaba mi nacimiento fuera un día demasiado especial, pues sólo me traía a la memoria que

el día que nací mi madre me odió, y luego me abandonó, poniéndome en manos

de mi padre para largarse y poder vivir su vida.

Pete y la banda, con las fechas de sus giras, no siempre estaban disponibles

para pasarlo conmigo y, como ya era adulta desde hacía mucho tiempo, no estaba

obligada a acompañarlos.

Esa mañana, de todas formas, me habían llamado muy temprano, y me dio

ternura saber que él y mis tíos habían hecho un esfuerzo por despertarse para que

yo recibiera mi felicitación de cumpleaños a primera hora; no podía negar que ellos siempre intentaron que ese día fuera especial. Además, me enviaron flores

y un estuche que contenía un deslumbrante brazalete de diamantes de la casa Harry Winston. Los integrantes de The Nine siempre lo hacían juntos todo.

Quién era yo entonces se lo debía un poco a cada uno, con sus defectos, con sus

aciertos... jamás me habían desatendido, ninguno de mis tíos. A pesar de que algunos se casaron varias veces, ninguno tuvo descendencia, así que yo era un poco como la hija de todos.

* * *

Estábamos en plena cena cuando el teléfono de Nicole sonó y no hizo falta

que nos dijera quién era la persona que la llamaba, pues reconocimos el tono del

teléfono que le tenía asignado, así que supimos que se apartaba para hablar con

Luka. Además, estábamos al tanto de que su relación no estaba muy bien.

Cuando cortó la comunicación, su rostro se veía pálido y estaba algo frenética,

así que empezó a pedir a gritos que encendiera la tele.

—¿Qué diablos quieres ver? Estamos escuchando música.

—Enciende la maldita televisión, Joss; pon en el canal de las noticias.

—Está bien, lo haré, pero cálmate.

Busqué el mando a distancia y miré a las demás chicas, que tampoco sabían

nada de lo que estaba sucediendo. Esperando que Nic se tranquilizara, encendí el

aparato y busqué el programa que quería ver. Chiara y yo seguíamos sin

entender, pero en aquel momento Poppy se puso de pie y abrazó a Nicole; ésta se

cubrió la boca y empezó a llorar desconsoladamente.

No era extraño que ellas dos tuvieran más afinidad, como tampoco lo era que yo la tuviera con Chiara, pues, Poppy y Nic se habían conocido cuando ambas trabajaban en la empresa de bienes raíces de Steve, y yo había conocido a

Nicole porque ella era una agente inmobiliaria; en ese entonces no estaba casada

con Steve Blade, ni ejercía su actual profesión, y mi apartamento lo había conseguido gracias a ella. Recuerdo que de inmediato nos caímos bien, y resultó

extraño, porque por lo general soy bastante taciturna y reacia a hacer amigos, pero con ella tuve una conexión instantánea. Un día quedamos en encontrarnos

en un bar; ella fue con Poppy y yo con Chiara, a quien conocía desde la escuela

primaria, y desde ese día nunca más nos separamos. Pero, claro, la confianza que

yo tenía con Chiara no la tenía con ninguna otra, a pesar de que las adoraba también.

Siempre me había costado relacionarme con mujeres; por lo general lo

hacía mejor con los hombres, por eso mi única amiga hasta que conocí a Nicole

y Poppy había sido Chiarita.

El terapeuta al que iba cuando era adolescente decía que haber sido criada

por una banda de músicos, todos hombres, influenciaba en que yo no me

relacionara bien con las mujeres. De todas formas, Isla, algo así como la secretaria, mano derecha y ama de llaves de The Nine, siempre había intentado

ser un poco el ejemplo de lo que una madre debería haber sido para mí. La única

diferencia de lo que es una madre y un padre era que ella amaba a Pete, en silencio, pero nunca había tenido una relación con él. Cuenta la historia que Isla

era una *groupie* que llegó y nunca más se fue, y que más que nada eso ocurrió porque atracó en la banda en el momento justo en el que Pete se quedó solo conmigo; ella fue el espaldarazo que mi padre necesitaba; a Isla también le debo

un poco lo que soy.

Le alcancé a Nicole una lata de gaseosa, para que bebiera y se calmara.

Cuando finalmente se apaciguó, sin dejar de temblar, empezó a hablar y a contarnos una historia que nos dejó con la boca abierta. Poppy ya la sabía y nos

relató también cómo se enteró.

Siempre había oído que las universidades eran focos de atención de los

reclutadores que se dedicaban a la trata de personas, pero nunca había conocido

un caso tan cercano. La vida de Nic había sido un calvario, y lo que la televisión

estaba mostrando en ese momento era la detención de su proxeneta.

—¿Por qué no nos lo habías contado? Jamás te hubiéramos juzgado —dijo

Chiara—; participar en ello no fue por voluntad propia.

—Era muy difícil para mí, os pido que lo entendáis; es una parte de mi vida

que realmente preferiría olvidar, todo lo que pasó casi me sume en la locura.

—Eso lo puedo entender, pero hay algo que no me encaja. —Chiara agitó la

cabeza—. Si Luka te dijo que juntos lucharíais contra todo, ¿por qué te alejaste

de él?

—Aaah, ésa es otra argucia —exclamó Poppy con las pelotas muy

hinchadas—. Quiero darle azotes para ver si entra en razón.

Nicole nos explicó todos los traspiés que había sufrido su relación con

Luka; también nos habló de sus inseguridades y de cómo se boicoteaba a ella misma. Pasamos un buen rato escuchándola, pues tenía muchas ganas de

sincerarse de una buena vez con nosotras. Decía, además, que por fin sentía que

podía empezar a ser ella misma. Por otra parte, no paraba de pedirnos disculpas,

y una y otra vez insistía en que entendería que no la quisiéramos más en nuestro

círculo de amistad.

La dejamos desahogarse y, después de que nos lo contara todo, la

convencimos para que se fuera a perseguir el amor de Luka.

—Sí, Nic —afirmó Chiara en determinado momento—, tienes que creer

que es posible una vida diferente a su lado, tienes que creer que el amor existe

para ti y que eres digna de recibirlo; tú misma estás boicoteándote porque no te

atreves a creer.

Después de que Nicole se marchara, cosa que costó horrores porque no

quería darme plantón el día de mi cumpleaños, las tres nos sentamos en la sala

de mi casa en silencio. Puse las rodillas contra mi pecho y apoyé mi barbilla en

ellas, mientras bebía de una copa de champán. La historia que Nicole nos había

contado nos había dejado a todas perplejas.

Un dolor sordo se apoderó de mí ante el pensamiento de la vida de mierda

que Nic había tenido.

—A veces nos quejamos de la vida que nos ha tocado vivir y, sin embargo,

no tomamos conciencia de que hay gente que de verdad lo pasa muy mal.

Todas asintieron ante mi reflexión.

Poppy empezó a hablar entonces y nos contó incluso detalles del día en que

el maldito proxeneta la interceptó saliendo del Gotham Hall, también de toda la

discusión que se desató con Luka en el aeropuerto, cuando él descubrió su pasado. En ese momento, después de saber tanto, nos encajó la desesperación, la

angustia y el arrepentimiento que él demostró cuando Nicole se accidentó en el

metro.

—Bueno, es tu cumpleaños, Joss, no podemos terminar la noche así. Ya sé

que no querías salir, pero la cena se ha frustrado con todo esto, así que pienso que deberíamos hacer un cambio de planes.

»Vayamos al Provocateur.

—No, Chiara, no quiero ir allí.

—¿Por qué no, si me contaste que volviste a ir con John y, cuando te

pregunté, me dijiste que lo habíais pasado muy bien?

—Vayamos a otro sitio —acotó Poppy—. Yo tampoco quiero ir a ese local.

—Pero... ¿qué os pasa a vosotras dos? ¿Por qué no queréis ir al

Provocateur?

—Tú seguro que quieres ir por Spencer.

—Joss, no voy a negarte que me gusta, porque eso ya lo sabes... pero que

sea el dueño del club lo hace más peligroso. Él puede tener a la mujer que quiera

sólo con chasquear los dedos y, además, ya dijimos que ésos no son aptos ni como ligue de una noche. Una mujer debe ser inteligente y no dejarse obnubilar

por chulos como ellos si quiere proteger su corazón; de los cuatro, el único rescatable es Luka, y ya lo cogió Nicole y me alegro por ella, merece lo mejor en

la vida.

Poppy y yo asentimos, pero me quedé pensando en las palabras de Chiara.

—Eso ha sonado como si estuviéramos buscando un hombre para

formalizar una relación, y yo ni de coña busco eso. El amor es para los soñadores y yo no quiero un cuento de hadas para mí; no critico a quien lo desee,

cada uno es feliz como más le guste serlo, pero personalmente no conozco ningún caso que os pueda poner como ejemplo que haya salido ileso al

intentarlo.

—Yo tampoco busco una relación seria, Joss, no ha sido eso lo que he

querido decir. Sabes que estoy centrada de lleno en mi carrera, y además estoy

muy bien sola, pero eso no quita que en algún momento quiera asentarme, y seguramente querré formar una familia, a mis padres les fue bien.

—Son la excepción.

—No son una excepción, Joss, simplemente Pete y tus tíos no son

normales; son rockeros y nunca han vivido más que para su banda.

—Eso no es cierto; ellos lo intentaron y los he visto sufrir a todos por amor,

a mi padre más que a nadie, así que por ese motivo no quiero eso para mí.

—Bueno, no os voy a negar que me encantaría tener un hombre que hiciera

que no me sintiera tan sola. Mis padres están lejos y, además, no me llevo bien

con ellos, y mi hermano es el ejemplo de todo lo que no soy; es el hijo pródigo y

siempre están comparándome con él, y a veces la carga de estar en esta ciudad

sin familia se me hace difícil. Creo que si tuviera una pareja todo sería más fácil, porque tendría con quien compartirlo todo.

—Gracias por la parte que nos toca, ¿acaso nosotras no existimos?

—No he querido decir eso, Chiara.

—Vale, basta de melancolías. Acepto salir, pero si vamos a otro sitio que no

sea el Provocateur.

—¡Terca! Está bien, eres la cumpleañera, tú eliges.

* * *

Salimos a recorrer la noche neoyorquina y entramos en varias discos. De

todas tuvimos que salir porque algunas personas me reconocieron y empezaron a

pedirme autógrafos y fotos, y ésa no era la manera en la que queríamos pasar la

noche. Además, bebí bastante y no quería que se filtrara ninguna foto que me mostrara en un estado que no le hacía bien a mi imagen, si no tendría que lidiar

luego con John, que estaba demostrando ser más insoportable que su padre, así

que Chiara y Poppy me cogieron del brazo, una por cada lado, y salimos de la

última disco en la que habíamos entrado.

—Joder, me están matando los tacones de las botas —señaló Poppy

mientras caminábamos hacia donde habíamos dejado aparcado el coche de

Chiara; esa noche ella era el conductor designado.

Subimos a éste y empezamos a zigzaguear por la ciudad. Cuando quise

darme cuenta, estábamos en la puerta del Provocateur.

—¿Eres tonta o te lo haces?, te dije que aquí no quería venir.

—Deja de quejarte y asume que conocemos al dueño y eso puede que nos

dé la privacidad que necesitas para celebrar tu cumpleaños sin que tus

admiradores te invadan.

—Mi mente está un poco nublada por el alcohol, tu argumento parece bueno.

—Lo es, ¿no es verdad, Poppy?

Nos dimos media vuelta para mirar hacia atrás al ver que no respondía.

—¡Coño, se ha dormido! Ha quedado fuera de juego, creo que los últimos

chupitos le han sentado mal.

—Bien, sigamos nosotras —acoté mientras abría la puerta y me bajaba del

vehículo.

La brisa nocturna me aporreo en la cara, haciendo que me sintiera mareada,

pero todavía podía continuar.

Cerramos la puerta y dejamos a Poppy durmiendo dentro.

La cola para entrar se veía interminable, así que, aunque no quería hacer notoria mi presencia, me acerqué al gigante de color que estaba en la puerta y éste me reconoció de inmediato, dejándonos pasar. La reverberación de los acordes de la música nos envolvió enseguida y al instante Chiara y yo

empezamos a balancearnos al compás de ésta. Nos fuimos directas a la barra.

—Bebe conmigo; dejaremos el coche en el aparcamiento y lo recogeremos

mañana. Celebremos mi cumpleaños, luego regresamos en taxi.

—Okay; este lugar se ve muy divertido, hay mucha marcha aquí.

Chiara miraba hacia todos lados; aunque no quería reconocerlo, yo sabía

muy bien lo que ella buscaba o, mejor dicho, a quién.

El *barman* se nos acercó y le pedimos tequila, seis chupitos que pusimos en

fila, que nos entregó junto a la sal y unos gajos de limón.

Nos zampamos los dos primeros uno detrás del otro y, cuando los

acabamos, gritamos eufóricas.

—Lo que consuman las chicas corre de mi cuenta, Garry.

Mierda, esa voz la conocía muy bien y era la razón por la cual no había querido ir a ese local, pues sabía que él estaría allí.

Me giré para enfrentarlo y le dije:

—No quiero nada que venga de ti, puedo pagar mis copas. —Lo miré con

furia, sin poder contenerme, sintiendo cómo mis fosas nasales se expandían.

—Hola, Maverick —lo saludó Chiara por encima de mi voz—. ¿Quieres

unirte a nosotras? Estamos festejando el cumpleaños de Joss.

¿Qué mierda le pasaba a mi amiga? ¿Había olvidado acaso que ese idiota

no era apto para ningún tipo de intercambio?

Miré sus arrugas justo debajo de la línea de su cabello, parecía como si

estuviera estudiando lo que acababa de decir, sin preocuparse siquiera de saludar a Chiara. Quería apartar mis ojos de él, pero su mirada producía un efecto hipnótico en mí, que me ponía en un estado mental de casi inconsciencia. Sus ojos tenían el poder de sujetarte allí, eclipsando cada pensamiento y haciendo que todo lo

que te rodeaba pareciera insignificante. Esos ojos eran como el verde

intenso de dos esmeraldas; nunca había visto unos ojos tan verdes y tan nítidos,

y creo que casi era pecado que fueran tan bonitos, aunque en realidad el pecado

era sólo mío, porque yo no debería estar admirando nada de él... pero parecía imposible no hacerlo.

Maverick

La vi entrar y no pude resistirme.

Sabía que no era una buena idea acercarme.

Aunque me negaba a aceptarlo, ella era la razón por la que había estado colgado el último mes y medio.

Luka acababa de irse del *nightclub* y nos había confesado que estaba enamorado de su amiga Nicole. Joder, me había burlado de sus sentimientos unos minutos antes y en ese momento estaba yo allí, rogando por llamar la atención de esa mujer a como diera lugar. Tampoco es que yo sintiera amor ni nada que se le pareciera, pero sabía que me veía como un tonto que estaba mostrando más de lo que debía.

Ella llevaba puesto un apretado mono de cuero que se ajustaba a cada una

de sus curvas y se abrazaba a su trasero de forma que mi polla reaccionó casi al

instante de verla.

Mientras me decidía acerca de si me acercaba a ella o no, me convencí de

que sí argumentando que sólo reaccionaba así porque jamás ninguna mujer me había rechazado antes que ella. Pero era un hombre inteligente y no podía omitir

que tenía pánico de involucrar mis sentimientos y por eso me negaba a admitir

que Jo despertaba en mí ciertas emociones, sin importar cuánto luchara por alejarlas; con su proximidad, el pecho me dolía, y esa sensación era imprecisa para mí... simplemente era diferente a algo que alguna vez hubiera sentido.

Yo siempre había mantenido el interruptor encendido, olvidándome de cada

momento perfecto con una mujer, como si nunca hubiera sucedido, y eso era lo

que más me desestabilizaba, pues con ella no había tenido más que un momento

a medias, pero lo había reproducido tantas veces en mi cabeza que en ocasiones llegaba a suponer que en verdad lo había idealizado.

Estaba obsesionado, y en ese instante me encontraba frente a ella,

soportando una vez más su rechazo. Estaba a punto de darme media vuelta y marcharme antes de recurrir a la mendicidad, cuando oí a mi amigo.

—Vaya, qué sorpresa saber que habéis venido.

La voz de Spencer hizo que ella centrara su atención en él, quien de

inmediato las saludó a ambas.

—Me han avisado en la entrada de que estabais aquí, bienvenidas al

Provocateur. —Se dirigió al *barman*—. Garry, lo que las señoritas tomen corre por cuenta de la casa.

—Vaya, Chiara, qué suerte tenemos —dijo Joss mientras se lamía el dorso

de la mano, ponía sal en el espacio comprendido entre el pulgar y el índice, la chupaba y se zampaba otro chupito, sorbiendo de inmediato limón después—, todo el mundo parece querer pagar nuestros tragos; definitivamente debemos venir más a menudo, tenías razón en elegir este sitio.

—Es el cumpleaños de Josephine —le expliqué a Spencer, y ella puso los

ojos en blanco antes de beberse otro chupito de los que quedaban sobre la barra

—, acaba de contármelo Chiara.

—¿Por qué no vamos a mi oficina?, estaremos más cómodos —sugirió mi

amigo.

—¿Drake? —le pregunté, acercándome para que sólo él me oyera.

—Todo despejado —me contestó.

Asentí, consciente de que eso significaba que nuestro amigo ya había

terminado con la morena que lo había mantenido con los pantalones bajados unos minutos atrás.

—Mándame champán a mi despacho, Garry.

Jo se mostró reacia a ir con nosotros, pero finalmente aceptó. No era difícil

darse cuenta de que el alcohol ya estaba pegándole, aunque debía reconocer que

se veía bastante entera aún.

—Y más tequila, Garry —añadió Jo, arrastrando las palabras.

—Manda agua bien helada también —pedí antes de irme; estaba seguro de

que ella la necesitaría muy pronto.

Llegamos al despacho y Spencer destapó el champán que llegó casi junto

con nosotros, sirvió para todos y ofreció un brindis por la cumpleañera. Bebí un

sorbo de mi copa y la dejé sobre la mesa baja mientras miraba cómo Jo se

tomaba el contenido de la de ella como si fuera agua y luego se servía tequila en los vasitos de chupito que también habían traído.

—¿Qué raro que sólo estáis vosotras dos de fiesta?

—¿Quién más debería estar aquí según tú, sabelotodo? —dijo Jo, y soltó

una carcajada.

Estábamos sentados en los sillones de la oficina.

—Bueno, siempre andáis las cuatro juntas —intervino Spencer apoyándose

contra el respaldo—, salvo el otro día, que viniste con tu representante.

Miré a Jo y me reí al darme cuenta de quién era el tipo que la acompañaba,

pero no dije nada. Ella advirtió mi risa y noté sus mejillas enrojecerse.

—Me enteré de que estabas aquí —aclaró Spencer—, sólo que no pude salir

a saludarte; estaba solucionando un problema con un pedido que no nos había llegado.

—Nicole ha estado con nosotras en casa de Joss antes de que decidiéramos

salir —explicó la rubia, que capturaba toda la atención de mi amigo. Desde que

Spencer se había acercado, no me perdía la forma en que intentaba agradarle— y

Poppy... bueno, ha venido con nosotras, sólo que antes de aparecer por aquí hemos estado en otros clubs nocturnos y creo que ha bebido demasiado; se ha dormido en el coche.

—¿Me estás diciendo que habéis dejado a vuestra amiga durmiendo en el

coche?

Ella asintió y Chiara y Spencer empezaron a reírse, contagiándonos

también.

—Estaba desparramada en el asiento trasero; no creo que despierte hasta

mañana —dijo antes de zamparse otro chupito.

La risa de Jo era la más linda y contagiosa que había oído nunca, o tal vez

sólo se trataba de que jamás me había esforzado en sacarle una sonrisa a una mujer, y sólo me había ocupado de arrancarle orgasmos.

Sus ojos se iluminaban cuando sonreía, así, despreocupada, auténtica, y los

hoyuelos en sus mejillas se acentuaban.

—Quizá deberíamos ir a por ella; no está bien, Chiarita, que la hayamos dejado allí. —Jo se puso de pie y se tambaleó.

—Creo que tú mejor te sientas y bebes un poco de agua.

Tiré de su mano y su cuerpo, que no tenía control por el exceso de alcohol,

cayó bruscamente sobre el sofá. Cogí un botellín de agua que descansaba en la

champanera y lo destapé, ofreciéndoselo inmediatamente.

—Bebe.

Obedeció sin rechistar y luego echó la cabeza hacia atrás, recostándose en

los cojines.

En ese momento uno de los empleados golpeó la puerta y Spencer le dio

paso; éste lo avisó de que había llegado el encargado de las mezclas de esa noche, un afamado dj alemán.

Cuando Chiara oyó su nombre, pegó un grito, y Jo se enderezó sobresaltada

sin entender a qué venía eso.

—Ven conmigo y te lo presento.

Spencer le tendió la mano y la rubia la aceptó de inmediato.

—¿Estarás bien, Joss?

—Sí, ve tranquila.

Cuando su amiga se marchó, quiso volver a ponerse de pie.

—Oh, Dios, creo que todo está dando vueltas.

—Bebe más agua.

—No quiero. Me iré a mi casa, cogeré un taxi.

—Déjame llevarte.

—No quiero que me lleves, en verdad no quiero nada que provenga de ti.

Eres un repugnante follador que no pisa el suelo por el que camina y me das asco. —Su dedo se hundió en mi pecho.

—¿Por qué te resistes? ¿Por qué tienes que ser tan perra? Estás

acostumbrada a que los hombres te rueguen, ¿de eso se trata?

—Tú sacas a la perra que hay en mí. —Su boca se crispó cuando me

contestó y luego volvió a enderezarse, pero no estaba bien, así que se dejó caer

nuevamente en los cojines.

De pronto empezó a roncar debido a que los músculos del paladar se

encontraban debilitados por el consumo de alcohol.

—Joder, ¿cuánto habrá bebido para quedar así?

Pasé un brazo por detrás de sus rodillas y el otro por debajo de sus axilas y

la levanté.

—¡Mierda!

Sosteniéndola, salí del despacho dirigiéndome hacia la salida trasera.

—Charles —le indiqué a uno de los empleados que me crucé en el camino

—, ven conmigo y ayúdame a sacarla por donde entran los proveedores.

Después de que me abriera la puerta, le indiqué que yo me arreglaba.

Sacarla por ahí me pareció lo más adecuado, de esa manera nadie podría tomarle

fotografías en el caso de que alguien la reconociera.

Cuando llegué a mi coche, la moví, cargándola sobre mi hombro, para

poder abrir la portezuela.

—No quiero ir contigo... te tiraste a una mujer en mi casa después de que

intentaras follarme a mí —farfulló golpeándome torpemente en la espalda—; no

quiero volver a pensar en ti, ni que vuelvas a tocarme, no quiero soñar que me

haces el amor, ni que me metes tus mágicos dedos...

Lo expresó de modo casi ininteligible, pero pude oírla y entenderla

perfectamente.

«Joder, ella es tan vulnerable a mí como yo lo soy a ella, no me quedan dudas.»

Bien dicen que los borrachos nunca mienten.

La acomodé en el asiento del copiloto con cuidado y me monté en el coche

junto a ella, le aparté el pelo, despejándole el rostro, y admiré cómo dormía durante unos instantes. Luego saqué el teléfono de mi bolsillo y le envié un mensaje a Spencer, para que avisara a Chiara de que su amiga se había ido conmigo.

DOCE

Joss

Desperté en mi cama cerca del mediodía, y mi dolor de cabeza era un martilleo

constante; ni siquiera recordaba en qué momento ni cómo había regresado a casa.

Me senté en la cama y estiré ambos brazos y el torso; necesitaba con

urgencia darme una ducha y comer algo, me moría de hambre, y la resaca no era

peor a otras que había tenido.

Miré encima de la mesita de noche y allí estaba el *clutch* que había usado

en la noche.

Lo cogí y de él saqué mi móvil para enviarle un mensaje a Chiara, para que

me explicara de qué forma había llegado hasta mi cama. Al desbloquearlo me percaté de que tenía un mensaje suyo; desplazándome por la pantalla, lo leí.

Chiara: Creía que Maverick no era ni siquiera apto como material para un paseo desinteresado en coche hasta casa, pero... en cuanto te dejé sola, te fuiste con él... Es más, me enteré porque él avisó a Spencer, ¿te hizo una fiestecita de cumpleaños?

—¿Qué?

Me toqué la cabeza intentando hacer memoria, pero lo cierto era que no

tenía ni un puto recuerdo de lo que había pasado la noche anterior. Me miré en el

espejo; estaba en bragas y arriba llevaba puesta una camiseta de tirantitos.

¡Mierda!, ¿por qué no recordaba habérmela puesto?

Escaneé la habitación y mi atención fue capturada por la manera en la que

estaba acomodada mi ropa sobre la banqueta, a los pies de la cama. Era evidente

que yo no la había dejado allí, pues todo estaba doblado pulcramente y muy bien

colocado; junto a ésta descansaban, alineados, los tacones que había usado, y yo,

sencillamente, era un fracaso en el orden, jamás dejaba mi ropa así.

—No, no es posible que él me trajera y me acostara también. No puedo ser

tan imbécil como para no recordarlo. —Me apreté ambas sienes—. ¿Por qué

cojones bebí tanto? Acaso... ¿habrá pasado algo más?

Me toqué la pelvis y moví las caderas esperando sentir alguna molestia poscoital; estaba segura de que a Maverick le gustaba rudo, así que, si algo había

pasado, lo más normal sería que sintiera algún malestar... pero no lo tenía.

—Bien; al parecer, no cedí.

Joss: Sólo me trajo a casa, me sentía mareada. Lo usé como taxi nada más. Y tú,

¿qué hiciste? Porque, si mal no recuerdo, te quedaste con Spencer.

Tecleé en mi teléfono y le envié el texto a Chiara.

En realidad no estaba segura de nada, pero mi cama no estaba casi deshecha

y todos los indicios apuntaban a que verdaderamente nada había pasado entre él

y yo.

—Dios, ¿qué habré dicho? Sé que tengo la maldita costumbre de hablar

cuando bebo de más.

Mi teléfono sonó en mi mano mientras bajaba hacia la cocina en busca de

un Ginger ale.

—¿Qué pasa, Chiara?

—Spencer resultó ser todo un caballero; creo que me había formado una

impresión errónea de él.

—¿Te lo follaste?

—No, ni siquiera se me insinuó, y realmente lo lamento, porque te juro que

me hubiera ido a la cama con él sin pensarlo dos veces. Me parece que no le gusto. —Sonó muy decepcionada.

—Si te come con los ojos...

—¿Te parece? Te juro que me insinué de todas las formas habidas y por

haber.

—No pudiste haberlo hecho; dime, por favor, que no lo hiciste, que

realmente no te volviste una mendiga.

—Sí, lo hice. Lo siento, es que me gusta mucho. ¿Será gay?

—Las veces que lo he visto no me lo ha parecido.

—Entonces, definitivamente no le gusto. Me deprimo... mejor cambiemos

de tema, cuéntame tú: dices que no pasó nada, pero no me parece que Maverick

sea un tipo que se conforma con que le permitas sólo acompañarte a casita...

—Pues conmigo es lo único que podrá tener, un viaje a mi lado y nada más.

Además, no es mi tipo, es un arrogante y no lo soporto.

Chiara se carcajeó.

—El problema es que no te dejaría manejar la situación como a ti te gusta.

—Es un idiota que no me atrae lo más mínimo, no quiero seguir hablando

de él.

—¿De verdad que no te lo follaste?

—Pero ¿en qué idioma hablo? Te he dicho que no pasó ni pasará nunca

nada con él.

—Vale. De todas maneras, te llamaba por otra cosa.

—¿Qué sucede?

—He hablado con Nicole. Ha regresado a su apartamento de DUMBO,

nada salió bien anoche con Luka y parecía muy deprimida, incluso el chófer le

trajo todas sus cosas al apartamento. Debemos hacer algo, esos dos se mueren el

uno por el otro.

—No estoy de acuerdo; debemos dejar que ellos arreglen sus cosas y no

meternos.

—Oh, Dios, sé que no crees en el amor, pero al menos podrías hacer el esfuerzo por Nicole, ella necesita creer que se puede creer.

—¿Y qué tal si se desilusiona?

—¿Sabes qué, Joss?, en realidad no es que tú no creas en el amor,

simplemente eres cobarde y cómoda; prefieres no poner en riesgo tu corazón y

por eso decides no arriesgar nada. Tienes miedo a sufrir, sí, eso es, eres una miedosa, pero no te das cuenta de que tal vez estás perdiéndote la oportunidad de

tu vida de ser feliz, porque, cuando tienes a alguien a quien amar, te puedo asegurar que sientes que tocas el cielo con las manos.

—Que yo sepa, tú nunca has tenido un amor así, así que no sé cuánto sabes

de eso.

—Eres insufrible, y terca.

—Pero me adoras.

Ella gruñó al otro lado de la línea.

—Bien, dime qué quieres hacer; aunque no esté de acuerdo, os ayudaré...

porque supongo que Poppy también está metida en esto, ¿no?

—Sí, lo está, pero te advierto que está furiosa porque la dejamos en el coche durmiendo.

—¿La dejamos durmiendo en el coche?

—¿Qué?, ¿no te acuerdas? Entonces... si no te acuerdas de eso, ¿cómo

puedes asegurar que con Maverick no pasó nada?

—Porque eso sí que lo sabría.

—O sea, que estás aceptando que no te acuerdas.

—Yo no he dicho eso, deja de cambiar mis palabras.

* * *

La noche estaba al caer cuando nos encontramos en la entrada del

apartamento de Nicole, en Brooklyn.

—¿Lo habéis traído todo? —preguntó Chiara.

—Sí —contestamos Poppy y yo a la vez.

—Tequila. —Poppy levantó la botella, enseñándola.

—Maquillaje —dije levantando el maletín.

—Bien, yo he traído la ropa, y también lo he arreglado todo con Spencer: él

y sus amigos se encargarán de Luka. Registra el teléfono de Maverick; tienes que contactar con él tan pronto como lleguemos, ya que quizá Spencer esté ocupado. A Nic le haremos creer que entramos porque tú eres famosa.

Convencer a Nicole para salir del apartamento costó, pero lo logramos.

Cuando ya estaba lista, destapé la botella de Patrón que Poppy había llevado y,

después de unas cuantas rondas de tequila, sus inhibiciones parecieron

desaparecer.

—Bien, ahora vamos a romper la noche de Nueva York. Te aseguro que

vestida así estás de infarto.

—¿Adónde tenéis pensado llevarme?

—Iremos al lugar más *top* de todo Manhattan.

Poppy era la conductora designada esa noche; aún le duraba el cabreo de que la hubiésemos dejado durmiendo en el coche de Chiara, así que por nada del

mundo quiso dejar el suyo.

Llegamos a Meatpacking District, donde estaba el Provocateur. Chiara y yo

no parábamos de hablar de lo bien que se lo pasaba uno ahí; finalmente Poppy

aparcó y caminamos hasta la entrada, en la calle Hudson.

—Te encantará, Nic, confía en nosotras; además, tenemos pases vip.

—No sabía que veníais siempre a este local.

Las tres nos miramos y sonreímos con complicidad. De inmediato me

acerqué al portero y el mismo gigante de color de la noche anterior nos hizo pasar.

Apenas entramos, Nicole quedó obnubilada con la decoración hedonista del

lugar.

—Ya vengo, está sonando mi móvil; me alejaré un poco de la música porque aquí no podré oír nada —me disculpé alejándome para contactar con Maverick.

No era verdad que mi móvil hubiese sonado, sino que yo tenía que llamarlo

a él cuando llegáramos, ése era el arreglo que teníamos porque era una noche bastante agitada en el *nightclub*, ya que había una pareja de bailarines invitados y Spencer andaba de aquí para allá.

Me indicó que lo esperara en la puerta del baño, y no tardó en aparecer. Lo

vi abriéndose paso entre la gente; esos malditos ojos verdes destellaban con las

luces, y su boca se elevada en una sonrisa, presuntuosa. Levantó una mano y se

acomodó un mechón rebelde que le caía por la frente. Miré sus dedos y me fue

imposible no recordar lo mágicos que eran; entrecerré los ojos, pugnando por alejar las imágenes que aún guardaba en mi memoria, realicé una profunda respiración y parpadeé justo a tiempo antes de hablar.

—Hola —dijimos los dos a la vez mientras nos saludábamos con un beso

en la mejilla.

—Spencer ya ha dispuesto que acomoden a Nicole y a tus otras amigas en

la sala vip; Drake y él ya vienen.

Asentí con la cabeza. Me sentía incómoda, no saber lo que había pasado la

noche anterior estaba crispando mis nervios, e intenté ocultar la angustia punzante que sentía.

—¿Estás bien?

—¿Por qué no debería estarlo?

—Anoche estabas en un estado deplorable —me dijo susurrándome al oído,

y su perfume me hizo aspirar con fuerza—, pero no te preocupes, salvé tu honor:

te saqué por la puerta de atrás, en brazos, luego te llevé a tu casa, vomitaste en

mi coche, te bajé, me vomitaste encima, te duché y te metí en la cama... Ah, y

usé tu lavadora y tu secadora para lavar mi ropa y poder irme. Me olvidaba, dale

las gracias a tu conserje de mi parte: fue muy amable, me ayudó a limpiar mi coche.

—Lo siento —respondí dejando que mis ojos se perdieran en las luces de la

disco.

De inmediato sentí que mis mejillas ardían; nadie quiere que un chico te vea en ese estado. Por lo general, cuando bebía mucho, quien venía en mi rescate

era John, pero él ya no estaba; en su lugar había dejado a su hijo, y éste ya había tenido que acudir dos veces a mi apartamento porque estaba alcoholizada... pero

la noche pasada le había asegurado que no saldría de casa y que me controlaría junto a mis amigas. Sin embargo, volví a fallar, sólo que no lo llamé porque conté con otro caballero con armadura de acero que acudió a mi rescate.

Varios minutos de silencio pasaron entre nosotros antes de que Maverick

volviera a hablar.

—Sí, debes hacerlo, pero no por mí, sino por ti. —Me agarró por el codo—.

¿Por qué bebes tanto?

—Que te jodan. ¿Quién eres tú para darme clases de moral?

Una fuerte exhalación escapó de él antes de continuar.

—No pretendo eso, pero... ¿qué intentas hacer con tu vida? ¿Acaso...

quieres terminar en un centro de rehabilitación como tu padre?

—No tienes ni idea de adicciones; si hubieras visto las cosas que yo he visto de Pete, ni siquiera te atreverías a insinuarme eso.

—Quizá no tenga idea, como tú dices, pero lo que sí sé es que hay un comienzo para todo.

—En todo caso, lo que hago no es tu maldito problema.

—Tienes razón, no sé por qué mierda me preocupo; tú no eres mi maldito

problema y nunca lo serás.

—Envíame la cuenta del taller de lavado.

—¿Taller de lavado? Tu vómito manchó las alfombras, habrá que

renovarlas.

—Pues envíame la cuenta de todo lo que se haya estropeado, entonces. Eso

te pasa por entrometido; que yo recuerde, no te pedí ayuda.

—Por supuesto que no recuerdas nada, estabas totalmente inconsciente.

—Hola —Drake y Spencer acababan de llegar y me saludaron—. Luka

debe de estar al caer, vayamos hacia la sala vip a esperarlo.

—¿No sospecha nada?

—Nada —me aseguró Spencer—, cree que viene a tomarse unos tragos con

nosotros.

Llegamos a dicha sala y hablé intentando parecer muy casual.

—Mirad con quién me he encontrado.

Estaba rodeada por Maverick, Spencer y Drake. Nicole nos miró

desconcertada, Chiara y Poppy fingieron que el encuentro era fruto de la casualidad y Nic pareció no darse cuenta de nada. Todos se saludaron y luego Maverick preguntó:

—¿Y nuestro amigo, Nicole?, ¿dónde lo has dejado?

El idiota era bueno pinchando; él sabía muy bien que ellos ya no estaban juntos.

—He venido con ellas —contestó escuetamente y se estiró para coger su

copa de champán. Maverick la había hecho sentir mal y si hubiera podido le hubiese clavado mi tacón en su trasero en ese instante, para que dejara de ser tan

majadero.

Rápidamente propiciamos la charla, y Nicole se enteró de que el local

pertenecía a Spencer. Caramba, ¿Luka y ella de qué mierda hablaban? Nic no sabía nada de nada. De pronto vi que Nicole abría los brazos y se ponía de pie.

—¡Has venido! —gritó.

—Hola, preciosa.

Todos giramos la cabeza y nos quedamos de piedra cuando vimos llegar a

Brock; nos miramos estupefactos, sin saber qué hacer. Luka iba a llegar en cualquier momento y Nicole estaba colgada del cuello del vikingo.

¡Mierda!, no había que ser muy perspicaz para darse cuenta de que allí iba a

arder Troya. Habíamos maquinado todo eso para que Luka y Nicole se

encontraran y arreglaran sus cosas, pero en ese momento, con el dios del trueno

allí, y conscientes de los celos que brotaban en Bandini sólo con oírlo nombrar,

iba a ser como un volcán despertándose de su inactividad.

—Por lo visto no te ha sido difícil entrar —comentó Nic.

—No vas a creerlo, Eddie, el portero, va a mi gimnasio; ni siquiera he tenido que hacer la cola —le explicó, y todos oímos que, maldición, hasta esa suerte había tenido.

Nosotras ya lo conocíamos, así que lo saludamos, y Nicole lo presentó a Maverick, Drake y Spencer.

Maverick, que estaba sentado a mi lado, me habló al oído.

—Se suponía que este plan era para intentar que Luka y Nicole arreglaran

sus asuntos, ¿te imaginas cómo terminará esto?

—Yo no estaba de acuerdo; fue idea de Chiara y Poppy.

—Bueno, pues tendríais que haberos asegurado de que el vikingo no

vendría.

—¿Crees que tenemos una bola de cristal? No sé cómo ha aparecido aquí.

—Esperaré a Luka en la entrada para entretenerlo y llevarlo hacia mi

despacho, ved cómo os deshacéis de éste —indicó Spencer, y se puso de pie, dejándonos con el muerto a cuestas.

Maverick

Cuando vi a la distancia que Luka llegaba, supe que, si él estallaba, Spencer no

podría detenerlo solo; había visto pelear al primero infinidad de veces y se volvía una bestia imparable, era como ver luchar a un superhéroe.

—¿Qué hace ella aquí? —Alcancé a leerle los labios cuando lo preguntó;

sus ojos ya estaban inyectados de ira cuando divisó a Nicole.

Me di cuenta de que Spencer se estaba afanando en explicárselo; no

obstante, desde donde me encontraba no podía oír lo que decían.

Fue un segundo desencadenante —cuando vio, como yo, que el amigo de

Nicole la cogía por la cintura— lo que provocó que Luka saltara por encima de

una mesa baja. Me apresuré para interceptarlo y Spencer también lo cogió por detrás.

—¿Qué piensas hacer? Cálmate, estás actuando de forma desmedida.

—Déjame pasar, Maverick, no quiero golpearte. Joder, soltadme los dos.

—Luka, tranquilízate, hombre, son sólo amigos; vayamos a mi despacho

para que te tranquilices.

—Joder, Spencer, no quiero ir a tu oficina, dejadme pasar.

—Luka, amigo, por favor, estás fuera de ti, tienes que serenarte. Vayamos a

mi despacho y, cuando te tranquilices, vamos con las chicas. Piénsalo, sólo están

hablando.

Lo llevamos a empujones; la gente nos miraba y se apartaba para dejarnos

pasar.

—¿Qué mierda hace ese capullo aquí? Creí que seleccionabais a la gente

que dejabais entrar —gritó tan pronto como entramos en el despacho.

—Entró porque, al parecer, conoce a Eddie —le expliqué mientras me

quedaba junto a la puerta para bloquear la salida.

Le contamos lo del plan y se enfureció aún más; no había manera de

sosegarlo, jamás lo había visto así por una mujer. No paraba de vociferar y maldecir, parecía una fiera enjaulada.

Drake se había unido a nosotros, pero Spencer nos tuvo que dejar, debía atender su negocio. Cuando Luka se calmó, abandonamos el despacho.

—Cuando he venido, iban a llevarse a Nicole —me dijo entre dientes Drake

cuando salimos, y viendo el estado en el que estaba Luka, eso era lo mejor.

Sin embargo, cuando llegamos a la pista, me temí lo peor: Nicole bailaba con Brock, y Drake y yo nos pasamos la mano por la cabeza, dejándola reposada

sobre la nuca.

—Luka, no hagas una estupidez.

—Déjame, Drake, no montaré ningún escándalo.

—Piensa en el negocio de Spencer; hay invitados internacionales y el sitio

está a tope —le hice ver.

Nos quedamos mirando cómo se alejaba caminando hacia ellos; estábamos

listos para intervenir en caso de que nuestro amigo reaccionara de mala manera y

llegaran a las manos, pero por suerte eso no ocurrió: el amigo de Nicole se hizo a

un lado, y Luka y ella quedaron bailando.

Parecía que finalmente el tipo había entendido que era una mala apuesta y

había decidido dar un paso al costado.

Me acerqué a Joss y a sus amigas, y me senté a su lado; todas estaban expectantes mirando hacia Luka y Nicole.

Cogí la copa de champán de su mano, tomándola por sorpresa, y la vacié en

una de las cubiteras.

—No deberías estar bebiendo.

—¿Por qué no me dejas en paz y te ocupas de tus cosas?

—Sé que dije que me importaba una mierda lo que hicieras, pero no es así,

y cállate, cierra tu ingeniosa boca y no digas nada, porque te aseguro que jamás

me importa una mierda lo que una mujer haga, pero tú sí lo consigues.

Nos sostuvimos la mirada, absorbiendo cada uno lo que yo acababa de

reconocer. Respiré con dificultad, y mis pulmones ardieron cuando el aire los invadió.

—¿Bailamos?

Los bailarines de kizomba habían terminado su espectáculo, y en ese

momento la música había cambiado.

TRECE

Joss

Oí la pregunta de Maverick, segundos antes de que su mano presionara contra mi

espalda baja, invitándome a levantarme; eso, por alguna razón, me pareció muy

natural.

Me puse de pie y me cogió de la mano para llevarme hacia la pista. Nos mirábamos cada dos pasos; mi pulso latía estruendoso y estaba nerviosa y me temía no poder disimular. Su cercanía me desestabilizaba. Maverick lograba hacerme sentir indecisa y, aunque odiaba sentirme así, era incapaz de evitarlo.

Ambos nos empezamos a mover al mismo tiempo, al ritmo de *Crazy*, una

mezcla de una canción que inmortalizara The Nine en la voz de Pete. Nos reímos

al darnos cuenta de que eran ellos los que estaban sonando, y Maverick me guiñó un ojo y asintió con la cabeza.

—Esa clase de amor convierte a un hombre en esclavo, esa clase de amor

envía a un hombre directo a la tumba —susurró en mi oído; me cogió de la cadera y apoyó su pelvis contra mí, bailando de manera muy sensual.

—¿Puedes cantar?

—Hago muchas cosas más con mi boca, sólo tienes que dejarme

mostrártelo y verás.

De pronto la gente empezó a apartarse y nos giramos bruscamente para ver

qué ocurría. Los golpes, los empujones y el follón podían oírse por encima del

volumen de la música. No tardamos en ver que Luka y Brock estaban

protagonizando una pelea. Maverick quiso meterse, pero otro tipo lo atajó.

—Déjalos que se midan mano a mano.

—Apártate, imbécil —gritó Mav, y le dio un empujón al tipo, lo que

desencadenó otra pelea aparte de la de Luka y Brock. Un amigo del que se pegaba con Maverick quiso meterse y le lanzó un golpe que él esquivó; entonces

me abalancé sobre la espalda de ese idiota entrometido y empecé a asfixiarlo con

un brazo enroscado a su cuello mientras le propinaba bolsazos en la cabeza con

mi *clutch* de mano.

En aquel momento sentí que dos brazos muy fuertes me cogían por la cintura arrancándome de allí; miré desconcertada y lista para darle un rodillazo a

quien fuera que me estaba tocando, pero mis ojos se perdieron en un verde muy

conocido, y una mirada que me dejaba sin acción.

—Ven aquí, nena.

Me reí al tiempo que cogía su mano, permitiéndole que me guiara. Con esas

líneas comenzaba la canción que minutos antes habíamos estado bailando, y quería hacer con él lo que la letra decía, hacerlo trepar por las paredes y que se

volviera loco por mí.

No miré hacia atrás, simplemente lo seguí dispuesta a dejar de luchar contra

su atracción.

Su grandioso cuerpo se hacía paso entre la gente para que nos permitieran

pasar; cuando accedimos al pasillo por donde me había subido aquella noche tras

el puente colgante en la barra, vio mi duda en la cara.

—Te sacaré por atrás, por donde salimos ayer. Ven.

Un empleado nos abrió cuando alcanzamos la salida.

—¿Tienes frío? —preguntó mientras ganábamos la calle.

—Un poco. —Pero en realidad no estaba segura de estar temblando por la

temperatura, más bien creía que era por lo que sabía que estaba por ocurrir entre

él y yo.

—No he podido recoger mi chaqueta —me explicó mientras me abrazaba

pegándome a su cuerpo para darme un poco de calor contra su piel —, pero mi

coche está cerca, pronto estaremos bien.

Asentí y lo seguí, ajustando mi paso a su ritmo, y cerré mi liviano abrigo.

Él me quería guiar, y yo estaba dispuesta a que lo hiciera; por alguna razón

que aún no comprendía, iba a permitírselo.

Me abrió la puerta de su Jaguar para que subiera.

—¿Coches de colección?

Asintió y luego dijo:

—Me fascinan. Éste es un E-type V12 del setenta y tres.

—Lo sé, es decir, lo he reconocido. Pete tiene uno igual. Los hombres y sus

juguetes...

—Adoro el Hennessey Venom GT Spyder de Pete.

—Y él ama fotografiarse junto a él y salir a pasear por Malibú montado en

ese automóvil ridículamente llamativo.

Maverick negó con la cabeza ante mi protesta, pero no dijo nada.

Aparcó junto al bordillo frente a un edificio de apartamentos en el barrio de Greenwich Village. Miré rápidamente la numeración, pero sabía que no

necesitaba enviar un mensaje a nadie para informar de que estaba en el 49 W de

la Calle 12, una de las calles más pintorescas de Manhattan.

Él permanecía aferrado al volante, como si estuviera decidiendo algo. Me

moví para quitarme el cinturón de seguridad y entonces cogió mi mano,

deteniéndome.

—¿No quieres bajar?

—Sí, quiero hacerlo, sólo que... al diablo, no me hagas caso.

Desprendió mi cinturón él mismo, a la vez que se liberaba del suyo.

—Aguarda, te ayudaré a salir.

Maverick

Isaiah nos abrió la puerta del edificio cuando nos vio llegar. Fiel a nuestra

rutina, saludó sin mencionar mi nombre. Me sentí incómodo, consciente de que

estaba actuando con Jo como con las demás mujeres, pero seguí adelante; ya estábamos en uno de mis picaderos y ambos habíamos venido en busca de lo que

estaba a punto de suceder.

Entramos en el apartamento y ella me sorprendió besándome. Le quité el

abrigo y lo deseché en el suelo del recibidor. Se apartó de mí, para adentrarse más en el estudio; escudriñó rápidamente el interior. Jo era una mujer inteligente

y estaba seguro de que sabía que no la había traído a mi casa.

Caminó sobre sus tacones y arrojó el *clutch* sobre el sofá. Los muebles eran muy sencillos, nada acordes a como yo vivía; lo único extremadamente fuerte, grande y sorprendente era la cama.

—Ahí está tu poder, ¿verdad?

Metí ambas manos en los bolsillos y asentí. Me gustaba su ingeniosa boca,

era una mujer que no tenía pelos en la lengua.

—Veremos.

Avanzó hacia el refrigerador y lo abrió.

—¿No tienes nada para tomar aquí?

—Creo que sólo encontrarás agua.

Cogió un botellín y lo destapó; mis ojos escanearon su cuerpo mientras ella

bebía.

No sé lo que me hizo decirlo, por lo general soy un hombre de hechos y no de palabras, así que, al recapacitar en lo que estaba a punto de hacer, me congelé

apoyando la espalda contra la encimera, pero, fuera por el motivo que fuese, mis

palabras salieron de mi boca antes de que pudiera tragarlas.

—Eres lo más bonito que alguna vez he admirado.

Sabía que no era bueno alabando a una fémina —podía con cosas sucias

susurradas al oído, y también con ponerlas en diferentes posiciones para

penetrarlas más duro; me sabía el *Kamasutra* del derecho y del revés, y algunas posiciones, incluso, estaba seguro de que me las había inventado yo mismo—, por lo que no estaba convencido de estar haciéndolo bien.

La sangre hervía dentro de mis venas; ella, a mi lado, parecía ser mi sistema

de ignición, haciendo que entrara en combustión sólo con una mirada.

Jo dejó el botellín sobre la encimera y realizó una profunda respiración a la

vez que parpadeaba varias veces.

Entonces blasfemé para mis adentros y me moví presuroso, haciendo lo que

sabía hacer.

Ataqué su boca sin permitirle pensar; la besé, chupándola y mordiéndola,

quitándole en esa acción todo el aliento. De inmediato la subí a mis caderas; ella

enroscó sus piernas a mi alrededor, sus brazos se arraigaron con fuerza en mi cuello y sus manos se enredaron con urgencia en los mechones de mi nuca.

Mientras mi reacción por sus besos se agitaba en mi interior salvajemente,

inhalé algunas rápidas respiraciones para estabilizarme y calmarme.

Separando momentáneamente nuestras bocas, nos sostuvimos la mirada.

—Fóllame.

Intenté aguantar la satisfacción que me produjo oírla.

—Duro —agregó, sin titubeo en su voz.

—¿Duro es cómo te gusta?

—Duro es como te gusta a ti.

Asentí y dejé de aguantar mi sonrisa. Aparté sus bragas, estaba empapada y

era por mí, hurgué en mi bragueta y me detuve... Joder, no la podía empotrar sin

un condón, ésa era una regla de oro.

Caminé sosteniéndola y la arrojé sobre la cama, para luego empezar a

desprenderme de la camisa. Ella se levantó y, apoyándose en sus codos, me miró

por debajo de sus pestañas; sabía reconocer una mirada sedienta y cargada de ansiedad. Desabroché algunos botones y luego tiré de la prenda por encima de mi cabeza, sacándomela de una vez.

Deshice mi cinturón y el botón de la bragueta, mientras pateaba fuera mis zapatos, y luego me incliné para quitarme los calcetines. Necesitaba salir de mi

ropa cuanto antes.

Jo se enderezó en ese momento y pasó una mano por mis abdominales; su

piel contra la mía se incendiaba. Cogí su muñeca y levanté su mano hasta mi boca, chupé sus dedos y luego la volví a empujar contra la cama. Arrodillado en

el colchón, levanté su falda. Maldición, su corto vestido casi no dejaba nada a la

imaginación.

Pero mi imaginación fue superada cuando palpé la tersura de sus piernas.

La vez anterior todo había sido muy retorcido y, aunque la había admirado, ahora

lo estaba haciendo mucho más. Como un adicto, me incliné a lamerla. Joder, nunca había sentido tanta necesidad de probar a alguien, y me sentía como si estuviera desenvolviendo un regalo. Me levanté sosteniendo mi peso con los brazos y la observé mientras se retorcía en la cama; me moví hacia atrás y le quité el vestido. Cuando lo logré, sus pechos me saludaron con los pezones erectos. Llevaba puesto un sujetador de fino encaje y sus puntas estaban fruncidas, y eran como una invitación. Volví a recostarla y con una mano le desprendí el sujetador, descartándolo. De inmediato me apropié de sus pechos...

mi boca lamió en círculos su areola y luego la succionó, y hundí mis dedos en la

carne intentando absorber más que su pezón en mi boca, parecía hambriento.

Bajé una mano acariciando sus costados y alcancé sus bragas; la toqué

sobre ellas, buscando su nudo de placer, y la humedad resultó claramente palpable. Aparté el elástico y mi dedo recorrió sus sedosos pliegues. Me concentré en los latidos de su corazón, que se igualaban a los míos, y me sentí

extraño queriendo eso... respirar a la par, tenerla allí mismo bajo mi cuerpo. Lo

sentía como algo que nunca hubiese tenido antes, lo sentía diferente a todo lo que alguna vez pude probar.

Hundí dos dedos en su vagina, arrancándole un profundo gemido, y recordé

sus palabras la noche de la borrachera.

Ella soñó conmigo, soñó que le hacía el amor; sin embargo, acababa de

pedirme que la follara duro.

Volví a enterrar mis dedos en su interior y los moví, arrancándole algunos

gemidos más, y mordí su boca, absorbiéndolos.

Joss

No podía concentrarme más que en los sonidos que él hacía cuando me besaba; su lengua se deslizó urgente y experta por mi boca mientras el duro agarre de sus manos me inmovilizaba. Sus dedos en ese instante estaban

haciendo la magia en mi interior, la misma magia que ya habían hecho antes y a

la que me había resistido hasta ese día.

—Oh, Dios.

Las palabras salieron de mi boca como un rezo y sin que pudiera

contenerlas. Apreté las sábanas con ambos puños y me curvé sobre mi espalda,

tratando de atraer más su toque. Salvo por mis bragas, me encontraba

completamente desnuda mientras que él aún permanecía con los vaqueros

puestos; su pelvis se frotaba contra mi pierna como un látigo, permitiéndome sentir lo duro que ya estaba.

Se arrodilló y quitó sus dedos de mí, y yo sentí que no podía esperar para

volver a tenerlo. Me incorporé junto a él y alcancé la bragueta de su pantalón, desprendiéndola con urgencia. Él enganchó sus manos en la cinturilla y

bajándose de la cama arrastró su pantalón y su bóxer. Su polla saltó

balanceándose, y mis ojos admiraron su anatomía; era aún mejor de como lo había imaginado... su gruesa verga era carnosa y brillante, su punta estaba violácea por la erección, se veía muy dura y estirada. Maverick, entonces, se movió presuroso hacia la mesilla de noche y buscó un condón en el cajón, abrió

el envoltorio con los dientes y se lo colocó de inmediato, haciéndolo rodar a lo

largo de su longitud.

Volvió sobre la cama y arrastró mis bragas por mis piernas y al instante enterró su cabeza entre ellas.

—Joder —grité al sentir el contacto de su lengua con mis pliegues; él tenía

razón, su boca podía hacer mejores cosas que cantar.

Hundió su lengua en mi interior, luego lamió mi humedad y rodeó mi

clítoris; estirando ambas manos, capturó mis senos y retorció mis pezones, mientras continuaba chupando, lamiendo y mordiendo. De pronto, a la sucesión

de movimientos añadió un soplido desestabilizante, así que chupaba, lamía, mordía, soplaba y luego volvía a empezar.

Mi cuerpo estaba tenso, ese hombre sí sabía cómo chuparte el coño. Estaba

a punto de llegar cuando noté que reemplazaba su lengua por dos dedos y comenzó a meterlos y sacarlos al ritmo que continuaba chupando, lamiendo, mordiendo y soplando.

—Maverick...

—Mmm... —dijo sin detenerse.

Mi mente no podía coordinar, sólo sentir.

Me aferré a su cabeza y enredé mis dedos en su pelo y mis piernas en su cuello, intentando hundirlo mucho más en mi interior, joder, y lo hizo. Moví la

pelvis acompañando sus movimientos, y volqué mi cabeza hacia atrás mientras

gritaba desesperadamente su nombre; sentí la pulsión en mis ingles, y la tensión

en mi cuerpo, que se transportó por toda mi columna vertebral... una tensión que

debería ser familiar, pero que no se parecía a nada que hubiera experimentado antes.

—Córrete en mi boca, cielo. Déjame probarte.

Siguió haciendo lo que hacía hasta que lo consiguió. Canté su nombre una y

otra vez mientras me corría, y entonces se levantó y cogió su erección en su mano y, colocando su punta en mi entrada, me invadió con un único

movimiento.

Era tan grueso... que podía sentir cómo las paredes de mi vagina se

extendían, acostumbrándose a su tamaño. No es que me quejara, podía

amoldarme rápidamente a sentirme así, expandida.

Gemí y agarré su cabeza apoyando mi frente en la de él, capturé sus labios

y él los míos; sus caderas entonces empezaron a arremeter contra mí. Mis gemidos se habían vuelto incontrolables. Él bajó la cabeza y me mordió un pezón sin dejar de moverse; seguidamente, levantó una de las manos y la arrastró

por mi piel hasta que su dedo llegó hasta mi boca.

Me miró y lamió sus labios antes de ordenarme:

—Chupa con fuerza, mójalo bien, hazlo como si chuparas mi polla.

Lo hice de inmediato, él era mi maldita ruina.

Cuando comencé a chupar, lo miré directo a los ojos y noté cómo sus iris se

oscurecían mucho más. Maverick levantó mis caderas y arremetió contra mí sin

descanso, provocando que arqueara el cuerpo, mientras sentía que mi columna estaba a punto de partirse; se impulsó más hondo, entrando, saliendo y gruñendo.

En el momento en el que mis labios dejaron de chupar, los abrí dejando escapar un grito; creo que él se dio cuenta de que estaba a punto de llegar, porque mi vagina lo estaba estrangulando. Maverick arrastró su pulgar húmedo

por mi piel y lo presionó contra mi clítoris, frotándolo. Me dejé ir, y él también

lo hizo, blasfemando y agitando pesadamente las caderas hasta vaciarse por completo. Me miré en su mirada saciada, y eso hizo que mi saciedad creciera mucho más.

CATORCE

Joss

Estábamos exhaustos, nuestros cuerpos aniquilados por el esfuerzo. Nos

habíamos comportado como dos animales después de que cediéramos a nuestros

deseos y nos dejáramos llevar por la necesidad que sólo podía ser aplacada con

el contacto sexual.

Me di cuenta de que, a pesar de todo, él tenía el cuidado de amortiguar su

peso sobre el mío, con su aliento humedeciendo mi cuello y la respiración desacompasada; finalmente, con un lánguido movimiento, salió de mi interior y

de inmediato sentí una pérdida que no supe cómo explicar.

Tendiéndose de espaldas en la cama, ambos nos quedamos mirando el

techo, sin hablar. El sonido de nuestros resuellos irregulares era el único eco que dominaba en la habitación; no me atrevía a mirarlo y él tampoco lo hacía.

Maverick se movió y cogió el mando a distancia para bajar la temperatura

de la calefacción, el ambiente se sentía sofocante. Luego se colocó de lado y se

quedó observándome en silencio, sin tocarme; lentamente, me giré hacia él, enfrentándolo. No me iba a amedrentar, aunque en verdad lo que quería era salir

corriendo. Nos miramos durante algunos segundos... mis pensamientos vagaban

y mi mirada se encontraba perdida en el verde esmeralda de sus ojos.

Nunca había sentido lo que estaba sintiendo; para mí el sexo siempre había

sido eso, sólo sexo, un momento de práctica, la libertad de intercambiar caricias

con un fin: llegar al orgasmo. Yo usaba ese momento para sacar mi mierda fuera

sin importarme con quién lo hiciera, o simplemente obteniendo el beneficio para

que mi cuerpo produjera melatonina, la hormona que controla el sueño.

Sin embargo, en ese instante algo no parecía oportuno. Me sentía extraña;

en realidad, creo que sabía de antemano que eso pasaría, pero, como soy una cabezota, decidí arriesgarme por alguna maldita razón que no alcanzaba o no quería comprender. Ansiaba, más allá de mi inteligencia, tener su cuerpo sobre el

mío. «Estúpida», antes jamás había deseado tener a alguien sobre mí, yo siempre

llevaba el control... ése tendría que haber sido el detonante que me hiciera

desistir de la tentación de meterme en la cama con Maverick. Le habíamos dado demasiadas vueltas al asunto, con lo que lo que acababa de ocurrir había pasado

de ser sexo espontáneo, mi práctica favorita, a ser sexo planeado.

«Pero... ¿en qué mierda estaba yo pensando para acceder a otra cosa que no

fuera seguir mi plan?»

Abandonando mis pensamientos, esperé a que él dijera algo, pero parecía

haberse quedado sin palabras al igual que yo; simplemente continuaba

mirándome sin tocarme.

—Iré a darme una ducha —anunció de pronto—; si lo deseas, puedes

acompañarme.

No esperó a que le contestara; se sentó en la cama, se pasó una mano por el

pelo, echándoselo hacia atrás, y se levantó.

Admiré su culo mientras se perdía dentro del baño. Santa mierda, era

imposible no hacerlo. Vestido se veía torneado, pero desnudo... parecía

esculpido, y hasta me sentí ilegal por estar comiéndomelo con la vista, porque así se sentía una al admirar la anatomía de Maverick, una total y completa ilegalidad.

En el momento en el que oí correr el agua de la ducha, me senté en la cama,

sabiendo muy bien lo que debía hacer.

Sin dudarlo, me puse de pie y, aunque mi yo interior tenía ganas de

quedarse para otra ronda de sexo duro, era una mujer inteligente y sabía que irme era lo más adecuado.

En el instante en el que aparcamos en la entrada, supe que no me había traído a su casa; donde estábamos debía de ser uno de sus picaderos. Cuando lo

comprendí se me instaló un dolor en el pecho, pero me apremié a hacerlo a un

lado y continué con el plan.

Pero en ese momento urgía que me apresurara, ya que no lo conocía como

para saber si era un hombre de largas duchas o no.

Recogí mi ropa, que estaba esparcida por el suelo, y también mis Jimmy

Choo; de camino pillé mi bolso, cuando entramos lo había dejado sobre el sofá,

y en él metí mi sujetador. ¡Joder, mis bragas no estaban a la vista!, pero no importaba, no iba a demorarme en buscarlas, así que me pasé rápidamente el vestido por la cabeza y los brazos, y en el recibidor del apartamento levanté mi

abrigo que yacía en el suelo.

Abriendo la puerta sentí que estaba huyendo, y de hecho así era. Antes de

salir miré hacia atrás; tragué saliva convenciéndome a mí misma de que irme era

lo mejor, así que cerré la puerta, esperando que la noche quedara en el olvido.

Mientras aguardaba el ascensor, podía sentir los latidos de mi corazón

retumbando en mi garganta; no quería tener que verlo mientras me marchaba. Ya

sé, era una acción cobarde, pero creedme que, si Maverick os mirara, vosotras tampoco podríais sosteneros en pie.

La puerta del elevador se abrió y me acomodé al fondo dispuesta a

calzarme los zapatos de tacón; sin embargo, mi suerte esa noche parecía haber acabado, porque la puerta se abrió de nuevo tras haberse cerrado.

—Jo...

Jodido espécimen irreal, porque viéndolo, así como lo estaba viendo yo, os

puedo asegurar que ese hombre no parece pertenecer a este mundo.

Vestía sólo una toalla, que se sostenía él mismo en las caderas; las gotas de

agua corrían por su cuerpo y el pelo aún mojado le caía sobre la frente.

Chasqueé la lengua y me armé de valor, intentando sonar segura.

—Joss o Josephine; si quieres que te conteste, nada ha cambiado.

Maverick

El color de sus ojos era muy difícil de precisar, cambiaba a menudo,

dependiendo de la luz. Tenía una heterocromía central, con colores gris, azul y anillos internos en verde; eran los ojos más hermosos y más extraños que alguna

vez me habían mirado, y en ese momento huían de mí.

—¿Por qué te vas?

—Gracias por traerme a tu cama, ha sido buen sexo, pero nunca me quedo

para una segunda ronda. Ve y haz lo que sea que hagas cuando terminas de follar, supongo que ducharte es una de las cosas. *Bye, bye* —me dijo poniéndose sus alucinantes tacones.

Tras soltar eso, me tiró un beso mientras se colocaba el abrigo y la puerta se

cerró.

¿Y qué tan jodido era eso?

¡Demonios!, yo había querido ese maldito desafío, pero todo se fue al

traste.

QUINCE

Joss

Transcurrieron dos semanas y no tuve noticias de Maverick; por otra parte, yo tampoco lo había contactado. A decir verdad, no tenía cómo hacerlo, puesto que

había tirado su tarjeta ese día que él me la entregó a través del empleado del Provocateur y, además, cuando salí de su picadero, me cercioré de borrarlo de mis contactos en el teléfono.

Sin embargo, no podía desoír que, esa noche que pasamos juntos, fue la

primera vez que sentí algo especial con un hombre, pero, al recordar dónde me

había llevado, me di cuenta de que nadie que te considera especial te lleva al sitio que usa sólo para follar.

Siempre había sabido que Maverick no era alguien a quien pudieras

confiarle tu corazón, y yo casi se lo había entregado; no obstante, como estaba

centrada en mi trabajo, estaba convencida de que podría olvidarlo.

* * *

Era cerca del mediodía y me encontraba en el aeropuerto JFK haciendo la

facturación para coger un vuelo a Los Ángeles; John estaba a mi lado. Tenía que

acudir a un *casting* para uno de los personajes principales de una película y estaba sumamente ilusionada con la idea de conseguir el papel.

—No era necesario que vinieras.

—Te dije que algo cambió desde que tomé el mando del negocio, nuestros

representados merecen un trato más personal.

A pesar de sus palabras, sabía que eso no era así con todos.

Desde que nos habíamos acostado, él estaba diferente conmigo... se

mostraba mucho más atento, aunque intentaba disimularlo y se lo agradecía, como también estaba agradecida de que no hubiera aceptado la invitación de Pete para instalarse en su casa los días que íbamos a pasar en Los Ángeles.

Tras seis horas de vuelo, aterrizamos en LAX.

La limusina de The Nine estaba esperándonos a la salida, y Pete haciendo

un *show* con los periodistas. Cuando me dijo que enviaría a su chófer a recogernos no me imaginé que él también vendría; no podía creer que un hombre

disfrutara tanto de la exposición frente a las cámaras, aunque era de suponer que a esas alturas ya debería estar acostumbrada, pero por alguna razón jamás iba a

habituarme a las excentricidades de mi padre.

Apenas me vio salir por la puerta de llegadas, empezó a gritar.

—Ésa es mi chica, ésa es mi princesa.

John parecía divertido; no me extrañó, a la gente mi padre siempre le

parecía gracioso y se lo perdonaba todo.

Los flashes de las cámaras empezaron a dispararse en nuestra dirección;

luego Pete me abrazó y organizó una improvisada rueda de prensa.

—Ha venido porque protagonizará una película.

—No, Pete, sólo he venido a un *casting*.

—Cariño, estoy seguro de que el papel será tuyo.

—¿Para qué película has venido a hacer la prueba? —gritó un periodista.

—Mientras te esperaba, Pete nos ha contado que cantas muy bien. ¿Nunca

has pensado en grabar junto a tu padre? —planteó otro.

Oh, Dios, Pete era el maestro del espectáculo y sabía muy bien cómo

montar uno en un tris.

Finalmente logramos salir del aeropuerto y me sentí aliviada.

Maverick

No dejaba de pensar en ella; quería olvidarla, pero parecía inverosímil

conseguirlo. Hiciera lo que hiciese, Jo invadía mis pensamientos a cualquier hora y donde fuera. La maldita perra definitivamente tenía un coño vudú y me había hecho una práctica esotérica; su coño me había atrapado hasta el punto de

no poder pensar en tener otro.

Para colmo, todo convergía para que no fuera capaz de dejar de pensar en

ella: durante la semana me había reunido con Luka para tratar el tema del macroproyecto de la construcción de las torres en Qatar, de la que se encargaría

mi empresa, y él no paró de hablar de Joss. Al parecer ese día estaba ayudando a

Nicole a que renovara su vestuario, junto a sus otras amigas.

Su mera mención traía a mi mente cada momento que compartimos en la

cama.

Nunca me había pasado eso antes, jamás una mujer había sido para mí más

que un polvo de una noche, salvo la única vez que intenté tener algo serio con

una, pero mi padre se encargó de arruinarlo, liándose con la madre de mi novia.

De todas formas, me decía que en verdad no se había tratado de algo tan fuerte, puesto que, de haberlo sido, hubiera luchado por

ello.

En todo caso, lo que Jo me hacía sentir no era una sensación que hubiera experimentado antes; ella me desestabilizaba, como si de pronto me encontrara

caminando en arenas movedizas y a punto de ser tragado. Cuando la imaginaba,

el ritmo de mi respiración me cambiaba y hasta me sudaban las manos, y en el

pecho percibía una sensación de ahogo que jamás imaginé que el pensamiento de

otra persona podría causarte.

Por otra parte, mi amigo parecía seriamente comprometido con su relación

con Nicole, incluso hasta le había entregado un anillo. Luka iba a por todas y no

podíamos creer que finalmente alguien lo hubiera atrapado; el maldito lucía como un completo gilipollas enamorado, pero se sentía orgulloso y feliz.

Eso, por supuesto, me tenía claramente preocupado. No me entendáis mal,

lo que me preocupaba no era que el idiota estuviera decidido a dejar el club de

los solteros, sino que, al parecer, si eso seguía adelante, lo más probable era que Jo y yo nos cruzaríamos en más de una ocasión, y yo tendría que manejarlo.

Coño vudú, mierda esotérica o idiotez por mi parte, como queráis llamarlo

da lo mismo, lo que fuera me tenía convertido en un completo ente.

Esa noche en mi apartamento, hablo de la noche en que me la follé, o que

ella me folló... cuando lo pienso de verdad que no tengo la respuesta, ya que si

bien es cierto que todo el tiempo fui quien estuvo arriba, la verdad es que creo

que ella era la que tenía el poder; pero bien, no quiero irme por las nubes, os estaba explicando que, cuando me levanté de la cama para darme una ducha, fue

porque sentí unas ganas locas de abrazarla y acurrucarla contra mi pecho; tener

sexo nunca había supuesto para mí más que la saciedad del orgasmo. Incluso recuerdo que me detuve un momento a mirarla y ansié que todo lo que había pasado volviera a ocurrir. Sin saber cómo actuar ante lo que estaba sintiendo, necesité alejarme y por eso me fui a duchar, incluso hasta quise su compañía para hacerlo, y esperé ingenuamente a que se me uniera a mí, pero, cuando salí y

vi que no estaba, me di cuenta de que para ella no había sido todo lo especial que

lo había sido para mí.

Bien, ya todo parecía una mierda, yo me sentía incluso como una mierda

por pensar que había sido diferente y no sabía cómo salir de esa espiral que eran

mis pensamientos.

El móvil sobre mi escritorio empezó a parpadear y entonces lo cogí, para ver que era Luka.

—¿Qué ocurre? —le ladré sin motivo aparente.

—Qué humor te traes.

—Lo siento, no me hagas caso, ¿qué necesitas?

—Quería invitarte a cenar en casa, es que quiero que veamos juntos lo que

podemos hacer para acondicionar el despacho que era de Andrea y el de Darleen.

Éramos muy pocos los que sabíamos que había tenido problemas con su

hermano; al parecer el desgraciado estaba saboteando la empresa y les estaba robando y Luka lo había descubierto. Ese idiota engreído nunca me había caído

bien, y me hubiera encantado que fuera preso, porque era lo que se merecía, pero

la madre de Luka quiso guardar las apariencias y proteger a su otro hijo, así que

sólo le había permitido a Luka que se deshiciera de él alejándolo de la petrolera

y de los negocios de la familia.

Con todo... si no había oído mal, él acababa de decir Andrea y Darleen.

—¿Darleen se ha ido de la compañía? —pregunté aturdido; se suponía que

en unas pocas semanas estaría viajando con ella y con Kevin a Qatar.

—No, pero pienso trasladarla. Tanteé a Nicole para que viniera a trabajar a

la empresa como ingeniera a cargo de medio ambiente, seguridad y riesgo en el

tratamiento de aguas residuales, y aceptó, así que necesito construir un

laboratorio y una oficina para ella.

Silbé...

—Y después de eso... ¿qué vendrá?, ¿embarazada, descalza y desnuda en tu

cocina?

—No sería mala idea; en mi casa ya la tengo, sólo falta embarazarla.

Me reí con sorna, pero ya no me extrañaba nada que viniera de él; al

parecer el amor hacía eso, volver tontos a los hombres inteligentes.

—Bien, es tu elección, y no voy a cuestionarla. Cada uno es feliz como quiere y como puede. ¿A qué hora voy? ¿Cocinará Nicole? Me gustaría probar si

cocina tan bien como dices.

—Ella cocina para mí, no para ti, gilipollas.

* * *

Definitivamente Nicole era una mujer excepcional y no me extrañaba que

mi amigo estuviera tan embobado con ella. Durante toda la cena noté a simple vista lo mucho que se complementaban. De nuestro grupo de amigos, Luka era

el que tenía una familia puramente tradicional, así que no me extrañaba que él

ansiara eso para él también, puesto que en su vida era lo más normal de anhelar.

Me chocó que fuera propietaria de uno de los apartamentos de cuyo edificio yo

era el dueño, y entonces recordé cuando Luka me pidió las llaves del mismo y

todo encajó.

Después de cenar nos sentamos en la sala y Nicole nos sirvió el café; no dejó que Luka lo hiciera, ella parecía disfrutar atendiéndolo, y a continuación se

fue a acostar a Mila.

—Adiós, tío Mav. Gracias por el libro de cuentos que me has traído. La próxima vez que vengas, tienes que leérmelo.

—Por supuesto, princesa, lo prometo.

Levanté la mano y enlacé mi meñique al suyo en señal de promesa, y luego

la abracé y la llené de besos antes de que se fuera.

—No tardo, ve explicándole lo que queremos hacer —dijo Nicole,

dejándole un beso en los labios antes de irse.

Luka se quedó mirándolas embobado mientras desaparecían por la escalera.

—Se te ve muy asentado.

—Me siento muy feliz y afortunado. Ya ves —señaló hacia la escalera —,

¿qué más puedo pedir? Ella adora a mi hija y mi hija a ella, se llevan muy bien, y

además es hermosa por dentro y por fuera.

—Me alegro por ti y por Mila. Después de todo por lo que pasaste tú solo,

supongo que encontrarla ha sido muy bueno.

—Lo es, no te imaginas cuánto.

—He conocido a alguien...

Dejé la frase flotando en el aire.

—¿Y?

—Y... creía que podría ser especial, pero yo no estoy hecho para eso.

—¿Cómo lo sabes?

—Primero que todo porque para ella no lo es. Si te lo cuento... ¿no te reirás?

Me palmeó el hombro.

—Hay un momento para todo; estamos hablando en serio, ¿cierto?

Asentí y le relaté parte de lo que había pasado; principalmente me centré en

detallarle los últimos momentos antes de que Jo se largara. Por supuesto que ni

de coña le iba a dar el nombre, y al parecer ella tampoco le había contado nada a

Nicole, porque durante toda la cena ésta no insinuó nada de nada.

—Bueno, me estás pidiendo mi opinión, así que te la daré. Primero, es

evidente que se dio cuenta de que la llevaste a uno de tus picaderos. Si ella era especial y tu pretendías que lo notara, no tendrías que haberla llevado nunca ahí.

Pero sé que eso lo sabes.

—Así es.

—Segundo, te levantaste de la cama tan pronto como te corriste. Sé que ése

es tu *modus operandi*, te conozco desde hace mucho tiempo y sé cómo actúas, pero eso no hace que una mujer se sienta especial.

—No sé cómo comportarme —confesé sin avergonzarme. Luka me conocía

mejor que nadie—. Se supone que debería ser un experto, pero jamás me he tenido que preocupar por agradarle a una mujer que me llevara a la cama. Es decir, nunca he querido un coño vudú, nunca he dejado que una vagina me atrapara con su magia. Y... la verdad, parece muy complicado, no sé si yo podría

ser así como tú eres con Nicole.

—Si no lo intentas, nunca lo sabrás. Invítala a cenar, ve por una segunda vez, eso claramente le demostraría que es especial. Yo tampoco sabía muy bien

cómo actuar cuando el coño vudú de Nicole me atrapó, y también salí huyendo.

Esto que tenemos ahora, me ha costado conseguirlo por muchas razones.

—Lo pensaré.

En ese momento apareció Nicole en el hueco de la escalera.

Entonces Luka me miró y se rio en silencio; nosotros nos conocíamos desde

hacía tanto tiempo que casi no hacía falta hablar para saber lo que el otro pensaba, y, además, estaba seguro de que sabía mejor que yo a lo que estaba a

punto de enfrentarme. Palmeó mi hombro y me dijo:

—Buena suerte.

—Mirad —dijo Nicole mientras bajaba la escalera—... Acaba de enviarme

las fotos Chiara: Joss está en Los Ángeles con su padre y con John. ¿No creéis

que hacen buena pareja?

—¿Quién es John? —preguntó Luka intrigado.

—Es su nuevo representante, el hijo del que llevaba la agencia antes, y se

conocen hace mucho. Pete es muy amigo de su padre y adora al chico, y estamos

seguras de que él está loco por ella, pero Joss dice que lo ve un poco joven.

—Además es un rubio insípido —acoté sin mirarlo, y Luka ladeó la cabeza

fijando su vista en mí.

—¿Qué? —señalé la pantalla del móvil de Nicole—, ¿no es insípido? No

tengo que mirarlo detenidamente para darme cuenta de eso.

—A mí no me parece insípido —replicó Nicole—. Tiene un cuerpazo, se

nota que pasa muchas horas en el gimnasio. Chiara dice que los pantalones le quedan como un guante y que nunca ha visto a nadie a quien se le marquen así

los abdominales bajo la ropa, y Poppy opina que su físico es parecido al del Capitán América de *Los Vengadores*, que además, como John, también es rubio.

Es muy guapo de cara, no podéis negarlo; sed objetivos, no seáis machistas.

Luka frunció el ceño, volviéndose territorial.

—Maverick tiene razón, es un rubio insípido, y vosotras parece que tenéis

una fijación con esos personajes, pues a todos los comparáis con ellos.

—Para qué os habré preguntado... Hombres... no sois objetivos cuando veis

competencia a la vista. Yo opino que se los ve muy bien en la foto. Mirad, además, cómo lo abraza Pete; creemos que el padre de Joss quiere emparejarlos,

ojalá ella le dé una oportunidad.

* * *

Estaba furioso, y casi trepando por las paredes.

Después de que Nicole, inocentemente, nos enseñara las fotos de Jo

llegando al aeropuerto de Los Ángeles con el rubio insípido, todo se volvió un

agujero negro del que no pude salir.

De camino a casa, mientras conducía, mi mente se mantuvo nublada por la

necesidad de hacer algo para atraer su maldita atención. Maldito coño vudú, que

me tenía encantado con un conjuro sobrenatural.

Luka había dicho que la hiciera sentir especial, y qué mierda si quedaba como un verdadero idiota por intentarlo.

Joder, además de volverme un puñetero estúpido que se mataba a pajas

pensando en ella, ahora me había vuelto un completo cobarde.

Pero en realidad a lo que le tenía miedo era a salir de mi zona de confort, de

esa zona que conocía y manejaba a la perfección.

Definitivamente esa mujer estaba volviéndome loco.

Cuando llegué a casa, fui directo a mi dormitorio, pateé mis zapatos y me

descalcé... pero, como era un obseso del orden, no pude con mi genio y los alineé junto a la pared.

Me quité la ropa y me desplomé en la cama, puse las manos tras la nuca y

me quedé mirando el techo durante unos minutos, dejando mi visión fija allí, hasta volverse borrosa, mientras imaginaba la forma en que una mujer como Jo

podía ser agasajada.

Tras idearlo todo, lo único que tenía que averiguar entonces era cuándo regresaba.

Cogí el móvil, miré la hora y me dije que, aunque en Nueva York era un poco tarde, en Los Ángeles había tres horas menos, así que desbloqueé el teléfono, busqué la aplicación de WhatsApp y me lancé al mar.

Maverick: Hola, Jo. ¿Me preguntaba si puedo invitarte a cenar cuando regreses a Nueva York? Es que de verdad que creo que nos debemos una noche para conocernos

más.

DIECISÉIS

Joss

A pesar de que la cama de mi antigua habitación en la mansión que mi padre poseía en Beverly Hills era muy cómoda, no era capaz de conciliar el sueño.

Hacía algunas horas que había llegado a la ciudad, e intentaba descansar para contrarrestar el cansancio del viaje, pero, como de costumbre, las fiestas en

casa de los integrantes de The Nine eran moneda corriente, y en ese momento estaban celebrando una en la piscina.

Ya sé, os preguntaréis cómo era eso posible si estábamos casi entrando en el

invierno. No importaba, porque Los Ángeles es la ciudad donde todo es posible:

con sus playas atestadas de patinadores y sus eternos atascos, todos la prefieren;

aun con la amenaza constante del terremoto más destructivo que se originará en

la falla de San Andrés, el lugar no deja de ser el más glamuroso, y por supuesto

continúa siendo la tierra prometida de los buscadores de oro en el pasado y la que te llevará a la inmortalidad si logras triunfar en el cine o la televisión. Por eso no es extraño que en ella el sol no cese en ningún momento, y el verano se

convierta en una estación imperecedera, donde además encuentras una postal única y singular cuando ves las montañas que la rodean cubiertas

permanentemente de nieve teniendo en cuenta que el clima te permite bañarte en

el mar.

La música sonaba varias octavas por encima de lo que el oído humano

soporta y mi cabeza parecía que estaba a punto de estallar.

—Mierda, ¿por qué no me fui a un hotel?

Quería bajar a buscar algo para beber a ver si así conciliaba el sueño, pero

estaba evitándolo porque, si Pete me veía, no me dejaría volver.

Mi móvil vibró sobre la mesilla de noche y lo cogí para ver de qué se trataba.

Apenas lo desbloqueé y miré, la primera reacción fue sentarme dejándome

caer contra el níveo cabecero de capitoné de la cama, para cerciorarme de que estaba leyendo bien.

No tenía el número registrado en mi teléfono, pero sabía muy bien de quién

se trataba, ya que, aparte de mi padre, el único que me llamaba Jo era él.

Me estremecí como reacción a lo que leí, y me obligué a continuar respirando; necesitaba no obnubilarme con las palabras y continuar

yendo contra

cada fibra de mi ser que sabía que era mejor rechazarlo.

Sin embargo, mis pensamientos eran tan fuertes que, aunque estaba al tanto

de lo que tenía que hacer, se llenaron de conflictos mientras mis ojos repasaban

las palabras que me había escrito.

Quería rechazarlo con todas mis fuerzas, pero... ¿a quién quería engañar?

Ese mensaje era lo que había estado esperando durante días, llegando a la conclusión de que nunca me lo enviaría.

Agitada, mi mente viajó a días atrás y rápidamente comencé a recordar la reunión con mis amigas...

«Tienes a alguien bueno a tu lado, no dejes que se escape; atrévete a ser feliz. "Cree"», le habíamos dicho a Nicole, y ella había aceptado el consejo y se

estaba animando a vivir su gran amor junto a Luka.

Pero eso era muy diferente.

Es cierto que, en un arrebato, había comprado unas cadenitas con unos

colgantes con forma de puzle y les había hecho grabar la palabra *cree*, para luego regalar uno a todas mis amigas, supuestamente convirtiendo la palabra en un mantra para todas.

Sin embargo, por alguna razón ese mantra no podía ser plausible para mí...

no con Maverick. Además, nunca había querido creer en el amor, pero en ese instante estaba incluso pensándolo, ¿por qué de pronto me detenía siquiera a hacerlo?

La palabra *cree* era muy extensiva; uno podía creer en muchas cosas y no

necesariamente en el amor, me dije. Por otra parte, él sólo estaba invitándome a

cenar, no me estaba haciendo ninguna propuesta que involucrara al corazón.

Pero también era verdad que nos habíamos acostado, así que, por alguna razón,

la invitación parecía una propuesta más íntima.

La pantalla del móvil se había oscurecido mientras lo pensaba. Volví a

desbloquearla y el chat me indicó que él estaba escribiendo.

Maverick: ¿Qué piensas tanto? Sé que estás ahí, Jo. Sólo quiero demostrarte que puedo llevarte a una cita, no sólo a la cama. ¿Cuándo regresas?

Cerré los ojos con fuerza y, cuando los abrí, empecé a teclear el mensaje.

«Que sea lo que Dios quiera», pensé.

Joss: Estaré ahí el miércoles.

Maverick: Te pasaré a buscar a las siete.

No volví a contestarle, pero ambos permanecimos en línea sin hablar de

nuevo, hasta que finalmente él salió.

* * *

Intenté dar lo mejor de mí en las pruebas y ya sólo me restaba esperar, pero

tenía confianza.

Pete se negó a que viajáramos en un vuelo comercial, así que estábamos

regresando a Nueva York en el *jet* privado de The Nine.

—¿Cenamos juntos esta noche?

—Lo siento, John, pero tengo planes con mis amigas.

Hicimos el vuelo en mitad de tiempo, ya que las rutas comerciales no son

las mismas que utilizan los vuelos privados y por tal motivo las segundas siempre resultan más rápidas. La mayor parte del tiempo que duró el viaje fingí

dormir, ya que John no parecía darse por aludido ante mis constantes rechazos.

Mientras estuvimos en Los Ángeles me invitó a cenar cada día, y siempre

encontré una excusa para negarme, hasta que al final tuve que terminar

aceptando cuando los pretextos se me agotaron.

La última noche cenamos en el lujoso restaurante 71 Above, ubicado en la

icónica torre del US Bank. No podía negar que John se esmeraba por

sorprenderme. En un momento dado, acercándose sobre la mesa, quedó a

centímetros de mi boca mientras chocó su copa de champán con la mía, y me dijo:

—Te llevaré muy alto en tu carrera.

—Lo sé, por eso estoy con la agencia de tu padre, sé que sois los mejores.

—Tengo muchos planes para ti. Trabajo muy arduamente para relanzar tu

carrera, Josephine. —Estiró un brazo y cogió un mechón de mi cabello para jugar con él entre los dedos—. Sé que deseas el papel de la primera prueba que

has realizado, así que dalo por hecho.

—¿Acaso el director te ha comentado algo antes que a mí?

—No, pero ya he tirado de todos mis hilos para que sea tuyo, y ten por seguro que lo será.

—¿Y eso significa que ahora te debo un favor? —Me reí con sorna y luego sorbí del champán—. Porque yo no recuerdo haberte pedido nada, así que lo que

hayas hecho ha sido por decisión propia.

—Llamaré para pagar la cuenta y nos iremos a mi hotel.

—Es mi última noche en Los Ángeles y, aunque Pete no quiera

demostrarlo, está melancólico porque me voy, así que le he prometido que regresaría temprano para poder ver una película juntos.

—Qué extraño... cuando fui a buscarte Pete me invitó a la fiesta que daban

esta noche en su casa.

—No quiero ser grosera —lo miré a los ojos—, ni quiero que nuestra

relación laboral se ensombrezca, así que mejor acepta mis excusas.

—Eso deberías haberlo pensado antes de que nos fuéramos a la cama.

—Yo siempre lo tuve muy claro, John; es más, creo que, quien no entendió

que el acuerdo se ceñía sólo a una noche de sexo, fuiste tú. Soy como Cenicienta, a las doce de ese día el hechizo terminó. Y si conseguir ese papel significa que para ello tengo que acostarme nuevamente contigo, desde ya te digo que no quiero el papel, así no funciona para mí. Yo me voy a la cama con

quien quiero, cuando quiero. Estás meando fuera de tiesto y arruinarás tus Salvatore Ferragamo. —Miré sus zapatos.

—No he querido ofenderte y, si lo que he dicho ha sonado a que espero que

me pagues con sexo, tampoco he pretendido decir eso. Es sólo que pensaba que

podríamos repetir la noche que compartimos en Nueva York; lo pasamos muy bien ese día, supongo que estarás de acuerdo.

—Pues me alegro de que no haya sido lo que has querido decir, porque en

ese caso ya mismo podríamos dar por rescindido mi contrato con Gibbs Talent Management. —Me acerqué y casi pegué mis labios a los de él—. Jamás doy un

bonus track.

* * *

Recordé la noche anterior mientras el avión aterrizaba en el JFK. Cuando salimos del aeropuerto, un monovolumen de la agencia nos estaba esperando.

John se encargó de mi equipaje y, cuando llegamos en mi casa, me ayudó a bajar.

—Joss, por favor, sin malentendidos entre nosotros; te noto esquiva

conmigo. — Me cogió un hombro mientras deslizaba sus gafas de aviador para

mirarme con sus cristalinos ojos azules.

—Todo está bien, es sólo que debemos centrarnos en el trabajo, John.

DIECISIETE

Maverick

Necesitaba tranquilizarme y actuar como si estuviera yendo a una cena de negocios y no a una cita, me repetía continuamente, pero lo cierto es que no estaba acostumbrado a salir con ninguna mujer y por eso me sentía tan vacilante.

Respiré profundamente para controlar mi oscilante estómago, y antes de

salir a buscarla comprobé que todo lo planeado estuviera engrasado a la

perfección; luego bajé al garaje, me monté en mi Mercedes-Maybach S600

Guard y partí rumbo al apartamento de Jo.

Cuando aparqué mi coche junto al bordillo, le envié un mensaje avisándola

de que la estaba esperando. Mientras lo hacía, tuve una sensación amarga que se

instaló en el centro de mi estómago cuando recordé el plantón que me había dado la vez anterior, aunque ese día ni remotamente lo había organizado como el

de hoy; en esa ocasión sólo pensaba subirla a mi coche y llevarla a uno de mis

picaderos, para follarla hasta hacerla perder la razón. En fin, no es que en aquel

momento no tuviera intenciones de echarle un polvo, pues sólo pensar en ella se

me ponía la polla dura y casi que empezaba a acostumbrarme a su efecto.

Miré la hora; habían pasado sólo unos pocos minutos desde que le había

enviado el texto cuando mi móvil sonó: era ella avisándome de que ya bajaba.

Coño, de pronto quería largarme de aquí, estaba reacio antes de tirarme de

cabeza a la piscina, y me preguntaba si no había sido un movimiento estúpido perseguir otra cita con ella, o bien se trataba simplemente de que estaba aterrorizado. Sabía que, en cuanto apareciera tras la puerta, no podría dejar de mirarla, y que incluso me la comería con los ojos, y eso me tenía preocupado, pues no quería dar una imagen de demasiado desesperado, aunque enviándole el

mensaje para invitarla a salir ya había hecho todo el trabajo. Era demasiado tarde

para pretender desinterés y, según los consejos de Luka, eso era lo que debía mostrar. «Bien, que sea lo que Dios quiera», recapacité; detenerme allí no resolvería nada. Salí del coche y me quedé fuera, esperándola.

La puerta del edificio se abrió y percibí que tenía esos chispeantes ojos verdes que se iban haciendo más intensos cuanto más se acercaba a mí. Incluso

desde la distancia se veía deslumbrante, y ese día estaba más cegadora de lo que

la recordaba. Su mirada sostenía la mía, desafiándome a romper el contacto visual que estaba manteniendo; nunca había sentido una mirada tan penetrante,

nunca me había sentido así, como si supiera que no iba a poder parar en cuanto

la tuviera a mi alcance.

¿Qué se suponía que debía hacer? Joder, nunca me había preocupado por

agasajar a una mujer, y en ese instante no sabía muy bien cómo actuar. ¿La besaba o tal vez debía esperar?

Nos habíamos acostado unos cuantos días atrás, y ahora ella había accedido

a salir conmigo, así que, teniendo en cuenta que ya la había besado en más de una oportunidad y en lugares más íntimos de su cuerpo, lo lógico sería que no se

ofendiera porque me apropiara de su boca.

La cogí por la nuca y, conteniéndome todo lo que pude, dejé un par de besos medidos en sus labios. Cuando me alejé, se pasó la mano para alisarse la

falda del vestido y me tendió su abrigo de piel artificial para que se lo sostuviera mientras ella subía al coche.

Le abrí la puerta y se acomodó en el interior, luego abrí la puerta trasera y

deposité el abrigo. Me encontré resoplando mientras daba la vuelta al vehículo,

notando que mi nivel de ansiedad no acababa de retroceder al límite normal.

Bah, en realidad no tenía idea de cuáles eran los parámetros normales, pero, teniendo en cuenta que jamás me había sentido así, probablemente era oportuno

pensar que no lo eran.

Cuando me acomodé en el Mercedes, me coloqué el cinturón de seguridad

y ella me dijo:

—No sabía qué estilo llevar, ya que no te pregunté a dónde me llevarías, ni

tú tampoco lo mencionaste. Espero no haberme vestido de modo excesivamente

formal, aunque, viéndote a ti, creo que he acertado.

Llevaba un vestido de cóctel negro; la tela era satinada y le quedaba muy ajustado. Con cremallera trasera, tenía un escote geométrico que dejaba todo a la

imaginación, porque era bastante recatado para como la había visto vestida en ocasiones anteriores.

—Estás muy guapa, perfecta. Lamento no haber reparado en ese detalle, Jo,

no... —me aferré del volante, y luego giré la cabeza para mirarla a los ojos, decidiendo ser sincero—. Nunca he llevado a una chica a una cita, te pido disculpas si fallo.

—No te preocupes, somos dos debutantes, porque nunca he ido a una cita

con nadie antes tampoco.

—¿No? ¿Cómo es posible que nunca nadie te haya invitado? Eres una mujer hermosa.

—No estaba interesada.

Tragué saliva, ambos estábamos intentando ser francos.

—Gracias por aceptar, entonces.

Arranqué el coche y empecé a deslizarme entre el tráfico de la ciudad.

—¿De verdad nunca has tenido una cita con otra chica antes?

—¿Por qué te parece tan extraño? Acabas de decirme que tú tampoco, y se

supone que las mujeres sois más de citas que los hombres.

—Bueno, viéndote tan pagado de ti mismo, no es muy creíble que no la

hayas tenido.

—Nunca he necesitado una cita, sólo necesitaba que accedieran a irse a la

cama conmigo.

—Okay.

Estiré una mano y cogí la suya. Al principio se sobresaltó, pero luego

entrelazó los dedos a los míos. Era tan agradable el contacto, ejercía un efecto pacificador tener una mano que sostener.

—Dime si algo no te parece adecuado, para mejorarlo la próxima vez.

Sonrió sin ocultar su sorpresa, supongo que mis palabras obraron para que

se sintiera así, y luego asintió.

Joss

Llegamos a Midtown Manhattan, más precisamente al edificio conocido

como 510 de Madison Avenue. Maverick estacionó el coche en la Calle 11 E, casi enfrente de la entrada del restaurante Empellón; tras besar mi mano, me dijo

que lo esperara para ayudarme a salir del vehículo. Estaba siendo tan caballero

que me parecía estar metida en una película de Hollywood, y todo era como un

sueño.

Estaba un poco nerviosa; normalmente antes de salir de casa siempre

tomaba alguna copa, pero no había querido hacerlo para que Maverick no me notara olor a alcohol. Mientras él se daba la vuelta, bajé la solapa del parasol y

me miré en el espejo para comprobar mi maquillaje, y toqué el colgante del puzle que llevaba enroscado en la muñeca, puesto que no combinaba con el vestido para dejarlo en mi cuello.

«Cree», me dije para mis adentros; luego suspiré y acepté la mano que él me tendió para descender.

Se anunció en la entrada del local y nos guiaron hasta un comedor privado.

Tan pronto como entramos, me dijo:

—Espero que no sea demasiado; normalmente es un comedor para doce

personas, pero lo he hecho cerrar sólo para nosotros.

—Es demasiado, sin duda, pero también es muy especial por tu parte.

Miré a nuestro alrededor y descubrí una mesa con variedad de comida

mexicana.

Me cogió de la mano y me llevó hacia donde estaba preparada una mesa

para dos, apartó la silla y me invitó a sentarme.

—Déjame servirte.

Se acercó a una mesa donde había varios cócteles preparados y empezó a

nombrarlos todos como un experto, mientras los señalaba con un dedo.

— *Frappé* de zarzamora con lavanda y té negro, agua de horchata, agua de

tamarindo, mojito sin alcohol de té verde con piña asada, piña colada sin alcohol,

margarita de fresa sin alcohol, agua de frambuesa con chía y naranjada con frambuesa. Dime, ¿qué prefieres?

—¿Has ordenado todos los cócteles sin alcohol?

—Déjame explicártelo... no quiero ofenderte ni avergonzarte, sólo pretendo

que puedas pensar y, por qué no, sentir que alguien se preocupa por ti.

Entendía perfectamente que toda esa aventura era muy inquietante, así que,

procurando tranquilizarme, me dije que sólo necesitaba confiar y consentir.

Me levanté de la mesa arrastrando hacia atrás la silla en la que estaba sentada y me colgué de su cuello atrapando su boca con la mía, besándolo descontroladamente. Él agarró la parte posterior de mi cabeza, y su otra mano recorrió mi cadera, y mi mente se dejó llevar por sus besos... y me di cuenta de

que, cuando lo besaba, no estaba pensando en nada, ni si era bueno sentir así o

no lo era, simplemente me dedicaba a sentir.

Maverick finalmente dejó escapar un aliento apresurado por la boca cuando

nos separamos, y apoyó su frente contra la mía.

—Debemos terminar nuestra cita, ¿lo recuerdas? Porque yo he estado a

punto de olvidarlo y casi te bajo la cremallera del vestido aquí mismo.

—No creo que sea un lugar apropiado para que me quites la ropa.

—No me tientes; se supone que estamos procurando mantener un encuentro

normal, uno que no sólo sea con intenciones de tener sexo.

—¿No quieres tener sexo?

La mano que tenía sobre mi cadera se hundió más en mi carne y me

aprisionó más contra su cuerpo, para clavar la firmeza de su polla contra mi pelvis.

—¿Tú qué crees?

—Ahí está, confieso que ya la estaba extrañando.

—¿A mi polla? Jo, si empiezas a decirme cosas sucias, no lograré calmarme

y lo más probable es que esta cita termine antes de empezar.

—No hablo de tu polla.

—Ah, ¿no?

Él parecía perdido, pero de verdad que era lo que me había atraído de él la

primera vez que lo vi.

—Qué pena, me había ilusionado en que quisieras saltearte la cita y

fuéramos directamente a lo que tú y yo sabemos hacer muy bien.

—Ahí la tienes otra vez.

—¿De qué hablas?

—De la sonrisa O'Brien.

Echó la cabeza hacia atrás, carcajeándose, y luego volvió a mirarme y a sonreír de forma presumida.

—Qué te digo, tiene mi marca registrada.

—Para qué te esmeras en usar trajes de marca —alisé la solapa de su

chaqueta hecha a medida—, si crees que tu sonrisa es la que te viste.

—Ir vestido está sobrevalorado.

—Lo está cuando quien te mira es una mujer y te está comiendo con los ojos. ¿Verdad, Maverick?

—No lo sé, dímelo tú, ya que eres quien me estás mirando... pfff, ¿así? —

Volvió a esbozar esa sonrisa que me volvía loca y que me hacía sentir un hormigueo en todo el cuerpo.

—Crees que sólo con sonreír todo está arreglado, ¿cierto?

—¿No?

—Caminas creyendo que el mundo entero te admira y te adora.

—No siempre camino, a veces voy montado en un Tesla, otras en un

MercedesMaybach S600 Guard o en una Range Rover, aunque, a decir verdad,

en ocasiones prefiero correr y entonces me monto en un Jaguar E-type V12 del

setenta y tres o mejor aún en un Ferrari Spyder del sesenta y dos.

—Coches de colección, los chicos y sus juguetes. Arrogante.

—Es una de las cosas que más te gustan de mí.

Entrecerré los ojos; no pensaba aceptar eso.

—Quiero mi cita, no voy a ponerte las cosas fáciles esta vez.

—Nunca me las has puesto fáciles.

—Pues a ver cuánto te esmeras, porque necesitas hacerme olvidar que te

despertaste en mi casa con una rubia teñida enroscada a tu torso desnudo.

Levantó el dedo índice en señal de advertencia.

—Tenía el bóxer puesto.

—Pero estabas en mi casa.

—Creía que el polvo de la otra noche había suavizado ese detalle.

Me tomó por la mano y volvió a ayudarme para que me acercara a la mesa;

como todo un caballero, que sabía que no era, me arrimó la silla y, cuando estaba

a punto de apartarse, le dije:

—Aún no lo he olvidado.

—¿Rencorosa?

Si continuaba poniendo esa sonrisa me iba a olvidar de todo; el maldito sabía cómo utilizar su carisma, pero estaba decidida a hacerle saber lo disgustada

que eso me había puesto. Lo que hizo en mi casa, y en mi cara, aún me enojaba.

—Cuando me dan un motivo, y tú me diste uno muy grande.

—No me la follé.

Mis labios se curvaron ligeramente en una sonrisa contenida, y elevé una ceja, demostrándole que sus palabras eran bastante dudosas.

—¿Debo creerte? Te faltaban los pantalones y la camisa.

Se inclinó apoyando una mano en la mesa y otra en el respaldo de mi silla,

y me habló muy de cerca.

—El whisky que beben los miembros de The Nine pega fuerte; caí

desmayado en el sofá antes de que pudiera marcharme, puesto que ésa era mi intención cuando bajé de la terraza. No sé quién me quitó la ropa, pero te aseguro que, en el estado en el que estaba —miró hacia su bragueta— mi gigante

permaneció dormido.

Hablamos... hablamos... y hablamos de todo, mientras comimos. Ambos

parecíamos muy abiertos, mientras un camarero, cada tanto, entraba para

traernos más platos.

—Guau, no puedo creer que haya comido tanto.

—Porque no has bebido alcohol. El alcohol, si no se toma con moderación,

da una saciedad aparente.

—Sigues creyendo que tengo un problema con el alcohol.

—Sigo creyendo que eres una mujer inteligente y que sabes perfectamente

que beber en cantidad no le hace bien a nadie.

—Tú bebes.

—Te aseguro que sé perfectamente mi límite.

—Mmm, ¿por qué debería creerte, entonces, cuando afirmas que no te

follaste a la oxigenada que despertó contigo en mi casa, si se supone que jamás

pierdes el control?

—Tienes una boca demasiado ingeniosa, señorita Burns, pero no me harás

decir algo que en verdad no ocurrió.

Estiró el brazo por encima de la mesa y reclamó con su mano la mía; me acerqué, tocando sus dedos, y él entrelazó los suyos a los míos.

—Supongo que sabes lo insistentes que pueden ser los componentes de The

Nine.

—Te daré el beneficio de la duda razonable, porque conozco a Pete y a mis

tíos, pero también conozco a sus *groupies*.

DIECIOCHO

Maverick

Le puse el abrigo sobre los hombros antes de salir a la calle, y luego atrapé su

cintura pegándola contra mí. Era un placer sentir su cuerpo, sinuoso, junto al mío, y caminamos uno al lado del otro hasta donde había quedado aparcado mi

vehículo.

Estaba tan nervioso, y era tan estúpido estarlo... Había hecho eso más veces

de las que podía recordar... meter a una mujer a mi coche para llevarla a mi cama

nunca había sido nada difícil y habían sido tantas que sólo se trataba de un borrón de rostros que casi ni podía describir.

Antes de abrir la puerta, la arrinconé contra ésta, enjaulándola con mis brazos. Me incliné y forcé mis labios contra los suyos, besándola descontrolado.

Su boca, segura, unida a la mía como si estuviéramos hechos para ser uno solo.

—Mmm, Maverick... —gimió contra mis labios.

Sus palabras provocaron un eco involuntario dentro de nuestras bocas.

Enredé mis manos en su cabello y la besé con cada molécula de necesidad que

mi cuerpo sentía por ella.

—Quiero tenerte, Jo, necesito estar dentro de ti —susurré en su oído

mientras me hundía en su cuello para aspirar su aroma. Olía a *macarons* rosa y a fresa; ella era más dulce de lo que quería aparentar.

Volví mi cara para enfrentarla.

—Llévame, también quiero tenerte dentro de mí.

La aparté de la carrocería del automóvil y abrí la puerta para que se sentara.

Podía notar claramente las pulsaciones de mi corazón, que latía expectante.

Joder, cada vez era diferente con ella, mis ansias no parecían disminuir. Jo estaba dentro de mi cabeza, a pesar de que no quería reconocerlo... en realidad, estaba

habitando cada resquicio de mí.

Conduje hasta mi casa en Lower Manhattan, en el 443 de la calle

Greenwich.

Durante todo el trayecto permanecimos en silencio, con la compañía de la

música que sonaba a través del sistema de sonido de mi coche, mientras David

Guetta y Sia hacían su magia interpretando *Flames*.

Lo hice todo el camino con una mano aferrada a la suya, agradecido de la trasmisión automática de mi coche para no tener que soltarla. Cuando llegamos,

besé su mano y chupé uno de sus dedos antes de desacoplarnos para maniobrar.

Ella entrecerró los ojos y contuvo la respiración mientras la miraba por entre las

pestañas.

Entré en el garaje, a través de las puertas de hierro forjado en la calle Ventry, hasta la zona de estacionamiento, a un extraordinario vestíbulo

abovedado de nivel inferior con paredes, suelos y techos con azulejos de época.

Allí el aparcacoches del edificio aguardaba en su puesto, así que decidí dejar allí mi vehículo para que Omar lo estacionara junto a mis otros bebés de colección,

en una de las plazas que me pertenecían.

Bordeé la carrocería para ayudar a Jo a bajar. El personal era muy discreto,

pero entendí perfectamente la curiosidad del empleado por ver con quién

llegaba, puesto que nunca llevaba a ninguna mujer allí.

—Buenas noches, que tenga un buen descanso, señor.

—Buenas noches, Omar, muchas gracias.

Jo le sonrió y lo saludó con una bajada de cabeza, permitiéndome luego que

la guiara hasta el elevador privado que nos llevaría directos a mi apartamento.

—¿Tu casa?, ¿o se trata de otro de tus picaderos?

—Eres inteligente, cielo —le mordí los labios y luego los lamí—; saca tus

propias conclusiones, sé que lo harás bien.

Introduje la llave en el ascensor y subimos hasta el ático. Ése era mi lugar,

mi santuario, y lo estaba abriendo para ella; me había vuelto totalmente loco, lo

sé, pero Jo me tenía fascinado y sólo pensaba en la forma de lograr que no se fuera nunca más de mi lado.

Esperaba sinceramente que lo supiera apreciar.

Joss

Cuando llegamos al núcleo de las calles adoquinadas del barrio de TriBeCa,

mi corazón empezó a palpitar desmedido, consciente de que donde me llevaba era un lugar muy exclusivo.

Al llegar reconocí el condominio de lujo elegido como vivienda por varias

celebridades del espectáculo, en la calle Greenwich, una antigua fábrica que aún

conservaba su fachada original y donde antiguamente se encuadernaban libros.

Entonces supe que Maverick, muy sutilmente, me estaba dejando entrar en su intimidad.

Llegamos al ático y el ascensor se abrió en un amplio recibidor. Maverick

me cogió de la mano, invitándome a seguirlo, tecleó un código que le dio acceso

al apartamento y de inmediato aromas que asocié con los bosques de la Toscana

invadieron mis fosas nasales.

—Ponte cómoda, pasa —me dijo adelantándose mientras se dirigía hacia la

cocina.

Mire a mi alrededor, encontrando en cada detalle su soberbio carácter: un amplio espacio de cocina con magníficos acabados en las encimeras y en los muebles, que combinaban a la perfección el acero, la madera y el mármol; frente

a ésta, un comedor y la sala de estar se afirmaban en un ambiente dramático y abierto, con ventanas de arco de medio punto que imaginaba que de día

saturaban de luz el lugar.

—Entra, no te quedes ahí parada. ¿Quieres tomar algo?, ¿una gaseosa está

bien?

El hombre, definitivamente, no pensaba dejarme beber nada que contuviera

alcohol.

Pateé mis zapatos de tacón para despojarme de ellos y arrojé mi *clutch* sobre el sofá, junto con mi abrigo. De inmediato me di cuenta de que su mirada

se dirigía a esos objetos que me pertenecían y que había dejado por ahí de cualquier manera. Miré a mi alrededor, percatándome de que nada en ese sitio se

encontraba fuera de lugar, incluso Maverick encajaba perfectamente en el

contexto de las cosas, así que me arrepentí al instante por ser tan desordenada y

me volví a recoger los zapatos.

—¿Qué haces?

—Soy bastante caótica, lo sé —le dije mientras me reclinaba para

recuperarlos y acomodarlos luego en un sitio donde no parecieran tirados—. Y

aquí todo está demasiado en orden.

—Deja —me dijo regresando sobre sus pasos y haciendo que me

incorporara.

Me cogió por la cintura, pero mi vestido Roland Mouret no era apto para que trepara a sus caderas, la estrechez de éste lo imposibilitaba, así que volvió a dejarme de pie en el suelo.

Acarició mis hombros y me apartó el pelo, despejándome la cara.

—Me gusta tenerte aquí, haces que mi casa parezca habitada.

—Alterada, querrás decir, porque te aseguro que soy experta en alterar el orden.

—No me caben dudas de eso. Has alterado por completo mi vida desde que

te conozco.

—¿Y eso es bueno o es malo?

—Jodidamente fantástico.

Su cabeza se inclinó ligeramente, permitiendo que la luz iluminara su

perfecto rostro; sus ojos, de un verde esmeralda surrealista, me observaron y con

el reflejo se vieron del color más hermoso que alguna vez hubiese visto. Levanté

ambos brazos y los apoyé en sus hombros, relajándome mientras acariciaba los

mechones de su nuca. Maverick se inclinó, besándome con suaves toques y, aunque sólo habían pasado unos minutos, me pareció una eternidad el tiempo que había transcurrido desde que sus labios habían reclamado los míos. Su lengua se deslizó en mi boca, girando sobre la mía; relajé mi cuerpo

entregándome al beso. Lo sentía tan placentero que no podía dejar de gemir. Su

mano izquierda se desplazó por mi espalda hasta alcanzar la cremallera de mi vestido.

—Dios, eres tan hermosa... —susurró cuando se separó de mí para quitarme

la ropa.

Volvió a aproximarse, sus labios estaban tan cerca de los míos que podía sentir su aliento. Sonreí y bajé los brazos, llevándolos hacia atrás para desprenderme del sujetador; necesitaba ver su mirada lujuriosa admirando mi cuerpo. Él se apartó para dejarme hacer, y se lamió los labios cuando mis pezones se exhibieron, duros y fruncidos, ante él.

Lo miré recorriendo su cuerpo y pude advertir de inmediato su erección

empujando enérgica contra sus pantalones; me moví y extendí la mano para frotarla sobre él.

—¿Así te pone mi cuerpo?

—Tus besos han provocado esto, antes que tu desnudez —me explicó.

Comencé a desabrocharle la camisa. Él se había quitado la chaqueta cuando

entramos, y la había dejado pulcramente doblada sobre una de las banquetas altas que estaban junto a la isla en la cocina.

Saqué los faldones de dentro de su pantalón y terminé de desabrochársela.

Cuando lo hice, la abrí y admiré su atlético pecho y su tableta de chocolate; pasé

mis manos sobre su piel y luego deslicé un dedo por la cinturilla de su pantalón,

recorriéndole el abdomen. Quise abrirle la bragueta, pero entonces él me cogió la mano y, sorprendiéndome, me cogió en brazos y empezó a caminar conmigo

hacia la planta superior.

Entramos en su amplia habitación, una estancia con iluminación inteligente

y decorada con colores cálidos en la gama de los marrones. Frente a la cama *extra king size,* cuatro espejos que iban casi del techo al suelo y que reflejaban todo lo que ocurría en ésta.

Me tendió sobre el colchón y siseó cuando sus manos dejaron de tocarme;

se deshizo de la camisa arrojándola sobre la banqueta situada al pie de cama, se

sacó los zapatos pateando y en ese momento me senté. Le acaricié el bulto que

formaba su polla, su bragueta estaba más tensa aún.

—Déjame hacerlo, por favor.

Sabía que era un hombre al que le costaba ceder el control, me lo confirmó

cuando apretó sus puños a sus costados, pero me dejó actuar.

Desabroché su cremallera y luego hurgué en ella, alcanzando con la mano

su gruesa y pesada verga; su tamaño volvió a cautivarme, como la vez anterior

en que lo vi desnudo... tanto que me encontré conteniendo un jadeo. Su ansiosa

mano alcanzó entonces la parte posterior de mi nuca, enredando sus dedos en los

mechones de mi pelo.

—No puedo ceder todo el control, no me pidas que lo haga.

Me reí mirándolo por entre mis pestañas, y abrí la boca para recibirlo; mi lengua lamió su longitud desde sus bolas hasta la punta.

—Joder —balbuceó, y apretó más su agarre mientras sus caderas pugnaban

por no sacudirse. Echó la cabeza hacia atrás y mi nombre se escapó de su boca.

—Jo... creo que mi gigante te ha echado demasiado de menos.

—Ya no tiene que extrañarme más —le respondí lamiendo desde la punta

hacia la base.

Tomé tanto de su polla como la cavidad de mi boca me lo permitió; sin poder refrenarse, él empezó a moverse.

—Lo siento, dímelo si quieres que pare.

Se hundió en mi boca muy profundo y salió, luego volvió a hacerlo de

nuevo, y otra vez, y otra, y otra más... mi saliva derramándose de mi boca, su aliento sostenido mientras yo deslizaba mis labios por el perímetro de su miembro, recorriendo sus hinchadas venas con suavidad con mis dientes, y

acompañando el vaivén con mi lengua.

Así seguimos hasta que él no pudo contenerse más, y entonces agarró mi

cabeza con ambas manos para follar mi boca con rudeza. Su cadera se agitó como un látigo, al tiempo que mis manos sostuvieron su base. Cogía con agrado

todo lo que él me podía dar... necesitaba su brusquedad, su control; me sentía excitada en todas las zonas erógenas de mi cuerpo,

cediendo ante él, ante el poderoso hombre que follaba mi boca sin parar.

—Sí... oh... sí... joder... qué bien la chupas.

Maverick continuaba moviéndose, mi saliva vertiéndose por las comisuras

de mis labios, mi garganta tratando de soportar sus envites.

Continuamos desesperados por conseguir más del otro, hasta que moví una

de mis manos y comencé a acariciar sus testículos; eso fue el disparador para que

su semen ascendiera por su falo, llenándome la boca con su placer; sus chorros

calientes y espesos golpearon contra mi garganta sin parar, hasta que mi boca recibió su última gota.

Tragué, y me pasé la lengua por los labios con los ojos inyectados de pasión

y de morbo.

Maverick

Mierda, mi polla aún se balanceaba erecta; Jo no sólo tenía un coño vudú,

también una boca hechicera.

Cogí mi billetera y saqué de ella una tira de condones que arrojé sobre la cama, luego me despojé del resto de mi ropa y, cogiéndola de la mano, la puse de

pie y aparté las sábanas.

—Eres sorprendente, Jo. Déjame comerte, ahora me toca a mí.

La agarré por las caderas y la arrojé al centro de mi cama, rasgué sus bragas, apartándolas de entre nosotros, y, acomodando sus piernas a cada lado de

mis hombros, me hundí en su humedad.

Olía a pecado, a deseo, a ella, y pronto olería también a mí. Porque si bien

en ese momento iba a penetrarla con un preservativo, esperaba que me dijera que

sí para que la próxima vez lo hiciéramos sin nada.

Comencé a chuparle el clítoris, deslizando mi lengua de arriba hacia abajo,

bebiéndome su esencia. Incrustando dos dedos en ella, empecé a follarla,

parando cada vez que Jo me empezaba a estrujar.

Me cogió del pelo y levantó mi rostro para que la mirara.

—Maverick, por favor, no hagas más eso.

Sin decir una palabra volví a hundir mis dedos en ella y mi lengua y mis dientes volvieron a juguetear con su placer... mordía, lamía y succionaba su protuberancia, mientras ella se retorcía rogándome que no me detuviera; cuando

la sentí tensarse nuevamente, me aparté.

—Mav... —No terminó de decir mi nombre, estaba frustrada.

Enfundé rápidamente mi erección en un condón, bajo su absorta mirada, y

la acomodé girándola boca abajo.

—Levanta tu culo en pompa y aférrate a la almohada —le ordené.

Ansiosa, no cuestionó mi mandato, así que, cuando la tuve como codiciaba,

la penetré con un potente envite, llevando mi polla hasta el final.

Enterrado bien profundo en su coño, me aplasté contra su espalda y le hablé

al oído, enroscando su pelo en mi mano.

—Sostente fuerte, cielo, para que me puedas recibir.

Mi mano enredada en sus mechones la sostenían para que no pudiera

moverse; cuando la tuve bien sujeta, empecé a enterrarme en ella agitando mis caderas sin piedad. Asimilando el poder que me daba bombear su sexo en esa posición, la follé sin descanso y sin bondad, haciendo que claudicara por entero

a mi control.

—Vamos, Jo, así es, cielo, aprieta mi polla y córrete; quiero que grites mi

nombre muy fuerte cuando lo hagas, quiero saber que soy yo el que te provoca

tanto placer.

Mi nombre salió de su boca entrecortado, pero no me detuve.

—Aún no he acabado, cielo, así que mantente aferrada un poco más.

Cuando la sentí tensarse alrededor de mi tronco, saqué mi polla de su

interior.

—Por favor...

Me acerqué a su oído y, con la voz muy oscura y cargada de placer, le dije:

—Shh... en la necesidad está el morbo, cielo, y en el morbo está el placer

absoluto al que planeo llevarte.

»¿Confías en mí?

—Maverick, por favor.

Tiré de su pelo al ver que no me respondía.

—Responde, ¿confías en mí?

—Confío en que me darás el placer que necesito.

Le propiné un cachete a su culo, admirando cómo su piel se tornaba

carmesí.

—Tu boca siempre tan astuta, señorita Burns...

Moví la almohada y la hice poner atravesada en la cama.

—Vuelve a poner tu culo en pompa.

Lo hizo de inmediato y yo volví a enredar su pelo en mi mano; con la otra

que tenía libre me acaricié a mí mismo recorriendo mi longitud, al tiempo que observaba cómo mi verga la había dejado expandida.

Tiré de su pelo y direccioné su cabeza para que mirara hacia el espejo. Sus

ojos, pesados por la lujuria, se abrieron lentamente.

—Mírame, abre los ojos y míranos a través del espejo.

Me mojé los dedos de la mano que tenía libre, lamiéndolos, y los pasé por

su sexo.

—No sabes lo expandido que está tu coño... —me acerqué a su oído —... así

lo ha dejado mi polla.

Joss

Me sentía demasiado cautivada por la imagen de nuestros cuerpos desnudos

reflejados en el espejo y por las cosas sucias que él acababa de decir.

Su físico estaba esculpido por el ejercicio que había torneado su cuerpo de

forma casi irreal. Maverick era un monumento hecho a cincel y gradina* y él lo sabía, porque estaba segura de que ese espejo no estaba puesto ahí por

casualidad.

Él se admiraba y se cuidaba mucho; de hecho, había notado que en su casa

había varios espejos.

—Por favor... —volví a suplicarle; me había vuelto una mendiga, pero no

me importaba con tal de tenerlo en mi interior.

—¿Esto es lo que quieres, cielo?

Proporcionándose placer, cogió su polla por la base y deslizó su mano por

su prolongada y gruesa extensión. Me mordí el labio deseándolo dentro de mí, y

llevé mi mano sobre mi clítoris.

—Te necesito dentro.

—¿Cuánto me necesitas? —Fregó su verga por mis nalgas.

—Maverick...

—¿Cuánto, cielo? —Continuó acariciándose él mismo y gruñendo

descontrolado.

—Maverick, maldito arrogante, sólo fóllame.

Se rio de esa forma que me hacía líquido, mientras continuaba masturbándose.

—Maverick...

Continuaba tocándome a mí misma, pero no era suficiente, necesitaba sentir

cómo su verga dilataba mi interior.

—Me encanta cuando dices mi nombre, pero, hasta que no me digas cuánto

me necesitas dentro de ti, no seguiré.

—Ya he rogado suficiente teniendo en cuenta que nunca le he rogado a

nadie...

—Y yo nunca he hecho nada de todo lo que he hecho hoy por ti, merezco lo

que te pido.

Metió su miembro en mi hendidura mientras me hablaba y volvió a sacarlo,

dejándome de nuevo vacía.

—Vamos, Jo, no es tanto lo que demando.

—Mucho... maldición... mucho.

Volvió a penetrarme lentamente, hasta que su pelvis chocó con mi culo.

—La próxima vez seré yo quien monte tu polla y juro que me cobraré esto.

—Basta —afirmó clavando sus dedos en mi nalga y, tirando de mi pelo,

empezó a envestirme sin piedad.

Ver cómo su musculatura se acentuaba con el esfuerzo que ejercía sobre mí

resultaba morbosamente cautivante. No podía apartar mi vista del espejo... él tenía razón, en el morbo estaba el placer que me producía verlo envarado y follándome como un poseso.

Cada vez que se enterraba en mí, de su garganta salía un quejido; con cada

envestida, gruñía como si quisiera hundirse un poco más.

Me penetró en esa posición sin descanso, por extensos minutos, haciendo

que mi cuerpo empezara a sentirse colapsado en cada nueva liberación que alcanzaba... Había perdido la cuenta de las veces que me había hecho llegar.

¡Joder!, él parecía infatigable, y cada vez que apartaba mi vista del espejo, me tiraba del pelo y me daba un cachete en el culo.

Deslizando su mano por mi pelvis, alcanzó mi clítoris, masajeándome con

sus expertos dedos.

—Vamos, Jo, una vez más, sé que puedes, cielo, lleguemos juntos esta vez

hasta el final —rezó en mi oído, haciendo que las notas de su oscura voz me estremecieran. La inclinación que le dio a su cuerpo tocó un punto en mi interior

que me hizo estallar.

—Oh... oh, Diooooos... —chillé cuando mi cuerpo acabó convulsionando de nuevo, pero de una forma agónica que antes nunca había experimentado, haciendo que mis ojos se cerraran involuntariamente mientras una oleada eterna

de placer me recorría entera de dentro hacia fuera.

—Cielo... —expresó de manera agonizante y me embistió unas cuantas

veces más, hasta que su propia liberación llegó. Cuando por fin empezó a correrse, sujetó mi cuerpo enterrándose muy profundo en mí.

Húmedos por el sudor y agitados, nos miramos a través del espejo sin

romper el contacto de nuestros cuerpos. Después de unos minutos, se retiró lentamente de mi interior y masajeó mis nalgas, lanzándome una mirada

significativa.

—Ven, cielo, déjame cuidarte.

Me llevó al baño y nos introdujo a los dos en la ducha, dejándome sentada

en la superficie flotante de mármol que sobresalía de la pared y hacía de asiento;

yo estaba algo exhausta.

En silencio, retiró el condón de su polla, que aún revelaba una

semierección, y lo anudó. Mientras me mostraba el contenido, me guiñó un ojo,

y luego lo desecho en el suelo.

«Maldito arrogante.» Ese hombre tenía el ego más grande que el edificio

más alto de Nueva York, pero me encantaba; su morbo me ponía tanto que me

volvía totalmente indefensa.

Me reí al tiempo que alzaba torpemente mi brazo para acariciar su abdomen

plano y ondulado.

—Déjame lavarte.

Cogiendo la ducha de mano y vertiendo gel de baño en su palma, me aseó

cada centímetro y después me puso de pie.

—¿Estás bien?

Asentí, sosteniéndome de él, para que no se diera cuenta de que estaba

agotada.

Devolviéndole el favor, cogí el gel de ducha y lo lavé; recorrer su cuerpo con mis manos enjabonadas me estaba poniendo húmeda nuevamente. ¡Mierda!,

¿acaso mi cuerpo tenía un interruptor que se activaba con su contacto? Su polla

empezó a balancearse otra vez.

—Creo que mi gigante está listo de nuevo, ¿de verdad te encuentras bien?

—Lo estoy.

No había terminado de hablar que él ya estaba sobre mi boca... reclamando,

tomando, bebiendo de mí.

—Mierda, espérame aquí, cielo, no tengo condones conmigo.

Yo llevaba un plan de natalidad, pero, aunque la tentación era muy grande,

no iba a decírselo; era imprudente hacerlo sin preservativo, jamás lo había hecho

sin protección con nadie.

Sin embargo, mi boca parecía que no estaba conectada a mi cerebro, joder.

—Nunca lo he hecho sin condón —mi voz se apagó cuando él me miró

clavando sus intensos ojos verdes en mí—, pero tomo la píldora.

—Cielo... —retiró los mechones de mi rostro; su voz sonó realmente

esperanzada—... nunca lo he hecho con nadie sin condón, pero... —delimitó mi

boca barriendo mis labios con su pulgar—... muero por tenerte a pelo, muero por

sentirte sin límites.

Me subió a sus caderas, y aplastó mi espalda contra las baldosas.

—¿De verdad quieres hacerlo así? Puedo ir a por un preservativo.

Maverick

Mis dedos ya estaban entrando en su interior; era un maldito hijo de puta que la iba a fustigar hasta lo último... Mi ofrecimiento era falso y desleal, pero

no me importaba, quería que el placer no la dejara pensar para que no se arrepintiera.

Me mordió el labio y la mandíbula, y luego, entre gemidos, me habló.

—Sigue, no pares, sigue...

Saqué mis dedos de ella y cogí mi erección, direccionándola hacia su

entrada. Con mi otra mano, la subí ligeramente para que encajara y luego le ordené:

—Abre los ojos, cielo. Mírame.

Sus intrincados ojos verdes se fundieron con los míos, al tiempo que la bajé

sobre mi polla. Jo abrió la boca, dejando escapar el aliento cuando me introduje

por completo en ella, y empecé a subirla y bajarla sobre mi erección.

Nada parecía suficiente para calmar las ansias que ella me producía, nada parecía eficaz, siempre quería más.

Comencé a golpearla con fuerza moviendo mis caderas, sintiendo cómo mi

hinchada punta chocaba con su cérvix, mis bolas hormigueando, mi verga dura y

expandida al máximo. La sensación de su vagina siendo mi única envoltura

estaba moliendo mi cerebro; mi columna vertebral se electrizaba con cada envite, ansiando que el placer que estaba sintiendo fuera eterno.

—Jo... oh, Jo... oh, cielo...

— *Ma-ve-rick*...

—Dime lo que estás sintiendo, dímelo, por favor.

Mi voz se percibía quebrada como la suya, todo era demasiado intenso. Mis

caderas se movían con más intensidad, era un maldito maníaco que no podía parar de moler su coño.

—No pares, no te detengas.

—No lo haré, no puedo hacerlo —le confesé sin flaqueza.

Ella parecía no darse cuenta de que, por más que quisiera que la sangre agolpada en mi polla llegara a mi cerebro para detenerme, no podría, su coño vudú me tenía totalmente embrujado.

La miré a los ojos sintiendo que no podía perderme ninguna de las

sensaciones que en su rostro se reflejaban; sus ojos parecían diferentes, como si

algo frágil parpadeara a través de ellos. Me tensé, pero seguí moviéndome...

había esperado ver lujuria, no eso, pero, aun así, no pude parar.

Cogí su boca devorándola, nuestras lenguas enredándose sin descanso, mis

venas tamborileando de deseo y mi gigante listo para amerizar.

Subí una de las manos que la sostenían por el culo y cogí su cabello, obligándola a mirarme; mordí su barbilla y succioné la piel de su cuello.

—Córrete, hazlo junto a mí —dije sonando enfático.

Sentí entonces cómo su coño vudú comenzaba a estrujarme y supe que

estaba cerca. Con un fuerte impulso, me enterré un poco más, con mi resistencia

rompiéndose cuando ella clavó sus uñas en mi hombro... me moví más rápido, acomodándome en su interior, empujando contra ella una y otra vez, pero más extenso y más profundo. Roté las caderas para encontrar su punto G; necesitando

hallar el ángulo correcto, la acomodé en mis brazos para que su cuerpo quedara

más inclinado contra la pared y entonces mi polla hizo la maldita magia, y sus

manos volaron a mi rostro para hablarme enviando su aliento a mis labios:

—Me estoy corriendo.

—Oh, diablos, cielo...

Mis testículos se apretaron, mi columna se electrizó y cerré los ojos con fuerza mientras me sacudía, vaciándome en ella, condenadamente violento, un orgasmo que succionó hasta mi cerebro y me dejó seco.

Fue sin duda una gloriosa acabada, pero también una jodida y peligrosa

maniobra que puso en riesgo el corazón.

La bajé en silencio, asegurándome de que sus piernas la sostuvieran;

cuando la vi tambalearse, le ofrecí mi sonrisa marca registrada.

Nos aseé rápido con la ducha de mano, aguantándola; Jo se veía agotada.

La ayudé a salir de la ducha y la hice sentar sobre el váter mientras la secaba, luego me sequé rápidamente y al final la cogí en brazos para llevarla a

mi cama; no quería tenerla en otra parte, ella pertenecía allí.

Me acosté a su lado y la observé somnolienta.

Su voz adormilada empezó a cantar *Toxic*, la canción que hiciera famosa Britney, pero ella lo hizo con una cadencia muy sensual, y en otro tempo; su voz

era preciosa. Jo, malditamente, sabía cantar, y no me extrañó... su padre era el mejor vocalista de la mejor banda de todos los tiempos, y resultaba obvio que la

música estaba en sus genes.

Supe que no eligió esa canción al azar, supe que la letra estaba diciéndome

lo que sentía, y sentí que estábamos balanceándonos sobre algo, algo que me asustó, pero que deseaba desesperadamente.

DIECINUEVE

Joss

Me desperté en mitad de la noche. Al principio me costó ubicarme, saber dónde

estaba, pero sólo tuve que mirar a mi lado para verlo a él y recordar que aún permanecía en su cama. Maverick dormía junto a mí boca abajo, sus manos metidas bajo la almohada, la respiración acompasada llegando como una suave

brisa hasta mí.

Aún era de madrugada.

Me había quedado dormida mientras tarareaba *Toxic*, sin tiempo de

reflexionar sobre todo lo que había ocurrido entre nosotros.

Por otra parte, era un hecho que había sido un día de muchas primeras

veces... me sentía extraña a su lado, ya que nunca me había quedado a dormir en

la cama de ningún otro hombre... pero ahí estaba, compartiendo su lecho, teniendo sexo desenfrenado con él incluso sin barreras, tras una cita que había sido algo que jamás imaginé querer para mí.

De pronto empecé a sentirme sofocada, me faltaba la respiración y una

sudoración fría invadió mi piel. Sabía lo que tenía que hacer para calmarme...

Levanté una mano y hundí los dedos en mi pelo; me sentía temblorosa y podía

pararlo... sin embargo, él había sido tan detallista que no quería fallarle, pero, siendo sincera, no creía poder conseguirlo.

Me deslicé de su cama, a tientas en la oscuridad, intentando no despertarlo,

y salí sigilosamente de su habitación para caminar por el pasillo hasta alcanzar la escalera.

Bajé.

—Mierda —maldije cuando choqué con mi pie descalzo contra la pata de

una de las banquetas altas de la barra de la cocina. Me masajeé el dedo pequeño

y, joder, ¡cómo dolía!

Haciendo caso omiso, continué mi búsqueda... Me acerqué a la barra y,

aprovechando la luz nocturna que entraba por los ventanales curvos, hallé lo que

buscaba.

Destapé los decantadores de las bebidas que allí había y olfateé para decidir a qué le entraba. Con unos cuantos sorbos podría detener mi temblor y volver a

su lado a dormir.

En el momento en el que estaba a punto de llevar el morro de una botella de

lo que parecía ser un bourbon a mi boca, la luz se encendió y giré la cabeza para

descubrir a Maverick de pie al final de la escalera, desnudo, rascándose la cabeza y mirándome sin poder creerlo.

—Lo siento —le dije al instante.

—¿Qué haces, Jo?

—Sólo necesito un trago; únicamente beberé unos cuantos sorbos y

regresaré a la cama contigo —le expliqué mientras sostenía la botella y mi mano

no dejaba de temblar—. No he querido invadir tu casa, pero necesito un trago para manejar lo que está ocurriendo entre nosotros, yo... yo no estoy

acostumbrada a esto, pero... mierda...

Él se acercó y me arrebató la botella de la mano.

—Jo, no solucionas nada bebiendo.

—Sí —repliqué rotundamente—, es que tú no me entiendes, o, mejor dicho,

me estás malinterpretando. —Intentaba explicarme, pero no lo lograba. Mi

mente sólo empezó a pensar en deslizar el bourbon por mi boca y sentir cómo quemaba mi garganta—. Sólo necesito un trago, un trago no le hace daño a nadie.

Intenté coger la botella que él había dejado sobre la barra, pero me sostuvo

por la muñeca antes de que pudiera alcanzarla.

—Maverick, puedo aceptar que me hagas rogar por tu polla, pero no me

humilles de esta forma. Joder, no seas un gilipollas. Déjame manejar mi mierda

como sé hacerlo, déjame. —Tiré para zafarme de su agarre, pero él me sostuvo

con más firmeza—. Iré a vestirme para irme, no tienes que verme así, todo ha sido un puto error, un maldito error... Ésta es la razón por la que nunca salgo en

una cita ni me quedo a dormir en la casa de nadie; nadie tiene por qué ver la mierda con la que cargo, es mi mierda, no seas tan cabrón. —Forcejeaba con él

mientras hablaba atropelladamente.

Nos sostuvimos la mirada y entonces empecé a sentir cómo las lágrimas

anegaban mi cara.

—¡Déjame! —le grité—. No me hagas esto.

Me aprisionó contra su pecho y rodeó mi cuerpo desnudo y tembloroso.

—No quiero que veas esta mierda que soy.

—Shh, cálmate, cielo, te tengo.

Apreté mis brazos a mis costados cerrando las manos en puños. No quería

desmoronarme frente a él, no quería que él viera eso que yo era. No quería que

sintiera repugnancia por mí. Su mano abierta abarcaba mi espalda y me

acariciaba intentando darme sosiego; nunca nadie había luchado tan duro por mí,

nunca nadie me había sostenido, así, como él lo estaba haciendo.

—Detente, cielo, deja de luchar. Estoy en esto contigo, Jo, no estás sola.

Relajé mi cuerpo y lloré a gritos; necesitaba un trago, él no lo comprendía,

él creía saber lo que yo necesitaba y, a pesar de que sus brazos, rodeándome, me

parecían perfectos, no parecían ser suficiente, y en verdad quería que lo fueran.

—Sólo un trago, Maverick, sólo será uno, lo prometo.

Me apartó y recogió mis lágrimas con su pulgar, y me miró a los ojos.

—No voy a permitir que sigas destruyéndote. No me pidas eso, porque no

lo voy a hacer.

—Ayúdame, por favor.

—Es lo que intento. Darte alcohol no hará eso, sino todo lo contrario. Cielo,

ven conmigo, sé lo que necesitas, sólo permíteme dártelo.

—No sabes... no lo haces.

—Shh... —me siseó tomándome entre sus brazos y me llevó a su dormitorio

de nuevo.

Me dejó sobre la cama y se acostó junto a mí.

Empezó a besarme y sus besos, mágicamente, me calmaron.

—Dame el control, Jo, dámelo.

—¿Y si no resulta? ¿Y si, aun así, sigo teniendo deseos de beber?

—Shh... —me siseo otra vez—. Deja de pensar, sólo siente, Jo, sólo déjame

hacerlo por ti.

Su boca atrapó entonces la mía y sus caricias y besos me hicieron olvidar poco a poco la necesidad de beber, necesitándolo a él en todas las partes de mi

cuerpo.

Sus manos se deslizaron por mi piel, abarcando cada resquicio, mientras sus

dedos trabajaban mi deseo.

Se enterró en mi sexo y bombeó sin descanso, sacando toda la mierda que

tenía dentro de mí, purgándome con su cuerpo, calmando mi necesidad y

reemplazándola por otra, él, sólo él... y eso me asustaba más aún, porque al deseo de beber lo manejaba yo, pero qué ocurriría si le entregaba mi corazón

como estaba haciendo y él no lo cuidaba como decía que lo haría. ¿Qué sería de mí si de pronto me volvía tan dependiente de él que no podía vivir sin que estuviera a mi lado?

Me dejé llevar, sin embargo, alejando mis pensamientos como él me pedía

susurrando en mi oído; dejé que me envistiera una y otra vez hasta que, agotados, conseguimos vaciarnos de placer.

Acarició mi muslo, mi cadera y, lentamente, salió de mi interior, resiguió mis labios con sus dedos y enredó sus piernas a las mías, aprisionándome contra

su cuerpo, sosteniéndome todo el tiempo.

Sin apartarse de mí, me acarició, hasta que me dormí.

VEINTE

Maverick

No había dormido casi nada; me había mantenido atento casi toda la noche, pues

sabía que las primeras veinticuatro horas de abstinencia eran las más cruciales, lo que significaba que Jo me necesitaba muy despierto.

Era bastante temprano, así que me levanté de la cama y fui hasta la otra habitación, la de huéspedes, para darme una ducha en el otro baño y dejarla dormir un poco más.

Luego bajé y preparé el desayuno.

Me encontraba en la cocina colocándolo todo en una bandeja, cuando la vi

al final de la escalera con el pelo mojado y una camiseta mía que le quedaba enorme y le cubría más allá de los muslos.

—Buenos días.

—Hola. —Se pasó la mano por la frente, se veía agitada—. Me he dado una

ducha y me he apropiado de una de tus camisetas, espero que no te moleste.

—Te queda mejor a ti que a mí.

Dejé lo que estaba haciendo y fui a su encuentro.

Cogí una de sus manos y la invité a que me siguiera.

—Ven, he preparado panqueques con jarabe de arce, y también beicon bien

crujiente, y huevos revueltos. Tengo jugo de naranja recién exprimido y café y jugo de arándanos por si lo prefieres.

—Un Ginger ale gold. Necesito uno; el estómago me da vueltas y eso, por

lo general, me calma, lo bebo... —titubeó antes de continuar—... cuando no quiero echarle whisky al café por la mañana.

Recogió una lágrima que se le escapó; estaba aceptando frente a mí que

bebía desde que se despertaba.

Se frotó la cara y tocó su frente, luego pasó una mano por su cuerpo y alisó

mi camiseta.

—Joder —me pasé la mano por la nuca—, no tengo, cielo, pero déjame

conseguirlo.

Fui hasta la barra, sobre la que descansaba mi teléfono, y marqué el número

privado de Braxton.

—Brax, necesito un favor: deja a alguien reemplazándote en conserjería y ve a conseguirme un *pack* de Ginger ale gold.

—Tienes suerte, tengo uno en casa.

—Genial, me lo traes, luego te lo repongo. No estoy solo; toca el timbre, por favor.

Braxton era el conserje residente del edificio, así que no tardaría en subirme

la bebida.

Mis ojos escanearon constantemente a Jo, no quería perderla de vista. Su mirada se deslizó por el ambiente, y noté que lo hacía escudriñando el lugar donde anoche encontró las bebidas alcohólicas; sin embargo, éstas ya no estaban

ahí, ya que, cuando bajé, lo primero que hice fue esconderlas.

Volví a aproximarme a ella y la cogí de la mano para que me acompañara

hasta la barra donde estaba preparando el desayuno, la ayudé a sentarse y puse

un plato frente a ella para que se sirviera.

Noté el temblor de sus manos cuando cogió el tenedor, para servirse un

poco de cada cosa, pero luego sólo miró todo lo que estaba en su plato, sin tocarlo.

—No voy a lograrlo, me iré a mi casa. Gracias por tu hospitalidad —dijo bajándose de la banqueta.

—No tengo que ir a trabajar, podemos quedarnos aquí en casa. —El timbre

sonó—. Acaba de llegar tu Ginger ale, cielo. Espérame, ¿sí?

Cuando regresé con el *pack* de bebidas, la encontré escudriñando la nevera.

—No hay nada ahí, Jo. Esta mañana, cuando me he levantado, he vaciado el

contenido de todas las botellas en el fregadero.

Le señalé los envases vacíos en un rincón, y le tendí una lata de la gaseosa

que me había pedido.

—Quiero irme.

—Puedes hacerlo cuando quieras, no estás prisionera en mi casa.

—Me siento mal, me duele el estómago, siento náuseas.

—Dijiste que esto te calmaría.

—Pero no es lo que quiero.

Yo continuaba con la mano tendida, ofreciéndole la lata. Me acerqué un

poco más a ella.

—Es todo lo que conseguirás de mí.

Se cubrió la cara con ambas manos y luego apretó sus sienes. Me miró a los

ojos y de un manotazo hizo volar la lata que yo sostenía.

—Vete a la mierda, Maverick. ¡Vete a la mierda! —volvió a gritar.

Se abalanzó sobre mí y, enroscando sus brazos a mi cuerpo, con su rostro apoyado en mi pecho, me dijo:

—Lo siento, no he querido hacer eso ni decir lo que te he dicho. No me dejes ir; ayúdame, sola no puedo hacerlo.

Levanté ambas manos y le acaricié la espalda.

—Cálmate, ¿quieres?

—Soy un desastre, estoy segura de que después de esto no me querrás ver

más.

—No es cierto, por supuesto que quiero que continuemos viéndonos. —La

cogí por la barbilla y la obligué a mirarme—. Tú eres más fuerte de lo que ahora

mismo imaginas. ¿No has pensado en buscar ayuda profesional?

—No quiero hablar de eso.

La besé, sabía muy bien lo que estaba necesitando en ese mismo instante, distracción, y yo jamás me iba a negar a dársela, aún más si eso implicaba que

pudiera tenerla así, entre mis brazos, dependiendo de mí, necesitándome.

—Hueles a *macarons* rosa y a fresa —le dije cuando hice un «plop» al soltar sus labios— y a deseo. —Amasé su culo enterrando mis dedos en su carne.

Subí una mano hasta sostenerla por el cuello, arrastrando mis dedos a lo largo de la suave y tersa piel de su garganta; con la otra, acaricié el comienzo de su nalga, empezando a sentir cómo se relajaba su cuerpo. Bajé la boca hasta las

puntas de sus pechos, y atraje uno de sus duros picos sobre la camiseta. Jo soltó

un grito cuando sintió mis dientes rozarla. Sus manos, entonces, volaron a mi pelo, y sus dedos me sostuvieron firmemente en aquel lugar mientras comenzaba

a succionarla sobre la tela. La mano que tenía en su trasero reptó y mis dedos se

deslizaron por la raja de su culo... pero mi razón me decía que debía parar. Yo era un maldito adicto a su cuerpo, pero también era consciente de que ella debía

alimentarse primero.

—Estoy jodidamente muriendo por tenerte —confesé mientras alejaba su

pecho de mi boca—, pero antes debes comer algo.

Ella hizo un mohín muy gracioso, y le di un cachete en el culo.

—He preparado un desayuno exquisito para ti, señorita Burns, y no pienso

tirarlo.

* * *

Habíamos terminado de comer y estábamos limpiando los cacharros sucios que había utilizado para preparar el desayuno; temprano había llamado a la agencia para que Eva, la señora de la limpieza, no viniera.

—Siento que para ti sólo soy un proyecto que salvar, y no quiero eso.

La miré mientras cerraba el grifo del agua y me secaba las manos con una

servilleta.

—Es extraño que me plantees eso, cuando sabes perfectamente lo que le

haces a mi cuerpo. Mi pene está estableciendo un nuevo récord Guinness desde

que te conozco, porque vive así —cogí su mano para que sintiera lo duro que me

tenía sólo por tenerla a mi lado.

Me giré para enfrentarla y la sostuve por la cintura para pegarla a mi cuerpo, mordí su mandíbula y luego la cogí de la mano para guiarla hasta el sofá,

donde me senté.

—Ven, pon una pierna a cada lado de mi cuerpo. ¿Sabes lo que quiero ahora

mismo? —La acaricié por encima de mi camiseta—. A ti... estoy fantaseando con tu calor resbaladizo montando mi polla. —Ella se meció sobre mí a un ritmo

que igualaba su errático resuello. Sus manos se elevaron lanzadas a mi cráneo y

su boca se arrojó a mis labios. Saqué la lengua y busqué la suya, necesitando beberla.

Usando los dedos me di cuenta de que bajo la camiseta no llevaba nada; la

abrí completamente y hurgué en sus jugosos pliegues, haciéndola gemir.

—Sabes que en algún momento deberemos salir de aquí, no podemos

continuar haciendo esto todo el tiempo.

—¿Por qué no, si me encanta?

—Porque tú tienes una vida, y yo no puedo arrastrarte al desastre que es la

mía.

—Jo, deja de pensar, ahora mismo no es lo que quiero.

Hundí mis dedos en ella, empapándolos con su humedad, y los moví

arrancándole otro gemido.

—Maverick... —Ella meció su coño, buscando más fricción.

—¿Te gusta, cielo? Te gustan mis dedos hurgando en tu interior ¿verdad?

—Oh, sí... No pares...

—Sabes que nunca lo hago, no tienes que preocuparte por eso. Jo, recuerda

que soy quien tiene el control y que sé lo que necesitas. —Moví más

enérgicamente mis dedos, entrando en ella, girándolos, buscando el punto exacto

que la hiciera quebrarse.

—¿Quieres mi polla? ¿Quieres montarme sucio y duro?

—Sí, te quiero dentro de mí.

Solté su nalga sin dejar de introducir los dedos de la otra mano en su mojado coño, y moviéndome por debajo de ella, bajé el elástico de mi chándal

para liberar mi verga; Dios, necesitaba estar mojado en ella, necesitaba con urgencia su humedad cubriendo mi miembro, ansiaba su calor de forma

desesperada.

Jo se meció sobre mí, frotando su sexo sobre mi longitud, resbalando sobre

ella sin descanso.

—Nos iremos al infierno, cielo, tú y yo juntos somos pecado, ¿lo sientes?

Dios, Jo, qué bien mueles mi polla.

La sostuve de las caderas, porque me haría correr sin que mi gigante

pudiera enterrarse en su calor.

Tomé a mi chico por la empuñadura y, sosteniendo su culo, busqué su

entrada bajándola sobre mi dura y necesitada verga.

—Joder... enguantas mi polla de una manera que me vuelve loco.

—Eres tan grande, me siento tan expandida...

En el aparato de sonido sonaba *Candy Shop*, y mi chica empezó a

montarme a su ritmo.

—Oh, sí, cielo, qué bien mueves tus caderas. Móntame así, muéleme con tu

bonito y dulce coño.

Noté cómo la temperatura se elevaba, mi cuerpo quemándose incitado por

ella. Necesitaba volver a tomar el control, así que la agarré por las nalgas y la ayudé a balancearse, más profundo... la subí y la bajé sobre mi erección, hundiéndome un poco más en su interior, y le mordí las tetas... Nada parecía suficiente en la loca carrera por

alcanzar la cúspide, y entonces ella soltó mis hombros y cruzó sus brazos para quitarse la camiseta y darme un acceso total.

Hundí mi rostro en su canalillo, sorbiendo con mi lengua su sudor.

Subí una de mis manos y la sostuve por la espalda para que se inclinara hacia atrás y así poder llegar con mi verga a esa parte que la hacía estallar.

—Maverick... —gritó mi nombre cuando conseguí esa fricción que

buscaba.

Agitando mis caderas, continué follándola, hasta que ella detuvo su meneo,

entregándome el completo control, pues sabía que yo le haría conseguir lo que anhelaba.

Ella confiaba en mí y eso me rompía, porque Jo no era una chica de creer,

pero lo hacía en mí, ella creía en mí y yo no iba a defraudarla, por eso me esforcé más, para darle lo que estaba esperando. Seguí moviéndome, hasta que

di en el punto... Su coño me esclavizó dentro de ella, su coño me sujetó más fuerte, su coño se dejó ir y ella gritó, y gimió hasta que desplomó la cabeza sobre mi cuello y yo volví a agitar mis caderas una, dos veces más, buscando mi propia liberación, hasta que sentí ascender mi semen, bañando su interior; mis chorros salieron pesados, uno tras otro, y perdí la cuenta de cuantos expulsó mi

polla. Eso era como el maldito infierno y quería quemarme, quería arder así, quería morir abrasado en el fuego de su coño, quería vivir vaciado en ella.

VEINTIUNO

Joss

Nos habíamos pasado casi todo el día follando y, cuando no lo hacíamos, buscábamos la forma de tocarnos de alguna forma. Por la tarde me convenció para ir hasta mi casa a buscar ropa, y estaba asustada. Él me convencía con demasiada facilidad de hacer lo que quisiera.

Entramos en mi apartamento y mi vista voló a donde yo sabía que estaba el

alcohol, no me sentía segura allí. Miré a Maverick por encima de mi hombro, y

comprobé que él, con las manos en los bolsillos, estaba mirando lo mismo que

yo.

—En algún momento tendré que regresar.

—Lo sé.

Habló muy tranquilamente y empezó a coger las botellas, y me di cuenta

que buscaba la cocina.

—¿Qué haces?

—Jo, ayúdame con este asunto. Dime que estás tan comprometida con esto

como lo estoy yo.

—¿Para eso me has traído?

Se dio la vuelta y su mirada me fulminó.

—Haz esto conmigo, Jo, demuéstrame que quieres intentarlo.

—No puedo. Siento que, si toco una de esas botellas, lo único que querré es

destaparla para beber.

Me apreté la cabeza y mesé mi pelo.

Él siguió recogiendo las botellas, pero yo sabía que lo que estaba en la sala

no era lo único que había.

Me deslicé por la pared y me dejé caer en el suelo. Oía que él abría los anaqueles de la cocina en busca de más, y oía también cómo el contenido del líquido se filtraba por el fregadero. Luego empecé a captar que él, directamente,

comenzó a arrojar las botellas, haciéndolas añicos en éste. Me puse de pie cuando dejé de percibir ruidos, y caminé vacilante yendo a su encuentro.

Maverick estaba apoyado sobre la encimera, con los brazos extendidos, la cabeza inclinada, en señal de rendición, mirando el contenido de lo que había destrozado.

—Jo, no estás haciendo nada, ¿te das cuenta? Necesito que tú también

quieras esto, necesito que estés tan involucrada en el cambio como lo estoy yo;

si no, no va a funcionar.

Me apoyé contra la pared, temiendo que mis piernas no me sostuvieran.

—Jo...

—¿Por qué te importo?

Levantó la vista y me miró con el ceño fruncido.

—No sé por qué mierda lo haces, pero lo haces... lo haces, ¡maldición!, y no voy a rendirme aun si tú te rindes. Ahora, dime, ¿dónde mierda guardas el resto de las botellas que hay en tu casa? Porque sé que tienes más; dímelo —

gritó—, o te juro que pondré patas arriba este apartamento hasta deshacerme de

la última gota de alcohol.

Me moví, aunque mis pies no querían hacerlo, pero él era irresistible de todas las maneras y quería seguir teniéndolo. Sabía que, si no tomaba una decisión en ese mismo instante, él se iría y no lo vería más. De pronto mi cuerpo

sintió más necesidad por él que por continuar con la vida miserable y en solitario

que tenía, así que me impulsé sobre mis pies y empecé a sacar alcohol de cada

lugar donde lo guardaba, entregándoselo a él para que lo derramara.

Luego subimos a la segunda planta, donde estaban las habitaciones y donde

también guardaba algunas botellas. Maverick las vació una a una en el váter.

—¿Hay más?

—En la terraza.

Asintió con la cabeza y se dirigió hacia allí para encontrarlas. Regresó con

ellas y las vació también en el váter.

—¿Listo, Jo?

Negué con la cabeza.

—¿No? Joder, cielo, tenías tanto como para poner una licorería.

Me encogí de hombros y busqué en los baños, en los armarios donde

estaban las toallas.

—No hay más, lo prometo.

Me aplastó contra la pared y deslizó de inmediato su lengua dentro de mi boca. Clavé mis uñas en sus bíceps y luego me mecí contra su bragueta, intentando que el espacio entre nuestros cuerpos fuera mucho menor. Sus manos

me tomaron con facilidad por la cintura y me llevaron hacia mi cama... y sabía que aquello que iba a darme sería mejor que nada que hubiese tenido antes.

Tirándose sobre mí, me besó con furia, y me sentí ebria, pero de placer, y

ésa era una sensación que no quería dejar de sentir. Todo en él hostigaba mis sentidos... su olor, su sabor, su aliento. Él olía a Made to measure, de Gucci, lo

había visto en su casa, y esa loción se mezclaba con la propia esencia de su piel

y el olor a bosques de la Toscana que desprendía su casa y también a algún aroma del detergente que usaba para su ropa. Joder, era una mezcla embriagante,

era una mezcla que no quería dejar de oler.

En ese momento lo sentía como mi premio por haber arrojado todo el licor

a la basura.

Maverick me quitó la ropa y luego se quitó la suya, y no podía creer todas

las veces que ya lo habíamos hecho desde anoche, pero él parecía no tener problema para repetir y repetir. Su polla se ponía dura sin dificultad.

—¿Estás lista para que te folle de nuevo?

—Siempre estoy lista.

Abrió mis piernas y me tocó.

—Definitivamente, muy lista.

Se enterró en mí de inmediato y empezó a bombear con potencia,

moliéndome de dentro hacia fuera, y pareció una eternidad todo el tiempo que lo

hizo, pero no paró, se enterró una y otra vez como si supiera que lo necesitaba

así de intenso... hasta que finalmente ambos llegamos a nuestra liberación.

* * *

Los dos estábamos ya vestidos.

—Coge una bolsa y mete ropa para unos cuantos días.

—Maverick...

—Haz lo que te digo, no discutas conmigo.

—Pero...

—Haz lo que te digo, Jo, maldición. ¿Por qué no puedes hacer las cosas sin

cuestionarlas? Coge también tus cosas de aseo personal, lo que mierda

acostumbres a utilizar.

Llegamos a su apartamento en la calle Greenwich y el aparcacoches nos

recibió; era el mismo de la noche anterior.

—Omar, guarda éste y prepárame la Range Rover.

—¿Adónde vamos? —pregunté sin entender nada.

—Prepárala, Omar —volvió a pedir ignorando mi pregunta.

Abrió la puerta de atrás del Mercedes y sacó mi bolsa.

—Pon esto en el maletero, por favor.

—Desde luego, señor.

Me cogió de la mano, obligándome a caminar junto a él.

—Puedes explicarme... —le pedí enfáticamente cuando entramos en el

elevador.

—Ya te enterarás.

Me cogió de la nuca y, mientras introducía la llave para que el ascensor arrancara, me besó, distrayéndome.

Entramos en el ático y caminó por delante de mí. Sacó su móvil del bolsillo

y marcó el número de alguien que contestó casi al instante.

—Voy saliendo para allá, ¿has conseguido todo lo que te pedí?

Escuchó la respuesta.

—¿El resto está donde te dije que lo pusieras?

Escuchó otra vez.

—Bien, calcula que llegaremos, aproximadamente, en dos horas.

Entró en su dormitorio y fue hacia el vestidor. Allí cogió una bolsa que comenzó a llenar con ropa; luego fue al baño y cogió sus artículos personales de

aseo.

—¿No vas a decirme adónde vamos?

Me miró, pero continuó terco y sin abrir la boca.

Eso ya me estaba exasperando.

Bajó las escaleras y cogió su portátil de lo que me pareció que era su despacho en la casa; también juntó algunos papeles, que metió dentro de una cartera de ejecutivo, y me tendió la mano.

—Si no me dices a dónde vamos, no me moveré de aquí.

Se acercó a mí y me acarició el rostro, luego me agarró por el mentón y lamió mis labios, apoderándose de ellos; me besó profundo, incrustando su lengua dentro de mi boca y girándola para frotarla con la mía.

Se apartó y realizó una honda respiración.

—Relájate, cariño, sólo te estoy cuidando. ¿Acaso hasta ahora he hecho

algo que no haya sido eso?

Negué con la cabeza.

—Entonces, para de preocuparte y déjame hacer a mí y decidir qué es lo

mejor.

VEINTIDÓS

Maverick

Conduje hacia la Interestatal 478 para acceder al túnel Battery y cruzar a Brooklyn.

—¿Quieres poner música? Haz tu selección. Cielo, relájate, no vamos lejos,

en menos de dos horas estaremos allí. Te prometo que te gustará el sitio donde te

llevo.

La oí resoplar, pero cogió su móvil y se conectó al sistema de sonido del todoterreno.

—Por cierto, tienes una voz preciosa. Anoche te oí, cuando me cantabas al

oído antes de que nos durmiéramos. Deberías pensar en grabar una canción junto

a The Nine.

Empezó a sonar *Haunted*, una mezcla de Stwo en la voz de Sevdaliza.

—Odio mi voz. Pete hace tiempo que me pide lo mismo, pero no logra

convencerme, no me gusta cuando me escucho.

—No eres justa con tu voz; ya te digo, a mí me encantó.

Intenté distraerla con la conversación, pero de pronto dejó de contestarme y,

cuando la miré, comprobé que se había quedado dormida. Era arrebatadoramente

hermosa, y estaba acostumbrada a apartar a los hombres de su lado como si fueran pañuelos desechables, pero ahora sabía por qué lo hacía. Increíblemente,

me había dejado entrar en su interior, mostrándome su lado más oscuro, y yo estaba dispuesto a sacarla de esa oscuridad en la que

ella habitaba. Y, maldita sea, lo iba a lograr.

—Cielo, despierta... Jo, hemos llegado.

Abrió los ojos y se estiró en el asiento. Desabroché su cinturón, ella aún permanecía adormilada. Refregándose la cara, enfocó la vista para dilucidar dónde nos encontrábamos. Estábamos estacionados junto a la entrada de una propiedad que yo poseía frente al mar.

—¿Dónde estamos?

—En Quogue, en los Hamptons. Eres muy mala compañera de viaje; por

suerte el tramo era corto, pero se supone que el copiloto tiene que mantener entretenido al conductor para que no se duerma.

—Lo siento, me he quedado dormida, tú... —Se detuvo, sin completar la frase.

Bajamos del todoterreno y le tendí la mano. Se paró para admirar la gran fachada de la casa; era una construcción muy moderna y minimalista, con

grandes paneles de cristal que hacían expansiva al exterior la vida dentro.

—¿Esta casa es tuya?

—Sí, es mía. Vamos a estrenarla, nunca he estado aquí.

Ella abrió mucho los ojos.

—¿No? Es una casa increíble, y se ve que es un sitio muy tranquilo.

—Hace muy poco que terminaron la construcción, y hace menos aún que

acabaron de decorarla. Ven, quiero presentarte a unas personas.

Subimos la escalerilla de la entrada principal, donde nos aguardaba una

pareja. Cuando nos acercamos, me abrazaron y ambos me dieron un beso,

demostrando el afecto que me tenían.

—¡Qué alegría verte, Mav! Nos sorprendió cuando llamaste para avisar de

que venías. Enhorabuena, por fin te has decidido a hacerlo.

Weston palmeó mi hombro, y miró a Madeleine cuestionando su palabrerío,

ya que no sabía cuánto debían decir frente a Jo.

—Muchacho, te ves muy bien.

—Gracias, Wes. Tú estás más canoso.

—Los años no vienen solos —tocó su pelo—; ya sabes, las canas también

están muy bien acompañadas por mis achaques.

—Ya quisiera yo tener su salud —intervino Madeleine—. Achaques son los

míos, cada vez tomo más medicación para mi memoria.

—Jo, quiero que conozcas a Madeleine y a Weston; son los encargados de

cuidar mi casa. Ella es —la miré a los ojos— Josephine Burns, mi novia.

—Oh, Maverick, ¡qué guapa! Creía que nunca conoceríamos a tu novia.

—Mujer... —la regañó Weston.

—Encantada, señora —dijo Jo, cuando Madeleine la sorprendió

envolviéndola en un abrazo. Luego saludó con un apretón de manos y un beso a

Wes; él era más comedido.

—Entremos —propuse—, aquí fuera hace frío.

—No queremos molestaros. Todo está como has pedido, y nosotros ya nos

vamos a casa. Nos vemos mañana.

—Wes, no seas antisocial, hace meses que no vemos a Maverick.

—Tu mujer tiene razón, entremos y charlemos un rato.

Abracé a Jo con un brazo, guiándola, y con el otro a Madeleine.

Tan pronto como accedimos a la vivienda, ella empezó a relatarme dónde

estaba cada cosa que le había pedido. Abrió el refrigerador para enseñarme que

estaba atestado de Ginger ale y noté cómo Jo se retorcía en mi abrazo, así que pasé mi mano por su hombro, calmándola.

—Cualquier cosa que necesitéis, ya sabéis, nos lo pedís a mí o a Weston, y

nosotros os lo traeremos.

—Basta, sinceramente no has dejado de hablar. Se suponía que íbamos a

charlar un rato entre todos, pero sólo has hablado tú, como siempre —intervino

Wes regañando a su mujer.

—Lo siento, Mav, es que estoy emocionada con tu visita, ¡hacía tanto que

no te veíamos! —Me enmarcó la cara—. Mi muchacho, eres tan apuesto, te

pareces tanto a tu padre... y no pongas esa cara, sé que no te gusta parecerte a él, pero no puedes negar que Ethan siempre ha sido muy atractivo, y tú has heredado su belleza.

Abracé a Madeleine y besé su sien, donde sus arrugas se acentuaban mucho

más.

—Lamento no veros más a menudo.

—Bien, ahora vámonos, mujer... mañana por la mañana ya nos veremos.

Dejémoslos, que seguro que están cansados del viaje, y además deben de querer

ponerse cómodos. Nos marchamos a casa —dijo Wes tirando del hombro de

Madeleine—. Yo me ocupo de guardar el coche en el garaje y ya bajo vuestras

cosas.

—No te preocupes, Wes, luego lo hago yo.

—Bah, descuida, eso no me supone ningún trabajo.

En cuanto nos quedamos solos, le expliqué a Jo que ellos habían servido en

casa de mis abuelos casi durante toda la vida; también le conté que me conocían

desde que nací.

—Cuando mis abuelos murieron, Madelaine y Weston no quisieron

quedarse en esa casa, dijeron que allí había demasiados recuerdos, así que los traje a Nueva York y les construí una casa, que está aquí al lado, para que vivieran ahí.

—Es muy bonito lo que hiciste por ellos. ¿Dónde viven tus padres? Hiciste

tu casa junto a la de los caseros de tus abuelos, ¿por qué?

Jamás había permitido antes que ninguna mujer me conociera, simplemente

porque de esa manera no necesitaba hablar de mis emociones.

—Sólo tengo a mi padre, y Ethan vive en Los Ángeles.

—¿Así que soy tu novia?

—Me pareció adecuado presentarte como tal.

—Entiendo, es sólo un título que los ha dejado conformes.

Ignoré su comentario; lo que había dicho lo había dicho sin pensar, y en ese

momento lo lamentaba. No sabía si estaba preparado para describir lo que éramos; todo estaba pasando muy rápidamente y sólo quería vivirlo sin

detenerme a meditarlo.

Le di un paseo por la casa y cuando bajamos de nuevo me percaté de que

nuestras bolsas estaban en la entrada.

—Esta casa es preciosa, ¿cómo es posible que no hayas venido nunca

antes?

—Bueno, vine cuando la estaban construyendo para supervisar los trabajos,

pero ésta será la primera noche que pase aquí.

Ella parecía más tranquila, no estaba tan ansiosa y agitada como durante las

primeras horas, pero sabía que aún faltaba un gran recorrido para llegar a su recuperación. Jo tenía grandes problemas con la bebida, y eran más graves de lo

que yo había imaginado en un primer momento.

Estábamos en la cocina, preparando la cena. Me confesó que sólo se

apañaba con lo básico, y que encargaba mucha comida a domicilio cuando

estaba en su casa, así que se sentó en una de las banquetas altas de la barra junto a una lata de Ginger ale a mirar cómo cocinaba yo.

De pronto se oyó el sonido de su móvil sonando dentro de su bolso, así que

fue a buscarlo para contestar.

Joss

Cuando vi su nombre en la pantalla, puse los ojos en blanco, pero contesté

igualmente.

—¿Dónde estás?

—Estoy bien, en casa de unos amigos.

—¿Qué amigos?

—No es de tu incumbencia. Estoy bien, no he bebido.

—Debes fijarte más, porque Pete te ha estado llamando y, como no le has

contestado, finalmente me ha llamado a mí.

—No es cierto, no tengo ninguna llamada perdida de él.

—¿Estás diciendo que miento?

—No, John, no digo eso... es sólo que, si Pete me ha llamado, no lo ha hecho a mi móvil, porque no tengo llamadas perdidas de nadie.

—¿Estás con tus amigas?

—Sí.

—Okay, recuerda que el lunes tienes la sesión de fotos para la compañía de

cosméticos.

—Lo recuerdo, estaré allí puntual.

—Puedo pasar a buscarte.

—No hace falta, iré por mis propios medios.

—Una cosa más: por favor, no bebas temprano para ir a...

—Despreocúpate —le dije sin dejarlo terminar, y colgué.

Regresé a la cocina. El aroma de la carne especiada invadía la estancia. Me

acerqué a Maverick y lo abracé por detrás.

—¿Todo bien?

—Sí. Déjame intentar ayudarte. Necesito mantenerme ocupada. ¿Qué hago?

—¿Puedes cortar las patatas que ya he pelado?

—Desde luego.

Tardé bastante en hacerlo, mientras él continuaba cortando otros vegetales.

—Listo, he acabado.

—Bien. Ahí he dejado una fuente, colócalas sin dejar espacios.

Mientras la cena se cocía, nos sentamos junto al fuego. Una palabra llevó a

otra y al final terminamos hablando de nuestras familias, un tema que a ambos

nos ponía tensos.

—No tengo madre, ya te lo dije —me comentó.

—Todos tenemos madre, hasta los que nacen de una probeta; algunas están

presentes y otras simplemente se esfuman. ¿La tuya murió?

—No lo sé, no la he conocido.

—¿Ni por foto?

Él negó con la cabeza.

—Supongo que no es un tema del que quieres hablar.

Un silencio cayó sobre nosotros hasta que él lo rompió.

—No es la verdad, sí la conozco por foto. La busqué cuando tuve medios suficientes como para hacerlo, pero nunca la contacté.

—Entonces, ¿te crio tu padre?

—Mis abuelos.

—Pete ha hecho lo que ha podido. Él nunca pudo superar el abandono de mi madre... fue su gran amor, después de ella nunca más tuvo otra mujer. Al parecer las cosas iban bien entre ellos, pero cuando se quedó embarazada ella no

me quería tener. Por eso no creo en el amor, he visto sufrir mucho a mi padre.

¿Tu padre se volvió a casar después de tu madre?

—Ethan nunca se ha casado; ha tenido varias mujeres, pero mi madre no

fue una de ellas. Soy... el daño colateral de un revolcón con una desconocida.

»Mi madre nunca quiso tenerme, pero desconocía el nombre de mi padre

para buscarlo, y tampoco tenía dinero para que le practicaran un aborto, pero, por casualidad, vio a mi padre en la televisión y ahí supo su nombre. Tardó en

encontrarlo, hasta que yo tuve una semana de vida, y entonces apareció en la puerta de su casa y me dejó con él.

—Guau.

—Guau.

Él repitió mi onomatopeya y no pude evitar sentir lo que sentí; su amargura

en el tono de su voz no me pasó inadvertida, aunque quiso disimularla bajo el fastidio. No puedes entenderlo a menos que lo hayas experimentado de primera

mano... y yo lo había vivido de primera mano, todo eso y algo más.

—Gracias por contármelo, ya me he dado cuenta de que no te gusta hablar

de esto, y créeme que te entiendo.

—Tienes razón, no me gusta, pero supongo que compartir también significa

que tenemos que intercambiar información de nuestras vidas y familiares. Y tú estás haciendo un gran esfuerzo dejándome entrar en una parte de tu vida que tampoco te gusta mostrar.

Lo que me dijo no podía ser más cierto, y, aunque creía que yo se lo estaba

enseñando todo, desconocía que yo también prefería salir cuanto antes de esa conversación, para dejar de lado las cosas de las que tampoco quería hablar.

Las partes sombrías de mi vida aún me daban motivo para que me

preguntase, dudase y me sacudiese a diario sobre lo que estaba haciendo junto a

él.

—Tenemos una historia bastante parecida en cuanto a nuestras madres, sólo

que Pete nunca renegó de ti. Mi padre hubiera preferido que yo no existiera.

Sentí el peso de su aceptación en las profundidades de mi alma, y por

alguna razón supe, sin lugar a dudas, que era a la única persona a la que le había

admitido eso.

Me quedé callada, asimilando los sentimientos que realmente no esperaba

experimentar jamás por un hombre: emoción, interés, atracción, más allá del buen sexo que pudiéramos tener, y... necesidad.

* * *

Comimos en la barra de la cocina para no llevar el desorden a otra parte de

la casa. Empezaba a darme cuenta de que Maverick tenía un serio problema con

que cada cosa estuviera siempre en su lugar. En esa casa también se podía sentir

claramente el aroma a bosques de la Toscana que se olía en su apartamento; al

parecer el hombre también tenía algunas manías que manejar.

La cena había estado realmente exquisita, él tenía buena mano para la

cocina.

En varias ocasiones experimenté la necesidad de beber al menos una copa,

pero me aguanté; la compañía de Maverick estaba resultando una buena

distracción y además, cuando él notaba mi irritabilidad, me acariciaba y me besaba, haciéndome olvidar.

Después de cenar nos dimos una ducha y nos metimos en la cama; se

suponía que ambos estábamos exhaustos, así que no hicimos más que apoyar la

cabeza en la almohada y él se quedó dormido, pero entonces el maldito martirio

comenzó.

Necesitaba dormirme yo también, pero no podía conseguirlo.

«Joder, no puede ser tan difícil mantenerme sobria.»

Me obligué a cerrar los ojos, pero era incapaz de conciliar el sueño; daba vuelta para un lado, para el otro, y nada.

Estaba segura de que en la casa no encontraría ni una gota de alcohol, por

más que buscara y rebuscara, y me odiaba por pensar en ello, pero no podía evitarlo. Por otra parte, me imaginaba que el lugar donde nos encontrábamos estaba bastante lejos de cualquier establecimiento donde pudiera comprarlo; no

me cabían dudas de que él se había cerciorado de que, en el sitio al que me traía,

no iba a tener acceso a beber. Maverick estaba empecinado en alejarme del vicio.

¡Mierda!, era la primera vez que pensaba en beber como un vicio.

Inconscientemente me había negado a la realidad, pero allí, mientras estaba cursando los síntomas de la abstinencia, me di cuenta de que era algo mucho más complicado de manejar de lo que yo siempre había querido aceptar.

Me toqué la frente, me sentía agitada.

Eso era peor que una puta pesadilla nocturna, porque al menos, cuando tienes una pesadilla, sabes que en algún momento te despertarás y la realidad que

te rodeará será otra. No obstante, tenía claro que eso no ocurriría... Ésa era mi maldita y jodida realidad, no estaba dentro de un sueño, y no sabía qué hacer para alejar el terror de no poder refrenar las ansias que me invadían.

Me levanté en silencio, Maverick continuaba durmiendo, y me quedé

incluso de pie junto a la cama, observándolo, para asegurarme de que no lo había

despertado, y luego salí de la habitación.

Me senté en la sala, junto al fuego; mi cuerpo estaba agitado, mis manos, sin control, y temblaba, pero no porque tuviera frío, era algo que no podía dominar. De pronto la angustia que experimentaba se transformó en algo peor, y

mis lágrimas comenzaron a anegar mi rostro. Sabía que no me calmaría, porque

lo que necesitaba para lograrlo no lo tenía; no obstante, en lo único en lo que podía pensar era en la forma de conseguir un trago. Mis sollozos se tornaron cada vez más incontrolables. Abrí la puerta acristalada que daba a la piscina y salí al frío de la noche, la rodeé y luego empecé a correr hacia la pasarela de tablas de madera que llevaba hacia la playa; la casa estaba sobre un terreno elevado con vistas al océano y, por lo tanto, tomar esa dirección parecía lo ideal, ya que no quería que él me oyera.

Cuando llegué al final, me agarré de la baranda de las escalerillas y el madero crujió ante la fuerza que ejercí sobre éste. Necesitaba encontrar una solución que acabara con la desesperación que experimentaba ante la necesidad

de beber; en aquel momento sentía que nada importaba más que eso, incluso hasta podía haber dado mi vida por sentir el alcohol escanciándose en mi garganta.

Turbada, con los pensamientos enredados, se me ocurrió de pronto que en

la casa tal vez podría haber un botiquín de primeros auxilios, así que corrí nuevamente hacia allí con la única esperanza de encontrarlo. Quizá en él hallaría

alcohol de uso medicinal para agregarle al maldito Ginger ale y transformarlo en

un trago.

Empecé a hurgar sin descanso en cada mueble; estaba realmente

desesperada y había perdido toda la razón. Quería abrirme las venas en canal, porque lo que sentía era un puto martirio que no podía manejar.

Comencé a arrojarlo todo por el aire, y a llorar a gritos al ver que no hallaba

lo que buscaba.

—Jodeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeer,

no

puedo

más,

quiero

morirmeeeeeeeeeee... — grité a todo pulmón

Noté que unos brazos me envolvían intentando inmovilizarme, pero no

estaba dispuesta a dejar que lo hiciera, así que luché, y luché, y luché...

—Dame una trago, por favor, Maverick, sólo uno. En esta maldita casa no

hay una mierda que beber. —Cogí su rostro chillando al ver que él seguía negándomelo—. Ve y llama a Weston, él debe de tener algo en su casa... pídele

una botella de vino, licor, lo que sea, estoy segura de que él sí tiene.

Forcejeando conmigo, Maverick me llevó hasta el espejo del baño y me

puso frente a éste, obligándome a mirar mi reflejo.

—Mira lo que el alcohol está haciendo contigo; mírate, ¿cómo puedes

seguir haciéndote eso?

—Me importa una mierda, sólo quiero beber, necesito beber, necesito

hacerlo para dejar de sentirme asíííííííííííí.

Harto de mi lucha, me puso sobre su hombro y me introdujo en la ducha, metiéndose junto a mí. Bajo el agua, sus brazos me acunaron, y sus susurros de

aliento en mi oído poco a poco fueron sosegándome.

—No me dejes, no lo hagas, ayúdame —le rogué.

—Te tengo, Jo, estoy aquí contigo.

—No puedo controlarlo, siento que no lo lograré.

—Sí, lo harás, lo haremos juntos.

—Dame una razón, necesito que me des una razón para que valga la

maldita pena hacerlo.

—Tu vida, Jo, tu vida es la razón. Estás destrozándola con la bebida, te mientes a ti misma inventándote una vida de ensueño luchando por que los demás lo crean, pero tienes que aceptar que te estás destruyendo; cielo, déjame

ayudarte y mostrarte que hay un mundo mejor que el que conoces.

* * *

Desperté confusa, no recordaba la forma en que había llegado a la cama.

Maverick dormía a mi lado, así que lo más probable era que él me hubiese traído. Su pierna estaba enredada a la mía y pesaba una enormidad, y su brazo

era una tenaza mecánica enroscado a mi cintura; estaba determinado a no

dejarme levantar.

Me sentía agotada, y con la memoria imprecisa de todo cuando había ocurrido la noche anterior... Recordé la desesperación invadiendo cada fibra de

mi cuerpo, luego me recordé desquiciada, loca, buscando alcohol medicinal y me

estremecí al darme cuenta de a lo que había llegado.

Empecé a pensar en mis acciones pasadas, a menudo despertando

semiinconsciente en alguna habitación de algún hotel tras haber follado con cualquiera que accediera a tomar una copa conmigo.

Durante el día, esforzándome por tapar el sol con un dedo, fingiendo que la

persona de la noche anterior no era yo y que nada había ocurrido. Incluso me recordé echándole algún licor al café del desayuno, consumiendo a lo largo del

maldito día más cafeína que alimento para poder mezclarlo con alguna bebida alcohólica, aparentando que lo que tomaba era café cuando en verdad era una mezcla explosiva. Me toqué la frente al recordar las veces que había vaciado las

latas de Ginger ale y las había rellenado con whisky o vodka, o con lo que tuviera a mano.

Necesitaba parar, necesitaba detener esta destrucción intensiva que le estaba

provocando a mi vida. Maverick tenía razón, y él, de todas las personas que me

rodeaban, parecía ser el único que lo había notado, o tal vez sólo se trataba de que yo fingía demasiado bien con los demás.

Precisaba ir al baño para atender mis necesidades, lo que implicaba que, indefectiblemente, iba a despertarlo.

Cogí su pesado brazo procurando apartarlo de mí, pero él afianzó más su agarre. El hombre estaba fuera de juego, pero aun así seguía alerta. Volví a intentarlo, y entonces abrió los ojos.

—Jo... —dijo con la voz pastosa por el sueño.

Era divino aun con el pelo revuelto y las marcas de la almohada en su rostro, yo no lo merecía.

—Necesito ir al baño, para hacer pis.

Maverick todavía no aflojaba su agarre.

—Sólo voy a hacer pis.

—¿Cómo estás?

—No sé cómo estoy, pero si te refieres a si me volveré loca nuevamente buscando alcohol, creo que, por el momento, no.

—¿Quieres que te acompañe?

—Me parece que ya me has visto en situaciones suficientemente

vergonzosas, no es necesario que, además, me veas atendiendo mi esfínter.

VEINTITRÉS

Maverick

Todo era una verdadera putada. Me sentía agotado, pero ella ya estaba despierta,

así que era preciso que me espabilara.

Me senté en la cama apoyándome contra el cabecero y me fregué la cara.

Maldición, estaba tardando demasiado para haber ido a hacer pis solamente...

pero era cierto que necesitaba cierta privacidad.

Agudicé el oído, y no tardé en captar el sonido de la ducha, así que me obligué a levantarme.

—Voy a entrar, Jo, necesito ir al baño también, aunque si lo prefieres busco

otro baño.

—Adelante —chilló dándome paso.

—¿Puedo? —le pregunté después de atender mis necesidades, al tiempo

que abría la puerta de la mampara de la ducha.

Asintió con la cabeza, y se hizo a un lado para hacerme sitio.

Me metí bajo el chorro, agradeciendo el golpe del agua caliente en mi

espalda, luego metí la cabeza y cerré los ojos, disfrutando. Me enjaboné rápidamente el pelo y me lo aclaré. Sus manos jabonosas, entonces, empezaron a

frotar mi pecho, después se fueron hacia mis bíceps, a mis hombros, y pasaron

también por mi cuello.

—Mmm, es muy agradable... —dije escurriendo el agua que chorreaba por

mi rostro.

—Tienes aspecto de cansado, lo siento.

—No te preocupes, no lo estoy tanto. Esta ducha me dejará como nuevo.

Acaricié sus hombros y le devolví el masaje jabonoso que ella me había

dado, respiré profundamente y empecé a hablar.

—Jo, anoche, cuando dormías, cuando lograste hacerlo después de la crisis

que tuviste, fui a por mi portátil y estuve buscando alternativas de tratamiento.

—No me internaré —afirmó rotundamente, y su cuerpo se tensó bajo mi

toque—. Esas clínicas siempre prometen que preservarán tu identidad y, cuando

se enteran de que eres alguien famoso, la noticia, de una forma u otra, termina

filtrándose, y ellos nunca son. Lo hemos pasado con Pete, con mis tíos, sé de lo que hablo. Eso, simplemente, supondría el final de mi carrera.

—Tranquilízate, harás lo que quieras y donde quieras. No hablo de una

clínica, aunque también hallé una gran lista de ellas, sino de una guía profesional. Conoces el tema debido a las adicciones de tu familia, y apuesto a

que sabes que, con medicación y tratamientos psiquiátricos, estos síntomas que

estás cursando pueden detenerse.

—Síndrome de abstinencia, se llama.

—Lo sé, lo he leído. Jo, cielo —esparcí besos en todo su rostro—, necesitas

hacer una terapia conductual, necesitas a un profesional para ello.

—Entiendo, esto es demasiado para cualquiera y comprendo que al

principio creíste que podías con ello, pero ahora te quieres hacer a un lado.

—No quiero eso, Jo. —La miré fijamente a los ojos—. Escúchame y, sobre

todo, déjame hablar. No estoy abandonándote, no te menosprecies.

Sencillamente he estado informándome y, aunque quisiera, no puedo ofrecerte toda la ayuda que necesitas... no sé cómo actuar, no sé cómo hacerlo.

—Va a hacer cuarenta y ocho horas que no bebo, tú me has ayudado a

conseguirlo.

—Desde luego que estas primeras cuarenta y ocho horas son todo un logro,

e importantísimas, y no lo hubieras logrado sola, pero también es cierto que, a pesar de querer mandarlo todo a la mierda, también pusiste de tu parte... Sé que,

aunque te cueste admitirlo, tú también lo deseas. Con todo, lo que he hecho ha

sido por puro instinto; surgirán otras situaciones y no estoy seguro de saber siempre cómo hay que actuar ante lo que vaya sucediendo. Ambos necesitamos

apoyo en esto. Sabes que es un largo camino y hay terapias de ayuda para hacerlo, así como medicación para los efectos colaterales y para no recaer... y lo

que es más importante: buscar ayuda dice mucho más que evitar estos síntomas,

dice que verdaderamente estás aceptando tu enfermedad. El alcoholismo es una

enfermedad, sé que no tengo que explicártelo, Jo, pero también sé que el alcohólico no lo acepta, y por eso te lo estoy diciendo.

—Si me interno, perderé todos los contratos que tengo y nadie más querrá

contratarme luego, porque tendré que decir por qué los cancelo. Tú no lo entiendes, esto es más complicado, después del tratamiento no tendré una vida.

—Ahora no tienes una vida, ahora sólo tienes una vida ficticia. Jo, cielo, hay tratamientos ambulatorios, y por lo que estuve viendo tú no eres un caso de

extrema gravedad, así que tal vez te admitan en esos programas. Sería bueno,

además, que te hicieran un chequeo para evaluar cuánto daño ha hecho el alcohol a tu organismo.

—No me dejes. —Se aferró de mi cuello—. Nunca he tenido con nadie la

conexión que tengo contigo; me indujiste al cambio, tú lo hiciste.

—Ya te dije que no me rendiré, aunque tú lo hagas. No voy a dejarte, quiero

acompañarte en esto, pero quiero que verdaderamente encontremos a alguien

que nos guie para hacerlo. Anoche recordé de pronto que tenía un cliente que es

psiquiatra, y lo llamé.

—¿Lo llamaste tan tarde?

—Estaba un poco asustado, debo reconocerlo, pero hablar con él me

iluminó bastante. Si estás dispuesta, puede recibirte en su consulta, y no lo vas a creer: tiene un programa de adicciones que él mismo dirige.

—Anoche... buscaba alcohol medicinal.

—Lo sé, me lo dijiste. Has tocado fondo, ¿te das cuenta?

Apoyó su mejilla en mi pecho y se aferró con fuerza a mi torso.

—Es vergonzoso.

Cogí su rostro por el mentón, obligándola a que me mirase. No podía verlo

bajo el agua, pero la forma en que se agitaba su cuerpo me indicaba que estaba

llorando.

—La vergüenza en sí no es un sentimiento tan malo, porque nos indica que

somos conscientes de nuestros límites; eso nos hace más humildes y socialmente

nos lleva a emprender el camino que nos dará equilibrio. Todos tenemos algo de

lo que avergonzarnos, apuesto a que yo también tengo bastante de qué hacerlo,

sólo que tal vez nunca me he puesto a pensarlo. ¿Quién no ha obrado alguna vez

de forma tal que deba avergonzarse de sus actos? Pero lo grave, cielo, es cuando

ese sentimiento llega a niveles de enfermedad y se convierte en una verdadera carga emocional y espiritual, convirtiendo nuestra vergüenza en una muy dañina,

que nos lleva a creer que somos deficientes y por eso merecemos lo que nos pasa. —Besé sus labios, acariciándolos dulcemente con los míos—. Por eso es necesario, a veces, buscar la ayuda adecuada. Anoche hablando con Payne me explicó en qué consiste el programa: son doce pasos que tienes que superar y, según lo que le comenté, tú ya has dado el primero, puesto que a nadie le gusta

admitir su derrota personal y tú lo has hecho.

»Cielo, estoy dispuesto a asistir a la terapia también, para ayudarte... estoy

dispuesto a hacer lo que sea para continuar a tu lado, y que conste que odio ir a

terapia. Fui cuando era niño, porque mis abuelos me obligaron a hacerlo, pero

ahora quiero hacerlo, por ti, por mí, por nosotros.

Chocó sus labios con los míos y nos besamos largo y profundo.

—También quiero hacerlo —dijo cuando nos apartamos—; lo intentaré,

nunca quise un *nosotros* con nadie.

—¿Lo quieres conmigo?

—Lo quiero, y debo confesar que tengo miedo de salir de una adicción y entrar en otra. —Acarició mi rostro—. Eres tóxico, señor O'Brien; eres tan irresistible como un trago de alcohol lo es para mí.

—Salgamos de la ducha o quedaremos como uvas pasas. Quiero follarte,

pero en la cama, señorita Burns. Planeo enseñarte todos los *asanas* del amor del *Kamasutra*, el tantra, el tao... practicaremos el arte de los mil orgasmos, cielo, y, además, quiero muy especialmente instruirte en las posiciones O'Brien, para que

veas lo buena que es mi terapia personal. Quiero que mi gigante te demuestre todos los beneficios que puede darte; te prometo que no sólo te haré saludar el

sol, te haré tocarlo.

Joss

Después de almorzar, partimos hacia la consulta con el doctor Payne; estaba

nerviosa, también asustada.

—¿Quieres poner música? Sorpréndeme con tus selecciones tan ecléctica s,

Jo.

Me reí y rápidamente me entregué a la tarea de confeccionar una lista de reproducción. Joss Stone fue mi primera elección y a él le gustó la letra.

—Muy acorde, la apruebo, ¿cómo se llama?

— *The asnwer*.

Canté sobre la pista y me di cuenta de que hacía mucho que no me sentía

tan optimista.

Maverick sostuvo casi todo el camino mi mano, y eso me hizo sentir

especial y fue tranquilizador. Mi pulgar acarició la suya todo el tiempo también.

Finalmente llegamos a East Hampton y estacionamos junto al bordillo.

Cogí una amplia bocanada de aire y me encasqueté el gorro de la sudadera que

había tomado prestada de Maverick y que llevaba bajo mi chaqueta, y también me puse unas gafas oscuras, todo bajo la atenta mirada de él, que permanecía sin

pronunciar palabra.

—¿Qué?

Negó con la cabeza y luego dijo:

—Creo que así llamas más la atención. Jo, quítate la capucha, cielo.

—No me arriesgaré a que me reconozcan.

—Ok, lo haremos como te sientas más cómoda.

Nos anunciamos en la recepción y nos sentamos a esperar. Maverick fue

quien se dio a conocer.

—¿Entrarás conmigo?

—Te dije que sí, Jo. Tranquilízate, no me iré a ningún lado.

Cuando la puerta del consultorio se abrió, un hombre de color apareció tras

ésta; por alguna razón, no me lo imaginaba así. Maverick se puso de pie y me animó a que yo también lo hiciera.

—Arquitecto O'Brien, es un placer volver a verlo. —El médico le tendió la

mano a Mav cuando nos acercamos.

—Puede llamarme Maverick, doctor Payne, y creo que nos tuteábamos

cuando mi empresa tuvo a cargo el proyecto de su clínica en Brentwood.

—Exacto, así que, por favor, llámame Germaine, y tú debes de ser

Josephine.

—¿Le diste mi nombre?

—Jo, cielo, el doctor es un profesional de confianza.

—Pasad, por favor, hablaremos dentro. Tomad asiento.

Nos acomodamos en un mullido sofá y el médico se sentó en otro frente a

nosotros. La estancia parecía más la sala de una casa particular que un consultorio, era un ambiente cómodo.

—Primero que nada, quiero explicarte que, si no quieres que te llamemos

por tu nombre, no hay ningún problema con eso: me dices cómo prefieres que te

llamemos y lo haremos.

—¿Haremos?

—Bueno, cuando vengas a la consulta es posible que te cruces con el resto

del personal que trabaja en el centro, y aquí todos nos conocemos; es más, acostumbro a pactar un día para que mis pacientes conozcan a todas las personas

que trabajan aquí, es una forma de que todos confiemos en todos.

—No quiero conocer a nadie, sólo necesito conocerlo a usted. Tampoco

quiero escuchar historias de otros... en fin, de otras personas con mi problema.

Le aseguro que, con lo mío y con lo que he visto de mi padre y de mis tíos, es

más que suficiente.

Él asintió con la cabeza.

—Bueno, quizá por ahora sólo necesites conocerme a mí. Vayamos por partes, Josephine, ¿puedo llamarte así? —Asentí, ya no tenía sentido cambiarme

el nombre—. Maverick y yo estuvimos hablando un poco de lo que te trae aquí,

supongo que lo sabes.

—Sí, me ha explicado que anoche lo llamó.

Maverick afianzó su agarre en mi mano, impulsándome a que cogiera

confianza.

—No quieres quitarte el... y los... —Maverick señaló mi capucha y las gafas

de sol.

—Está bien, no me molesta —intervino el médico—. Si ella se siente más

cómoda así, por mí no hay problema.

—Gracias —dije recordando que tenía modales.

—Bien, quiero explicarte cómo trabajaremos: mi método se basa en superar

doce pasos, nos basamos en el plan de Alcohólicos Anónimos que se utiliza en

todo el mundo. Cada paso a la vez, sin saltarnos ninguno. Debes saber que es un

camino muy largo, y que combinaremos la terapia cognitivo-conductual con la farmacológica para aplacar esos síntomas que te tienen tan ansiosa por la falta de

alcohol, lo que te ayudará a que, poco a poco, puedas ir manejando tu

abstinencia de mejor manera.

—No quiero volverme una adicta a las pastillas.

—No lo harás, todo estará regulado; por eso también es necesario que te practiques algunos exámenes de rutina para evaluar el daño que la bebida le ha

hecho a tu organismo y, en cuanto a la medicación, la iremos manejando para que, llegado el momento, también la dejes. Trabajaremos tus emociones, la codependencia, el falso yo que seguramente te has inventado, tu adicción, por supuesto... También trabajaremos con tu ego, con tu miedo al abandono y tu deseo de humillar a otros; intentaremos modificar el aislamiento que muchas veces te provocas, y la necesidad de ser aceptada, que la mayoría de las veces va

emparejada con el miedo al rechazo. Modificaremos muchos de esos hábitos

tuyos que te han llevado a otros abusos aparte del que te trae aquí, porque estoy

convencido de que sufres trastornos alimenticios, y no debes dormir bien... En fin, juntos identificaremos esos otros trastornos que seguramente te aquejan y que no los notas por el hecho de que sufres otros síntomas más graves. También

trataremos tu baja autoestima y tu irritabilidad.

»En pocas palabras, los doce pasos conforman un plan de recuperación para

lograr superar tu adicción.

»Los miércoles y los viernes hacemos reuniones con otros adictos, que ayudan para entender que lo que te pasa a ti también le pasa a otro y que no eres

un bicho raro.

—No quiero ir a esas reuniones.

—Me ha quedado claro, pero igual te informo de ello porque en el futuro tal

vez cambies de opinión.

—No cambiaré de opinión.

—Jo...

—Maverick —dije su nombre demostrándole que mi posición era firme. El

médico no intervino más, sólo se ocupaba de tomar notas—. No voy a exponer

mi vida ni la de mi padre para que luego alguien la venda por ahí a algún periodista.

—No estás escuchando... el doctor te está diciendo que es parte de esos doce pasos para tu recuperación.

—Bueno, yo iré viendo lo que me hace bien y lo que no, y lo evaluaré sobre

la marcha. Lo único que quiero es dejar de beber.

—¿Por qué crees que tendrías que exponer la vida de tu padre? Tú eres la

que bebes, Josephine.

—No quiero hablar de mi padre.

—Está bien, hablaremos de lo que tengas ganas de hablar. ¿De qué quieres

hablar?

—No lo sé, ¿qué quiere que le diga?

—Bueno, te acabo de preguntar algo ahora mismo y me has contestado que

no quieres hablar de eso, por eso te estoy dando vía libre para que hables de lo

que quieras, Jo. ¿Puedo llamarte, Jo? He notado que Maverick te ha llamado así;

quizá eso te haga sentir más cómoda que si te llamo Josephine.

—No, sólo a él se lo permito, porque es un testarudo y no va a dejar de hacerlo, a él y a mi padre. Pete me llama así cuando se mete en problemas y quiere engatusarme. Usted puede llamarme Joss, así me llaman todos.

Maverick

No se mostraba muy predispuesta a abrirse frente a Germaine, pero al

menos, con la medicación que él decía que le iba a dar, no se volvería loca por

consumir alcohol como la noche anterior. Esperaba que poco a poco el doctor fuera cavando en su resistencia y lograra que Jo se abriera más. Además, había

notado que Germaine era muy hábil y la hacía hablar sin que ella se diera cuenta, pues había dicho que no quería hablar de Pete y, sin embargo, acababa de hacerlo.

—Bien, que tal si escuchamos algo que nos diga Maverick.

—¿Yo?

—Bueno, estás aquí, y me has dicho por teléfono que quieres ayudarla, lo

que te convierte un poco en su compañero en esta lucha. Tengo entendido, por lo

que me explicaste anoche, que vosotros tenéis una relación. Sabes que las personas alcohólicas a menudo necesitan tener a una persona que las ayude a no

recaer y, en fin, si Joss finalmente accede a asistir a las reuniones, también tendrá un padrino para eso, una persona que le servirá de contacto cada vez que se sienta débil y con ganas de flaquear en su lucha. Quizá en ese momento no podrá

dar contigo y es bueno tener a otra persona a quien acudir; por supuesto también

le daré mi número telefónico para que se ponga en contacto conmigo en caso de

necesitarlo, pero también puedo estar ocupado, así que es bueno tener varias opciones en cuanto a quién acudir.

»Cambiando de tema, por qué no me contáis cómo os conocisteis.

Le relatamos la forma en que lo hicimos, aunque evitando mencionar

ciertas intimidades. Germaine quiso saber, además, el tiempo que llevábamos saliendo.

—Teniendo en cuenta el poco tiempo que hace que estáis juntos, te

pregunto si eres consciente de que Joss necesita constancia, Maverick, si lo sabes

realmente... Ella necesita compromiso, así que sería bueno que te planteases si verdaderamente estás dispuesto a asumir ese compromiso, porque tal vez ella deba buscar ese vínculo en otra persona si tú no estás seguro de ello.

Quise abrir la boca para responder, pero él no me lo permitió.

—Piénsalo, no es preciso que me contestes en este momento. Hay tiempo.

Por lo pronto, lo que te pediré ahora es que salgas y que me dejes un rato a solas

con ella. ¿Te parece, Joss, que hablemos tú y yo?

Ella asintió con la cabeza y me puse de pie para salir; noté en sus ojos la inseguridad, así que le dije:

—Estaré fuera esperando. No me voy, Jo, estoy en esto, cielo.

Miré a Germaine fulminándolo antes de salir, ¿qué le pasaba a ese idiota?,

¿por qué ponía en duda mi compromiso con ella? Yo no la tenía, no pensaba alejarme de ella, no pensaba irme a ninguna parte.

Tras pasar varios minutos, la puerta se abrió y me puse en pie como un

resorte; estaba nervioso porque él me había sacado fuera. En realidad lo que me tenía así era la duda que Germaine había planteado entre nosotros.

—Puedes pasar —me indicó cuando me acerqué y, tan pronto como cerró la

puerta, mi vista se fijó en Jo, que aún permanecía sentada donde la había dejado

antes de salir—. Te espero mañana, Joss. Empieza con los fármacos

anticraving, * o antideseo, cuanto antes, para evitar los síntomas que te ocasiona la dependencia al alcohol. Como te he comentado, debido a la medicación te verás bastante somnolienta. Maverick, ¿seguiremos viéndonos?

—Por supuesto.

—Me gustaría saber con quién te quedarás y dónde, Joss, para decidir si es

posible realizar un tratamiento ambulatorio.

—Conmigo, nos quedaremos en mi casa en Quogue, el tiempo que

consideres necesario —interrumpí de inmediato.

Germaine asintió, al idiota aún le quedaban dudas de mi participación en todo eso.

—Cómo le he explicado a Joss, es preciso que, en principio, esta primera semana venga a verme a diario. Luego, en función de su evolución, decidiremos

cómo seguirá la regularidad de las consultas. Es importante, en la fase primaria

de deshabituación, que ella esté controlada en la casa por una persona

responsable del tratamiento, que regule el uso adecuado de los fármacos y la ayude a no ceder al deseo. No quiero mentiros, es muy posible que aparezcan más conductas adictivas debido al tiempo que Joss manifiesta que hace que bebe

compulsivamente.

Jo mantenía su cabeza gacha, con la vista clavada en su regazo, mientras sus dedos doblaban y desdoblaban un pañuelo desechable.

—Ese plano está cubierto, yo me encargo.

—Bien. Le he entregado una serie de prescripciones médicas; pasad por

recepción para saber cuándo deberá venir al centro a que le practiquen las pruebas que le he pedido.

»Joss, es sumamente admirable la fuerza de voluntad que estás

demostrando en estas primeras horas sin beber. Créeme que sé perfectamente lo

que te cuesta hacerlo. Recuerda que es importante que cambies tus hábitos no sólo en la bebida, sino también en el resto de las cosas... evita las situaciones o lugares en los que se producía el consumo, eso es lo más importante.

—Lo haré.

—Muy bien, tienes todos mis teléfonos, y tú también, Maverick: cualquier

cosa, llamadme.

No me pasó desapercibido que Jo ya no llevara las gafas de sol ni la

capucha de la sudadera.

Se veía más segura que cuando entró, pero también veía sus ojos

enrojecidos, y no los tenía así cuando yo salí de la consulta, lo que me hizo caer

en la cuenta de que había llorado; además, junto a ella había una caja de pañuelos desechables que antes había descansado sobre la mesa baja.

—¿Todo está bien? —le pregunté cuando salimos.

—Sí, no te preocupes, ya podemos irnos. Tengo que comprar los

medicamentos —me enseñó el papel con la prescripción.

—Buscaremos una farmacia por la zona.

Apoyé mi mano en su cintura y empezamos a caminar hacia fuera.

—Deja de pasarte la mano por el pelo; me he dado cuenta de que, cuando

estás nervioso, es algo que haces a menudo.

—Es que me ha cogido por sorpresa que Payne me haya pedido que saliese,

y además me tiene inquieto que pienses que... te he traído aquí para desligarme

de ti; eso no es así, yo no te considero un problema.

—Soy un problema, Maverick, y aprecio lo que haces, pero entendería

perfectamente si consideraras que soy un compromiso muy difícil de asumir.

Además, Germaine tiene razón en pedirte que reflexiones sobre ello... no puedo

aferrarme a ti, nos conocemos hace muy poco y no es justo para ti lidiar con todo

esto. Puedo hablar con John, mi representante, él puede acompañarme en este proceso.

—¡¿Quieres callarte?! —le ordené. Su cuerpo se sobresaltó ante mi grito.

Subimos al todoterreno y busqué con el GPS una farmacia donde comprar

la medicación para Jo.

Cuando volví a subir al coche, había empezado a llover con ganas. Entré irritado y le arrojé las cajas de las pastillas sobre el regazo, además de entregarle de malas maneras un botellín de agua que también le había comprado para que

las tomara.

Ella evitó mirarme. Si pensaba que iba a disculparme por haberle gritado, estaba muy equivocada; no iba a hacerlo. Yo también estaba cabreado porque todos asumían que no era capaz de comprometerme como ella necesitaba que lo

hiciera, y para colmo me había soltado que podía pedirle ayuda al rubio insípido

que lo único que quería era enterrarse en ella.

Cogí la ruta estatal 27 y emprendí el viaje de regreso a Quogue. La fuerte

lluvia batallaba contra el parabrisas y era tan espesa que la única referencia apreciable de que no estamos solos en la carretera eran las luces de los faros de

los demás automóviles que aparecían y desaparecían. La calzada apenas se veía,

por lo que me resultó inevitable maldecir varias veces ante las condiciones de mierda que de pronto se habían presentado para conducir. Coloqué la velocidad

de los limpiaparabrisas más alta, pero eso hizo realmente poco por mejorar la visibilidad. Jo en ese momento se estiró para encender el sistema de sonido y, joder, estaba de muy mal humor y necesitaba mi preciado silencio a mi

alrededor, así que de un manotazo lo volví a apagar.

—Me duele la cabeza —le indiqué.

Ella no dijo nada, se hizo un ovillo en el asiento y permaneció callada. Me

cabreaba que no tuviera en cuenta cuánto había dejado yo de lado, modificando

mis costumbres; parecía no darse cuenta incluso de lo mucho que yo me

esforzaba por ella, y en vez de aferrarse a mí, a la seguridad que le ofrecía, sólo pensaba en alejarme.

La lluvia continuaba golpeando muy fuerte contra la carrocería del coche, apenas podía ver las líneas de la carretera. No me gustaba conducir en esas condiciones; mis abuelos habían muerto en un accidente provocado por un día de

lluvia.

Intenté calmarme aflojando y ajustando los dedos en el volante, deseando

que mi inquietud se desvaneciera. Noté por el rabillo del ojo que ella se movía;

estaba revisando su móvil.

Era tan hermosa que me costaba mantener la mano que tenía libre fuera de

ella; necesitaba concentrarme en la carretera, pero sus labios carnosos no ayudaban, ya que la imaginaba envolviendo con ellos mi polla. Mierda, no podía

creer que no tuviera más de dos pensamientos y me viera queriendo tirármela nuevamente. Fantaseé con la forma en que sus pechos se balanceaban cuando la

inclinaba para llenarla desde atrás. De pronto su teléfono empezó a sonar, desvaneciendo mis pensamientos.

—Hola, Chiara. —Se quedó escuchando.

—Estoy fuera de la ciudad, por trabajo. —Me miró de reojo—. Eh, no...

John no está conmigo, estoy sola. —La miré, y ella también lo hizo cuando me

negó. Al parecer todavía no había hecho suficientes méritos como para dejar de

ser su sucio secreto.

Cuando entramos en Quogue, decidí parar en una tienda italiana en la que

vendían especialidades de ese país.

Jo estaba dormida, posiblemente los fármacos ya habían hecho efecto. No quería despertarla, ya que no me demoraría, pero supongo que al detener la marcha lo notó y lo hizo de todas formas.

Abrió los ojos y miró para todos lados, intentando orientarse.

—¿Hemos llegado?

—Aún no, bajaré a comprar comida, ¿te gusta la italiana?

—Sí —dijo acomodándose en el asiento—, por mí está bien.

VEINTICUATRO

Joss

Aún percibía el ánimo taciturno de Maverick.

Cuando llegamos, metió el todoterreno en el garaje y, desde ahí, entramos a

la casa.

—Toma, lleva esto a la cocina. Me daré una ducha y luego prepararé la

cena.

Seguía de malhumor; no me había equivocado, en vez de pedirme las cosas

me las ladraba.

Cogí la bolsa con las compras y las deposité sobre la encimera. El simple aroma de los alimentos era una maldita lujuria para desear beber.

Me dirigí al refrigerador y cogí un Ginger ale; del armario saqué una copa,

la rellené con el contenido de la lata y me la bebí mientras fingía mentalmente

que lo que me zampaba era algún tipo de alcohol, probando la teoría del doctor

Payne de que, ante los deseos, debía analizar la situación y afrontarla

cognitivamente empleando recursos que modificaran mis hábitos sin necesidad de consumo.

Sentí un alivio parcial al llevarme la copa a la boca, tal vez el cerebro estaba asumiendo la acción y no el contenido, cerré los ojos y me encomendé a

Dios para que me diera fuerza. El ruido de un trueno hizo que los abriera; mi cuerpo percibió el temblor, y por los grandes ventanales que daban a la playa pude ver el relampaguear que se gestaba en el cielo, a lo lejos, en el mar; la lluvia torrencial aún no amainaba.

Dejé la copa sobre la encimera, ignorando el temblor en mis manos. No

quería centrarme en eso, así que empecé a trocear los alimentos que Mav había

comprado: salami, queso, jamón de Parma, mozzarella aderezada con aceite de

oliva y acompañada con tomates y albahaca, y un pan de campo rústico que corté en finas rodajas.

Advertí de pronto que él bajaba las escaleras. Llevaba sólo un pantalón de

chándal, con el torso completamente desnudo, e iba descalzo.

Bien, ahora hablemos de lo que yo estaba viendo que hizo que tuviera que cruzar mis piernas para aguantar la necesidad que la imagen me produjo... sólo

tienes que imaginártelo, ¿puedes? No te preocupes, yo te ayudaré.

Imagina el tamaño del apéndice que se balanceaba bajo el chándal,

indicando que él no llevaba absolutamente nada más que el pantalón. ¿Lo has hecho? ¿Aún no puedes?

Te daré otra pista.

Sólo debes imaginarte el tamaño de pene de tus fantasías... sí, ése, largo y

grueso, porque es mentira que el tamaño no es importante, eso sólo lo decimos

para que ellos no se sientan mal, pero tú y yo sabemos que el tamaño sí importa.

Ja, apuesto a que me vas entendiendo, y que tú también has tenido que

cruzar las piernas; sin embargo, te aseguro que el que yo estaba viendo era más

grande que el de tu imaginación, ése era jodidamente enorme.

Lanzándome una mirada de... «sé lo que estás mirando», maldito engreído

presuntuoso, continuó caminando hacia mí.

Diosito, ¡qué afortunada era! Maverick era la distracción adecuada para

olvidarme de todo, incluso de mi nombre.

Mis ojos lo siguieron todo el rato, admirando cada detalle. No podía apartar

la mirada incluso aunque lo quisiera.

Me rodeó, ignorándome, y pasó directamente hacia uno de los

refrigeradores. Yo estaba preparándolo todo para comer en la barra. Muy bien, sí

él podía pasar de mí, yo también de él, así que, como si él no hubiera entrado,

me di la vuelta y me acerqué al fregadero, donde me lavé las manos. Luego lo oí

moverse tras de mí o, mejor dicho, se colocó detrás, donde yo podía sentir su cercanía y, aunque pugnaba por girarme, no lo hice. Bien podría haber levantado

la vista y mirar su reflejo por alguno de los ventanales, pero no quería que él advirtiera el dominio que tenía su cercanía sobre mí hasta el punto de que me fuera imposible pasar de él.

Percibí que abrió y cerró los armarios y cajones buscando algo. Continuaba

sin hablarme y por el rabillo del ojo noté que su entrecejo permanecía fruncido.

De pronto, su antebrazo musculado y fibroso me sorprendió cuando pasó delante

de mí para coger un trozo de queso; las venas podían advertirse hinchadas por éste y ascendían mostrando a simple vista un sinuoso recorrido. Eran una tentación visual que me ponía a latir con más fuerza el corazón. Incitándome un

poco más, porque él era un provocador innato, pasó el otro brazo por delante de mí y dejó una lata de mi bebida junto a mi copa; luego puso otra de Coca-Cola

light y finalmente sacó una copa para él.

Volvió a dar la vuelta, enfrentándome, y se sentó en una de las banquetas altas.

—Come —indicó cogiendo salami, queso y una rodaja de pan—. Está muy

bueno.

—Maverick...

—Ahora no quiero hablar. Come.

Me sostuve de la encimera, comprendiendo que realmente no tenía ni idea

de lo que estaba haciendo. Toda esta experiencia estaba muy lejos de cualquier

cosa que hubiese hecho antes, y no sabía cómo lidiar con todo lo que me estaba

pasando. La carga era muy grande para manejar, y sólo quería que entendiera que no lo juzgaba si decidía hacerse a un lado.

Le eché una mirada, percibiendo cómo sus ojos estaban adoptando esa

mirada vidriosa y distante de nuevo.

Resultaba incómodo comer de la forma que él pretendía que lo hiciéramos;

me sentía frágil y su actitud no ayudaba, estaba siendo poco considerado.

El sonido de mi móvil interrumpiendo el silencio provocó que ambos

giráramos la cabeza hacia el aparato. Al instante supe que los dos vimos a la vez

el nombre que apareció en la pantalla; por supuesto que no me pasó

desapercibido cómo sus mejillas se volvieron automáticamente de un color rojo

iridiscente; es más, creo que ni se preocupó en disimular la ira que la llamada le

estaba causando. Jamás me había dicho ni una palabra al respecto, pero presentía

que John no le caía nada bien.

—Atiende, llaman para controlarte.

Cogí el teléfono y pulsé la pantalla para ignorar la llamada, pero ya sabía que era en vano, pues, hasta que no se lo cogiera, no iba a parar de insistir.

No habían pasado ni dos minutos cuando el móvil empezó a repiquetear de

nuevo. Levanté la vista y la fijé en Maverick, que me miraba adusto.

—Coge el putísimo teléfono, Josephine.

Pulsé la pantalla y atendí.

—John... sí, estoy bien... sigo en casa de mis amigas...

Era obvio que necesitaba resolver ese problema. John insistía en saber

dónde estaba y con quién, pero decidí ignorar lo que me estaba diciendo desde el

otro lado de la línea. Durante algunos segundos miré a Maverick, y noté cómo

crecía su incomodidad. John estaba en silencio esperando mi respuesta y no estaba segura de haber escuchado todo lo que me había dicho, pero le contesté

en función de lo último que me había preguntado.

—No, no regresaré en todo el fin de semana... con una amiga, ya te lo dije...

una, unas, ¿cuál es la diferencia?... Tal vez otro día, te acabo de decir que tengo planes para todo el fin de semana...

Maverick cogió la servilleta y la arrojó sobre la comida de forma brusca, luego se levantó de la banqueta y desapareció tras las

escaleras.

Maverick

Drenado emocional y físicamente, dejé escapar mi rabia, que amenazaba

con descontrolar todo mi cuerpo, y gruñí.

La emoción y la sensación de estar al límite no resultaba nada agradable; sentirme así de desequilibrado resultaba una mierda y no sabía cómo lidiar con

esos sentimientos que me surgían de la nada y que normalmente no estaba acostumbrado a experimentar. Así que lo mejor que pude hacer fue levantarme

de allí y alejarme. Por otra parte, ella no necesitaba un comportamiento que la hiciera sentir frágil ni agitada, ni mucho menos que la llevara a buscar un escape

en la bebida, pero, ¡joder!, yo no lo podía evitar.

El sentido de posesión que Jo me provocaba me volvía una persona poco

razonable.

Decidí ponerme a trabajar y cogí mi portátil. Había varios asuntos

pendientes que necesitaban mi aprobación y los acontecimientos de los últimos

días me habían mantenido bastante al margen de mis obligaciones. Dentro de mi

empresa constructora, manejaba toda la logística de los proyectos que

llevábamos a cabo; a pesar de que en mi equipo contaba con ingenieros y otros

arquitectos que eran profesionales de excelencia, el nombre que figuraba

siempre era el mío y por eso ésa era la mejor manera de evitar que las cosas se

arruinasen. Sin duda, lo mejor era concentrarme en ello hasta que mis

sentimientos se equilibraran.

Al cabo de unos minutos, el sonido de la puerta me alejó de mis

actividades.

Ella entró y se acercó a mí mirándome un poco recelosa, se detuvo delante

de mí esperando que levantara la vista de mi portátil, cosa que hice, por supuesto, y casi pude aseverar que estaba usando su termómetro de mierda

acerca de mí, y no estaba seguro de a qué nivel había llegado en la escala.

—Sé que no quieres hablar.

—Entonces, si lo sabes, ¿a qué has venido? —Respiré profundamente e

intenté ser más razonable y menos cavernícola de lo que acostumbraba a ser; ella

no me conocía, y por eso lo tuve en consideración—. Jo, simplemente, cuando estoy cabreado, me aíslo. Tú pruebas con el

alcohol para sacar tu mierda, en cambio yo me convierto en un ermitaño.

—Precisamente por eso estoy aquí, porque no sé cómo cojones lidiar con

nada. No quiero presionarte, pero entiende que, si no hablamos, me temo que buscaré otra manera de combatir esta incertidumbre que me provoca tu silencio.

No quiero que todo gire en torno a mí, comprendo que tú también tienes tus tiempos, pero todo es tan complicado... y tú te metiste en este juego por tu cuenta.

Empecé a aplaudir con sorna y la miré para ver cómo me miraba extrañada;

seguramente no era la forma en que pensaba que reaccionaría, pero ése era yo,

un gran cínico.

—Veo que por fin reconoces que estoy dentro del juego y que, como tú

dices, ha sido mi elección.

Me puse de pie y me acerqué a ella mirándola fijamente, pero no la toqué,

sólo esperé que nuestra cercanía fuera la suficiente como para que sintiera mi calor corporal y mi aliento.

—No puedo cambiar el pasado, ni tampoco lo que hice, pero me doy cuenta

por primera vez en la vida de que el futuro puede ser una historia diferente, y eso depende de mí. Tengo un nuevo objetivo, uno que

me ayudaste a ver, y te estoy

tan agradecida... no te imaginas cuánto.

—Estás intentando decirme que me dejas fuera, ¿es eso?

Un estímulo de adrenalina me atravesó.

—No, no es eso. Es sólo que hace muy pocas semanas que nos conocemos,

y todo ha pasado muy rápido, y ha sido muy intrépido... no me había parado a

pensar en ello hasta esta tarde, cuando Germaine nos ha puesto a reflexionar sobre que todo esto es una locura para ti. Jamás he querido compartir nada con

un hombre, jamás pensé que podría tener... esto, lo que sea que tenemos, pero estoy aquí, en tu casa, me estás ayudando, y, de hecho, si tú no me hubieras incitado a ello, yo seguiría... —miré su garganta y pude ver el dolor y la angustia que tragó y que ensombreció su rostro mientras luchaba por encontrar las

palabras para continuar—... mirando mi mierda desde la acera de enfrente, sin arreglar ninguno de mis asuntos. No tienes idea de lo que eso significa para mí,

Maverick, o tal vez sí, puesto que tú lo advertiste antes que yo.

—¿Por qué me apartas, entonces? ¿Por qué quieres buscar a otra persona

para que te acompañe?

—Nuestro tiempo juntos ha sido más de lo que esperaba.

—No hables en pasado, mierda.

Ella cerró los ojos y retomó la conversación.

—Hace tres noches que estoy durmiendo contigo, compartiendo cada

minuto del día como si nos conociésemos hace millones de años, pero eso no es

cierto, y no te estoy echando de mi lado, pero, ahora que mi mente no está tan

nublada por el alcohol, debo ser sincera y reconocer que no puedo hundirte en el

desastre que es mi vida. Soy un caos.

»Tú llevas una vida ordenada, tienes éxito, estás pagado de ti mismo, has conseguido triunfar en tu profesión y el único defecto evidente que veo en ti —

se cubrió la cara— es que te gustan demasiado las mujeres, y mi corazón es muy

frágil en este momento en el que he dejado caer el peso de todos los rollos que

habitan en mi cabeza.

—Entiendo tus miedos, Jo, yo también estoy un poco asustado de esto que

siento, de lo rápido que las cosas pasan entre nosotros, pero no estoy asustado de

ti... sí de los sentimientos que se desarrollaron en mí y que jamás imaginé que profesaría en toda mi vida.

—Maverick, hemos pasado a convivir de la noche a la mañana, estás

conviviendo con una persona alcohólica.

—Hace casi tres meses que te conozco... sí, no me mires así, llevo la

cuenta. — Ella asintió—. En todo este tiempo no he pensado más que en tu maldito coño vudú. — Me miró más desorientada aún—. Por alguna razón que

ya no intento desentrañar, tú te mudaste a un territorio diferente en mi mente.

Sucedió en algún momento, tal vez en el instante mismo en el que te vi en el Palace y les dije a mis amigos que tú eras mía.

»Te elegí ese día, Jo.

»Me atrapaste de inmediato, y no voy a renunciar a ti tan fácilmente sólo por el hecho de que tú no te consideres digna.

»Eso lo decido yo.

—Sé que eres un hombre que asume desafíos, principalmente te ha tocado

hacerlo en tu trabajo... a menudo los proyectos de construcción que afrontas son

un claro desafío de la física, y la sostenibilidad, pero has visto en la mierda que me transformo cuando bebo, y también cuando no lo hago.

»No soy un edificio, no quiero ser tu proyecto.

—No lo eres. —¡Increíble! Respiré hondo y traté de controlar mi

frustración, me pasé la mano por la frente y añadí—: No sé por qué diantres estás asumiendo que eres eso; tú eres simplemente la persona que elegí, con sus

defectos y sus aciertos. Te puedo asegurar que conozco exactamente el lugar que

relatas. Lo he vivido. También acarreo mucha mierda y quizá por eso es por lo

que puedo reconocer a un superviviente al mirarte a ti. Tal vez, más que como un

proyecto, te veo como un espejo, posiblemente yo también estoy esperando que

tú salves muchas partes rotas en mí; probablemente yo tampoco, hasta ahora, me

había dado cuenta de que necesitaba ser salvado.

Me acerqué un poco más a Jo y uní nuestras manos, entrelazando mis dedos

con los de ella; le di un apretón, deseando que disfrutara de la misma conexión

que yo sentía. De pronto percibí la energía que palpitaba a nuestro alrededor, podía sentirla pulsando a través de nosotros, y comprendí que ella también la advertía, lo vi en sus ojos.

Y entonces vislumbré que Jo me estaba dando una salida. No se estaba

alejando de mí, simplemente me estaba dando la opción de elegir, y entonces distinguí que eso era lo último que yo deseaba.

La energía nos envolvió un poco más, y pude sentir cómo el tiempo se

detenía para nosotros, como si estuviéramos estancados en ese momento,

probándolo juntos, conectados con nuestras manos y nuestras miradas, hablando

sin hacerlo.

VEINTICINCO

Joss

Mi corazón saltó en mi garganta y amenazó con ahogarme.

Jamás imaginé que disfrutaría que un hombre me dijera lo que él acababa de decirme; en realidad, jamás imaginé necesitar que un hombre me lo dijera.

Su gran cuerpo me engulló fácilmente y el tiempo pareció detenerse.

Maverick olía siempre tan bien que podría ahogarme dichosamente en su

aroma y sería la mejor muerte que cualquiera pudiera tener.

Incliné la cabeza hacia atrás y esperé paciente a que él uniera sus labios a

los míos; lo sentía como una pequeña rendición, en otro momento estaba segura

de que no lo hubiera aceptado, pero con él nada funcionaba acorde a como había

funcionado siempre para mí.

Un suspiro inesperado se escapó de mi boca y fue a modo de aceptación de

mí misma dentro de su espacio. Mi cuerpo contra el de él se sintió protegido y

eso, junto a su mano abarcando mi espalda y ascendiendo hasta mi nuca, eran todos buenos signos de lo que estaba por venir.

Me cogió por el pelo, obligándome a que mi cabeza se echara más hacia

atrás y lo mirara.

—No te decepcionaré.

En ese instante me sentí prisionera de su mirada y mi cerebro no hizo más

que repetir una y otra vez la frase que él acababa de decir.

—Pídeme que tome el control, quiero oír cómo me lo otorgas.

Maverick, con sus palabras, me alejaba del remolino de pensamientos que

circulaba dentro de mi mente. Continuó mirándome... no, en realidad me estaba

estudiando.

—Jo...

—Quiero... —empecé a hablar titubeante; luego terminé haciéndolo con

convicción—... que apagues mi cerebro para dejar de pensar.

Gruñó áspero en su garganta.

—No tienes una putísima idea de lo caliente que ha sonado eso.

Su boca cayó sobre la mía, sorprendiéndome en un beso lento y suave, que era más de comprensión y palabras no pronunciadas;

uno que retrataba la verdad

de los sentimientos que temíamos mostrar por completo y, tal como le había pedido, cada pensamiento se apartó de mi cerebro, provocando que las acciones

de mi cuerpo fueran tan reales como me lo podía permitir, usándolo como medio

para decir mi verdad.

«Te quiero», pensé. Realmente esperaba que él pudiera leer mis palabras en

mi beso.

—Me enloqueces, cielo —dijo al separar nuestros labios.

Sus brazos me ciñeron más a él y sus caderas se afirmaron contra mi vientre

para que no me quedaran dudas de su dura longitud.

Sus labios volvieron a chocar contra los míos y fue en todo lo que pude pensar... no, eso realmente no es cierto, porque no pensé... todo lo que pude hacer fue sentirlo a él. Así que dejé que su pétreo cuerpo me envolviera en todos

los sentidos.

Sosteniéndome aún, volvió a echar mi cabeza hacia atrás para tomar

pequeños mordiscos de mi boca, y seguidamente me chupó, y luego lamió toda

la piel de mi cuello, haciendo cada parte más sensible.

Su paso me conmovió, y entonces me di cuenta de que realmente quería que

él tomara el control, quería que usurpara cada parte de mí, alejándome de todo.

—Maverick... necesito que me liberes.

Mis palabras salieron de mi boca sorprendiéndome; no había planeado decir

eso, simplemente florecieron en mi voz como un pensamiento dicho en voz alta,

y fueron como un disparador para que sus manos empezaran a deshacerse de mi

ropa. Me la quitó sin ocultar el ansia que sintió ante mi petición. Arrojó mi camiseta a un lado y luego luchó con mis vaqueros; se agachó, poniéndose en cuclillas, mientras me los deslizaba por las piernas, hasta que logró que mis pantalones no fueran más que un charco de tela a mis pies, del que muy pronto

también me despojó. Su aliento moteaba mi sensibilizada piel y su lengua empezó a lamerme, provocándome que sostenerme en mis piernas fuera una

tarea inmensa.

Lo cogí por el pelo a medida que él fue elevándose, y me apoyé en él, afirmándome. Su lengua estaba muy cerca de mi entrepierna y mi necesidad de

él era tan grande que estaba segura de que había traspasado mi ropa interior.

Se acercó aspirando con fuerza y eso realmente fue algo muy caliente de asimilar.

—Cielo, hueles a lujuria, ¡me pones tan duro!

Se puso de pie y se miró la entrepierna. Su chándal se veía gloriosamente

abultado; cogió su polla sobre éste y la hizo rebotar como si a simple vista no se

pudiera ver su dureza.

Ese mero hecho me hizo gotear más, pues era sumamente consciente de su

poderío. Mi corazón latió con fuerza en mi pecho y me relamí los labios al imaginarlo dentro de mí.

—¿Sabes que eres muy sexy? —Mis palabras fueron un susurro decadente

contra su garganta cuando se adelantó pegándose nuevamente a mí; mordí su barbilla y lamí su nuez.

Su mano se deslizó despacio entre mis pechos y terminó cubriendo mi

monte de Venus, acariciándome a través del encaje de las bragas que no me había quitado.

Envolviendo mi brazo tras su cabeza, lo tiré hacia abajo para atrapar su boca; estaba hambrienta de él, mis labios deseaban los suyos. Se rio cínico contra ellos, sabedor de mi deseo, y su arrogancia por el contrario me puso aún

más. En el momento en el que comencé a darme un festín chupándolo, su lengua

se introdujo profundamente en mi boca para un interludio más intenso y

tomando el control.

Llevándome contra él, me movió entre sus brazos hasta que mis pezones se

convirtieron en dos guijarros afilados, que se clavaron contra su pecho.

Maverick gruñó mientras apretaba su erección firmemente contra mí, y entonces

su mano dejó mi pubis para ahuecar con avidez mis pechos, apretando mi carne

y retorciendo mis pezones, que se volvieron más erectos.

La fina tela del sujetador se tornó incómoda, haciéndome gemir; necesitaba

sentir mi piel contra su piel. El calor y la lujuria tomaron el control de nuestros actos, y se apoderaron del momento... hasta que mi espalda se topó con la pared;

no me había dado cuenta de que me había guiado hacia ella.

Inhalé una honda respiración y él me miró profundamente asimilándolo

todo; de pronto sentí cómo sus manos se dirigieron tras mi espalda para desabrocharme el sujetador, y el aire que chocó con mi piel en cierta forma alivió mi dolor.

Su boca entonces rodeó mi areola, atendiendo con su lengua mis pezones

fruncidos; Maverick chupó y lamió desesperado cada punta.

De pronto me encontré trepada a su cintura y no podía explicar el instante

en el que eso había ocurrido; sentí sus dedos apartando el elástico de mis bragas,

mientras que su chándal ya estaba bajo, liberando su polla.

Maverick

Cogí mi erección firmemente en mi mano y busqué su entrada, necesitado,

todo el tiempo sosteniendo con codicia sus pechos en mi boca, y saboreando su

generosa carne. Me enterré lentamente hasta que no quedó un centímetro fuera;

de alguna forma reuní la fuerza de voluntad y abandoné sus tetas, arrastrando mis labios sobre su piel.

Necesitaba mirarla, para advertir lo que mi polla le hacía sentir. Empujé contra ella enterrándome más hondo, dándole la presión exacta que anhelaba, y

haciéndola gemir. Mi columna tembló exigiendo bombearla, y lo hice... empecé

a molerla sin descanso, entrando y saliendo de ella, sintiendo cómo goteaba por

mí; mi verga, cada vez más húmeda, se deslizaba en su interior sin dificultad buscando la fricción justa, ambos ralentizando el momento, sin querer llegar para que eso no significara tener que

separarnos, aunque supiera muy bien que siempre podía recomenzar, no quería dejar nunca de molerla como lo hacía.

Entonces me di cuenta de que mi corazón se había despertado de un largo sueño,

ella lo había logrado. Ante la revelación, me hundí más profundo, la envestí con

más fuerza, la molí y la molí, agitando mis caderas; la deslicé por la pared y, poniéndola en un ángulo semiinclinado, para que mi polla la estimulara en el sitio exacto, continué moliéndola. Los muslos me ardían, pero era un dolor tan placentero que no me importaba.

Un profundo gemido escapó de su garganta cuando cambié el ángulo en el

que la penetraba, sus uñas se clavaron en mis hombros y una profunda «o» se enmarcó en su boca. Ella volvía a gemir cada vez que la envestía, provocándome

que cada vez quisiera enterrarme más hondo para arrancarle más gemidos, para

que su placer fuera más intenso.

—¿Tienes alguna idea de lo mucho que me gusta follarte, cielo?

—¿Tienes alguna idea de lo mucho que me gusta que me folles, Maverick?

Tomé más impulso y me enterré un poco más, extrayéndole un profundo

grito.

—¿Estás bien?

—Sí, no pares, continúa así, por favor, no te detengas.

Sus palabras eran órdenes para mí, así que lo hice, tomé impulso y volví a moler mis caderas contra su vagina, sintiéndome perfectamente envainado,

mientras que su coñito me recibía goloso, y sediento.

Ella era mía; el movimiento urgente que hizo sobre mi polla y el tirón de sus dedos en mi cabello me dijeron todo lo que necesitaba saber, ella estaba cerca, ella necesitaba llegar, así que, como era un hijo de puta ambicioso y quería tenerla más sobre mi polla, me detuve y cambié de posición; pasé a ser yo

el que estaba apoyado contra la pared, inclinado para que ella pudiera moverse

sobre mi verga.

Joss

Cogí su boca con desesperación y lo mordí. Maverick se rio, sabiendo que

justo me había cortado el orgasmo. Inmediatamente le clavé mis uñas en el pecho y empecé a agitar mis caderas mientras él continuaba envistiéndome.

—Vamos, Jo, vamos, cielo, busca lo que necesitas; así, hazlo, mueve tu

sabroso coño y entiérrate bien profundo sobre mi polla.

Su voz sonó tan oscura y provocativa que aceleré mis movimientos sin

darme cuenta.

Los suyos eran tan profundos que la presión de su verga dentro de mí

resultaba casi insoportable. Podía sentirme expandida, molida, pero la sensación

punzante era un dolor que quería, que deseaba y que anhelaba que escalara hasta

hacerme estallar de placer.

Tomé impulso con las caderas y de pronto sentí cómo su mano volaba

ávidamente hasta posarse en mi clítoris para masajearme con el pulgar la protuberancia.

—Córrete —me ordenó, y empezó a hacer círculos sobre mi nudo.

Un lloriqueo que no pude ni quise parar escapó en ese instante de mi boca,

y empecé de pronto a visualizar estrellas, colores y estallidos. Las lágrimas se derramaron por el rabillo de mis ojos sin que pudiera detenerlas, al tiempo que él

se enterró con dos largos quejidos; su polla estaba drenando dentro de mí, mientras mi coño lo apresaba para sacarle hasta la última gota de semen, al tiempo que mi orgasmo se transformaba en uno inacabable y tan intenso como ninguno que hubiera tenido antes.

Nos quedamos mirándonos, respirando con ahogo, hasta que él, sin salir de mi interior, me llevó hasta la cama y se echó sobre mí. Su mano recogió unos mechones de mi pelo para despejarme el rostro y luego me acarició, resiguiendo

las líneas de mi cara.

Deslicé mis manos abarcando cada uno de los músculos de su espalda, y de

pronto supe que quería eso muchas veces más, que quería esa intimidad que conseguía junto a él, que quería sentirlo en mi interior, y que él me sintiera así a su alrededor... simplemente, quería a Maverick en mi vida, y aunque fuera egoísta sumergirlo en el desastre que soy, lo quería ahí, no lo deseaba en ninguna

otra parte.

Perezoso, salió de dentro de mí y dejó su verga apoyada sobre mi pierna.

Aun goteando la mezcla de nuestros fluidos, noté que permanecía hinchada.

—Nunca es suficiente —me informó al oído—, siempre quiero más de ti.

Tu coño es un maldito hechicero. Mira lo que me hace.

Me cogió una mano y la llevó hasta su miembro para que lo rodease con ella; su mano envolvió también la mía y, mostrándome cómo quería que lo tocara, sus caderas empezaron a moverse.

—¿Lo ves? ¿Lo sientes? Mira cómo vuelves a ponérmela dura en cuestión

de segundos.

Me chupó el labio.

—¿Lo sientes, Jo? Contéstame.

—Sí...

—Continúa, no pares; quiero que ahora sea tu mano la que me ordeñe.

—Oh, Dios.

—Sí, cielo, es algo místico.

Agitó sus caderas sin soltar mi mano, al tiempo que empezó a mover su

puño contra él hasta chocar con la base de su pene, enseñándome lo rudo que lo

quería; sin dejar de mirarme, resoplaba con cada movimiento. Luego me dijo:

—Ahora suéltame.

Continuó moviéndose sobre mi piel, resbalando su verga sobre mi monte de

Venus, frotándose un poco con mi piel y otro poco con el encaje de mis bragas,

que aún continuaban siendo una barrera entre nosotros, hasta que se levantó ligeramente y miró hacia su polla, provocando con ello que mi vista volara hacia

donde iba la suya, para ver el momento exacto en el que empezó a eyacular sobre mí.

—Joder... sí, cielo, me rompes por dentro, me vuelves loco.

Sin duda ésa sería una imagen difícil de olvidar. Sintiéndome codiciosa, mi mano juntó su esperma con las yemas de los dedos y lo unté sobre mis tetas, retorciéndome bajo su cuerpo.

Maverick entonces abrió mis piernas y rompió mis bragas, arrojándolas a

un costado.

—Chúpate los dedos, cielo, pruébame.

Su mandato salió de su boca al tiempo que su verga volvió a enterrarse en

mí, y de inmediato sus caderas volvieron a molerme; extasiada y entregada a ese

maravilloso hombre que me follaba como un dios, chupé mis dedos juntando todos sus jugos; luego él me besó.

—Mmm, la mezcla perfecta, Jo y Maverick, y en tu boca.

Arremetió más fuerte contra mí y en poco tiempo volvimos a escalar juntos

hasta el orgasmo.

No podía moverme, pero lo oí cuando se levantó.

—Jo, cielo, toma la medicación; debes hacerlo antes de dormirte.

Cogí el vaso y la píldora que él me ofrecía, y después de tomármela dejé que mi cabeza cayera contra la almohada, estaba exhausta.

Maverick

En mitad de la noche la oí revolverse en la cama, probablemente teniendo

algún episodio relacionado con su abstinencia, pero yo conocía la fórmula perfecta para sacarla de ahí, así que, somnoliento, me arrastré hacia abajo sobre

el colchón y abrí sus piernas, enterrando mi cabeza en ella. Joder, ella se había

quedado dormida y yo no había tenido el valor de despertarla y asearla, así que

su vagina aún chorreaba los jugos que yo había dejado en ella. Los desparramé

con mi mano y luego empleé mi lengua para juntarlos, Jo sabía perfecta, a mí, a

ella... era como siempre querría que fuera al saborearla.

De pronto su mano se aferró a mi cabello y supe que había logrado mi

cometido, alejarla del lugar donde se encontraba mientras dormía. Abrió más las

piernas y yo enterré más mi lengua, hasta que empecé a percibir sus gemidos cada vez más profundos. Entonces me enderecé y repté sobre su cuerpo.

—¿Estás bien?

—Ahora sí —dijo con la voz pastosa, un poco por el sueño y otro poco por

su excitación.

Me encantaba que advirtiera la diferencia, y que supiera que yo siempre iba a estar ahí para darle el alivio que necesitaba y para apagar su mente.

—Fóllame duro, Mav, saca toda esta mierda que tengo dentro con tu verga,

moliéndome hasta hacerme olvidar.

Me enterré profundamente de una sola estocada, y me quedé sumergido en

su interior, aplastando mi punta contra su cérvix.

—Joder, Jo, siempre es maravilloso, siempre es único.

Me moví unas cuantas veces hasta que ella me empujó para que me alejara;

rápidamente se dio la vuelta y se puso a cuatro patas, ofreciéndome su culo en

pompa.

—Te quiero bien profundo, quiero que te entierres como lo hiciste en tu casa cuando nos miramos en el espejo.

Sus palabras casi hicieron que me corriera sin estar dentro de ella.

¡Maldición!, me volvía indefenso como si yo fuera un inexperto adolescente.

Bajé la cabeza y le lamí el coño antes de enterrarme como quería.

—Por favor, Maverick.

—Recuerda, cielo, en la necesidad está el morbo.

Volví a pasar mi lengua, dejando bastante saliva en el agujero de su culo.

Me moría por saber si alguien lo había tenido alguna vez, así que enterré mi pulgar allí, probando su estrechez, y ella saltó. Ésa fue la confirmación que necesitaba para saber que lo estaba preservando, posiblemente porque nadie antes había estado ahí.

Enterré mi polla en su coño deseando que ella me lo dijera, pero temía que,

apenas lo supiera, me correría como un idiota sin experiencia.

Empecé a moverme dentro y fuera de ella, y percibí cómo su cuerpo se

relajaba; entonces, soltando sus caderas, llevé mis dedos para recoger un poco de

nuestra lubricidad y la unté en la raja, en el ano, de nuevo, volviendo a enterrar

lentamente mi pulgar; esta vez no se sobresaltó, pero gimió intenso y se tensó a

mi paso.

—¿Te gusta, Jo?

—Yo... es que yo...

—Dilo, cariño, y hazme el hombre más feliz del mundo, Jo, confírmame lo

que creo.

—Nunca he practicado sexo anal.

—Joder, cielo...

Mis caderas intensificaron sus movimientos, provocando que me estrellara

con más fuerza contra sus nalgas.

Le cacheteé el trasero, me aferré a sus caderas y moví mi pulgar en su culo.

—Relájate para que puedas disfrutar; siente, Jo, esto puede ser muy

placentero para ambos.

Entrándolo y sacándolo, tocando mi punta a través de la fina membrana de

piel que separaba su culo de su coño. Gruñí, giré el dedo y volví a entrarlo y sacarlo.

Me incliné sobre su espalda y le hablé al oído.

—Tengo tantos planes para nosotros; te haré tantas cosas, Jo, que no podrás

vivir sin mi cuerpo y sin mi polla dentro de ti. Voy a follar cada parte de tu cuerpo y voy a marcarlo como mío.

Ella lloriqueaba, pero de placer; ya había aprendido a reconocer sus

sonidos, y Jo gemía así cuando estaba muy excitada.

Saqué mi dedo de su culo y ella resopló y sus palabras salieron suplicantes.

—No.

—¿No, cielo?, no, ¿qué?, ¿qué es lo que quieres, Jo? Sabes que sólo tienes

que pedírmelo.

La envestí con fuerza, y mi pulgar regresó a su ano, pero sólo la acaricié por fuera.

—Maverick...

—¿Qué quieres, cielo?

—Te quiero dentro.

—Estoy dentro.

—Tu dedo en mi culo, por favor; me ha gustado mucho.

Metí mi dedo medio esta vez y fui lentamente para llegar más profundo.

—Relájate, cielo, sólo será el dedo hoy.

Me quedé dentro dejando que se acostumbrara mientras continuaba

jodiéndola con mi polla, profundo y fuerte. Luego moví el dedo y empecé a follar su trasero con éste; cuando mi polla salía, mi dedo entraba, y viceversa.

Se aferró a la almohada y hundió su rostro en ella, gritando con fuerza cuando alcanzó el clímax, provocando inmediatamente que me corriera. Mi

semen salió eyectado dentro de su coño, bañando cada parte de su interior.

Nuestros cuerpos cayeron exhaustos sobre el colchón. Me levanté para

asearme y luego humedecí una toalla y regresé para limpiarla. Ella se entregó sin

protestar a mis cuidados, estaba aletargada.

—La próxima vez follaré tu culo con mi verga, cielo —le anuncié arrojando

la tolla al suelo y acostándome junto a ella.

—Mmm...

Pegué mi cuerpo al suyo, amoldando ambas anatomías de manera perfecta,

y acaricié su muslo.

—Duerme, Jo, te tengo, cariño; siempre estaré aquí para darte lo que

necesitas.

VEINTISÉIS

Joss

El rumor del mar que ascendía desde la playa se oía muy cercano, pero sereno,

no como la noche anterior; era un sonido relajante, pero aún me sentía

demasiado cansada como para abrir los ojos. Mi cuerpo dolía exquisitamente en

las partes donde Maverick había estado. Joder, nunca en toda mi vida me había

dolido así, de forma tan intensa.

Me rasqué la nariz, pues algo me cosquilleaba cada tanto, hasta que me di

cuenta de que él estaba junto a mí y era el culpable de esa picazón.

Abrí mis ojos lentamente y lo vi, sonriente, mirándome con sus ojos verdes

esmeralda. Tenía una pluma en la mano y parecía muy divertido.

—Arriba, vamos a desayunar.

—No... —me quejé cogiendo las sábanas y echándomelas sobre la cara.

—Vamos, Jo, desayunemos y luego salgamos a caminar por la playa. —

Tiró de las mantas y me anunció—: Ha dejado de llover.

—La arena debe de estar mojada y hace frío.

—No seas miedosa. El agua escurre rápido, así que no hay excusa.

—Nunca hago ejercicio. ¿Qué hora es?

—Las ocho.

—¿Qué? Es de madrugada para mí. —Me di media vuelta, cubriéndome la

cabeza con la almohada.

—Cielo, ya oíste lo que dijo Germaine ayer: debes cambiar tus hábitos y empezar a llevar una vida más sana.

—No me gusta hacer deporte.

—Sólo saldremos a caminar, no seas exagerada, Jo.

—Anoche hicimos mucho ejercicio tú y yo, así que ya está cumplida la

cuota.

Me quitó la almohada de la cabeza y me obligó a que me girara. Sentí sus

manos despejando el pelo que cubría mi rostro. Se inclinó y besó mis labios, y

luego diseminó besos por el resto de mi cara; me sentaba tan bien saber que alguien me cuidaba y me mimaba de esa manera...

—Cielo, necesitas empezar a tener pautas de orden en tu vida.

Abrí un ojo y lo espié mientras le rogaba.

—Déjame un ratito más en la cama; te prometo que no funciono

despertándome temprano.

Volví a cerrar los ojos y sentí que la cama se movía, así que creí haberlo convencido. Percibí cómo se alejaba y me relajé para intentar dormirme de nuevo, sólo que de pronto una catarata de agua fue vertida sobre mi cara.

—¡¡Joder!! —grité sentándome de golpe y apoyándome contra el cabecero

—. Maldición, Maverick. —El cabronazo no paraba de reírse, así que salté de la

cama y empecé a perseguirlo con una almohada en las manos para aporrearlo con ella. Finalmente se detuvo y colisioné con él, pero de inmediato Maverick se

giró y me atrapó entre sus brazos, reclamando mi boca y besándome hasta hacerme olvidar de todo.

—Tengo el método infalible para hacerte saltar de la cama. La próxima vez

que remolonees, te acordarás de hoy y te levantarás cuando te despierte.

—Eres un idiota —le dije cuando se apartó—. Mira cómo me has mojado,

ni que esto fuera un regimiento, que hay que saltar de la cama cuando suena la

alarma.

—No, pero eres una floja y, si yo no te pincho, tú no pones nada de tu parte.

Le aseguré a Germaine que sería responsable de ti, y sólo estoy cumpliendo con

mi promesa.

—Pete nunca puso pautas, tal vez sea un defecto que tengo desde siempre.

Cuando un árbol crece torcido, ya sabes, es muy difícil enderezarlo —reflexioné.

Me asió del mentón y negó con la cabeza, pero no dijo nada.

—Vayamos a desayunar, cielo. Estás hermosa así, toda despeinada y

enfurruñada.

—Y empapada.

—Hablo en serio, Jo, tenemos que cambiar tus hábitos. Ve a darte una

ducha mientras preparo el desayuno abajo, la cama está mojada.

—Gilipollas.

—Perezosa.

Me mordisqueó los labios y luego se apartó.

—Ve a ducharte y luego te tomas la medicación.

—Cuidado, Maverick, me vengaré; te prometo que la de hoy me la cobro

—dije alejándome para meterme en la ducha.

Ese hombre era más terco que una mula y al parecer tenía más fuerza de voluntad que yo; en fin, eso no era ninguna novedad, mi fuerza de voluntad era

una perra si de mí dependía.

Cuando bajé a la cocina, él ya lo había dispuesto todo sobre la barra, así que

nos sentamos. Su teléfono vibró; miró la pantalla y pulsó ignorando la llamada.

—¿Qué prefieres?

—Deja, yo me sirvo, ya has hecho suficiente preparándolo todo, gracias.

Su móvil volvió a vibrar, y su expresión fue de fastidio. No obstante, volvió

a pulsar ignorando la llamada.

Cogió una loncha de beicon, agregó huevos revueltos a su plato y, cuando

estaba por coger un *waffle,* un gofre, para prepararlo con frutas, nata y jarabe de chocolate, su teléfono volvió a vibrar.

—Ya vuelvo, déjame coger la llamada.

Salió a la terraza. Su rostro tenía aspecto de preocupado mientras hablaba y

parecía que discutía con alguien; luego se giró y me vio observándolo, o mejor

dicho estudiando su lenguaje corporal. Se pasaba la mano que tenía libre una y

otra vez por el pelo y se notaba a simple vista que su espalda estaba tensa.

—¿Todo va bien? —le pregunté cuando entró; sabía que estaba intentando

enmascarar su mal humor.

—Sí, no te preocupes, la llamada era por trabajo. En un rato me conecto al

portátil y lo resuelvo todo.

Terminamos de desayunar; él permaneció bastante callado y sumido en sus

pensamientos, incluso su ánimo parecía otro después de haber contestado esa llamada.

—Yo me encargo de ordenar la cocina —le anuncié—, así puedes atender el

trabajo.

—De eso nada, Jo: lo hacemos juntos y así salimos a caminar.

Puse los ojos en blanco.

—Eres insistente.

—Siempre consigo lo que quiero.

La caminata que elegimos fue a lo largo de la línea de la playa. Nos

desplazamos en sentido ascendente, pasamos por Village Beach, la playa pública

de Quogue, y luego continuamos hasta el club de playa; me llevaba de la mano,

pero iba muy callado.

—¿Quieres que regresemos?, pareces preocupado. Es como si tus

pensamientos se hubiesen quedado estancados tras la llamada; podemos volver y

así resuelves lo que sea que necesites resolver.

Me cogió ambas manos, enfrentándome, y luego movió las suyas a mis

hombros.

—No te preocupes, Jo... de verdad que no era nada importante, al menos

nada más importante que estar aquí contigo. —Me besó en la nariz —.

Continuemos hasta el club de surf; éste funciona todo el año y ahí hay más para

ver.

Pasándome un brazo por detrás de los hombros, emprendimos nuevamente

el camino; me acurruqué en su abrazo, y no tardé en empezar a reírme como una

tonta.

—¿Qué ocurre?

—Otra primera vez para mí, nunca había caminado por la playa abrazada a

un hombre.

Él frunció el ceño y me besó en la sien, abrigándome más contra él.

Cuando llegamos al club, mi móvil empezó a sonar con un millar de

mensajes que entraron uno detrás del otro. Posiblemente habíamos cogido buena

señal y por eso me llegaron todos juntos.

Desbloqueé la pantalla y vi que había varios de Pete, entre ellos llamadas perdidas también. Me extrañó que los enviara tan temprano; sin embargo, en cuanto leí el primer mensaje me di cuenta de que era a causa de que John no podía comunicarse conmigo, así que decidí que lo mejor era llamarlo y, al menos, aclarar mi situación con él.

—¿Dónde estás?

—Hola, papá. Estoy bien.

—Hace días que no pisas tu casa. ¿Dónde estás? Nos tienes a todos

preocupados.

Tomé una bocanada de aire y luego le dije:

—Pete, he entrado en un programa de adicciones para dejar el alcohol.

—Joder... ya era hora de que reconocieras que tenías un problema. ¿Por qué

no has informado a John para que él tome precauciones por si la prensa se entera? ¿Hasta cuándo estarás internada? ¿En qué clínica estás?

—No quiero que John lo sepa. —Maverick oyó su nombre y

automáticamente se apartó de mí; noté incluso que su rostro cambió de expresión

inmediatamente—. Lo estoy manejando bien, sola —aclaré—, y no estoy

internada, es un programa en el que soy paciente ambulatorio.

—¿Por qué no me avisaste? Te hubiera acompañado. Sabías perfectamente

que tenía unos días libres, incluso ahora mismo estoy descansando en la casa de

New Hampshire, no me habría costado volar a donde sea que estés.

—¿Y hacer de esto un gran espectáculo como fueron cada uno de tus ingresos?

—Sabes que eventualmente la prensa lo sabrá, los periodistas siempre se

enteran, así que es mejor darlo a conocer para que luego no hagan leña de ti, niña.

—Gracias por tranquilizarme.

—No voy a mentirte, tengo experiencia en ello.

—Sé cuánta experiencia tienes... ¿cuántos ingresos fueron?, ¿seis? ¿Cuándo

vas a ingresarte la próxima?

—No seas insolente con tu padre, niña. Ahora sabes de primera mano lo

difícil que es enfrentar una desintoxicación.

—Papá, no quiero que John lo sepa, ¿me has oído?

—Es tu representante, debe saberlo. Se supone que confías en él, y la

agencia tiene que estar al tanto, sabes que las cosas funcionan así. Incluso mi relaciones públicas debería saberlo.

—Pete, ¿por qué mierda no me escuchas? No quiero hacerlo, no me estás

entendiendo.

—Bueno, niña, a mí no me vengas a explicar cómo funcionan las

adicciones, así que te diré que la aceptación es lo primero, y por lo visto tú no lo estás haciendo. Déjame decirte, además, que no creo que obtengas buenos

resultados de esto.

—Lo estoy haciendo, no es cierto que no lo acepto, pero no por eso tengo

que ponerlo en un escaparate. Estoy harta de que mi vida sea expuesta, quizá sea

una de las causas por lo que mi problema empezó, ¿no te has puesto a pensar que

la gente normal no se tira un pedo y lo publica la prensa? Gracias, además, por

decirme que no lo lograré.

—Claro, estás intentando decir que la culpa es mía, ¿no?

—No, Pete, pero convengamos que crecer rodeada de The Nine no hizo mi

vida nada fácil, y lamento si te estoy hiriendo, porque sé que todos vosotros lo

habéis hecho lo mejor que habéis podido, pero el terapeuta me ha dicho que no

me guarde nada y eso es lo que estoy haciendo.

—¿Sabes cuántos sacrificios he hecho yo por ti?

—Basta, Pete, lo último que necesito es esto. Tú deberías entender mejor que nadie que estoy pasando por los síntomas de la abstinencia, y esto no me ayuda. Ahora mismo lo que quiero es salir a destapar una botella y bebérmela directamente del morro.

—Sólo intento hacerte reflexionar, porque si la prensa se entera, tú sola no podrás manejarlo. Sabes perfectamente que a la prensa le debo mis éxitos y mis

fracasos, ellos son unos malditos cabrones cuando quieren. Estuve a punto de autodestruirme sumergido en la puta droga a causa de su hostigamiento.

—Lo pensaré.

—Soy directo, niña, lo sé, y tú sabes que jamás disfrazaré nada con

mentiras para que tenga mejor aspecto, pero te amo, princesa, sabes que lo hago,

y sabes además que eres mi vida.

—Lo sé, Pete, yo también te amo, discúlpame tú también.

—¿Quieres que al menos mande a Isla contigo? Supongo que estás en la

etapa en la que quieres que tu cerebro estalle mientras lo estrellas contra la pared a causa de no poder conseguir un trago.

—Por ahora estoy bien, no necesito a Isla, pero prometo que, si lo hago, te

avisaré. Y sí, no es fácil, por momentos la tentación es muy grande... pero no estoy sola.

Miré a Maverick, que se había alejado un poco pero no lo suficiente como

para no escuchar lo que decía.

—¿Con quién estás? ¿Acaso estás con Chiara?

—No, ella no lo sabe aún. Papá, por favor, no le digas nada; hablaré con Chiara cuando esté preparada para hacerlo.

—¿Con quién mierda estás, Jo? Dímelo o empiezo a mover cielo y tierra

hasta encontrarte.

—¿Por qué haces las cosas tan difíciles? ¿Por qué no puedes respetar mis decisiones? Estoy con alguien que me está apoyando y

que es quien me hizo dar

cuenta de que necesitaba ayuda.

Maverick

Tenía ganas de arrancarle el teléfono de la mano y hablar personalmente

con Pete Burns para que dejara de atosigarla. Parecía increíble que todo lo que el

tipo tenía de genio en la música lo tuviera de idiota en la vida cotidiana; era evidente que tantos años drogándose le habían quemado varias neuronas a su cerebro.

—No, papá, ¿de dónde sacas que puedo estar con él? No lo he vuelto a ver.

No empieces, sé muy bien lo que piensas en cuanto a que no es bueno entregarle

el corazón a nadie, y te juro que no necesito complicarme la vida en este

momento en una relación con un hombre... Estoy con otra amiga que tú no conoces; no debes preocuparte, ella me está cuidando, estoy en su casa en Quogue. Puedes quedarte tranquilo, porque me ha ayudado a tomar esta decisión

para desintoxicarme.

Cuando oí que Jo me negaba manteniéndome nuevamente como si yo fuera

un sucio secreto que esconder, me sentí tan menospreciado que tuve ganas de mandarla a la mierda. Sin embargo, no iba a reclamarle

nada, no pensaba rebajarme al grado de exigirle que me dijera por qué no era digno de que me diera a conocer.

Después de una eternidad, pues parecía no poder sacarse de encima a su

padre, colgó. Se acercó a mí, me cogió por la cintura y hundió su cabeza contra

mi pecho.

Me envaré al sentir su cercanía; estaba cabreado y lo que menos quería era

tenerla encima de mí.

—¿Tomamos una malteada* en el bar?—Me señaló hacia el club y yo me quedé mirándola sin contestarle—. Lamento que hayas tenido que esperarme,

Pete a veces es muy difícil de tratar. Es mi padre y lo quiero, pero hay cosas que

nunca cambian.

—No necesito explicaciones, ahórratelas —solté de forma adusta—.

Prefiero regresar, debemos prepararnos para ir a la consulta con Germaine.

—Pero es temprano...

—Quiero regresar, ¿no lo entiendes?

—Está bien, lo que tú digas; sólo quería descansar un rato, me duelen los pies.

La cogí de la mano desoyendo sus protestas y empecé a desandar las dos millas que habíamos caminado bordeando la playa.

—Maverick, aguarda, me llevas a rastras.

—Necesito regresar a atender mi trabajo, no puedo seguir perdiendo el

tiempo paseando.

Mierda, lo había hecho, estaba reclamándole a pesar de que había dicho que

no lo haría, era un idiota. Ella parecía no darse cuenta de su desprecio, como si

negarme fuera lo más normal que podía hacer. Yo estaba involucrado en esa relación al ciento por ciento, pero al parecer ella no; incluso oí perfectamente cuando le dijo a su padre que no era el momento para tener una relación con nadie.

¿Qué cojones era yo entonces para ella? ¿A qué jodida mierda estaba

jugando conmigo?

Cuando entramos en la casa, me encerré en una de las habitaciones a

trabajar; en realidad no le había mentido por completo, pues tenía asuntos que atender, incluso necesitaba preparar mi viaje a Qatar y, sin embargo, estaba estancado intentando ser un héroe para ella cuando la pura verdad era que Jo no

me tenía en cuenta.

Al cabo de dos horas, golpeó la puerta y asomó su cabeza.

—Maverick, ¿por qué no paras un rato? Acaba de irse Madeleine, nos ha

traído lasaña para que almorcemos.

—Come tú, no tengo hambre ahora, estoy liado con algunas cosas.

—¿No prefieres que te espere?

«¿Ahora te muestras considerada conmigo?, ¿a qué juegas, Jo?», quería

preguntarle, pero no lo hice.

—Ve a comer tú.

—¿Pasa algo? —tuvo el descaro de indagar, y estuve en un tris de mandarlo

todo al carajo; ni siquiera sabía por qué me aguantaba, ya que tenía las pelotas

hinchadas desde que regresamos de la caminata.

—¿Qué puede pasar? —le dije de forma irónica, pero ella no pareció darse

por aludida.

Pasé el resto de la tarde sin saber de Jo. Era casi la hora de salir para la consulta de Germaine, así que me dije que en cualquier momento aparecería detrás de la puerta y, tal como esperaba, eso no tardó en suceder.

—Hola, yo ya estoy lista —anunció toda cantarina.

—Jo, lo lamento, pero no podré acompañarte hoy. La verdad es que

pensaba que el problema que ha surgido esta mañana podría sofocarlo

rápidamente, pero no ha sido así, así que te pido que me entiendas.

—Claro. —Su voz sonó decepcionada.

—Coge las llaves del todoterreno y ve tú.

—Sí, lo haré. Te aviso cuando llegue; no te preocupes, estaré bien.

Estaba a punto de cerrar la puerta, pero se volvió.

—¿Hay algo en lo que te pueda ayudar?

—No —negué con la cabeza y me reí—. Céntrate en tus cosas, pronto lo

resolveré, no te preocupes.

Cuando oí que el vehículo se alejaba, me di cuenta de que había llegado a

una encrucijada en mi vida, y que tal vez era mejor acabarlo todo allí.

A la vez, no quería sentir culpa, pero era imposible no apreciar cómo las

capas más profundas en mí se movían. La tensión de cada músculo de mi cuerpo, y el dolor profundo, así me lo indicaban, de eso estaba muy seguro.

Ella me necesitaba, sí, pero... ¿por cuánto tiempo? Y... luego, ¿qué?

Resultaba evidente que no quería ningún compromiso en su vida. Jo sólo estaba

viviendo el momento y utilizándome.

La verdad, era una condenada. Y si hubiera sabido por toda la mierda por la

que iba a pasar, ni me hubiera molestado en intentarlo, eso era también una gran

verdad. No me sentía bien con la decisión que estaba a punto de tomar... pensar

en dejar ir a Jo no era algo para lo que me había preparado cuando decidí probar,

pero también era cierto que prefería no encariñarme más con ella, pues luego, cuando estuviera recuperada y ya no me necesitara, todo dolería mucho más.

Jo era frágil en esos momentos, aunque en realidad era frágil desde mucho

antes, sólo que se escondía tras una fachada en la que su vida parecía perfecta, al igual que ella, pero había empezado a recorrer un camino hacia la recuperación y

me alegraba saber que yo había sido quien la había alentado a hacerlo. No obstante, debía reconocer que no era imprescindible para ella, a su alrededor seguramente tenía más gente para acompañarla.

Cogí mi bolsa y empecé a guardar mis objetos personales en ella. La ropa

no pensaba llevármela, pues era buena idea dejar algo mío en la casa; así, si alguna otra vez me apetecía volver, no tendría que andar acarreando con todo.

Después de preparar mi equipaje, fui hasta el garaje y saqué el otro

automóvil que siempre quedaba allí, un clásico de la automoción de Estados Unidos, puro músculo y temperamento, un Dodge Challenger Mopar. Arrojé la

bolsa en el asiento del copiloto y me preparé para partir.

Resultaba extraño huir de esa manera, pero era necesario alejarme, era

preciso hacerlo.

VEINTISIETE

Joss

Aunque me sentía abatida debido a que en la intensa sesión me había abierto frente al doctor Payne como nunca lo había hecho con nadie, me sentía optimista

y más confiada. El hecho de que Maverick no pudiera acompañarme, al

principio, me desestabilizó, pero luego percaté de que debía hacerlo por mi cuenta; enfrentar mi problema también era parte de eso... acudir a la consulta con

el psiquiatra por mis propios medios me ayudaba a que me sintiera más confiada

para atravesar ese largo proceso que me quedaba por recorrer.

Llegué a la casa en Quogue y me pareció extraño que ninguna luz estuviera

encendida. Cuando entré en el garaje, me pareció más extraño aún que el Mopar

de Maverick no estuviera aparcado en su sitio.

«Tal vez ha ido a comprar algo para la cena», conjeturé mientras bajaba del

todoterreno y me dirigía hacia la casa.

Estaba empezando a hacer frío y el tiempo había comenzado a

descomponerse de nuevo. Fui al refrigerador a buscar algo para beber por inercia, y me di cuenta de que ese maldito hábito que tenía era una gran mierda.

Cogí una lata de Ginger ale, sin embargo, para suplir la necesidad que me surgía

de forma inconsciente.

Me senté en el sofá y, con el mando a distancia, subí la calefacción y luego

cogí mi teléfono.

Joss: Hola, nene. ¿Dónde estás?

El mensaje no tardó en obtener respuesta.

Maverick: ¿Ya estás en casa?

Joss: Sí, acabo de llegar. La sesión de terapia de hoy ha sido muy intensa, pero me siento bastante confiada. He dado otro paso más, y eso me hace pensar que podré lograrlo... pero ¿dónde estás? Cuando llegues te lo cuento todo bien.

La pantalla de mi teléfono se iluminó en mi mano, indicándome que él me

estaba llamando.

—Jo.

—Hola, ¿qué pasa?, ¿dónde estás? —volví a preguntarle.

—He tenido que irme.

—¿Qué?

Sentí que las capas de la tierra se movían bajo mis pies.

—¿Cómo que te has ido? Yo... no quiero.

—Necesitaba que fueras a la consulta y que siguieras con el tratamiento. Tú

puedes, Jo, sabes que eres fuerte.

—¿Dónde te has ido?

—Estoy llegando a Manhattan, tengo problemas en el trabajo. Pero tú te

tienes que quedar ahí y continuar con la desintoxicación.

—No sé si podré...

—Tú puedes, Jo, puedes con todo, incluso puedes llamarme o llamar al

doctor Payne si te sientes débil.

—Lo sé, y es lógico que debas atender tus asuntos; tienes razón, estaré bien.

—Por supuesto y obviamente puedes quedarte en mi casa. Ya he avisado a

Madelaine, ella se ocupará de atender la casa como siempre y, además, cocinará

para ti.

—Espera, hablas como si no fueras a regresar.

El silencio se apoderó del momento.

—¿Maverick?

—Te he oído; el caso es que no sé cuánto me demoraré, aunque espero

solucionarlo todo rápido.

—Ok.

No estaba tranquila. Cuando colgué, me toqué el pecho y luego la frente. Él

había sonado distante, frío... no hubo palabras cariñosas por su parte, sólo palabras de aliento... y yo sabía que algo no estaba bien.

Pero también era cierto que no podía ser tan egoísta y pretender que él lo dejara todo por mí; tenía una empresa que cuidar, y era lo que estaba haciendo.

—Jo, deja de ver cosas donde no las hay.

Maverick

Era un maldito cobarde. Me había ido de Quogue decidido a dejarla ir de mi

vida, pero, en cuanto me envió el mensaje, mi determinación flaqueó.

Joder, siempre me había resultado tan fácil pasar de una mujer, ¿por qué con Jo no era lo mismo? ¿Por qué simplemente no podía sacármela de la cabeza?

Aunque yo no significara para ella lo mismo que ella significaba para mí, no podía dejar de considerar el hecho de que ella no necesitaba sumirse en un fracaso en ese momento, así que mentirle me había parecido la mejor opción para que continuara con el tratamiento.

Jo tenía que salir de la sumisión que el alcohol le provocaba y debía brillar

aún más de lo que lo hacía en su vida ficticia.

Llegué al apartamento de la calle Greenwich y sentí mi casa extraña,

demasiado silenciosa. No tenía ánimo de nada; durante el trayecto de regreso había empezado a pensar en retomar mi vida anterior, pero nada de lo que antes

hacía me interesaba.

Joss

Estaba acurrucada en el sillón envuelta en una manta nórdica de piel; había

encendido el sistema de sonido, pero la casa era tan grande que no lograba dejar

de pensar que estaba sola, y es que la soledad me había llevado a buscar una falsa compañía en la bebida, y a tener sexo ocasional que me sumía más en la autodestrucción, y realmente, tras haber probado la compañía de Maverick, no quería eso para mí de nuevo. Además, no quería flaquear, no quería arruinar el

sacrificio que habían supuesto esos días alejada del alcohol, pero, aunque entendía que él había tenido que irse obligado por su trabajo, no podía dejar de

ser egoísta y quererlo allí a mi lado. Por un instante pensé que tal vez podía llamarlo, él me había dicho que lo hiciera; sin embargo, me negaba a ello, no quería asfixiarlo.

Un golpe en la puerta de cristal que daba a la piscina me hizo dejar de lado

mis pensamientos; era Madeleine, así que me levanté a abrirle.

—Hola, tesoro, te he traído la cena.

—Gracias. Dime, ¿te molestaría que me fuera a cenar con vosotros? La

verdad, no quiero quedarme aquí sola, y Maverick ha tenido que regresar a la ciudad por trabajo.

—Oh, quise venir a buscarte, te juro que ésa era mi intención, pero luego me dije que tal vez no querías ser molestada y me convencí de que preferías que

te trajera aquí la comida como nos pidió Mav. Cariño, no tienes que pedir permiso para ir a nuestra casa, puedes hacerlo cuando lo desees.

Me sentí aliviada al instante por la familiaridad con la que me trataba y por

lo mucho que le gustaba la idea de que fuera a su casa.

—Ya vengo, voy a ponerme —miré mis pies descalzos— calzado y a buscar abrigo.

—Ve, cariño, aquí te espero.

La fachada de la casa de Weston y Madeleine era de estilo victoriano. De un

primer vistazo se podía advertir que era una vivienda muy cálida. Los setos recortados cuidadosamente y las matas de hortensias eran un conjunto ideal que

armonizaba con las vallas blancas que le otorgaban el perfecto aspecto de hogar,

y no de casa de playa.

Al atravesar la entrada principal, accedías a una gran zona de planta abierta

que contenía la sala de televisión, el salón principal, el comedor y la gran cocina de encimeras formidables y anaqueles prístinos. En el medio de todo este gran espacio se encontraba la escalera que seguramente llevaba a los dormitorios.

—Ven, cariño, entra. Compórtate como si estuvieras en tu casa. ¡Wes! —

chilló tan pronto como pusimos un pie dentro—, tenemos visita —gritó mientras

cogía mi abrigo y lo colgaba en el perchero de la entrada.

—Ay, mujer, no has podido con tu genio y la has obligado a venir.

—No, Wes... ¿puedo llamarte así?

—Claro. —Él asintió además con la cabeza, mientras yo me acercaba a

darle un beso en la mejilla.

—Yo le he pedido si podía hacerlo. No la riñas, no ha sido para nada

entrometida.

—Siempre presumiendo de que no sé comportarme. Ven conmigo, pondré

un plato más en la mesa y calentaré esto que te había llevado; ya de tanto ir y venir debe de haberse enfriado.

La cena estaba exquisita, y no me cansé de elogiarla. Hacía tanto que no comía comida casera que hasta limpié el plato con el pan para juntar el jugo del

estofado de pierna de cordero.

—Me iré con unos cuantos kilos de más por culpa de tu comida, Madeleine

—le dije mientras recogíamos los platos de la mesa. Wes se había disculpado y

nos había dejado solas, ya que al parecer era la hora de su programa favorito de

televisión, pero en vez de quedarse en la sala se fue a verla a la cama.

—Pero ¿qué dices?, si estás superdelgada. No entiendo esa moda vuestra de

veros esqueléticas.

—¿Me veo esquelética?

—No, pero estás delgada; unos kilitos más no te vendrían nada mal.

—Lo que pasa es que en pantalla el peso es un tirano: las cámaras siempre

te hacen parecer más gorda de lo que en verdad estás.

—Eres la hija de Pete Burns, ¿cierto?

—Sí —contesté un poco hastiada de que siempre fuera la hija de... y nadie

me reconociera por mí misma.

—Pero además eres actriz. Me vi la saga completa de «El amo del collar».

—¿La viste?

—Me encanta el cine fantástico y, además, me he leído los libros de la obra

maestra de Dolkin, soy una lectora muy ávida. Leo alrededor de tres o cuatro libros por semana, y me he vuelto una fanática de mi iPad, porque ha

solucionado el problema del espacio en la biblioteca.

—La tecnología tiene eso, lo simplifica todo.

—Me encanta tu actuación en las tres películas. Te luciste.

—Gracias.

—Creo que eres una gran actriz.

—¿De verdad?

—¿No lo sabes? Estoy segura de que te lo dicen a menudo.

—Bueno, en fin, ¿cómo te explico? Mi carrera siempre se ha visto un poco

ensombrecida por la de mi padre.

—Y eso te pesa; relaja tus hombros, niña.

—Es inconsciente, Madeleine.

Terminamos de secar los cacharros que ella lavó rápidamente y nos

sentamos en la sala.

—Debe de haber sido difícil crecer con la fama de tu padre.

—Lo fue. A menudo la gente se me acercaba, y aún lo sigue haciendo, para

intentar conocerlo, a él o a los demás integrantes de la banda. Hubo una época

que realmente fue muy complicada.

—Es que The Nine es el símbolo del rock'n roll de Estados Unidos, son tan

famosos como los Stone.

—Lo sé. Pero cuando lo vives desde dentro, lo ves diferente... todo es tan

normal que no entiendes cómo la gente no acaba viéndolo así... pues respiran, duermen, comen y cagan igual que el resto de los mortales, sus lágrimas son salobres y se tiran pedos y eructan también.

Las dos nos reímos.

—Es cierto —me cogió una mano—, uno tiende a idealizar a los ídolos y

cree que su vida es muy distinta a la nuestra, pero son seres humanos también,

no son extraterrestres.

Conversamos de todo un poco, Madeleine preparó té para ambas y, no sé, fue como si la infusión contuviera el suero de la verdad, porque lo siguiente que

supe fue que me encontré derramando toda mi maldita mierda como si ella fuera

mi nueva terapeuta, hasta que miré la pantalla de mi móvil y me di cuenta de que

era la hora de mi medicación. En realidad me percaté porque, a pesar de que la

charla estaba resultando muy entretenida, por más que la única oradora fuera yo,

los temblores en mi cuerpo empezaron a percibirse.

—Creo que mejor me voy ya, es un poco tarde y hoy con Maverick nos

hemos levantado temprano. —En el momento en el que anuncié que me iba, la

lluvia se arrancó con ganas—. Mañana tenía pensado hacerlo también y salir a caminar por la playa, pero con esta lluvia creo que no podré; tal vez pruebe a hacer un poco de ejercicio en las máquinas que he visto que hay en el garaje.

—Joder con esta lluvia, espera que te consigo un paraguas. ¿Seguro que

estarás bien solita?

—No te preocupes, estoy acostumbrada a vivir sola.

Cuando entré en la casa, la lluvia arrasaba el paisaje y me había mojado bastante, puesto que el viento era muy fuerte y el paraguas había sido de poco resguardo.

Coño, estaba muerta de frío, así que decidí que lo mejor sería que me diera

una ducha bien caliente y luego me pusiera el pijama.

Cuando salí del baño, me preparé un té, para sacarme el frío de dentro, y me

metí en la cama.

Cogí mi móvil para revisarlo, pero no había ningún mensaje de Maverick.

Los celos entonces levantaron su cabeza como una jodida perra y fue

imposible no pensar si tal vez había ido al Provocateur, su lugar abastecedor de

coños.

No era bueno dejar que mis pensamientos fueran por ese camino, pero

parecía imposible que no revolotearan en mi cabeza.

—¿Por qué mierda permití que él se metiera en mi corazón? —me pregunté

en voz alta mientras sorbía de mi té.

—Porque fue imposible evitarlo; lo intentaste, ¿recuerdas?

Y para colmo hasta hablaba sola.

Definitivamente Maverick era tóxico. Él se acercaba y te introducía su

veneno en tu organismo silenciosamente, metiéndose en cada célula de tu cuerpo

hasta que no había antídoto suficiente que neutralizara sus efectos.

Empecé a pensar en nuestra última noche juntos, y cuando rememoré las

cosas que hicimos sentí de inmediato cómo mi entrepierna empezaba a palpitar.

—Joder, si al menos tuviera aquí mi vibrador...

Metí una mano bajo mi pijama y empecé a acariciarme por encima de las

bragas, mientras lo imaginaba a él tocándome, besándome, metiéndome el dedo

en el culo.

Mierda, mi mente estaba tan nublada imaginándolo que mis pantalones

acabaron bajados, al igual que mis bragas, y mis dedos, dándose un festín en mi

coño.

Empecé a gemir mientras tocaba mi clítoris, incluso me encontré agitando

las caderas como si la polla de Maverick estuviera dentro de mí, moliéndome; luego metí un dedo dentro de mi sexo y lo entré y lo saqué como si quien entrara

fuera él.

—Oh, sí, te necesito dentro de mí, Maverick jodido follador del demonio...

eres tan bueno, eres tan grande.

Volví mis dedos sobre el nudo de mi necesidad y empecé a tocarme como él

lo hacía, y en cuestión de segundos éstos consiguieron hacer que me corriera.

—Joder, estoy desesperada por volver a follar con él —admití mientras me

levantaba para ir al baño a limpiarme la humedad del orgasmo.

Era imposible negar que cada parte de mi cuerpo clamara por Maverick

O'Brien.

VEINTIOCHO

Maverick

Bebía café y hojeaba el *New York Times* mientras permanecía apoyado contra la barra de la cocina.

Ya estaba casi listo para marcharme a la oficina, aunque apenas había

dormido y estaba de un humor de perros. Cuando me di cuenta de que pasaba las

páginas sin leerlas, dejé el periódico aparcado y me puse a revisar el móvil; lo había estado evitando, pero necesitaba retomar mi rutina; sin embargo, no parecía que fuera imposible.

Realmente quise pasarlo por alto y no darle demasiadas vueltas al asunto, pero no había manera de dejar de lado el hecho de que ella no había intentado comunicarse conmigo. De pronto todas las piezas hicieron un clic cuando

encajaron juntas, y sólo sirvieron para comprobar que la decisión que había tomado era la adecuada.

Indudablemente alejarme de Jo había sido lo más sensato que había hecho

desde que la había conocido.

—Omar, prepárame el Mercedes, bajo en cinco minutos —dije tras marcar

el número del aparcacoches del edificio, apartando mis pensamientos.

—Buenos días, señor O'Brien; enseguida me ocupo.

Vertí el café en un vaso térmico y me dispuse a llevármelo; quería salir cuanto antes del apartamento; las paredes de ese lugar parecían oprimirme el pecho y, para colmo, el sitio ahora estaba plagado de su recuerdo.

—Eso te pasa por idiota —farfullé ofuscado.

Jamás traía a ninguna mujer allí, pero con ella me había comportado como

un blando y había pretendido jugar a los novios.

Me reí sin ganas. Era patético todo cuanto había hecho, y era el único culpable de las consecuencias con las que por ello me tocaba lidiar, por imbécil.

Encima, abrí el refrigerador para servirme jugo de naranja y vi las latas del

estúpido Ginger ale que ella bebía, colocadas en los estantes. Cerré el

electrodoméstico de un portazo y me dispuse a salir de allí olvidando que quería

beber jugo.

Llegué al garaje subterráneo, monté en el coche y salí como alma que llevara el diablo.

Alrededor de las once de la mañana terminé una reunión que había estado

postergando y de inmediato cogí mi móvil para revisarlo nuevamente. Salí de la

sala de juntas, siendo el primero en despedirme de los demás colegas que formaban mi equipo de trabajo, y entré en mi oficina.

—Diana, iré a recorrer los terrenos de Nueva Jersey donde tengo planeado

construir los rascacielos y el centro comercial, así que consígueme un vuelo en

helicóptero para hacerlo. Hace tiempo que vengo posponiendo eso, pero ya no puedo hacerlo más. Cuando regrese, necesito que me

pases una llamada con Bandini, quiero arreglar algunos pormenores de mi estancia en Qatar; envíame la

agenda de ese viaje, que no sé por qué mierda no la tengo cargada en mi tablet.

—Muy bien, Maverick, enseguida me ocupo.

—Enseguida, no, ¡ya! Deja todo lo que estés haciendo y dedícate a esto, y

cancela toda mi agenda de la tarde, porque sólo me ocuparé del viaje a Qatar.

—De acuerdo. ¿Le vuelvo a pasar tus compromisos a Foller?

—Es tu trabajo, no me preguntes cómo hacerlo a mí, resuélvelo tú, mujer.

El plan era atosigar mi cabeza con diferentes actividades para no pensar en

ella, pero el plan no funcionaba ni un poquito, porque, hiciera lo que hiciese, me

sentía un estúpido pensando en Jo a cada rato.

—Maverick.

La voz de mi secretaria salió por el interfono cuando estaba metiendo mis

pertenencias dentro de mi maletín.

—Dime.

—Muévete, porque, ya que estabas tan apurado, en veinte minutos sale tu

helicóptero.

—Mierda —solté, y oí la risa ahogada de Diana. Parecía haber olvidado que

no era bueno desafiar a mi secretaria, porque podía ser un maldito grano en el trasero—. No era necesario que te tomaras mi petición tan al pie de la letra —

añadí teniendo en cuenta que de esos veinte minutos quince eran para llegar al helipuerto de Lower Manhattan mientras durante el trayecto lidiaba con el tráfico de la ciudad y cinco para salir de la oficina.

—Nunca más te atreverás a decir que no sé hacer mi trabajo; mueve tu culo

y cuelga el teléfono o perderás el helicóptero, porque tiene que recoger pasajeros

cuando te deje a ti y luego regresará a buscarte.

—Entonces no me des más charla, joder.

—Te paso la info por mensaje de quién te recogerá para llevarte hasta los terrenos.

El vuelo no duraba más de diez minutos, así que, una media hora después,

ya estábamos por aterrizar en el helipuerto de Nueva Jersey. Cogí el maletín y el

trípode del teodolito y me preparé para el descenso.

* * *

Estaba agradecido de haber decidido embarcarme en ese proyecto ese día

porque todas las mediciones y cálculos me habían supuesto una exquisita

distracción. Eran casi las tres de la tarde cuando estaba de regreso en el helipuerto de Lower Manhattan, sobre el muelle 6.

Pasé a recoger mi coche y en el camino pulsé el manos libres para

comunicarme con mi secretaria.

—No regreso a la oficina. Realiza la llamada con Luka y pásamela a mi

móvil — le pedí a Diana.

—Ok. Ha llamado tu padre; me ha dicho que no lograba comunicarse

contigo y que era urgente.

—Si vuelve a llamar, dile que no me has localizado.

—Claro, porque es estúpido y se lo va a tragar.

—No me importa lo que crea. Si te causa algún problema mentir, dile

simplemente que yo mismo he dicho que no se puede comunicar conmigo

porque no quiero atenderlo, me da igual, pero él parece no darse por aludido.

Colgué la comunicación y golpeé el volante. Mi padre, sinceramente, se

había vuelto loco. El día anterior lo había atendido durante la hora del desayuno

y hablar con él había sido el principio de un día fatídico; después de hacerlo, los sucesos se encadenaron uno tras otro hasta que decidí regresar a Manhattan, dejando atrás mi intento de relación con Jo.

—Como si fuera así de simple —me dije, y negué con la cabeza.

Sonó mi móvil y cogí la llamada de Luka, con quien conversé por espacio

de varios minutos.

Al llegar a mi apartamento me eché en el sillón y aflojé mi corbata. Miré a

mi alrededor... me pareció que estaba a oscuras, pero después me percaté de que

no era cierto, pues vivía en una casa inteligente; sin embargo, lo veía todo como

si las luces estuvieran apagadas.

—Lo superarás, Maverick. Has estado en el frente durante mucho tiempo y jamás has involucrado tus sentimientos, ella no puede ser tan diferente —me dije

intentando convencerme a mí mismo.

Sólo que me di cuenta de que no funcionaba. No parecía hacerlo en lo

absoluto. Sabía incluso que me estaba mintiendo y realmente temí por primera vez en mi vida, porque supe que mi corazón se estaba rompiendo... sentía un agujero en el pecho, como si ella me lo hubiese robado, y no había nada que pudiera hacer al respecto.

Recordé los últimos momentos... ella parecía serena, como si no se diera cuenta de nada. ¿Cómo podía no sentirme a su alrededor mientras hablaba con su

padre?

Me reí sin ganas una vez más al ver lo estúpido que era por volver a considerarlo.

—Junta tu mierda, Maverick, y haz tu trabajo.

Me levanté del sofá y fui hasta un mueble que tenía llave, donde había escondido las bebidas alcohólicas. Yo no tenía ningún problema con beber, así que no tenía por qué, o mejor dicho por quién, continuar sacrificándome.

Podía disfrutar de un trago sin adormecerme en éste, y sin que el efecto rigiera mi vida.

—Joder —blasfemé y arrojé contra el muro el decantador de bourbon y el

vaso que me acababa de servir.

Todo giraba en torno a ella. ¡Maldición!, tenía que detenerme o me volvería

loco.

Joss

Maverick no me había llamado en todo el día.

Acababa de llegar de la consulta del doctor Payne y él se mostró alarmado

cuando le dije que estaba sola en la casa. Intentó convencerme de que llamara a

alguna amiga, incluso le hablé de Isla y del ofrecimiento de mi padre para que

ella viniera a acompañarme, pero necesitaba demostrarme a mí misma que podía

hacer eso sola. Era como otro desafío que se había puesto en mi camino por dejar mi adicción al alcohol.

Entré el todoterreno en el garaje y tuve la esperanza de que, al hacerlo, comprobaría que Maverick había regresado. Me convencí durante el trayecto de

vuelta de que no me había llamado porque ya lo había solucionado todo y estaba

de regreso. Sin embargo, cuando entré, mis esperanzas se fueron por la alcantarilla, ya que el sitio seguía vacío.

Después de ducharme me fui a casa de Madeleine y Wes. Cuando entré,

tuve la intención de preguntarle si ella sabía algo de él, pero me abstuve de hacerlo. Tanto si él la había llamado como si no lo había hecho, saberlo habría

sido un golpe muy grande a mi corazón.

Tras cenar me fui inmediatamente de su casa.

—Me iré a dormir temprano; mañana debo ir a la ciudad, tengo una sesión

de fotos para una campaña de cosméticos en la que soy el rostro protagonista.

—¿Quieres que te acompañe?

—¿Lo harías, Madeleine?

—Oh, estoy segura de que será fantástico. Aquí me pasaría todo el día

encerrada; imagina, mi única diversión es cuidar mis rosas y mis hortensias, y, con la lluvia que parece no querer parar, no hay mucho más que pueda hacer.

* * *

Había sido un día increíble. Nunca me había divertido tanto en una sesión

fotográfica como en esa a la que me acompañó Madeleine. Ésta estaba siempre

de muy buen humor y, además, era muy ocurrente. Eso sin sumarle el hecho de

que Mady era una gran mamá gallina y parecía haberme adoptado como su

pollito.

Una vez finalizada la sesión, salimos del *set* y la sorpresa me inundó cuando me encontré en la puerta con John.

—Hola, ¿qué haces aquí?

—Me he enterado de que ya habías terminado, así que he venido a buscarte

para que saliéramos a tomar una copa.

—Buenas tardes. Soy Madeleine Kendrick —le tendió la mano—, ¿y usted

quién es, caballero?

John miró por primera vez a Mady, dándose cuenta de que ella estaba

conmigo.

—John Gibbs, soy el representante de Joss —dijo de manera educada, pero

presentándose con poco interés.

—El representante de Jo... —Mady lo estudió de cabo a rabo—. Bueno,

jovencito, le diré que resulta más que evidente que usted está haciendo muy mal

su trabajo, porque, con el problema que ella tiene, no puede invitarla a tomar un

trago, debería usted saberlo.

John me miró sin saber de qué hablaba, y al parecer era demasiado tarde para hacerla callar, así que, interrumpiéndola, hablé por encima de su voz.

—Es que... tengo una infección en la garganta, y con la medicación no

puedo tomar nada, así que, John, dejemos esa copa para otro día. Además, estoy

con Mady y tengo que llevarla a su casa.

—Oh, sí, claro, por supuesto —dijo ella siguiéndome la corriente—. Nos

espera un largo camino hasta Quogue.

—¿Quogue? ¿Ahí es donde has estado toda la semana? Oye, Joss, no

puedes desaparecer de este modo, así como así.

—Eres mi representante, no el dueño de mi vida. Y ahora, si me disculpas,

tengo que irme.

—Espera, tenemos que hablar; en realidad quería que saliéramos para darte

una noticia.

—Dime, John, Mady es de confianza.

La miró dudando, pero eran tantas las ganas de vanagloriarse que sentía que

finalmente habló.

—Te han dado el papel protagonista en la película. El papel principal de *Casi perfecta* es tuyo finalmente; el productor quiere conocerte, así que tenemos que viajar a Los Ángeles a mediados de semana.

Me había quedado muda. Él no rompía el contacto con mis ojos, y el aire a

nuestro alrededor de pronto se había enrarecido mucho más.

—¿Me has oído?

—Sí, por supuesto. ¿Cuándo debería viajar?

—A mediados de semana, te lo acabo de decir.

—Mira, John, envíame toda la información a mi *e-mail* y así arreglo mis visitas, digo, mis horarios. Luego te llamo, ahora tengo prisa, es que... —me toqué la frente, intentando tranquilizarme—... no quiero conducir de noche y me

temo que en Quogue el mal tiempo sigue, y la lluvia hace que la carretera se vuelva una mierda.

Cogí a Mady del brazo y la guie hasta el todoterreno, abrí su puerta para que se acomodara y luego bordeé el vehículo. Cuando lo hice, me di cuenta de

que John se había acercado para abrirme la puerta.

—¿Pasa algo?

—No, John, no pasa nada, sólo lo que te he dicho.

—Estás rara.

¡Qué le pasaba a ese tío!, ¿para él estar sobria era verme rara? Mady tenía razón, él no estaba haciendo bien su trabajo. Por otra parte, estaba convencida de

que no era ajeno a mis problemas con el alcohol, su padre lo había puesto al tanto y, además, él había acudido en mi rescate varias veces.

—Puedes confiar en mí.

—Joder, lo estoy llevando bien, así que no hagas un drama, pero estoy en

terapia para desintoxicarme de mi adicción al alcohol.

—Sabía que algo me ocultabas. ¿Por qué coño me lo dices ahora?, deberías

haberlo hecho antes, pues si se enteran en la productora no te darán el papel.

»Además, sabes perfectamente que la prensa se hará un festín con la

noticia.

»¿Tienes una puta idea de lo que ha invertido en ti la agencia? Hemos

invertido mucho patrocinándote para que tú ahora te vayas a rehabilitación.

—Vete a la mierda, John, vete a la puta mierda. Déjame pasar —le exigí para que dejara de obstaculizarme la entrada al todoterreno.

—Aguarda. —Me agarró del brazo—. Debemos arreglar este desastre.

¿Dónde carajo estás haciéndote tratar? Si estás en rehabilitación, ¿por qué estás

en la calle?

—Soy paciente ambulatorio.

—Dime dónde estás tratándote para preparar un contrato de

confidencialidad.

—No es necesario, John.

—Sí lo es. ¿Quién cojones es esta anciana? Supongo que ella se refería a esto cuando ha dicho lo de que no sé hacer mi trabajo. Deberíamos hacerle firmar un contrato a ella también. ¿Quién más lo sabe?

—Pete, y... mi pareja.

—¿Tu pareja? ¿Desde cuándo tienes pareja? ¿Por qué yo no lo sabía?

—Perdón... ¿acaso tengo que pedirte autorización a ti?

Él se tocó la cabeza. En ese momento el cristal de la ventanilla del coche bajó.

—¿Todo bien, tesoro?

—Sí, Mady, no te preocupes.

Ella volvió a levantar el cristal.

—Me tengo que ir, John; luego hablamos por teléfono.

—Espera, te exijo que me digas dónde te hospedas y, te guste o no, me darás los nombres de todas las personas que saben lo de tu tratamiento.

—Deja de presionarme, John, no me ayudas haciendo lo que estás haciendo.

Me zafé de él de un tirón y lo aparté empujándolo para poder subirme al todoterreno. Como lo que menos quería él, precisamente, era un escándalo, miró

hacia ambos lados, cerciorándose de que nadie nos había visto forcejear, y me dejó marchar.

Entré en el vehículo y tiré del cinturón de seguridad para colocármelo. Las

manos me temblaban, sentía todo mi cuerpo inestable, y de pronto sólo pensé que un trago era lo que me podría calmar.

—Tranquilízate, Jo. ¿Quieres que conduzca yo?

Realicé una fuerte inspiración para estabilizarme y me aferré con fuerza al

volante, pero no parecía funcionar.

«Oh, Dios, en qué mierda estaba pensando para decírselo.»

Sabía de antemano que eso era lo que sucedería, por eso no lo había aireado

antes. A la agencia le importa una mierda yo; de hecho, nunca habían hecho nada

más que tapar mi problema, como si el sol pudiera cubrirse con un dedo.

—Jo, cariño, soy mayor, pero mi carnet de conducir está vigente.

Cámbiame el sitio y déjame hacerlo, te aseguro que soy una excelente

conductora.

—Creo que será lo mejor. Tengo la cabeza en cualquier parte, pero primero

salgamos de aquí, necesito alejarme de él.

—Habla conmigo, Jo, eso te hará sentirte mejor. No te guardes las cosas, niña, eso no te ayuda.

—Oh, Mady, lo siento tanto...

—No tienes que sentir nada.

Hicimos algunas manzanas y cambiamos porque no me sentía en

condiciones de conducir. Madeleine era muy cálida, y su voz me daba serenidad,

así que poco a poco fui calmándome. Ella tenía razón, exteriorizar mis

sentimientos resultaba muy catártico.

—Yo opino que, si se trata de evitar problemas en tu trabajo, firmemos eso

que este mamarracho quiere y san se acabó. De esa forma, tú estarás tranquila porque él no andará molestándote. Ahora lo importante eres tú, tesoro;

mantenerte en calma para que tu recuperación siga viento en popa.

—No lo haré, y fin del asunto, no se hable más.

Llegamos a Quogue. Durante el trayecto habíamos vuelto a intercambiarnos

y yo me había pasado al lado del conductor. Entré el todoterreno en el garaje y

nos dirigimos a casa de Mady por detrás.

En el camino habíamos comprado la cena; era tarde y de ninguna manera le

iba a permitir que se pusiera a cocinar.

Cuando entramos en su casa, Wes estaba mirando la televisión.

—Por fin apareces, estaba muerto de hambre.

—Ves, ¿qué te dije?, hombres...

Me reí y luego me acerqué a Weston para dejarle un beso en la mejilla.

—No la regañes, es culpa mía, yo la he entretenido todo el día. Cambia esa

cara, no creo que seas tan rudo como pretendes hacer ver.

—Dios mío, ¡como si no tuviera suficiente aguantando a esta mujer,

Maverick nos deja contigo!

—No te quejes, Wes, que ya me dijo Mady que te caigo bien.

—Esa lengua floja...

—Deja de ser un viejo gruñón y ven a ayudar a poner la mesa, que hemos

traído la cena —gritó Madeleine desde la cocina.

Tras terminar de comer, regresé a la casa. Era tarde, pero tenía que llamar al

doctor Payne para hacerle saber que mi día había ido bien. Él sabía que tenía un

compromiso laboral asumido con anterioridad y que por eso no había podido ir a

la terapia.

Después de hablar con él, me acurruqué en el sofá y, por primera vez en todo el día, me permití pensar en que había pasado otro día sin que Maverick me

llamase.

Incluso tuve el teléfono todo el día abierto esperando noticias suyas, hasta

lo tuve así durante la sesión de fotos y, para más seguridad, se lo di a Mady... así ella hubiese podido contestar cualquier llamada.

De pronto, un golpeteo en las paredes acristaladas del frente me sacaron de

mi ensimismamiento. Cuando miré hacia el exterior, no me lo podía creer.

El malnacido de John me había seguido y me hacía señas para que le

abriera la puerta.

—Si te cagas, entrarás —le grité a todo pulmón, aunque, como la casa tenía

un sistema atérmico y de insonorización de doble panel de cristales, no estaba segura de que me hubiera oído, pues yo tampoco podía oír lo que él me decía.

Vi que cogía el teléfono y de inmediato el mío empezó a sonar, pero ni de

coña iba a atenderlo, así que le enseñé mi dedo medio y me fui hacia arriba, dejándolo ahí plantado.

Pero entonces probó enviándome un texto.

John: Regresaré, Joss; tenemos que hablar y lo sabes. No puedes evitarme eternamente. Iré preparando todo lo que te he comentado. Además, sabes que, aunque

tú no me lo digas, no me será muy difícil averiguar nombres. O cedes y te pones en mis manos, aceptando las decisiones que creo

mejor para tu carrera, o te vas buscando otro representante. No seguiré perdiendo el tiempo contigo.

VEINTINUEVE

Maverick

Me encontraba haciendo la facturación para desplazarme a Qatar. Luka me había

facilitado el viaje en el avión privado de la compañía; no iba solo, pues su familia también aprovechaba el vuelo para visitar a sus familiares, que

pertenecían a la realeza del país, por lo que esperaba que no fuera un viaje tan

tedioso como si fuera uno comercial.

Además, en representación de la empresa iba Kevin y, en dos días, se nos

uniría Darleen, la gerente de certificaciones y contratos de Bandini Group.

Había logrado pasar cinco días alejado de ella y, aunque llamaba todos los

días a Wes para saber cómo iban las cosas por allá, no había vuelto a contactar

con Jo; ninguno de los dos lo había intentado, por extraño que pareciera. Por ello, cuando lo consideraba, la realidad me susurraba al oído que ella sólo estaba

usando mi casa como hotel mientras duraba su rehabilitación. Pensar en que sólo

había sido utilizado por Jo me enojaba hasta tal punto que quería darme golpes

yo mismo.

Joss

No aguantaba más sin saber de él, era demasiado tiempo el que había

transcurrido sin tener noticias suyas; en realidad, desde que se había marchado que lidiaba con la idea de que algo pasaba, algo que tenía que ver conmigo, con

nosotros... pero mi cabeza estaba embrollada con tantas cosas que preferí pensar

que eran imaginaciones mías. Sin embargo, no podía continuar mirando a un costado y haciendo de cuenta que nada sucedía, porque eso era continuar en la

gran burbuja que había sido toda mi vida.

Así que cogí mi móvil y marqué su número, para enfrentar las cosas de una

buena vez.

—Diana Terrero, secretaria del señor Maverick O'Brien, ¿en qué puedo

ayudarle?

—Lo siento, creo que me he confundido, creía que marcaba a su teléfono

directo.

—Probablemente lo ha hecho, pero el señor O'Brien está fuera del país, así que sus llamadas son transferidas a esta terminal. ¿Quién habla?

¿Cómo me presentaba? No sabía si seguía conservando el título que él me

había otorgado cuando me presentó a Wes y a Mady y, por otra parte, yo aún no

había aireado nuestra relación con nadie, así que lo mejor era dar mi nombre.

—Soy... ¿Cuándo regresa? —pregunté sobre la marcha.

—Disculpe, pero si no me facilita su nombre no puedo darle esa

información ni ninguna otra.

¿De qué servía saber más, si se había ido, si me había dejado?

No era tan estúpida como para pensar que se mantenía alejado sólo por

trabajo, ya no, ya no podía hacerlo. ¿A quién quería mentirle sosteniendo ese argumento, si no era creíble para nadie?

Colgué sin contestarle.

Cerré los ojos y me apoyé en el respaldo del sofá; luego caminé hasta el ventanal trasero y descansé mi frente en él. Mi mente se perdió en el mar, en el

continuo oleaje del agua, y luego en esa línea que era el fin ante la vista humana.

Miré a mi alrededor y me sentí más intrusa que nunca entre esas paredes; ya

no tenía ningún sentido continuar en esa casa. Me había querido engañar

pensando que eran ideas mías, pero en ese momento sabía que no.

Jamás había querido un cuento de hadas en mi vida, porque era consciente

de que nunca eran ciertos, pero me había atrevido a creer en el amor, y de nuevo

me daba cuenta de que ese tipo de cosas no eran para mí.

Pete había tenido siempre razón, el amor es un sentimiento de mierda que

siempre te lastima; tendría que haberlo escuchado y no haberme salido del plan.

Tras recoger mis cosas, me dirigí a casa de Mady para despedirme. Wes

había ido hasta Southampton por la reparación de su camión, así que sabía que

no estaría.

—Regreso a Manhattan.

—¿Cómo que te vas?, ¿y tu tratamiento?

—El doctor Payne tiene un centro de rehabilitación en Brooklyn, así que

me empezará a atender allí; no tiene sentido que me siga quedando aquí.

—¿Cómo que no tiene sentido? Vas muy bien, ya van diez días de

abstinencia, y te han reducido considerablemente la medicación. ¿Mav lo sabe?

Me reí sin ánimos de hacerlo, y aunque la sola mención de su nombre me

dolía, yo no era una chica de lágrimas, así que no iba a llorar.

—De eso se trata, Mady: todo se acabó.

—Oh... —se cubrió la boca, la noticia la había cogido por sorpresa igual que a mí, al parecer—... lo siento. ¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes, creo que lo he ido asimilándolo a lo largo de estos días, sólo que hoy lo he confirmado. No lo culpo, mi vida no es fácil de digerir

para nadie.

—¿Qué dices?, si eres un tesoro. Y, además, lo estás haciendo de maravilla.

Jo, por favor, no aflojes, niña.

—No lo haré.

—¿Me lo prometes?

—Sí, claro.

—Permíteme decirte que no ha sonado muy convincente esa afirmación.

¿Dime qué puedo hacer?

Me eché en sus brazos y la abracé con fuerza, luego me aparté y le dije:

—Esto lo ha curado todo, te lo prometo. Te llamaré, Mady.

—Por favor, no dejes de hacerlo, ¿Te llevas el todoterreno?

—No, me está esperando un taxi, que me llevará hasta la ciudad, donde

cogeré el Jitney.* Ocúpate de cerrar la casa, por favor.

—Por supuesto, no te preocupes.

Esa tarde tenía terapia, pero avisé a Germaine de que regresaba a casa, así

que reprogramamos la cita para el día siguiente en su consultorio en Brooklyn.

De camino a Manhattan, estaba a bordo del bus, así que traté de no pensar.

No era un viaje tan largo y aún era de día, así que me dispuse a mirar el paisaje

mientras me colocaba los cascos de mi iPod.

¡Maldita lista de reproducción!, que tendría que haber revisado antes de

darle al «Play». Dua Lipa cantaba *IDGAF*, y la letra era como para cortarse las venas.

De pronto un mensaje de John entró en mi móvil, así que dejé de prestarle

atención a la canción y me puse a leer el texto, para ver qué quería.

Maverick

¡Qué país más caluroso! Eso era en lo único que podías pensar en cuanto te

alejabas del aire acondicionado del hotel.

Por suerte el primo de Luka me había enviado a recoger para llevarme hasta

el palacio; esa noche se daba una cena y me habían invitado a participar. Cuando

llegué, las noticias eran terribles; a los únicos a quienes vi fue a Kevin y al

príncipe Jassim, pues las mujeres permanecían, según las costumbres de allí, en otro sitio.

—No me lo puedo creer. —Me toqué la cabeza; me sentía impotente a

tantos kilómetros de distancia.

—Te juro que yo tampoco, Maverick; es una maldita pesadilla.

—¿Como están tu suegra y tu mujer?

—Ahogadas en un mar de lágrimas.

Busqué mi teléfono por instinto para telefonear a nuestros amigos, pero

luego recordé que la seguridad del palacio me lo había hecho dejar al entrar.

—¿No has llamado a Drake o a Spencer? —le pregunté a Kevin—. Quizá

ellos sepan algo más.

—Te aseguro que las noticias que tenemos son más recientes que las que

pueden tener ellos, estamos en comunicación directa con los grupos especiales de rescate y la policía que está buscándolos. Incluso mi hermano, el emir, ha hablado ya personalmente con Obama, así que el presidente de Estados Unidos

está al tanto de que Luka es su primo —me informó Jassim para que me

tranquilizara.

Joss

John: Supongo que sigues en Quogue. Revisa el correo que te envié. ¿Te has vuelto

loca?, ¿sabes en la casa de quién estás hospedada?

¿Acaso John se había desquiciado del todo con la noticia de mi

rehabilitación?, ¿qué bicho le había picado?

Joss: Por supuesto que sé en casa de quién estoy.

Le contesté rápidamente, sin revelarle que ya no estaba ahí.

John: ¿Me estás diciendo que tu pareja es el hijo del productor de la película en la que te han dado el papel protagonista?

Joss: ¿Qué mierda dices?

John: Ethan O’Brien es el productor de la película, y es el padre del arquitecto Maverick O’Brien, el dueño de esa casa.

No me digas que él es quien te está ayudando en la desintoxicación, porque entonces, desde ya, te digo que te olvides de ese contrato.

No podía dar crédito a lo que estaba leyendo... ¡el presidente de Lions on the Road Productions era el padre de Mav!

Inmediatamente fui a revisar el *e-mail*. John me había enviado la biografía

del presidente de la productora y también había adjuntado fotografías de Ethan

con su hijo, y no cabían dudas, era Maverick.

Entré en Google, aun sin querer ni poder convencerme, e hice mi propia

búsqueda.

—Joder...

Las fotos de Maverick con su padre estaban en todos lados. ¿Cómo mierda

no se me había ocurrido nunca buscarlo en Google?

«Tu mente estaba adormecida por el alcohol, Joss, qué cojones ibas a usar

el cerebro para pensar», me dije.

En el momento en el que buscaba el registro de llamadas para volver a

marcar el número de Maverick, entró una llamada de Chiara y pulsé la pantalla

para cogerlo.

—Hola, Chiarita.

—¿No has visto las noticias?

—Estás llorando. ¿Qué ha pasado?

—Ha habido un atentado en el edificio donde está ubicada la empresa de

Luka, en el Bandini Heart, y han secuestrado a Nicole y a Luka.

—¿Qué narices dices? ¿Qué película has estado viendo?

—No, Joss, te juro que, por más increíble que parezca, es la verdad. Se trata

de un grupo muy organizado, hay varios muertos, y no se sabe si ellos están bien; la única información con la que contamos es lo que dicen en las noticias y

es sólo lo que te acabo de explicar. ¿Dónde estás?

—Estoy de camino a Manhattan, en la ruta.

—Estamos en casa de Poppy, llamé a Spencer para ver si él sabía algo más,

y están igual que nosotros. Te juro que las imágenes son como las de *Ataque a la Casa Blanca*. Spencer me ha dicho que Maverick está en Qatar con la familia de Luka, que viajó allí por trabajo, y que ellos han intentado ponerse en contacto con él para saber qué información manejan allí, pero que su teléfono está muerto.

—Seguramente está perdido dentro de un harem.

—¿Qué dices?

—No me hagas caso.

* * *

Llegué a casa de Poppy y, realmente, las imágenes que emitía la televisión

local eran espeluznantes. El momento en el que los todoterreno salían del edificio y eran tiroteados por la policía te hacía temblar de miedo por la suerte de los ocupantes; incluso había quedado grabado cuando los falsos policías

empezaban a disparar a las fuerzas leales.

Era de madrugada y la televisión no hacía más que pasar una y otra vez lo

mismo.

—Por favor, Poppy, quitadle el sonido a esas imágenes al menos —rogué al

sentir que la cabeza estaba a punto de estallarme.

Estábamos desesperadas, pero nadie nos decía nada. Los periodistas no

tenían más información que la que daban: tras el asalto inicial y el secuestro, se

había producido otro tiroteo, registrado al cruzar Brooklyn; después de eso, parecía como si la tierra se los hubiera tragado.

El sonido del teléfono de Chiara nos hizo saltar a las tres.

—Spencer, ¿qué sabes?... Oh, Dios... oh, Dios mío, dime que están bien...

Chiara activó el altavoz para que todas pudiéramos escucharlo.

—Están heridos, pero al parecer nada de consideración. Su rescate aún no

se ha hecho público, el hermano de Luka estaba implicado.

—Hijo de puta —maldecimos las tres a la vez.

—¿Cómo os habéis enterado, entonces? ¿Luka os ha llamado? Soy Joss.

—Hola, Joss. No, nos llamó Maverick desde Qatar. Como sabes, la realeza

de ese país es pariente de Luka, así que estaban en comunicación directa con los

grupos de rescate.

—Qué suerte que se haya dignado avisaros.

—Sí... es que están en el palacio y allí la seguridad no le permite usar el móvil, pero, en cuanto se enteraron, él le pidió al primo de Luka poder hacernos

una llamada.

—¿Y dices que están bien? Soy Poppy.

—Sí, no sé a ciencia exacta su estado, pero, según nos ha explicado

Maverick, no tienen heridas de importancia, o eso les dijeron a ellos y es la información oficial, así que no creo que haya por qué dudar.

—Gracias por llamarnos, Spencer. Te juro que aquí las tres estábamos

desesperadas.

—Me lo imagino, aquí estábamos igual con Drake, con deciros que hoy no he abierto el *nightclub*, no tengo cabeza para nada.

Maverick

Acababa de regresar de Qatar, en un vuelo comercial, y lo primero que hice

cuando puse un pie en Estados Unidos fue llamar a Luka para ir a verlo, así que,

con las maletas aún en el coche, me dirigí hacia la torre Walker.

Apenas llegué, me anuncié en conserjería y me hicieron pasar. Cuando subí

al ático, Poppy fue la encargada de abrirme la puerta.

—Hola, Maverick, pasa. Te estábamos esperando.

Tan pronto como entré, mis ojos escanearon rápidamente a las personas que

había allí, y mi vista, indefectiblemente, se clavó en ella. Joder, estaba preciosa con una coleta alta y sin maquillaje.

Por suerte Drake se puso de pie y me dio un abrazo como recibimiento, así

que eso salvó el incómodo momento.

—Joder, hermano, estás irreconocible. —Me acerqué a Luka, que estaba

recostado en uno de los sofás. A su lado estaba Nicole, que tenía el rostro peor

que él, más golpeado y amoratado; tenía uno de los ojos completamente cerrado

—. Nicole... joder, cómo se han ensañado contigo...

Cerró los ojos mientras me acercaba a saludarla.

—No puede hablar, tiene muy lastimada la boca —me informó Chiara.

—No, por favor, no te esfuerces.

Sabía que entre las chicas y mis amigos los habían estado cuidando en la casa de Luka.

—Realmente tienen muy mal aspecto, ¿no deberían estar en el hospital?

—Todo lo que podían hacer en el hospital ya lo han hecho. Ya sabes,

Maverick, no hay nada como recuperarse en casa —me dijo Spencer.

—La verdad es que resultó una ventaja tenerte en Qatar, porque aquí nos estábamos muriendo sin información —resaltó Drake.

—Tu familia movió cielo y tierra, llamando a todos lados y exigiendo que

los grupos de rescate hicieran hasta lo imposible —le indiqué a mi mal herido amigo.

»Luego quise coger el primer avión y venirme, pero ya sabes cómo son...

con Kevin tuvimos que concentrarnos y hacer negocios, amigo.

—Me lo imagino, los negocios son inaplazables para ellos. Dime, ¿cómo está Mila?

—Bien, está bien, despreocúpate. No tiene idea de nada de todo lo que ha

pasado aquí. Tu madre quería regresar conmigo, pero la convencimos para que

se quedara con la cría.

—Es mejor que se quede allí, hasta que los moratones y hematomas se

noten menos.

—Sí, Luka, eso mismo le dijimos. Todos os mandan saludos: tu madre, tu

hermana y Kevin; no ven la hora de regresar.

Continuamos hablando y me relataron resumidamente todo lo que les había

tocado vivir; resultaba evidente que preferían no recordarlo. Mirándolos, el calvario por el que habían pasado resultaba demasiado evidente, así que no era

de extrañar que quisieran olvidar.

Jo, por su parte, me ignoró en todo momento, y en determinada ocasión se

alejó en dirección a la cocina... así que, en cuanto tuve la oportunidad, la perseguí con la excusa de ir a buscar un vaso de agua.

—¿Cómo estás?

—No seas cínico, ahora no vengas a hacerte el que te importa cómo estoy.

Hace días que desapareciste.

—Me llamó Germaine para comentarme que habías dejado la terapia. Tiene

mi teléfono como contacto. Jo, ¿has vuelto a beber?

—No te atrevas a llamarme así nunca más, y mucho menos a aparentar que

estás preocupado por mí, porque no te creo.

No se me escapó cómo cerraba las manos en un puño, ni cómo se le

llenaban los ojos de lágrimas, pero ella era una mujer dura, así que las contuvo.

Me acerqué a centímetros de ella; estaba harto, así que le escupí en la cara:

—En vez de reclamarme tanto, porque no te haces cargo de tus errores; deja

de actuar como una víctima y asume las circunstancias que tú creaste.

—Me dejaste tirada en Quogue. ¿Dónde mierda quedó tu discursito «no me

rendiré aun si tú lo haces»? Te creí, maldito idiota, confié en ti y me jodiste, te cagaste en mí.

—No te dejé tirada, no me desentendí de ti...

—Vete al carajo; sólo hiciste lo suficiente, lo que cualquiera hubiese hecho

para lavar su conciencia.

—¿Has vuelto a beber? Tienes que volver a la terapia.

—Cállate, hipócrita. No voy a continuar aliviando tu conciencia; lo que

haga lo haré por mí, pero eso a ti no te interesa.

—Jo...

—Te he dicho que no me llames así, y no me toques —casi me gritó cuando

quise cogerle la mano. Hablaba entre dientes para que no nos oyeran, pero su tono era áspero, y me miraba con odio.

Salió de la cocina, dejándome ahí de pie... ¡maldita mujer!

TREINTA

Maverick

Habían pasado casi dos meses desde que la había visto por última vez, y cada día

dolía menos, aunque aún permanecía arraigada bajo mi piel.

Incluso había hecho el intento de retomar mi vida pasada, pero aún no lo había logrado. Frente a mis amigos fingía que era el mismo amante descarado de

siempre al que lo único que le interesaba era follar por deporte y continuar sumando marcas en el cabecero de la cama de mi picadero más cercano... pero la

verdad era que me mataba a pajas pensando en Jo.

Por las noches, cuando llegaba a mi apartamento, era un verdadero calvario

porque la veía por todas partes.

* * *

—Maverick, ¿qué dices?

—Sí, Luka, sí, por mí está bien.

No sabía a qué se refería, sólo había escuchado que almorzaríamos en su oficina porque no tenía tiempo para hacerlo fuera. Spencer y Drake no paraban

de gastarse bromas y yo, como siempre, con mis pensamientos en cualquier parte; a diferencia de ellos, que estaban de muy buen humor, destilaba antipatía

por todo.

Hacía un buen rato que Luka se había marchado al despacho de Nicole, así

que me fui hacia la puerta que comunicaba ambas oficinas y, después de golpear

dos veces, me asomé.

Cuando lo hice, todo lo que creí que estaba superado volvió a hacerse una

herida abierta en mi pecho, y el suelo volvió a tambalearse bajo mis pies.

No esperaba encontrarla, pero Jo estaba ahí, junto a Chiara, Poppy y Nicole,

y todas reían por alguna broma que le estaban gastando a Luka. Advertí

enseguida lo que tenía en la mano, una botella del estúpido Ginger ale que siempre bebía, y, además, llevaba gafas oscuras dentro de la

oficina.

Su aspecto, aunque era muy atractivo, se veía deslucido, incluso estaba

seguro de que había perdido peso. Sus labios eran los más hermosos que había

visto rodeando mi polla, incluso aún los podía imaginar. Inmediatamente advertí

que me había quedado colgado mirándola y que Nicole me había pillado, así que intenté disimular.

—¿Comemos o qué? —interrogué a Luka, cambiando el ángulo de mi

mirada.

—Ya vamos —dijo éste, y las invitó a que se trasladaran a su oficina con nosotros.

Entonces comprendí que el almuerzo no sería fácil de digerir, con ella a mi

alrededor.

Luka y Nicole se esforzaron durante todo momento por integrarnos, pero

las aguas estaban muy divididas y al parecer ninguno tenía ganas de mezclarse

con las mujeres; la situación era bastante extraña si te ponías a pensar, puesto que no hacía mucho nos habíamos unido para volver a juntar a la feliz pareja que

acababa de anunciarnos que en poco más de siete meses serían padres.

—¿Os casaréis?—preguntó Chiara.

—De hecho, como sabéis ya le había entregado un anillo, que planeo

reponerle muy pronto, puesto que se lo robaron durante el secuestro —explicó mi amigo; ambos se veían muy felices—. Al enterarme de lo del bebé, le he dicho que quiero adelantar la boda, pero Nicole prefiere esperar. Yo no estoy de

acuerdo, pero todavía no nos hemos sentado a hablarlo. Han pasado muchas cosas a la vez, y estoy aguardando a que nuestra vida vuelva a la normalidad, pero ya le he dicho que me gustaría que lo hiciéramos antes de que nazca nuestro

hijo —continuó manifestando Luka.

—Nunca pensé que escucharía a Luka Bandini diciendo esto —intervino

Drake, que andaba sumergido en algún chat en su teléfono.

Poppy saltó, contestándole irónicamente, y Drake no se quedó atrás; fue un

ida y vuelta continua que nadie entendió muy bien, pero esos dos, joder, parecía

que se querían destripar el uno al otro. De pronto mi amigo se mostró muy ocurrente y me carcajeé, cómo no hacerlo, y él, al verme riendo, levantó una mano para chocarla con la mía y obviamente le seguí el juego. Si había que hacer enojar a las mujeres, principalmente buscar un poco de venganza con Jo,

por supuesto que yo también estaba dispuesto a colaborar.

—Bendecidos sean los coños que están dispuestos a fregarse en nuestra

cara — solté a modo de rezo.

Spencer intentó contener la risa, pero, joder, no lo logró muy bien, ya que

así habíamos vivido durante muchos años y por supuesto que había sido toda una

bendición.

—No es que tu elección me parezca desacertada, Luka; por el contrario, te admiro por tener el valor que tienes de atarte sólo a uno. Pero ¿qué quieres que

te diga, amigo? —Le palmeé la espalda a éste—. No creo que sea el caso de ninguno de nosotros tres, sería muy aburrido.

—Eso lo decís ahora porque no ha llegado a vuestras vidas la persona que

os haga pensar diferente. El día que así sea, os recordaré esta conversación.

—Nosotras nos vamos —anunciaron las tres amigas mientras se ponían de

pie.

—Nosotros también —convinimos todos, pues sabíamos que nuestro amigo

debía continuar trabajando.

Drake también tenía que hacerlo, ya que hacía un tiempo que trabajaba en

Renewables Bandini.

Sin embargo, la ironía entre Poppy y él continuaba muy picante, así que se

apresuró a acercarse a ella antes de que ésta saliera del despacho y le susurró algo al oído que no pude oír. Lo que sea que le dijo logró sacar toda la rabia de

Poppy en un tris, y ésta terminó tirándole su maletín por la cabeza.

Decir que el momento fue gracioso es quedarse corto, puesto que todos los

vibradores y juguetes sexuales que ella vendía volaron por el aire. De pronto vi

uno en cuya caja aparecía el nombre de Iron Man y la tentación fue grande, ya

que todo se había ido al carajo y durante el almuerzo Jo no había parado de hablar del rubio insípido de su representante para tocarme las pelotas, así que me

incliné a recogerlo y, arrojándoselo, le dije:

—Joss, toma. —Ella, por instinto, lo cogió al vuelo—. Es un regalo de mi

parte, ahora lo arreglo con Poppy. Cuando te preguntes cómo es estar conmigo,

sólo tienes que ir por él.

Joss me lo lanzó a la cabeza, pero lo esquivé. Sin detenerse, salió pisando

fuerte; por supuesto que la seguí sin quedarme para ver cómo terminaba todo. La

alcancé en los ascensores y le dije, acercándome a su oído:

—Sabes perfectamente que la tengo más grande que el tamaño de este

estúpido consolador.

Se dio la vuelta, enfrentándome, y yo le quité las estúpidas gafas que había

usado durante toda la comida.

—¿Qué mierda estás metiéndote ahora? —le pregunté, y el ascensor llegó

en ese momento. En esa planta nunca bajaba casi nadie y, además, estaba vacío,

así que la metí dentro y, cuando se puso en movimiento, apreté el botón de parada de un manotazo.

—Te estás drogando. —No fue una pregunta; no me hacía falta su respuesta, estaba viendo sus pupilas.

—Qué cojones te importa, gilipollas.

—¿Cómo puedes ser tan idiota? ¿Acaso estás buscando matarte?

—Devuélveme las gafas.

—No puedo creer que estés rodeada de imbéciles que no noten cómo te

destruyes.

—Señor perspicaz, déjame tranquila; no necesito un sermón tuyo ni de

nadie.

—¿Le das a la coca o a qué?

—A todo, estúpido, y cada vez consigo mejores vergas que la tuya; ya ni me acuerdo de cómo fue estar contigo, así que cambia el discurso de que eres irremplazable, porque conmigo ese teatrito tuyo ya no funciona.

Me arrebató las gafas de la mano y pulso el botón para que el ascensor arrancara; en el siguiente piso, las puertas se abrieron y entraron más personas;

yo me sentía asfixiado junto a ella, así que aproveché para bajarme... cogería otro o bajaría por la escalera, daba igual.

TREINTA Y UNO

Maverick

Después de ver cómo ella se autodestruía y no le importaba, después de ver que

verdaderamente yo no había sido nada en su vida, podía finalmente empezar a mirarme al espejo y, poco a poco, visualizar al hombre seguro que había sido antes de enredarme en su mierda.

Esa noche Drake había insistido en que fuéramos a un *nightclub* que se inauguraba en Chelsea y, como quedaba realmente muy cerca de casa, terminó convenciéndome.

Tan pronto como llegamos, nos encontramos con Spencer en la puerta.

—No sabía que tú vendrías.

—El dueño fue uno de mis relaciones públicas, y vengo a desearle suerte.

Yo le pasé el dato a Drake, ¿no te lo dijo?

—Sí que lo hice, pero ya sabes, últimamente vive en las nubes.

—Vale, no discutáis. Tenemos pases vip; espero que no os vendáis y

cambiéis el Provocateur por Kaos.

—Olvídate —intervino Drake—, ésa es mi segunda casa.

El sitio estaba a reventar; nada más entrar, la música hip hop sonaba a toda

marcha y el amigo de Spencer nos recibió y nos guio hacia la planta superior, donde estaba la sala vip.

—Pedid lo que queráis, la casa invita, Spencer.

—Esto ha quedado genial, Joey.

—Hay muy buen ambiente —comentó Drake.

Después de verlo mejor, recordé a Joey del tiempo que había trabajado en el

Provocateur.

—¿Te gusta, Maverick?

—Está de fábula. Te felicito.

—Espero veros a menudo por aquí, no sólo para la inauguración.

—Lo intentaremos, pero, bueno, ya sabes dónde está nuestro mayor

proveedor de coños.

Los cuatro reímos ante las palabras de Drake. Muy pronto nos trajeron copas y champán, y las mujeres de inmediato se nos acercaron como moscas a la

miel.

Miré a Drake y, al poco rato, ya tenía sentada en su regazo a una morena a

la que le estaba metiendo mano sin que ella protestara.

Spencer era más comedido, pero la pelirroja que se le había sentado encima

inmediatamente reclamó su boca. La morena que se me había acercado a mí era

guapa, pero no sabía si realmente quería algo con ella.

Miré hacia el fondo y me percaté de que allí había un gran griterío; todos

parecían demasiado festivos y alterados.

De pronto una morena que apenas si podía caminar llamó mi atención:

estaba en un estado lamentable. Su figura me pareció conocida y, aunque la iluminación era muy tenue, justo un láser le cruzó la cara, dejando sus facciones

al descubierto.

—Joder...

Miré a Spencer y a Drake y comprobé que estaban demasiado entretenidos

como para ver lo que yo miraba. La seguí con los ojos y vi cómo sacaba algo de

su *clutch* y lo aspiraba.

Jo lucía perdida, y muy delgada. Me pasé la mano por el pelo sin poder creer cómo, en ese instante, se tomaba una copa de champán del tirón. Miré los

carteles y me percaté de que ella caminaba hacia el baño, así que, incluso aunque

no pudiera creer lo que estaba haciendo, me levanté sin poder evitarlo.

La seguí y, cuando estaba a punto de entrar en el baño, la detuve. Me miró

hasta que por fin su vista se centró.

—Déjame sacarte de aquí...

—Suéltame.

Podía cargarla en mi hombro sin esfuerzo y hacerlo, pero ¿cómo se salvaba

a una persona que no quería ser salvada?

—Jo, estás totalmente pasada de todo. ¿Cuánto hace que no te miras en un

espejo?

—Eres aburrido, no me interesas, Maverick, y tu polla no ha sido la mejor

que he tenido.

—Eso ya me lo dijiste, pero es obvio que ya ni siquiera recuerdas lo que hablas, porque estás todo el día drogada.

—¿Qué pasa, bebé?

Miré al idiota que se había acercado y noté que estaba tan volado como ella.

—Hamilton, cariño... —Jo se arrojó a sus brazos y lo besó delante de mí de forma lasciva; su lengua lamía sus labios groseramente.

Cuando se apartó, le dijo:

—¿Qué tienes para mí?

Él infeliz sacó un micropunto de LSD y se lo enseñó.

—¿Y tú qué tienes para mí? ¿Me darás ese coñito rico?

Era denigrante quedarme a ver cómo se entregaba por un poco de droga,

pero ésa era su elección, así que lo mejor era marcharme.

Bajé la escalera y oí que Drake me llamaba desde la baranda, pero no le hice caso. En el camino me crucé con el estúpido de Joey.

—¿Ya te vas?

—Deberías cuidar mejor el ambiente y vigilar la gente que entra aquí: la droga que se consume en la sala vip no te hará tener mucho éxito, sino problemas.

Dicho eso, salí del local y fui a por mi coche.

Conduje sin rumbo. Mi cabeza zumbaba como si fuera una coctelera. No

podía sacarme de la cabeza la imagen de Jo y las manos de ese gilipollas tocándola en todas las partes donde habían estado las mías. Aparqué de golpe y

empecé a gritar, a golpear el volante y a tirar de él intentando arrancarlo.

—¡¡Maldición, voy a volverme loco!! —vociferé sintiendo que tocaba

fondo.

Regresé a mi casa y me metí bajo la ducha. Parecía no haber manera de borrarla de mi cerebro; recordé la noche que ella cantó, mientras se quedaba dormida, esa extraña versión de *Toxic* y me di cuenta de que ella sólo se describía a ella misma en esa canción.

El sonido de mi teléfono me despertó en mitad de la noche; me había

costado mucho dormirme y por ello sólo podía sentirme fastidiado por la

interrupción.

—No puedo caminar. Ven a buscarme.

—Jo, ¿eres tú? —Miré la pantalla del teléfono mientras me sentaba en la cama. Su voz había sonado muy extraña.

—Necesito que vengas a por mí; hay demasiada droga aquí, y no quiero

morir... voy a morirme si sigo tomando lo que me ofrecen.

—Escúchame, ¿dónde mierda estás, cielo?, ¿dímelo, por favor, para ir a

buscarte?

—Es una fiesta en Queens... creo que es en Queens.

—Necesito una dirección, Jo. Envíame la ubicación por WhatsApp, cielo.

—No siento mis piernas, Mav.

—Escúchame lo que te digo... Joder, no cuelgues, sólo abre el WhatsApp y

envíame la ubicación.

—Está bien, lo haré. Me dejaste sola, no me dejes ahora también.

—No lo haré, Jo, lo prometo, cielo; envíame tu ubicación por WhatsApp.

Mientras hablaba con ella fui vistiéndome. A través del teléfono me

llegaban voces y música, así que no había cortado. De pronto entró un mensaje

de WhatsApp en mi teléfono y agradecí que Jo hubiese podido hacerlo, ya tenía

un sitio donde ir a buscarla. Bajé las escaleras de mi apartamento de dos en dos,

ella no se oía nada bien.

—Maverick...

—Estoy aquí, cielo, estoy contigo, no te dejo; voy a buscarte, no tomes nada más de lo que te den. ¿Me oyes?

—Sí, pero apresúrate, porque no sé cómo voy a hacer para decir que no; hay demasiado y es muy tentador, hay de todo.

Llegué a la casa en Queens y era un antro. No sabía cómo me lo haría para

entrar, pero me dije que lo más probable era que todos estuvieran tan pasados que nadie notaría mi presencia.

Lo dicho, entrar fue mucho más fácil de lo que pensaba. Mierda, era un lugar deleznable. De pronto vi a Jo, desnuda, tirada en una cama, así que me acerqué a ella.

—¿Dónde está tu ropa, Jo?

—Has venido, lo has hecho...

—¿Dónde está tu ropa, cielo? Céntrate en lo que te pregunto, tenemos que

salir de aquí cuanto antes.

—No sé, quiero irme.

—¡Joder!

Me saqué por la cabeza la sudadera que llevaba puesta y se la coloqué; en

su mano estaba su móvil, así que me lo metí en el bolsillo y, cuando estaba saliendo, vi su *clutch* tirado bajo la cama, así que lo recogí también. La cargué sobre mi hombro y empecé a andar con ella a cuestas. Por suerte nadie nos prestaba atención; lo que menos quería, con ella en ese estado, eran más problemas.

No quería que la vieran así en mi casa, así que la llevé a uno de los apartamentos que antiguamente usaba de picadero; allí nadie se extrañaría de

que entrara con una mujer.

La acosté en la cama y me senté junto a ella. No sabía qué cojones hacer,

así que fui al baño y empecé a llenar la bañera. Jo no dejaba de llorar.

—Cálmate, cielo.

Cuando estuvo llena, me quité la ropa y luego le quité la sudadera a ella y la

metí conmigo en el agua.

—Estoy contigo, no llores más.

—No me dejes, Maverick; no me dejes, por favor.

—No lo haré, no lo haré, pero tienes que calmarte.

—Necesito dejar de hacer esto, no puedo seguir así, ya no puedo con mi vida.

—Lo sé, buscaremos ayuda.

—Llévame con el doctor Germaine.

—Te llevaré; iremos cuando te tranquilices.

La sostuve todo el tiempo contra mi pecho, hasta que el efecto de la mierda

que había ingerido empezó a bajarle. El agua estaba fría, pero sabía que eso era

lo que la acabaría de traer a la realidad.

Finalmente la saqué de ahí y la envolví en una toalla; luego la sequé y la acosté en la cama.

Mientras ella dormía, llamé al doctor Payne. Sólo esperaba que, cuando

despertase, siguiera con la misma intención de buscar ayuda.

No quería dejarla sola, pero necesitaba conseguirle ropa, y estaba casi

seguro de que dormiría durante unas cuantas horas más, así que me fui hasta una

zona de tiendas y le compré ropa interior, zapatillas, vaqueros y una camiseta; también una chaqueta liviana, por si se despertaba destemplada.

En el camino de vuelta, compré el desayuno en un Starbucks y después me

fui al apartamento.

TREINTA Y DOS

Joss

Me despertó el sonido de una puerta que se abría. No sabía dónde estaba, pero

era bastante normal despertarme en lugares a los que no recordaba cómo había

llegado.

De pronto él apareció tras la puerta y mi corazón se detuvo dentro de mi pecho.

—Te he traído algo para desayunar, y ropa.

Él evitaba mirarme a los ojos.

Se sentó a mi lado y yo me senté en la cama; estaba desnuda, así que me cubrí con la sábana.

—¿Este apartamento es tuyo? ¿Dónde estamos?

—En el edificio donde antes vivía Nicole, en Brooklyn. Te traje aquí

porque no hay conserje; no quería que nadie te viera en el estado en el que estabas.

Estiré mi mano y cogí la suya.

—No puedes mirarme a los ojos. Me lo merezco.

—No puedo mirarte porque tengo ganas de ponerte sobre mis rodillas y

darte azotes, Jo. Los azotes que estoy seguro de que de niña jamás te dio Pete.

Levantó su vista lentamente y me observó con su mirada penetrante.

—No sé cómo haré para sacar de mi mente lo que vi anoche en esa casa. Jo,

estoy a punto de volverme loco por tu causa.

—Anoche te llamé, ¿verdad? —Él asintió—. Lo recuerdo vagamente, pero

sé que, cuando lo hice, fue porque sentí que había tocado fondo.

—Vas a morirte, Jo. ¿Es eso lo que quieres?

Negué con la cabeza.

—He llamado a Germaine. Tiene una plaza para ti aquí en su clínica para mujeres, en Long Island City. Necesitas internarte.

—Lo sé.

—Tienes que cancelar todos tus compromisos laborales.

—No tengo ninguno.

Él negó con la cabeza, pero no dijo nada. De todas formas, ya sabía lo que estaba pensando: nadie quería contratar un problema y todos habían dejado de llamarme.

Maverick

Había pasado un mes desde que había dejado a Jo internada en la clínica de

rehabilitación. Durante ese tiempo ella no había podido recibir visitas y por fin

iba a empezar a tenerlas. En la lista de quien quería que fuera a verla estaba mi

nombre y el de su padre, así que fui esperando encontrarme con él, pero al parecer las visitas se pactaban para que no todas fueran en el mismo día.

Cuando llegué, sus ojos se iluminaron al verme.

—Gracias por venir. Me dijo el doctor Germaine que llamabas a diario.

—Te prometí que no te dejaría, estoy yendo a terapia también.

—Ayer estuvo aquí mi padre. Y también decidí contárselo a Chiara, así que

el doctor Payne la ha llamado hoy; mañana vendrá a verme.

»Me salvaste, Maverick.

—No, tú te salvaste a ti misma la noche en que me llamaste, yo sólo fui quien te tendió una mano.

—Yo, no sé cómo decirlo, pero me enamoré de ti y cuando me di cuenta de

que tú... te habías ido, caí en una espiral de la que no supe salir.

—Me siento culpable.

—No te lo digo para eso.

—No, es que me siento culpable porque yo creí que tú no querías una

relación conmigo: te oí negarme en la playa con tu padre y enloquecí, no supe manejarlo.

»Tal vez, cuando salgas de aquí, podríamos intentarlo de nuevo.

—Ya hablaremos, no quiero que sea por lástima.

—No es así, Jo... no he podido olvidarte. Lo intenté, pero no pude. Pero hay

muchas cosas que son difíciles de aceptar, y que tengo que aprender a perdonar.

Yo... no puedo sacar de mi mente las imágenes de la noche en que te fui a buscar.

—Entiendo.

—Sin embargo, lo que siento es demasiado fuerte como para pasar de ti.

TREINTA Y TRES

Maverick

Transcurrieron tres meses mientras el cuerpo de Jo se desintoxicaba en la clínica,

y ese día le reducían por fin el tratamiento, lo que suponía un plan menos extremo, como paciente ambulatorio.

Jo estaba asustada. Chiara y yo la habíamos ido a buscar; ella iba a

quedarse en casa de su amiga.

Nicole y Luka estaban saliendo de diez mil problemas que habían tenido y

que los había llevado a separarse, así que habíamos preferido no contarles la verdad. Nicole creyó que Joss estaba en casa de su padre durante todo ese tiempo, y como su embarazo estaba muy avanzado, no quisimos que se

angustiara por nada. De todas maneras, ahora que Jo salía de su ingreso, buscaría

la forma de explicarle todo por lo que había pasado.

Poppy, por su lado, se había ido a vivir con sus padres, al parecer su madre

estaba enferma.

—¿Seguro que estaréis bien?

—Sí, nosotras nos apañamos. Gracias por ayudarnos a cargar las maletas de

Jo.

—Me mandaréis mensajitos...

—Sí, claro.

—Cualquier cosa que necesitéis, llamadme.

—Sí, Maverick, quédate tranquilo, que además tengo registrados todos los

teléfonos: los de su padrino, los del centro y los del doctor Payne.

—Yo también —aseveró Jo.

Me alejé de ellas a regañadientes; la hubiera metido en mi coche y la

hubiera llevado a mi casa conmigo, pues estaba seguro de que con nadie estaría

mejor, pero el doctor Payne nos había aconsejado que fuéramos lentamente con

lo que quisiéramos tener a partir de la salida de Jo de la clínica.

Con terapia, yo había superado mi animadversión y había logrado aceptar

que ella no había obrado consciente de sus actos. Incluso, si nos decidíamos a continuar con la relación que habíamos intentado tener en el pasado,

empezaríamos a hacer terapia juntos.

Joss

Hacía dos semanas que había salido de la clínica y poco a poco me

empezaba a sentir más normal.

Mi apartamento de Park Avenue estaba en venta; no era bueno regresar a

los sitios donde recordaría mis viejos hábitos, así que Pete me había comprado otro; no obstante, aún no estaba preparada para vivir sola, así que seguía en casa

de Chiara. Mi padre, a raíz de mi ingreso para la rehabilitación, también había entrado en un programa de desintoxicación; él y mis tíos se habían puesto de acuerdo y todos estaban yendo a terapia, al parecer los integrantes de The Nine

estaban dispuestos a dejar atrás los excesos.

—¿Cómo me veo?

—Estás hecha una diosa.

—Tengo miedo de que no resulte.

—Resultará, Maverick está muerto de amor por ti. Todavía me cuesta creer

que vosotros estuvisteis juntos y no nos dimos cuenta.

—Tal vez, si lo hubiera aireado, no habría pasado todo lo que después pasó.

—No es tiempo de lamentaciones y mucho menos de ponerse a mirar atrás;

hay que mirar hacia delante y empezar a construir un futuro mejor.

Asentí con la cabeza, cuando mi teléfono vibró en mi mano.

—¿Es él?

—Sí, me avisa de que me está esperando abajo.

—Bien, ve y disfruta tu noche.

Cuando llegué a la planta baja, Maverick estaba de espaldas a mí; tenía una

mano en el bolsillo y se pasaba la otra por el pelo, lo que indicaba que estaba nervioso.

Algo le hizo darse media vuelta y nuestras miradas se encontraron. Él agitó

su cabeza, lo que me hizo vacilar levemente; aunque poco a poco iba

recuperando a la Joss que confiaba en sí misma, Maverick siempre lograba que

el suelo que pisaba se pusiera a temblar.

Cuando me acerqué, me besó castamente en los labios; él aún era

demasiado correcto, pero esperaba que muy pronto fuera tal como lo había conocido. Estaba harta de que me tratara entre algodones.

—Estás preciosa.

—Tú estás muy guapo también.

—¿Estás preparada?

—¿Para qué?

—Para que te folle durante toda la noche.

Un gemido se escapó de mi boca.

—Es lo único que estoy deseando —le contesté con convicción.

Cuando entramos en su apartamento de la calle Greenwich, me sorprendió

ver la mesa puesta en el comedor de su casa.

—Había planeado una noche diferente... quería agasajarte con una buena

cena, que he preparado yo mismo, pero... cuando te he visto enfundada en ese vestido rojo, lo único que he pensado ha sido en quitártelo.

—Deja de hablar y ponte a trabajar, entonces.

—Joder, Jo, mira cómo me tienes.

Me cogió de la mano y me hizo palpar su bulto.

Oh, sí, el Maverick que hablaba sucio y sólo pensaba con la polla al parecer

había regresado; sólo habían hecho falta un vestido de Versace y unos Louboutin

de infarto para traerlo de regreso.

De inmediato sus labios cayeron sobre los míos; su lengua invadió mi boca

tanto como pudo y nada parecía suficiente.

Nuestras manos arrancaron nuestra ropa tan rápido como pudieron.

—Estás tomando la píldora, ¿verdad?

—Sí y todos mi ETS han dado limpios.

Lo siguiente que supe es que él me tenía ensartada con su polla.

—Sí, cielo, esto es mejor de lo que lo recordaba.

Sus caderas se movían frenéticamente, chocando con mi culo; estábamos

sentados en el sofá de la sala, y yo lo cabalgaba de espaldas a él; mientras él me

penetraba desde atrás, su mano me frotaba el clítoris... y ambos sabíamos de antemano que no duraríamos mucho, así que sólo anhelábamos llegar, juntos o separados, pero llegar; luego ya tendríamos oportunidad de tomarnos más

tiempo, teníamos toda la noche por delante.

Un rato después estábamos en el dormitorio de Maverick, y ya lo habíamos

hecho por segunda vez.

—Me muero de hambre —le dije.

—Quédate aquí, no quiero que salgas de mi cama; traeré algo para que

comamos.

* * *

Las siguientes semanas nos las pasamos follando como conejos. Cada vez que él tenía un momento libre en el día, se pasaba por su

apartamento para empotrarme en cualquier lado. Incluso ya casi ni iba a casa de Chiara, pues me

pasaba más tiempo en su casa que en cualquier otra parte.

—Vámonos a Quogue, ¿tienes ganas?

—Siempre tengo ganas de cualquier cosa que sea contigo —contesté sin

vergüenza.

En menos de dos horas estábamos llegando a la casa de la playa. Nos

tiramos en la piscina, y más tarde entramos en el mar.

Finalmente, por la noche regresamos a Manhattan, pues Maverick tenía

asuntos pendientes en el trabajo y yo al día siguiente tenía terapia; además, por

la noche debíamos asistir a una gala en la que iban a premiarlo como el mejor arquitecto del año.

Me sentía tan orgullosa de él...

Nuestros amigos aún no sabían que estábamos saliendo; en realidad, lo que

antes nos había separado, ahora nos mantenía sumergidos en una burbuja en la que únicamente nos teníamos el uno al otro. La única que lo sabía era Chiara, pero nos guardaba el secretito, aunque después de esa noche sería un poco difícil

de guardar.

Estaba lista, Maverick me esperaba abajo. A pesar de que estaba

emocionada porque iba a acompañarlo, no podía evitar estar nerviosa. La salida

de esa noche iba a ser todo un desafío, ya que a mi alrededor habría cientos de

camareros con bandejas ofreciéndome champán cada dos por tres. Pero me

sentía fuerte como para no tentarme. No había motivos para hacerlo, sino todo lo

contrario.

Desde que había llegado de la consulta esa tarde que no veía la hora de regresar de la gala para darle la noticia a Maverick; me moría de ansias por ver

su cara cuando se enterase... pero aún me tenía que aguantar unas horas más.

Me miré en el espejo por última vez y me sentí muy atractiva con mi

vestido negro de fiesta.

—En la necesidad está el morbo, y en el morbo está el placer absoluto —

me dije repitiendo la frase que Maverick a menudo usaba cuando me follaba.

Sería una noche larga, pero el morbo de la espera no haría más que

provocar que el momento fuera más fantástico.

Bajé la escalera y él se volvió a mirarme cuando me oyó, y casi me caigo de

culo cuando lo vi enfundado en ese esmoquin negro, que le quedaba como si

fuera un modelo de revista.

Se acercó hasta la escalera y me tendió una mano.

—Espero que tu pintalabios sea permanente, porque no me aguantaré las

ganas de besarte.

Me comió la boca literalmente, pero no me importó; era una noche única y

quería disfrutar cada instante.

—¿Estás lista?

—Del todo.

Me ofreció su brazo y enganché mi mano en el hueco que me tendió.

TREINTA Y CUATRO

Maverick

Estábamos de regreso en casa. Dejé mi premio sobre la mesa de la entrada y de

inmediato me dispuse a quitarle el vestido a Jo. Realicé una anotación mental mientras lo hacía: la próxima vez que tuviéramos una gala, alquilaría una limusina para follármela en el camino.

Después de esa velada había aprendido que conducir de regreso era una

tortura porque no me permitía meterle mano.

Tan pronto como entramos, me empujó contra el sofá y al final terminamos

cayendo al suelo. Jo ya estaba a horcajadas sobre mí y aún no había alcanzado a

quitarle nada. Ella hurgaba en mi bragueta, para liberar mi erección, y estaba por

conseguirlo cuando las piernas de una mujer se pusieron en mi campo de visión.

Ambos saltamos por el susto.

—Aaaaah... —gritó Jo—. ¿Y ésta quién mierda es?

—Veo que no te ha dicho nada... Mi nombre es Gina Gabino, soy su

prometida.

—¿Qué?

—No, Jo, déjame explicártelo.

Intenté detenerla, pero fue en vano.

—Si sales por esa puerta, mi padre destripará al tuyo; está furioso contigo.

—Teníamos un acuerdo —chillé mientras intentaba llamar a conserjería

para que interceptaran a Jo—. ¡Qué mierda haces presentándote en mi casa y diciéndole a mi novia que tú eres mi prometida, ¿acaso te has vuelto loca?!

—Tú lo has dicho: teníamos un acuerdo, y el acuerdo era ser discretos, y esta noche te has salido por completo del acuerdo.

—Pues yo no te controlo la forma en que tú te encuentras con tu novio mafioso que, además, es el hijo del enemigo número uno de tu padre. Déjame atender.

—Lo siento, señor, pero no he podido detenerla. Ha cogido un taxi y se ha

ido.

—Mierda.

Colgué y marqué el número de Jo, pero no me lo cogía, así que le envié un texto.

Maverick: No es cierto, Jo; déjame explicártelo.

—No te gastes en explicar lo que no tiene explicación: esta noche mi padre

se ha encargado de hacer llegar a todos los periódicos que tú y yo nos comprometimos. Salimos monos en la fiesta ficticia en casa, ¿no? —Me enseñó

la impresión de la foto que iba a salir en los periódicos.

—No, esto no puede ser cierto...

—Sí, lo es, y te aseguro que Ciro está como loco.

—Me importa una mierda todo, tú, tu padre, el mío, la guerra entre los Asaro y los Gabino. Mataos como más os guste, pero no vais a

arruinarme la vida a mí, y mucho menos a Jo.

Marqué el número del móvil de Chiara y lo cogió al cuarto tono.

—¿Sucede algo, Maverick? Es tardísimo.

—Sí, Jo y yo hemos discutido y se ha ido de casa. Oye, intenta encontrarla;

temo por lo que pueda hacer.

—Me ocupo y te aviso en cuanto la localice. Llamaré a su padrino de

adicciones también y le diré que la llame en el caso de que no me conteste a mí.

—Gracias.

Colgué y fulminé a Gina Gabino con la mirada.

—Fuera de mi casa, fuera, ya mismo, y no te atrevas a volver a entrar cuando yo no estoy. Por cierto, ¿cómo mierda lo has hecho?

—Soy la hija de Paschal... mi padre es un mafioso, ¿lo has olvidado?

—¿Por qué andas vestida así, y con esas gafas y esos *brackets* ficticios?, estás hecha un esperpento.

—Te he venido a ver a ti, no a Ciro.

—Bueno, me importa una mierda, como ya te he dicho, fuera de mi casa.

—En vez de echarme deberías estar agradecido de que haya viajado desde

Los Ángeles a ponerte sobre aviso.

—No me ayudes tanto.

* * *

Hacía una semana que Jo se había marchado y estaba a punto de enloquecer; en ese momento entendía a Luka mejor que nadie cuando Nicole desapareció, para colmo llevándose a su hijo en su vientre. Mi amigo del alma no se volvió loco de milagro.

Al menos yo corría con ventaja: sabía que estaba con su padre, pero los miembros de The Nine habían levantado barricadas para que no pudiera acceder

a ella. La única esperanza que me quedaba era esperar a que la semana siguiente

se presentara en el casamiento de Luka y Nicole; según Chiara, pensaba hacerlo,

puesto que era una de las damas de honor.

* * *

El día de la boda de nuestros amigos había llegado y Jo finalmente había venido, pero se las había ingeniado para evitarme durante todo el día. Sin embargo, en la fiesta no tendría escapatoria.

* * *

Estábamos en el hospital, esperando noticias de Nicole y su hijo; todo era un verdadero desastre, y bastaba con ver mi ropa y la Luka para deducir que ninguno de los dos lo lograría, estábamos empapados con la sangre de Nic.

Cuando estaba entrando a la ceremonia, empezó a sufrir una hemorragia y en ese

momento ella y el bebé estaban en cirugía.

Por suerte no me había detenido a pensar ni dos segundos cuando la vi

desplomarse y de inmediato, entre Luka y yo, la levantamos para meterla en mi

coche y traerla al hospital.

* * *

Cuando ya supimos que Nicole y el niño estaban fuera de peligro, intenté hablar con Jo, pero fue imposible hacerlo: ella se cuidó muy bien de no quedarse

sola y, cuando quise darme cuenta, los días pasaron y ella regresó a Los Ángeles.

Maldita mujer del demonio, que era más terca que una mula.

Al menos estaba tranquilo porque no había vuelto a sufrir una recaída en sus adicciones. Finalmente decidí viajar a Los Ángeles y, aunque terminara arrestado por acampar frente a la mansión de The Nine, lo haría hasta que lograra que ella me escuchase.

* * *

La frustración era mi mejor aliada, pues siempre parecía llegar tarde a todas

partes. Jo había partido, junto con la banda de su padre, en una gira interminable

y ellos no permitían que pudiera alcanzarla. Incluso estaba seguro de que Jo no

sabía que yo iba tras ella.

TREINTA Y CINCO

Joss

—¿Qué sabes de mi madre?

—¿Por qué debería saber algo yo?

—Porque siempre estuviste junto a mi padre y sé que tú la conociste.

—Antes nunca te había importado saber de ella, recuerdo incluso a Pete

intentando darte datos y tú negándote a ello. Deberías preguntarle a él, si quieres saber. ¿Cuál es el motivo de que hayas cambiado de opinión?

—Supongo que estar embarazada me ha hecho pensar en ella; seré madre

en sólo dos meses —toqué mi abultada barriga— y no puedo entender cómo mi

madre pudo dejarme. Yo seré para mi pequeña todo lo que ella nunca fue para mí, ella nunca vivirá lo que yo viví. —Me acaricié nuevamente el vientre; mi hija era mi salvación en todos los sentidos, ella era mía—. Jamás seré una madre

ausente. —Levanté la vista y miré a Isla—. Pete no hablará si le pregunto; hace

mucho que extirpó de nuestras vidas a quien me engendró. Como bien dices, tuve la oportunidad de saber una vez y la rechacé; ahora no volverá a ese punto,

porque él también se protege de los recuerdos.

—Pregonas mucho pero eres una hipócrita, porque permitirás que tu hija

crezca sin un padre a su lado. Es un poco egoísta y contradictorio lo que deseas

para tu niña, pues huiste de Nueva York para que él no se enterase de su existencia.

—Ése no es tu problema.

—Claro, olvidaba que eres una Burns y los Burns sólo aceptan oír lo que les gusta escuchar. Estás hecha a imagen y semejanza de tu padre, no se puede

negar, y él que te disculpa en todo; vosotros dos no terminái s de aprender de los

errores cometidos.

—¿Por qué nunca formaste una familia? ¿Por qué te quedaste al lado de la

banda, dejando pasar tu vida de largo?

—No me siento una mujer acabada, si es eso lo que estás queriendo

hacerme sentir. Estás enfadada e intentas herirme a mí, pero, entérate: a mis sesenta años aún me siento atractiva.

Era cierto, Isla tenía sesenta, pero aparentaba cuarenta; era guapa, alta, rubia... aunque por entonces lo fuera por el tinte que le daba a su cabello, siempre había tenido el cabello tan dorado como el trigo. Además, tenía los ojos

verdes más bellos que alguna vez había visto... bueno, eso no era cierto, los de

Isla eran verdes, pero los de Maverick eran intensamente verdes y mucho más bonitos.

Agité la cabeza para deshacerme del recuerdo.

—Pete nunca te dará el lugar que quieres a su lado.

Se me quedó mirando, mientras yo le hincaba el puñal un poco más.

—No busco ningún lugar al lado de Pete. La vida me ha enseñado que no

siempre es efectiva esa frase que dice que si lo deseas demasiado, se cumplirá.

Ay, niña, la verdad es que, cuando quieres, puedes ser bien perra, a eso no hay

quien te gane.

Isla se levantó y se fue hacia la parte de atrás de la caravana.

Sin duda tenía razón, mi comentario había sido odioso, pero de alguna

forma había querido ser insidiosa por lo que ella me había restregado.

—¿Por qué le hablas así a Isla?

—Porque soy una perra, como ella ha dicho. ¿Para qué me preguntas si por

lo visto nos has estado escuchando?

—Quizá sea tiempo de que tú y yo hablemos. Se supone que hoy es el

último recital de la gira, así que es una buena oportunidad para hacerlo.

Pete empezó a fantasear con sus antiguas historias, pero luego me di cuenta

de que estaba contándome la historia de cómo había conocido a mi madre. Él nunca hablaba de ella, ni bien ni mal. Cuando era pequeña, y más curiosa, cada

vez que le preguntaba, se las ingeniaba para cambiar de tema. Una sola vez, cuando yo ya tenía edad suficiente como para entender y para odiar, me gritó drogado y borracho que ella nos había dejado, que nos había abandonado, y ésa

fue la única vez que habló.

Luego, como había mencionado Isla, en cierta ocasión que salió de uno de

sus ingresos quiso darme información de ella, pero yo no quise saber nada.

—Uno puede olvidar un amor que le hizo daño, pero no al que lo dio todo

por amor, incluso su vida.

—¿Qué has dicho?

—Lo que has oído, y no estoy ni drogado ni bebido; sabes que hace tiempo

que estoy limpio, desde que me enteré de que tendría una nieta.

»Tu madre no nos abandonó porque quiso, si no porque no tuvo otra

opción: eras tú o ella, y ella te eligió a ti. Tu mamá murió cuando te dio a luz.

Abrí mis ojos como platos. No podía ser verdad lo que me estaba contando.

No podía haber odiado más a una persona a la que tendría que haber venerado.

—¿Cómo has podido mentirme durante toda la vida? —le grité sin darme

cuenta de que estaba llorando.

—Porque ella me lo pidió y, además, cuando me decidí a contártelo, tú no

quisiste saber nada y evitaste que rompiera la promesa que le había hecho. Tu mamá quería que vivieras feliz, sin que te sintieras culpable por su muerte, por

eso me obligó a prometerle por nuestro amor que jamás te lo diría.

Empezamos a discutir; yo gritaba sin parar y lloraba sin escuchar ninguna

de sus estúpidas explicaciones.

—Definitivamente la droga y el alcohol han matado todas las neuronas de

tu cerebro, papá.

Al final logré calmarme y dormirme en mi litera aferrada a su mano y con

su cabeza apoyada en mí.

Mi padre y yo estábamos más unidos que nunca; incluso, en el disco de

despedida de The Nine, había accedido a grabar una canción junto a él y otra como solista, siendo mi versión de *Bird set free* primera en todos los *ranking*.

La ruta, esa noche, se había vuelto interminable, parecía que no íbamos a llegar nunca a Las Vegas. Era el día del último recital, en el casino-hotel MGM,

y la ansiedad no escapaba a nadie.

De pronto, todo comenzó a girar y empecé a sentir que caía en un gran agujero negro que no tenía final.

TREINTA Y SEIS

Maverick

Estábamos cenando en casa de Luka, cuando mi teléfono empezó a sonar.

—Madeleine, qué sorpresa.

—¿No has visto las noticias?

—¿Qué ha pasado?

—The Nine ha sufrido un accidente; la caravana en la que viajaban ha

volcado en plena ruta, llegando a Las Vegas.

Me levanté de la silla como un resorte y creo que con el aspecto de un muerto, porque todos se me quedaron mirando.

—¿Cómo está Jo? —pregunté con un hilo de voz, temiendo lo que me

pudiera decir.

—No han dado ningún nombre aún, pero hay víctimas mortales y hablan

también de heridos muy graves. Lo siento, cariño, es lo único que por el momento dice la televisión.

—¿Qué pasa, Maverick? —me preguntó Luka.

Estaba consternado y las palabras no salían de mi boca.

—¿Maverick, qué ocurre? —me preguntó esta vez Chiara, zarandeándome

—. He oído que has nombrado a Joss.

La miré, pero continuaba sin poder hablar.

Eché un vistazo a nuestro alrededor y vi a los niños jugando, así que me dirigí a Drake.

—Llévate a los críos arriba, no quiero que se asusten. —Sabía que, tan

pronto como dijera media palabra de lo sucedido, los llantos iban a aflorar.

—Mierda, Maverick, ¡habla de una puta vez, los niños ya no están! —me

exigió Nicole.

—Los componentes de The Nine han tenido un accidente, la caravana ha

volcado y hay muertos.

Nicole y Chiara enloquecieron, y no era para menos. Luka abrazaba con

fuerza a su mujer, intentando calmarla, y Spencer hacía otro tanto con Chiara.

Mientras, yo hice lo que nunca pensé que haría, pedirle un favor a mi padre.

—Ethan, necesito un favor. Supongo que ya te has enterado del choque que ha sufrido The Nine; necesito que uses tus contactos del medio y que me consigas información. Haz algo por mí una vez en tu puta vida, porque estoy muriéndome ahora mismo por saber cómo está ella.

—Te llamo apenas sepa algo.

Él colgó, y entonces Luka dijo:

—Tranquilicémonos todos. Ahora mismo pido que preparen el avión y nos

vamos a Las Vegas, calma.

Antes de que despegáramos de Nueva York, Ethan había conseguido la

información que la prensa aún no manejaba: los muertos eran el conductor y dos

roadies; * además, había varios heridos que estaban en estado grave, incluida Jo...

y su bebé.

—¿Vosotros sabíais que estaba embarazada?

—No —negaron ambas amigas.

—Chiara, no me mientas.

—No lo sabía; te lo prometo, Maverick.

Había pasado de mí, había podido hacerlo, mientras yo seguía persiguiendo

un imposible.

—Esperemos a llegar; sé cómo está trabajando tu cerebro, te conozco —

dijo Luka mientras se sentaba a mi lado en el avión.

Asentí levemente con la cabeza, pero mis engranajes no dejaban de

funcionar.

Cuando llegamos al hospital, el cordón policial era imposible de traspasar.

Los fans de The Nine habían enloquecido y la entrada era una gran avalancha humana, pero mi amigo era el hijo de puta más hábil para sobornar a la gente y

que nos dejaran entrar; Luka simplemente era el mejor negociador que había conocido en mi vida.

Cuando entramos en la sala de espera, lo primero que vi fue al hijo de puta

del exrepresentante de Jo.

—¿Qué mierda haces tú aquí, pedazo de basura?

Le lancé un puñetazo que no logré conectar porque Luka y Drake llegaron a

atajarme.

—Ahora vienes a hacerte el preocupado, cuando dejaste que se hundiera en

la droga y el alcohol.

—Si mal no recuerdo, ése fuiste tú, no yo. Ella lloraba por ti, no por mí —

me replicó.

Quise volver a golpearlo, pero no me soltaban.

—Calmaos o salid todos de aquí.

»¿Quién mierda eres tú? —me preguntó el idiota que había lanzado el

ultimátum.

—¿Quién mierda eres tú? Tampoco te conozco.

—Es el representante de Pete —me informó Chiara—. Cálmate, Maverick,

o nos sacarán fuera.

Otro hijo de puta más que había vivido de los escándalos y de los éxitos de

Pete, pensé, pero me mordí la lengua.

—Hola, Mason, ¿me recuerdas?

—Sí, eres la amiga de Josephine.

—¿Cómo están? ¿Qué se sabe?

—Tu amiga y su bebé, aparte de los muertos, dos *roadies* y el conductor, son los que se han llevado la peor parte. Los demás presentan golpes y fracturas,

pero están fuera de peligro. Pete está sedado porque entró en crisis cuando se enteró de la gravedad de Josephine.

—¿De siete meses estaba Joss, verdad?

Chiara era muy hábil y estaba averiguando lo que todos presentíamos, que

ese bebé era mi hijo.

—No, de seis, creo que dijo el médico.

—Me voy —anuncié al oír eso y hacer un cálculo de fechas.

Luka me agarró del cuello y me llevó lejos.

—O te calmas o el que te va a patear el culo voy a ser yo. El tipo acaba de

decir *creo*, no ha asegurado nada... y, además, por más que ese bebé no sea tu hijo, la que se está debatiendo entre la vida y la muerte es la mujer a la que amas.

—Hace seis meses que no tengo vida, y resulta que ella salió de mi casa y

se acostó a saber con quién.

Las horas pasaban y pasaban y tres de los integrantes de The Nine fueron dados de alta; sólo quedaban internados Pete, Álex Ferre, uno de los guitarristas,

y Jo y el bebé, que ya sabíamos que era una niña.

Al no ser familiares, nadie nos quería dar información, pero después de

vernos durante tantas horas allí fuera, el personal de la UCI empezó a apiadarse

de nosotros.

—¿Chiara es alguna de ustedes dos?

—Soy yo.

—La señorita Burns ha reaccionado y ha preguntado por usted, así que

puede entrar.

Joss

—Aquí estoy, cariño.

—Sabía que estarías fuera.

—No hables. Es obvio que iba a venir, Luka nos ha traído a todos en su avión. Conozco esa mirada; sí, él también está aquí...

—Me han dicho que Pete está bien, al igual que el resto de mis tíos,

también Isla... pero no me han dicho cómo está Mía.

—¿Mía?

—Mi hija, Chiara.

—¿Cuándo pensabas decirme que ibas a ser madre? O mejor debo

preguntar ¿por qué no querías que lo supiera o quién no debía enterarse?

—No es suya.

—¿Estás segura?

—¿Ya se ha casado?

—¿Quién? ¿Maverick?

Asentí con la cabeza.

—Tu pregunta es muy graciosa. La única que podrías atraparlo eres tú, y no

lo quieres ni a mil metros de distancia.

—Dime algo sobre el estado de Mía...

—Está luchando, pero al parecer es un poco pequeña.

—Ve a verla.

—Su padre debería ir a verla.

—No es de él.

—Basta, Joss, no me mientas más o te juro que me voy a la mierda.

Maverick

Chiara salió y todos nos abalanzamos sobre ella.

—Tiene hematomas por todo el cuerpo, está débil, presenta una fractura en

el fémur, pero está bien... Toma —me entregó una tarjeta que decía

«autorizado»—. Ve a averiguar cómo está tu hija.

—¿Qué?

—Desde que me he enterado de que estaba encinta, nunca he tenido dudas de que tú eras el padre, espero que tú tampoco.

—¿Es mía?

—Sí, y ése es el nombre de tu hija, Mía... y además es tuya.

—Ve, idiota, ¿a qué esperas? Madura —me apremió Drake mientras me

golpeaba la espalda y Spencer me empujaba para que me moviera.

Miré a Luka y él sentenció:

—Te lo dije.

* * *

Era hermosa, frágil, pequeña, pero estaba seguro de que lo iba a lograr; estaba dentro de una incubadora, y apenas me la mostraron fue amor a primera

vista, como lo había sido con su mamá.

—Hola, cielo, soy tu papá.

—Nos han dicho que ha llegado el padre de Mía —dijo la enfermera.

—Sí, soy yo.

—Muy bien, siéntese ahí y póngase esta bata. En este hospital utilizamos el

método madres canguro con los prematuros, ya que hemos comprobado que

tiene múltiples beneficios. Póngase semiinclinado, le colocaré a Mía sobre el pecho; ya que su madre no puede hacerlo, le toca el trabajo

a usted.

—Oh, no... se me caerá, es demasiado pequeñita.

—No, hombre, eso no ocurrirá. Usted no dejará caer a su hija, aunque

termine entumecido, eso se lo aseguro.

La enfermera puso a la niña sobre mi pecho y luego la tapó y se dispuso a

explicarme algunos de los beneficios.

—Esto hará que la criatura tenga mejor termorregulación y acelerará la

adaptación metabólica, incluso disminuirá el riesgo de infecciones. Le reducirá la estancia hospitalaria y los episodios de apnea, y además aumentará su confianza como padre.

* * *

Me había pasado dos horas en cuidados neonatales, y luego entré a ver a Jo.

Tan pronto como me vio, se arrancó a llorar.

—Shh... cálmate. Acabo de ver a Mía: se pondrá bien, es una luchadora, como su madre.

La siguiente hora la pasé relatándole todo lo que no me dejó explicarle antes de Gina Gabino. Le conté el arreglo que ella y yo teníamos para que su padre creyera que estábamos juntos y le perdonase la deuda a mi padre, también

le dije que le pagué a Paschale hasta el último céntimo, y que le había dicho que

era lo único que conseguiría de mí, puesto que ni loco me iba a casar con su hija.

Le expliqué, también, que con Gina habíamos ideado ese engaño porque ella estaba enamorado del hijo del principal enemigo de su padre y que había mantenido en secreto todo, porque no quería mezclar a ella ni a nadie con ese tipo de gente con el que Ethan se había enredado.

—Lo siento... siempre estás teniendo que perdonarme cosas.

—Tú también a mí; tengo que aprender a hablar a tiempo y no cuando es demasiado tarde.

»Le he sacado fotos a Mía para que la conozcas.

—Se parece a ti.

EPÍLOGO

Joss

—Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz, te deseamos Mía, cumpleaños feliz.

—Vamos, hija, apaga las velitas con papi.

Lo habíamos logrado. Después de miles de idas y vueltas, después de

mucho perdón y de muchas explicaciones, lo habíamos hecho. Aún quedaban

muchas cosas por sanar, porque no éramos perfectos, pero ambos nos habíamos

devuelto el corazón, y ya no teníamos que vivir con un agujero en el pecho a causa de la falta del otro.

Mía era nuestro gran milagro y, por encima todo, quien nos enseñaba cada

día a ser mejores y más tolerantes.

Nunca creí que ser madre fuera tan maravilloso, nunca creí que podría creer

que merecía una vida como la que en esos momentos tenía.

Los veía juntos, riendo, y volvía a enamorarme de ambos; mi hija y mi

hombre eran perfectamente armoniosos.

—Ven aquí, Jo, necesitamos una foto familiar de los tres.

—Somos cuatro, no dejéis fuera al abuelo.

Tan pronto como Pete se acercó a Mía, ésta se echó en sus brazos, y

Maverick ya estaba resignado a eso; ella lo adoraba, y no resultaba extraño, pues

mi padre tenía ese don de fascinar a la gente, y su nieta no era la excepción.

—¿Qué pasa?

—No puedo creer que tú y yo, finalmente, hayamos formado una familia, y

que ahora estemos aquí, rodeados de nuestros amigos y familia, celebrando el primer cumpleaños de nuestra hija.

—¿Te he dicho ya cuánto os amo?

—No lo recuerdo…

—Mentirosa, y aprovechada.

Me desentendí de Mía, pues estaba en los brazos de mi padre y disfrutando

de las monerías que le hacían mis tíos, que estaban todos embobados con la cría,

y me abracé a Maverick.

—Tienes razón, soy una aprovechada; es simplemente que me encanta que

me lo digas.

—Ey, conseguid una habitación... es el cumpleaños de vuestra hija y hay niños correteando por aquí.

—Piérdete, Drake —le dijo mi hombre a su amigo. De pronto Mía empezó

a chillar y ambos nos giramos para ver qué pasaba.

—Vamos, hombre, bájale esos globos a mi nieta, no la hagas llorar —le dijo

mi padre a mi tío Tom, al tiempo que éste trepaba a una silla para cumplirle el

capricho a mi hija. Mía estiraba sus bracitos, empecinada en coger los globos que colgaban del techo.

—Soy tan feliz... amo esta casa que construiste en la playa y que sólo nosotros hemos habitado.

—Y yo amo vivir aquí contigo y con mi hija, rodeado de naturaleza.

En ese momento vi que él se tensaba mientras miraba hacia la entrada y supe quién había llegado.

—¿Qué hace él aquí?

—Maverick —le enmarqué el rostro para que me mirara—, tú y yo hemos

crecido con muchas ausencias. ¿Eso es lo que quieres para nuestra hija? Ethan me llamó para preguntar por Mía y lo invité a venir.

—Seguramente necesita algo, por eso ha llamado.

—No es cierto: llama cada semana preguntando por su nieta, y siempre te lo

cuento.

—Hola, hijo; Joss, esto es para Mía.

—Gracias, Ethan.

Me entregó un paquete enorme que luego desenvolvería.

—Quiero formar parte de vuestras vidas, Mav; me equivoqué mucho

contigo, pero no quiero hacer lo mismo con Mía.

Pete se acercó en ese momento y Mía estiró los brazos en dirección a Ethan

y Maverick se quedó mirando la escena.

—Hola, ¿me has extrañado? —preguntó Ethan, y Mía lo llenó de besos y

babas en la mejilla.

—No permitiré que mi nieta te prefiera a ti, así que, de ahora en adelante,

deberemos pactar las veces que la venimos a ver —soltó Pete, compitiendo por

la atención de la pequeña.

Maverick no entendía demasiado lo que estaba ocurriendo, así que lo cogí

de la mano y lo llevé hacia la playa.

—Espero que no te enojes, pero...

—¿Ethan ha estado viniendo a mis espaldas?

—Lo siento; sé que tú y tu padre no os habláis, pero, como te he dicho, no quiero que mi hija crezca con ausencias, así que, bueno, trata de solucionar las

cosas con él, porque, como verás, Mía adora a sus dos abuelos y yo no voy a impedir que la vean.

—¿Qué has hecho conmigo, Josephine Burns?

Me encogí de hombros.

—Lo siento, tendría que habértelo comentado, pero es que eres tan terco...

sabes que lo intenté, pero cuando te cierras...

No me dejó terminar la frase, y me besó; fue un beso interminable, y lleno

de sentimientos.

Sus besos siempre tenían ese poder, el de hacerme olvidar de todo, incluso

de mi propio nombre.

* * *

Nunca había creído en cuentos de hadas, cuando era pequeña no tenía quién

me los leyera, pero había conseguido vivir el mío.

Tenía a mi caballero con armadura de acero, y desde hacía un año nuestro

castillo estaba inundado de las risas de nuestra princesa Mía.

Cree... la vida no es más que un gran cuento; el final... depende de cada uno.

FABIANA PERALTA

REFERENCIAS DE LAS CANCIONES

Crazy, Copyright: © 1994 Geffen Records Inc., interpretada por Aerosmith.

(N. de la e.)

Flames, Copyright: © 2018 What A Music Ltd, Under Exclusive Licence to

Parlophone/Warner Music France, a Warner Music Group Company, interpretada

por David Guetta y Sia. *(N. de la e.)*

Toxic, Copyright: © 2007 tôt Ou tard / VF Musiques, interpretada por Yael

Naïm. *(N. de la e.)*

Candy

Shop,

Copyright:

©

2017

Shady

Records/Aftermath

Records/Interscope Records, interpretada por 50 Cent & Olivia. Sencillo.

Released: 8 Feb 2005 2005 ShadyRecords/AftermathRecords/Interscope

Records. *(N. de la e.)*

Haunted, Copyright: 2015 HW&W Recordings, LLC / Ultra Records, LLC,

interpretada por Stwo y Sevdaliza. *(N. de la e.)*

The answer, Copyright: ℗ 2015 Stone'd Records under exclusive license to

Membran Rights Management Ltd., interpretada por Joss Stone *. (N. de la e.)*

IDGAF, Copyright: 2017 Dua Lipa Limited under exclusive license to Warner Music UK Limited. Tracks 3, 6, 7, 8, 9, 13, 14 2016 Warner Music UK

Limited. Tracks 4, 15, 17 2015 Warner Music UK Limited. © 2017 Dua Lipa Limited under exclusive license to Warner Music UK Limited, interpretada por

Dua Lipa. *(N. de la e.)*

Bird set free, Copyright: 2015 RCA Records, a division of Sony Music Entertainment, interpretada por Sia *. (N. de la e.)*



BIOGRAFÍA

Fabiana Peralta nació el 5 de julio de 1970, en Buenos Aires, Argentina, donde

vive en la actualidad.

Descubrió su pasión por la lectura a los ocho años. Le habían regalado

Mujercitas, de Louisa May Alcott, y no podía parar de leerlo y releerlo. Ése fue su primer libro gordo, pero a partir de ese momento toda la familia empezó a regalarle novelas y desde entonces no ha parado de leer.

Es esposa y madre de dos hijos.

Siempre le ha gustado escribir, y en 2004 redactó su primera novela

romántica como un pasatiempo, pero nunca la publicó. Muchos de sus escritos continúan inéditos.

En 2014 salió al mercado la bilogía «En tus brazos... y huir de todo mal»,

formada por *Seducción* y *Pasión*, bajo el sello Esencia, de Editorial Planeta. Que esta novela viera la luz se debe a que amigas que la habían leído la animaran a

hacerlo. Posteriormente ha publicado: *Rompe tu silencio*, *Dime que me quieres*, *Nací para quererte*, *Hueles a peligro*, *Jamás imaginé*, *Desde esa noche* y *Todo lo que jamás imaginé*.

La autora se declara sumamente romántica.

Encontrarás más información de la autora y su obra en:

www.fabianaperalta.com

Notas

* Nicolashka: cóctel de origen ruso, compuesto por dos chupitos de vodka, café en polvo, limón y azúcar.

* *No trespassing:* prohibido el paso, en inglés.

* *Fuckboy*: chico follador, en inglés.

* *Plastic Doll:* muñeca de plástico, en inglés.

* ¡A la *pipetuá!* : deformación del idioma que imita un vocablo francés, para demostrar asombro.

* Gradina: herramienta para tallar la piedra.

* *Anticraving*: término inglés, que parte de la palabra *craving*, definida como el deseo intenso de consumir drogas.

* Malteada: bebida que se prepara batiendo helado o leche con polvo de malta.

* Jitney: compañía de autobuses con sede en Southampton, Nueva York, que opera tres rutas principales desde el extremo este de Long Island (The Hamptons y North Fork) hasta la ciudad de Nueva York.

* Los *roadies*, pipas o plomos son los técnicos y personal de apoyo que viajan con un grupo musical durante sus giras.

Devuélveme el corazón

Fabiana Peralta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702

19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: Conrado - Shutterstock

© fotografía de la autora: archivo de la autora

© Fabiana Peralta, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicioneszafiro.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): julio de 2018

ISBN: 978-84-08-19240-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L .L.

www.newcomlab.com

NOVELA ROMÁNTICA



¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!

Document Outline

- Sinopsis
- Portadilla
- Cita
- Dedicatoria
- Agradecimientos
- Prólogo
- Uno
- Dos
- Tres
- Cuatro
- Cinco
- Seis
- Siete
- Ocho
- Nueve
- Diez
- Once
- Doce
- Trece
- Catorce
- Quince
- Dieciséis
- Diecisiete
- Dieciocho
- Diecinueve
- Veinte
- Veintiuno
- Veintidós
- Veintitrés
- Veinticuatro
- Veinticinco

- Veintiséis
- Veintisiete
- Veintiocho
- Veintinueve
- Treinta
- Treinta y uno
- Treinta y dos
- Treinta y tres
- Treinta y cuatro
- Treinta y cinco
- Treinta y seis
- Epílogo
- Cita final
- Referencias de las canciones
- Biografía
- Notas
- Créditos
- ¡Encuentra aquí tu próxima lectura!